



FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
-SEDE ACADÉMICA ARGENTINA-
PROGRAMA DE DOCTORADO EN CIENCIAS SOCIALES

TÍTULO DE LA TESIS:

**LA INVENCION DE LA EXCEPCIONALIDAD COLOMBIANA: LOS
DEBATES POR LA DEFINICIÓN DEL POPULISMO, NEOPOPULISMO Y
SU RELACIÓN CON LA VIOLENCIA (1970-2010)**

AUTOR:

MG. DAVID E. SANTOS GÓMEZ

DIRECTORA:

DRA. ANA LUCÍA MAGRINI

MARZO DE 2021

A Juanita

Resumen:

En esta tesis analizamos los debates por la definición conceptual del populismo -y su variante el neopopulismo- en Colombia y su estrecha relación con el concepto de violencia. Cómo, entre 1970 y 2010, ciertos intelectuales postularon la hipótesis de que la violencia fue consecuencia de los fenómenos populistas que no llegaron al poder, como el gaitanismo y el anapismo, o antecedente de aquellos que sí lo hicieron, en el caso del uribismo. A lo largo de cuatro capítulos exploramos los debates conceptuales, primero en Latinoamérica y luego en las ciencias sociales de Colombia, y allí el vínculo entre populismo y violencia que, a nuestro juicio, hace parte fundamental de la representación del país como un caso excepcional en la región. El trabajo se desarrolla gracias a diversas perspectivas de la nueva historia intelectual e intenta conciliar algunas de sus herramientas teóricas y metodológicas para pensar un objeto de estudio propio y abordarlo desde sus propias dimensiones.

Abstract

In this thesis we analyze the debates over the conceptual definition of populism - and neopopulism - in Colombia and its relationship with the concept of violence. How, between 1970 and 2010, certain intellectuals postulated the hypothesis that violence was the consequence of populist phenomena that did not come to power, such as 'gaitanismo' and 'anapismo', or antecedent of those that did, in the case of 'Uribism'. Throughout four chapters we explore the conceptual debates, first in Latin America and then in Colombia, and the link between populism and violence that, in our opinion, is a fundamental part of the representation of the country as an exceptional case in Latin America. The work develops thanks to diverse perspectives of the new intellectual history and tries to reconcile some of its theoretical and methodological tools to come up with its own object of study and approach it from its own dimensions.

Agradecimientos

Esta tesis es un trabajo colectivo. Aun cuando una y otra vez se insiste en que el doctorado es un esfuerzo individual y solitario, es evidente que estas hojas no las habría podido escribir sin el apoyo de un grupo de personas a las que les debo una enorme gratitud.

En primer lugar, a la doctora Ana Lucía Magrini, directora de esta investigación, quien, con una admirable paciencia y asombrosa meticulosidad, me enseñó las alternativas que podía seguir por un camino en el que muchas veces me sentí totalmente perdido. Sus amplios conocimientos sobre Colombia, populismo e historia intelectual, fueron una combinación indispensable para el avance de lo que en sus inicios no eran más que propuestas sueltas de un proyecto caótico.

También, en los primeros bosquejos de este estudio, fueron fundamentales los aportes de la doctora Verónica Devalle, quien desde los talleres de tesis de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), aportó muchas de las ideas que luego tomaron forma. Igualmente, y para la construcción metodológica de esta investigación, fueron imprescindibles los seminarios en la Universidad de Buenos Aires, con el doctor Elías Palti y sus muy generosos comentarios y recomendaciones sobre mi objeto de estudio; y el curso Problemas de historia de las ideas políticas, de las doctoras Martina Garategaray y Ariana Reano, quienes me señalaron algunas alternativas teóricas para el estudio de los debates por el concepto de populismo. La profesora Reano, además, fue lectora de algunos avances de la tesis desde el coloquio de calificación que organiza Flacso para sus doctorandos. Sus comentarios permitieron ajustar algunos elementos de la investigación y darles impulso a los últimos capítulos.

Como periodista y colombiano, en un doctorado de ciencias sociales en Argentina, mi principal temor era sentir una especie de doble extranjería. La idea se fue difuminando de a poco y, en buena medida, gracias a un grupo de investigadores que se convirtieron rápidamente en amigos. En Flacso, a Juan Pablo Quiroga -quien siempre pareció tener todo tan claro respecto al rumbo de toda investigación- y a Lucila Rosso, la gran amiga argentina que me regaló esta ciudad. El cariño y la amistad de Lucila me dieron una mirada sobre este país que valoraré toda mi vida.

Lo que llamamos informalmente el Grupo Colombia (Círculo de Estudios Sobre la Colombia Contemporánea radicado en el Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad de San Martín) me permitió inscribir esta investigación en un espacio de debate académico que de

otra forma -y al no contar con becas o proyectos colectivos- habría quedado al garete. A Sandra Jaramillo, Claudia Hernández, Katherine Narváez, Cristian Acosta y Diego Paredes, les debo el hecho de sentirme como en casa desde el primer momento, cuando nos conocimos en los salones del Instituto Gino Germani de Buenos Aires, y la tranquilidad de poder hablar de corrido y contar tantas inseguridades. Diego fue siempre una voz de calma para días de desesperación, que me ayudó a entender todas las angustias como parte del proceso y Cristian, se convirtió en el compañero inseparable para hablar durante horas de populismo y de Colombia por igual en la Biblioteca Nacional Mariano Moreno o en un bar cervecero. A todos espero pagarles sus favores con mi amistad y con aguardiente.

Mantener cierta cordura en medio de este proceso también fue posible gracias a mis amigos en Colombia. Siempre los sentí a mi lado. A Juancho y a Andrés Montoya, que fueron capaces de venir a Buenos Aires para darme nuevos impulsos, y a Cristian Ortiz que me tendió la mano de formas que difícilmente se pueden explicar acá. Santiago Hernández, Esteban Rahal y Rafael González hicieron la distancia menos agobiante, cuando esta pesó, al igual que Federico Uribe, Juan Felipe Mejía, Alejandro Aguilar, Sandra Ospino, Juan Alberto Macías y Jenny Chica.

Mi familia. Mi papá y mi mamá. Ana, Pepe y Caro. Gus y Carlos Andrés. Fabio, María Eugenia, Catalina y Mateo. De todos ellos es una parte enorme de este proceso. Que estas hojas sean un gran homenaje a su apoyo y que sirvan como ese abrazo que, sin proponérselo, ha tardado en llegar durante tanto tiempo.

Y por último a Juanita. Como no me canso de repetir, este doctorado hace parte de un plan mucho más grande, conjunto, que le pertenece tanto a ella como a mi. Un proyecto que inició hace ya muchos años y que implicó renunciaciones enormes, como dejar los afectos y las comodidades de un país para empezar desde cero en otro, y que ahora, de a poco, entrega sus primeros resultados. Ella me mantuvo en mis cabales en algunos momentos y se aguantó las histerias en otros. Su calma, su tenacidad y la pasión que demuestra en sus propios objetivos son mi mayor orgullo. Y también, mi mayor ejemplo.

Buenos Aires, Argentina.

Marzo de 2021

Tabla de contenidos

Introducción

- I. Un metaobjeto a estudiar desde la nueva historia intelectual
- II. Cuatro dimensiones para acercarse a los debates por la definición del concepto de populismo y su relación con la violencia
- III. Tres figuras y cuatro momentos
- IV. Invención, excepcionalidad y los espejos para ver el futuro que no fue
- V. Un corpus de investigación centrado en las ciencias sociales
- VI. Antecedentes: debates en la esquiada búsqueda para definir el populismo
- VII. Un recorrido a lo largo de cuatro capítulos

Capítulo I. El concepto de populismo en las ciencias sociales latinoamericanas y su mirada a Colombia: una anomalía política a contracorriente

- 1. Introducción
- 2. Populismo, normalidad y excepción en sus primeros vínculos con América Latina
 - 2.1 Un antecedente no latinoamericano
- 3. Un concepto latinoamericano para fenómenos latinoamericanos
 - 3.1 Las masas en Gino Germani y la élite en Torcuato Di Tella
 - 3.2 El populismo desarrollista y la mirada de la dependencia
 - 3.3 Un paréntesis en la normalidad: formas no peyorativas de entender al populismo
 - 3.4 El *retorno* del populismo en épocas neoliberales
 - 3.5 Siglo XXI y nuevas miradas de la excepcionalidad colombiana
 - 3.6 La anomalía colombiana en el siglo XXI como un populismo extemporáneo
- 4. Conclusiones

Capítulo II: El inicio del debate por el concepto de populismo en Colombia: su vínculo con la violencia y la invención de lo excepcional desde el país que no fuimos

1. Introducción
2. Las presidenciales de 1970 y el primer pico interpretativo
 - 2.1 El pistolazo de salida: entender al populismo desde los jefes del bipartidismo colombiano
 - 2.1.1 La mirada política del populismo como *esencia* y crisis
 - 2.1.2 Un fenómeno y tres síntomas: un concepto diagnóstico para un cambio de época
 - 2.2 La primera conceptualización de populismo en las ciencias sociales
 - 2.2.1 El futuro de un populismo y las puertas a la revolución
 - 2.3 Una disputa conceptual en tiempos de crisis
3. Los ochenta, la consolidación de las guerrillas y un nuevo pico interpretativo
 - 3.1 Las ciencias sociales y la mirada histórico económica del populismo
 - 3.1.1 Un texto crítico de la dependencia analiza el populismo
 - 3.1.2 La excepcionalidad desde lo contrafáctico: la Colombia imaginada
 - 3.2 Una mirada al populismo colombiano desde un extranjero colombianólogo
 - 3.2.1 Orden y violencia: la violencia como característica colombiana
 - 3.2.2 El populismo colombiano como intento fallido de constitución de lo nacional
 - 3.2.3 El vínculo entre el fin del gaitanismo y la violencia
4. Conclusiones

Capítulo III: El cierre del siglo XX y el inicio del siglo XXI: La explosión de significados del concepto de populismo y la excepcionalidad desde un neopopulismo anacrónico

1. Introducción
2. ¿De dónde viene tanta violencia? Un regreso a los populismos para intentar entender el caótico cierre del siglo colombiano
 - 2.1. La mirada de César Ayala: repensar el anapismo como un populismo conservador
3. El neoliberalismo de Gaviria y el tercer pico interpretativo

- 3.1. El giro de Daniel Pécaut y la fragmentación del concepto
- 3.2. Del populismo incompleto al populismo fallido: la imposibilidad absoluta
- 3.3. El retorno de Palacios: el café como eje de la economía que frenó al populismo
- 3.4. El amanecer del siglo XXI y las primeras miradas a un nuevo caso espejo
- 3.5. ¿Hugo Chávez es un populista con cola de cerdo?
- 4. Colombia a contravía de un giro a la izquierda y el cuarto pico interpretativo
 - 4.1 Daniel Pécaut: Las Farc y su relación con el populismo
 - 4.2 Un paréntesis temporal: la resignificación de la Anapo desde un suelo de articulación permeado de uribismo
 - 4.3 La simbología en Chávez para consolidar el caso espejo
- 5. Álvaro Uribe como el populista que sí llegó al poder
 - 5.1 Cristina De la Torre: “Uribe es el primer populista colombiano en un siglo”
 - 5.2 La reelección de Uribe y la mirada de Luis Guillermo Patiño
- 6. Conclusiones

Capítulo IV: El debate en las hojas periodísticas: la coyuntura como motor del cambio conceptual en tiempos de Uribe y Chávez

- 1. Introducción
- 2. Los intelectuales al servicio del análisis de coyuntura
 - 2.1. Marco Palacios: un rector con posiciones conflictivas
 - 2.2. Daniel Pécaut y el interés por involucrar a Europa en Colombia
- 3. El Espectador como palestra para diversificar el concepto
 - 3.1. Cristina De La Torre: Uribe como la resaca del neopopulismo
 - 3.2. Salomón Kalmanovitz: la economía es la que amplía el concepto
- 4. Conclusiones

Conclusiones generales

Referencias bibliográficas

Anexos metodológicos

- I. Cuatro dimensiones para acercarse a los debates por la definición del concepto de populismo y su relación con la violencia
- II. Corpus de textos estudiados
- III. Tabla de fuentes primarias dividida por autores

Introducción

“Si a mediados del siglo XX el país hubiese experimentado la etapa populista, común a los grandes países latinoamericanos (Brasil, Argentina, México, Chile, Perú, Venezuela), nos habríamos ahorrado, gran parte de La Violencia y de las violencias posteriores, incluida la actual guerra y sus inocultables e incalculables secuelas degenerativas en el tejido social colombiano”.
Marco Palacios (2001)

En una conferencia en la Universidad de Antioquia, en el primer semestre de 2014, el sociólogo Daniel Pécaut¹ disertó sobre el populismo y su conceptualización en América Latina. Expuso de forma ligera -apenas para recordarle al auditorio- los tres casos de los populistas más sonados del siglo XX latinoamericano. Nombró a Juan Domingo Perón en Argentina, a Getúlio Vargas en Brasil y a Lázaro Cárdenas en México; para sostener la hipótesis de que mientras en buena parte de la región el populismo fue visto como un paso clave para el ingreso de las demandas populares a la política, en Colombia ocurrió lo opuesto: fue el rechazo al populismo lo que se constituyó en parte seminal de la política de ese país. En Colombia, dijo Pécaut, está permitido el narcotráfico, la lucha armada y la corrupción, pero no está permitido el populismo.

Aunque llamativa, la hipótesis del sociólogo francés no es nueva. Hace parte de los debates entre intelectuales que definen al populismo y al neopopulismo colombiano como casos radicalmente opuestos a los presentados en el resto de Latinoamérica y cuyos argumentos iniciales pueden ser rastreados desde las primeras reflexiones sobre el concepto en las ciencias sociales de

¹ Daniel Pécaut es sociólogo, historiador y filósofo francés. Desde la década de 1960 se especializó en historia política y social colombiana del siglo XX. Su libro *Sindicalismo en Colombia* de 1973 fue bien recibido en el ámbito académico de ese país y le permitió profundizar en temas relacionados con la izquierda y la movilización popular. Su texto de 1987, *Orden y Violencia: Colombia 1930-1953*, se transformó rápidamente en un clásico y será analizado en el Capítulo II de la presente investigación. Allí Pécaut estudia las características políticas y sociales de la primera mitad del siglo XX colombiano y destaca los vínculos entre el populismo y violencia. Actualmente es director de Estudios en L'École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS), en Paris, Francia.

este país, a principios de la década de 1970. En ellas -y desde entonces- el populismo colombiano aparece como un fenómeno político que termina por ser invadido y destruido por la violencia en una nación cuyos enfrentamientos armados lo impregnaron todo, lo desviaron todo, para truncar lo que, a principios del siglo XX, parecía ser un país con un futuro prometedor.

Estos debates coinciden con una idea que ronda en la cabeza de los colombianos desde hace más de setenta años y que sale a la luz con frecuencia y por igual en seminarios académicos, discursos políticos o reuniones familiares: *pudimos ser algo más*. La Colombia de hoy es el país que *no debimos ser*. Un país que se *jodió*² a mediados de la centuria pasada y que nunca más encontró su rumbo. En ese sentido, y retomando algunas de esas quejas que acompañan a cada colombiano desde su juventud, esta investigación parte también de una búsqueda personal que se ha profundizado desde mi trabajo como periodista. De la intuición de que la excepcionalidad del populismo colombiano -o mejor, su definición conceptual- juega un papel preponderante como un proceso de significación y resignificación de hechos que a lo largo de casi un siglo han afianzado y en últimas, han ayudado a *inventar*, la idea de que somos diferentes a los demás. La idea de que somos un país que tomó el rumbo errado.

Fue así como de a poco -y tras una larga búsqueda metodológica que nos acercó a la nueva historia intelectual- definimos los marcos de esta investigación que pretende estudiar los debates por la definición conceptual del populismo -y su variante el neopopulismo- en Colombia y su estrecha relación con el concepto de violencia. Cómo, entre 1970 y 2010,³ ciertos intelectuales postularon la hipótesis de que el populismo que no llegó al poder en Colombia fue antecedente fundacional -o propulsor- de periodos violentos lo que, además, construyó una representación del país como un caso excepcional o anómalo⁴ en América Latina. En los últimos 30 años del siglo XX, los debates por la definición del populismo en Colombia se circunscribieron a publicaciones de las ciencias sociales, con énfasis en la historia, la sociología, la economía y las ciencias políticas.

² En el habla corriente colombiana se utiliza, frecuentemente, el verbo “joder” para expresar que algo que estaba bueno se estropeó. La idea de que Colombia se *jodió* a mediados del siglo XX es recurrente. En 1990 un grupo de intelectuales colombianos escribió un libro de ensayos que exploraba el momento exacto en el que el país tomó el rumbo equivocado y lo compiló bajo el título *¿En qué momento se jodió Colombia?* (Apuleyo *et al*, 1990) La mayoría coincidía en que el 9 de abril de 1948, cuando asesinaron a Jorge Eliécer Gaitán, fue el día clave.

³ La periodización abarca cuatro décadas de debates: desde 1970 cuando aparecen los primeros escritos científicos sobre el concepto, tras las elecciones presidenciales de ese año, hasta el 2010, año en el que termina la presidencia de Álvaro Uribe Vélez, considerado por ciertos intelectuales como populista.

⁴ Lo anómalo, como sinónimo de lo excepcional, es repetido con frecuencia en los textos de los autores estudiados al explicar el caso colombiano en relación con otros países latinoamericanos.

En la primera década del siglo XXI, los debates se ampliaron a esferas periodísticas en las cuales esos mismos intelectuales publicaron sus estudios y reflexiones sobre populismo, lo que, en últimas, masificó y mediatizó la discusión con un enorme impacto en el uso del término y en su cambio conceptual.

Aunque en las páginas por venir profundizaremos en ello, es importante delimitar desde estas primeras líneas que entendemos como debate todo aquel trabajo académico que intenta definir un concepto -en nuestro caso populismo y su variante neopopulismo- su recepción, interpretación y, en algunos casos -aunque no siempre- impugnación e interpelación por parte de otros intelectuales. Esas definiciones se construyen de manera progresiva en un continuo diálogo de acuerdos y desacuerdos.⁵ El debate por la definición conceptual del populismo en Colombia se entenderá como la construcción de todo un entramado de problemas políticos a disposición de aquellos que participan en él, pero, además, está fuertemente influido tanto por el ámbito de las ciencias sociales en el que se mueven los participantes como por los acontecimientos históricos sobre los que este se sustenta. En este debate colombiano en particular la violencia es el eje transversal que unifica los diferentes postulados de los intelectuales, marca sus preocupaciones y sus objetos y, en definitiva, delinea sus conclusiones. Los intelectuales -y en esto acordamos con Altamirano (2013)- “forjan definiciones sobre grupos y las categorías sociales” y su actividad se desarrolla gracias a una pertenencia y un itinerario en espacios que delimitan -y modifican- las discusiones. Ya veremos de qué forma los debates por la definición del populismo colombiano terminan por constituirse no solo en una apuesta conceptual sino en una radiografía de época: de la historia política y social del país en el cierre de un siglo y el inicio de otro.

I. Un metaobjeto a estudiar desde la nueva historia intelectual

Este trabajo no pretende ni describir ni analizar los hechos históricos que han sido catalogados como populistas o sus protagonistas colombianos (el gaitanismo y Jorge Eliécer Gaitán, el

⁵ En este punto, e inspirados por la noción de desacuerdo de Jacques Ranciere (1996), entendemos que este no es, llanamente, la postulación de ideas radicalmente opuestas sino el enfrentamiento de miradas diversas sobre un mismo postulado. “Por desacuerdo se entenderá un tipo determinado de situación de habla: aquella en la que uno de los interlocutores entiende y a la vez no entiende lo que dice el otro. El desacuerdo no es el conflicto entre quien dice blanco y quien dice negro. Es el existente entre quien dice blanco y quien dice blanco, pero no entiende lo mismo o no entiende que el otro dice lo mismo con el nombre de la blancura (...) El desacuerdo no es el desconocimiento”, (Ranciere, 1996: 8).

anapismo y Gustavo Rojas Pinilla o el uribismo y Álvaro Uribe Vélez). Mucho menos pretende ofrecer una definición del concepto de populismo ni tampoco una tipología de sus definiciones, ni hacer una comparación conceptual, ni una historia de los intelectuales. En estas líneas lo *que es* o *no es* el populismo da paso a un esfuerzo por revelar de qué forma los debates conceptuales entre los intelectuales para definirlo se revelan como síntomas de otras cuestiones y se transforman en radiografía de una época. Se busca entender la conceptualización de populismo y su variante el neopopulismo y cómo se relaciona esta con la violencia; en últimas cómo estos debates ayudan a construir o a “inventar” la idea de que Colombia es excepcional.

Nuestro objeto es un metaobjeto (Magrini, 2018).⁶ Se trabajará con los debates que construyeron una definición conceptual y cómo los intelectuales que participaron en ellos leyeron e interpretaron los procesos que consideraron populistas. En ese sentido, creo que al inscribir la investigación en el amplio y variado campo de la nueva historia intelectual podemos avanzar por un camino metodológico que ayudará a resolver las inquietudes planteadas. En palabras de Carlos Altamirano (2005), la nueva historia intelectual puede entenderse más como un campo de estudio que como una disciplina y su asunto es el pensamiento al interior de las experiencias históricas. “Ese pensamiento, sin embargo, únicamente nos es accesible en las superficies que llamamos discursos, como hechos de discurso, producidos de acuerdo con cierto lenguaje y fijados en diferentes tipos de soportes materiales”, (Altamirano, 2005: 10).

Así, la investigación -más que la adhesión a un marco teórico específico- se desarrolla entre diversas perspectivas de la nueva historia intelectual e intenta conciliar algunas de sus herramientas teóricas y metodológicas para pensar un objeto de estudio propio y abordarlo y estudiarlo desde sus propias dimensiones. Vale la pena aclarar que el desarrollo teórico y el estudio empírico de los

⁶ Sobre la noción de metaobjeto remitimos al texto de Ana Lucía Magrini (2018) *Métodos: aproximaciones a un campo problemático*. Dice Magrini: “(...) aquí hablaremos de meta-objetos, los objetos de la historia. (...) Dichos objetos se caracterizan por guardar relaciones de continuidad y/o de ruptura con el pasado y con el presente, o por tener relaciones de temporalidades múltiples (pasado, presente y futuro). Las relaciones de temporalidad se constituyen en el mismo momento de configuración de la trama histórica, ya que es desde el presente (el momento de la narración) que se configura, el pasado, el presente y el futuro. Pero aquí no se agota el problema. Nuestro argumento intenta dar un paso más. Como veremos, no basta con visibilizar que el pasado es una construcción que se realiza narrativamente, para dar cuenta del modo en que la producción de objetos históricos se imbrica a problemas más profundos de una sociedad o una cultura determinada se requiere de otros planos de sentido, dentro de los cuales las narrativas se producen y sobre los que además intervienen (...) (discursos, teorías, conceptos y lenguajes) (...) Remitiremos (...) a objetos (...) que resignifican experiencias políticas pasadas, y los abordaremos como objetos parciales, índices de otras cuestiones que no pueden ser del todo representadas en el momento en que se producen y que sirven para metabolizar aquello que ha encontrado límites para ser semiotizado al momento de su producción”. (Magrini, 2018: 257-258)

debates se entremezclan a lo largo de la investigación para hacer más provechoso el vínculo entre uno y otro. En ese sentido, las herramientas metodológicas y sus categorías serán desplegadas y profundizadas en cada uno de los cuatro capítulos. Sin embargo, es pertinente esclarecer algunos postulados básicos que serán los pilares para la construcción de nuestro propio entramado teórico.

De las muchas vertientes y posibilidades de la nueva historia intelectual nos resultan provechosas las herramientas de cuatro perspectivas. Por un lado, la historia de los conceptos, cuyo principal exponente es Reinhart Koselleck, y su propuesta de entender el carácter contingente de los discursos y la formación de conceptos políticos polisémicos y plurívocos. Koselleck ilumina la importancia de estar atento a las condiciones de enunciación de los conceptos y cómo la historia social y la conceptual son interdependientes. La segunda perspectiva es la que ofrecen la Escuela de Cambridge y, particularmente, los aportes de Quentin Skinner que insiste en concebir el lenguaje como una herramienta con una fuerte dimensión pragmática. De allí su insistencia en entender a los textos no como transmisores de ideas sino como actos de habla que acometen una acción y de estar atentos a los contextos de enunciación. Nos acercamos también, acotadamente, a los aportes de Pierre Rosanvallon en torno a las aporías inherentes en los conceptos políticos. En cuarto lugar, la investigación se aproxima a los postulados de la historia de los lenguajes políticos de Elías Palti. Veamos ahora cómo estas cuatro vertientes, y sus postulados, nos ayudan con nuestro objeto y a la construcción de nuestras propias dimensiones.

La historia conceptual de Reinhart Koselleck nos aporta la definición de *conceptos políticos polisémicos* y cómo estos van más allá de lo que, usualmente, entendemos como palabras. La categoría de concepto de Koselleck insiste en las redes semánticas que articulan su plurivalencia y la forma en la que se produce una relación estrecha entre este y las “cosas existentes”. Esta relación es, en últimas, “asimétrica” entre historia social e historia conceptual, pues los conceptos, si bien son construidos por una sociedad, son incapaces de representarla plenamente en un momento y en un lugar (Koselleck, 1993). En un concepto reposan los sentidos y significados de diferentes épocas y allí están en juego los usos dados que, en ocasiones, trascienden a su contexto originario. Para la historia de los conceptos la exigencia metodológica mínima reposa en investigar los conflictos políticos y sociales pasados en sus propios límites conceptuales y en la “autocomprensión del uso del lenguaje que hicieron las partes interesadas en el pasado” (Koselleck, 1993: 111). Al mismo tiempo requiere la “traducción” de esos significados del pasado al momento histórico en el que escribimos su análisis. En palabras de Koselleck la historia

conceptual se entiende con la “fijación desde significados pasados a establecer esos significados para nosotros” (Koselleck, 1993: 113). Así, el análisis del pasado de forma sincrónica debe ser completado diacrónicamente.

Para la historia conceptual koselleckiana o *Begriffsgeschichte* los conceptos sociales y políticos son siempre polisémicos y se caracterizan por su generalidad constitutiva:

Un concepto tiene que seguir siendo polívoco para poder ser concepto. También él está adherido a una palabra, pero es algo más que una palabra: una palabra se convierte en concepto si la totalidad de un contexto de experiencia y significado sociopolítico, en el que se usa y para el que se usa una palabra, pasa a formar parte globalmente de esa única palabra. (Koselleck, 1993: 117).

Entendemos que populismo y violencia son, siguiendo a Koselleck, conceptos políticos polisémicos, por lo que un análisis de los debates por su definición en las ciencias sociales colombianas se vincula no solo a la construcción de su significado sino a la forma en la cual los intelectuales interpretaron, definieron y resignificaron momentos históricos. Un trabajo de estas características supone entender por qué los conceptos no logran alcanzar nunca una plenitud semántica y qué es lo que los hace continuamente variables. Su imposibilidad constitutiva debe ser asumida como una premisa e, incluso, como una forma de disputa política misma.

El proceso de reconstrucción de los diferentes sentidos conceptuales es lo que nos lleva a evaluar y analizar las transformaciones históricas dadas. Koselleck propone analizar los conceptos diacrónicamente a través de largos periodos y, además, analizarlos sincrónicamente en su contexto social específico. Aunque la diacronía de la escuela alemana tiene como eje el *Sattelzeit*⁷ y un proceso de larga duración que atraviesa varios siglos, su categoría de *conceptos políticos polisémicos* y su propuesta de acercarse sincrónicamente a los conflictos del pasado son útiles para

⁷ Reinhart Koselleck (2010) define el *Sattelzeit*, o “época bisagra”, a la centuria comprendida entre 1750 y 1850. Para el alemán es en este intervalo que se da la transición lingüística que establece las coordenadas de la modernidad. Es ahí donde se disuelve el mundo antiguo y surge el moderno, por lo que analizarlo y estudiarlo es clave para entender las transformaciones de los conceptos políticos polisémicos. Conceptos como progreso o emancipación aumentan su abstracción para ampliar su capacidad de narrar y explicar el mundo y, por supuesto, para ser usadas en las luchas políticas e ideológicas de fin del siglo XVIII e inicios del XIX. A pesar de ser un término fundamental para entender la empresa de la historia conceptual, el mismo Koselleck pondría en cuestión su validez al final de su vida, o al menos reconoce que es problemático.

entender el proceso de definición de populismo entre intelectuales colombianos en el cambio de época que supone las últimas décadas del siglo XX y la primera del siglo XXI.

En segunda instancia, de Quentin Skinner recuperaremos su preocupación por el contexto y la invitación a pensar no sólo qué dice un autor, sino qué hacía cuando lo dijo. En ese sentido un texto es una acción en sí misma y no solo el listado de sus enunciados, por lo que metodológicamente habría que escudriñar en sus intenciones. Dejando de lado la centralidad problemática de la *intención*⁸ del autor en la propuesta de Skinner, es fundamental su recuperación de la noción de texto y su relación con el contexto. Al entender a los textos como actos, como acciones, como hechos, la diferenciación entre texto y contexto pierde sentido pues estarían atravesados mutuamente. Habría entonces que escudriñar cómo fue posible para los autores decir lo que dijeron en su momento y cómo cambia el sustento problemático sobre el que se sostienen. Cómo, retomando a John Austin, se hacen cosas con palabras.

Dice Skinner (2007) que para entender lo que hace un autor al usar un concepto es necesario “captar la naturaleza y la gama de cosas que podría haber hecho de modo reconocible al usar dicho concepto, en el tratamiento de ese tema en particular, y en ese tiempo específico” (Skinner, 2007: 183). Ese es su *contexto*. En nuestro caso, resulta fundamental entender lo que hacían los intelectuales al publicar sus obras sobre el concepto de populismo, atravesados por periodos de violencia, en una etapa que incluye las últimas tres décadas del siglo XX y la primera del siglo XXI. El proceso tendría que partir de analizar primero los significados conceptuales ofrecidos en cada caso y, posteriormente, ver los contextos en los que se enuncian:

El contexto apropiado para entender el punto de las expresiones de tales escritores será siempre cualquier contexto que nos permita apreciar la naturaleza de la intervención constituida por sus expresiones. Para recuperar ese contexto en cualquier caso en particular, debemos comprometernos en una investigación histórica extremadamente amplia tanto en su espectro como en sus detalles. En esencia, mi argumento es que deberíamos comenzar por elucidar el significado, y por ende, el contenido de las expresiones que nos interesan, y luego, fijamos en el contexto argumentativo de su

⁸ Son varios los autores que cuestionan la centralidad que Skinner le da a la intencionalidad y su consecuente “contextualismo radical”. Martin Jay, por ejemplo, habla de las diferentes direccionalidades que toman los significados y cómo cada posible intención está siempre en juego con otras, por lo que cual “no es difícil que se susciten consecuencias involuntarias” (Jay, 2012: 150) Por su parte, Jacques Guilhaumou (2004) se pregunta si es posible descifrar, desde los textos, la intencionalidad de un autor y si es viable hablar de una “auténtica intencionalidad”. “En este sentido, la cuestión de la intencionalidad no puede reducirse a la simple consideración del estado de un sujeto psicológicamente consciente de sus actos, sino que afecta tanto o más al modo en que el individuo se inserta en el mundo que le rodea” (Guilhaumou, 2004: 57).

ocurrencia (...) Si logramos identificar este contexto con suficiente exactitud, eventualmente podremos tener la esperanza de interpretar lo que el hablante o el escritor que nos concierne estaba haciendo al decir lo que él o ella dijeron. (Skinner, 2007: 205-206)

Pero, además de estar particularmente atentos al contexto de los autores, nos resulta fundamental la idea de la *doble cara de los conceptos políticos* que plantea Skinner para encarar el debate sobre la definición del populismo, un término que es acusado de ambiguo y maleable. Un concepto que, como ya veremos, en los debates por su definición en Colombia cambia aceleradamente desde sus primeras definiciones: primero al entenderlo como fenómeno político escaso y opacado por la violencia hasta transformar su uso y convertirse en un adjetivo calificativo y evaluativo.

Sería útil prestar atención a un corpus de palabras que cumplen una función tanto evaluativa cuanto descriptiva en nuestro idioma. Esto es, ellas se usan para describir acciones individuales y para caracterizar los motivos por los cuales estas acciones se llevan a cabo. Sin embargo, siempre que se usan para describir acciones, al mismo tiempo, tienen el efecto de evaluarlas. Por lo tanto, la característica especial de este conjunto de términos es que -para invocar la jerga de los filósofos del lenguaje- contienen una aplicación estándar para realizar uno de dos rangos contrastantes de actos de habla. Es decir, pueden utilizarse para realizar actos tales como los de recomendar y aprobar -o bien, los de condenar y criticar- aquellas acciones que esos términos describen. (Skinner, 2007: 254)

En cuanto a las propuestas de Pierre Rosanvallon⁹ (2003) y su historia conceptual de lo político, nos resulta interesante su idea de *aporías* constitutivas de los conceptos políticos en la

⁹ En el 2020, Pierre Rosanvallon publicó el texto *Le Siècle du populisme. Histoire, théorie, critique* que fue traducido al español por la editorial Manantial bajo el título *El siglo del populismo. Historia, teoría, crítica*. En el texto el autor define al populismo como “una forma límite del proyecto democrático” (Rosanvallon, 2020:24) y cuestiona lo que, a su parecer, son “miradas sociológicas de los electores populistas”. Su propuesta con la investigación, entonces, es comprender a un fenómeno al que denomina una ideología coherente, que, si bien expresa “rabia y resentimiento”, es potente y atractiva tanto para la democracia como para la economía. El libro, a nuestro parecer, se distancia de la historia conceptual al categorizar al fenómeno desde una mirada adjetivadora, peyorativa, en la que tienen un enorme peso los liderazgos carismáticos que, a su vez, hacen parte de lo que el historiador define como una “atmósfera populista”. Pierre Rosanvallon le dedica un papel protagónico a la figura de Jorge Eliécer Gaitán, pero su mirada se limita a ciertas generalidades del político liberal colombiano e incluso cae en ciertos errores temporales “(Gaitán) a la cabeza de su propio movimiento, sentó las bases de un nuevo tipo de cultura política a la que las masas se iban a adherir. Fue asesinado en la primavera de 1948, días antes (sic) de una elección presidencial que todo el mundo coincidió en decir que él iba a ganar por amplia mayoría” (Rosanvallon, 2020: 142). El texto de Rosanvallon no fue analizado en nuestro estudio porque excede, por mucho, los límites de nuestro periodo y el círculo de intelectuales latinoamericanos que participaron en los debates.

que nos inspiramos para entender la conceptualización del populismo colombiano como un proceso -si bien no estrictamente irresoluble o aporético- sí constitutivamente *paradojal*, vinculado a la violencia desde mediados del siglo XX y al mismo tiempo imposibilitado o impulsado por ella en las décadas siguientes. A lo largo de las discusiones por la definición del fenómeno en Colombia la relación entre populismo y violencia se mueve en un particular y *paradójico* eje en el que los conceptos se complementan el uno con el otro y, al mismo tiempo, se repelen.

Para Rosanvallon es a partir de las aporías, que minan y ponen en duda la estabilidad de las conceptualizaciones, que se habla del carácter conceptual de lo político y es allí donde los conceptos se cargan históricamente de sentido. Para nosotros, es en el proceso paradojal del populismo colombiano y su relación con la violencia en el que se empieza a construir la excepcionalidad con miradas contrafácticas sobre un país futuro que no se dio.

Partir de la complejidad de lo real y de su dimensión aporética conduce a interesarse por la ‘cosa misma’ de lo político. Así, en primer lugar, hay que considerar el carácter problemático del régimen político moderno para comprender su funcionamiento y no para buscar resolver su enigma imponiéndole una normatividad, como si una ciencia pura del lenguaje o del derecho pudiera indicar a los hombres aquella solución razonable a la cual no tendrían otro remedio que adecuarse. (Rosanvallon, 2003: 42)

Si bien tenemos claro que Rosanvallon plantea su teoría de las aporías constitutivas pensando en lo político para interpretar la democracia moderna como un problema, de su mano esperamos entender cómo en el camino por la conceptualización del populismo en Colombia hay un doble movimiento paradójico. Por un lado, en la interpretación de los hechos políticos como populistas y por otro en términos del debate que busca consolidar una definición del concepto. Como interpretación de procesos políticos se considera que el populismo que no accede al poder es un antecedente de la violencia, pero, a su vez, a la violencia como una imposibilidad para que el populismo pueda llegar al poder en el siglo XX. De otro lado, en los debates intelectuales que buscan la conceptualización del populismo se le considera a este como antecedente de la violencia de mediados del siglo XX, pero, al llegar al siglo XXI, a la violencia se le reinterpreta como precursora e incluso “motivadora” para la elección presidencial de políticos definidos como “neopopulistas” o “populistas de derecha”. Esas paradojas, que van más allá de simples contradicciones, impulsan y complejizan los debates, convirtiéndolos en índices de otras

problemáticas políticas y sociales; en otras palabras, cómo los conceptos emergen de forma contingente.

Por último, nos acercamos a las herramientas de la historia de los lenguajes políticos de Elías Palti. Los lenguajes políticos, dice Palti (2014), son formas de producción de conceptos políticos -siendo estos polisémicos y contingentes- y su estudio debe poner particular atención a la reconstrucción de los *contextos de debate*, categoría que pasa a ser eje central de nuestro estudio.

Lo que se busca aquí es, más allá de las distintas respuestas que ofrecieron los sujetos involucrados, comprender cuál era el tipo de cuestiones que se habían puesto en cada caso en debate, qué tipo de dilemas se les planteaba a los mismos y, eventualmente, cómo este suelo de problemáticas se fue reconfigurando a lo largo del periodo considerado. (Palti, 2014: 14).

Palti insiste en la incapacidad de los conceptos por alcanzar su “plenitud” semántica y propone modificar el análisis de estos al concluir que no es que los conceptos no se puedan definir porque cambian, si no que, justamente, cambian porque no se pueden definir. Al reconstruir las condiciones de producción -que entendemos como las posibilidades de emergencia y articulación de los lenguajes- resulta necesario explicitar cómo se usan los conceptos siendo estos históricos y contingentes y cómo dejan huellas rastreables en los textos. Una investigación como esta pretende, justamente, desenmarañar las problemáticas de la definición conceptual que está en juicio en los debates por el populismo. Así, cuando en estas páginas nos refiramos a lenguajes políticos -y cómo se transforman- se entenderán estos como los lenguajes usados por los intelectuales en Colombia para producir y definir los conceptos políticos en cuestión, en los que se involucra su mirada de la historia social sobre la cual trabajan. Esos lenguajes están vinculados directamente a la época en la que se construyen, son inestables y sus cambios responden a un esfuerzo, siempre incompleto, por fijar y producir un sentido.

Al abordar la investigación con herramientas de la historia de los lenguajes políticos esta no pretende reducirse “a la simple descripción de los procesos y fenómenos, sino que (debe ser) capaz de desenvolver las problemáticas político-conceptuales que se encuentran en juego en cada caso” (Palti, 2018, 14). Necesita prestar, además, particular atención a los contextos sobre los cuales se construye el debate y obliga a superar la simple narración de los fenómenos o la enumeración sistemática de las definiciones.

La historia de los lenguajes políticos de Palti hace indivisible la historia política de la historia intelectual. Para el autor “no existe una historia política que no sea al mismo tiempo una historia intelectual, y viceversa, que no existe una historia intelectual que no sea al mismo tiempo una historia política” (Palti, 2014:15). Pero, además, esta perspectiva, si bien se nutre de los aportes de Koselleck, Skinner y Rosanvallon, ofrece pensar desde otro enfoque la historia intelectual latinoamericana acusada con frecuencia de no ser más que una simple desviación de los modelos europeos, ideales tipo.

Aunque Palti hace explícita su deuda con Reinhart Koselleck, cuestiona que el periodo de *Sattelzeit* limite todas las transformaciones fundamentales de la historia conceptual a esta única ruptura entre lo tradicional y lo moderno (1750-1850); lo que convierte a la historia de los conceptos en una oferta dicotómica incapaz de percibir los cambios ocurridos tanto antes como después del periodo delimitado. Si esto resulta agudo para la centuria que transcurre entre mediados del XVIII y mediados del XIX, se hace aún más contundente en el recorrido del siglo XX, periodo particularmente prolífico en la generación de conceptos políticos. Es en este tiempo, justamente, en el que adquieren enorme relevancia los conceptos de populismo, neopopulismo (y sus vínculos con la violencia) en cuyos debates por su definición pretendemos profundizar.

En su trabajo más reciente, *Una arqueología de lo político*, Palti resalta que el siglo XX presenta retos en su abordaje desde lo conceptual por la sucesión acelerada de hechos que “desafían toda comprensión racional”. Un siglo en el que los horizontes de sentido se acercan, los ideales se vuelven realizables y “menos seguros”. Es el periodo en el que la realidad política desborda la comprensión humana en una seguidilla de catástrofes como nunca había visto el hombre y en el que la historia (la Historia)¹⁰ deja de entenderse como un proceso escalonado de evolución, progresión y perfeccionamiento *ad infinitum*. Aquí, juega un papel protagónico la violencia y su conceptualización. La Historia ya no va a estar atravesada por la supuesta objetividad que la acompañaba hasta ese momento, mucho menos la acompañará la pretensión de verdad irrefutable o de neutralidad, y el sujeto pasará no solo a interpretarla sino a resignificarla y construirla. “En

¹⁰ Para el siglo XIX Koselleck analizó la Historia, en mayúscula, como un concepto político fundamental que tenía temporalidad por sí misma y una centralidad definitiva. Se transforma en un “sustantivo colectivo singular”. “En el siglo siguiente, sin embargo, este perderá su centralidad. Ese concepto de Historia como sustantivo colectivo singular no desaparece, pero deja de funcionar como el núcleo articulador de un tipo determinado de discursividad política. Y ello está estrechamente asociado a una redefinición que experimenta el mismo como resultado de la quiebra del concepto evolucionista teleológico de la historia”, (Palti, 2018: 17).

verdad, el siglo XX presencia la ruptura de todo aquello que el siglo previo había unido: la Historia y la razón, el conocimiento y la verdad, la sociedad y la política (en definitiva la diverso y los Uno)”, (Palti, 2018: 194)

En el siglo XX desaparece la idealización de la historia como un proceso que fluye hacia un fin de perfeccionamiento irrefrenable.¹¹ Esto, que se empieza a hacer evidente en las primeras décadas del siglo, se radicaliza aún más en la segunda mitad de la centuria, cuando, en palabras de Palti, “se profundizará un nuevo giro histórico conceptual (...) se profundizará el proceso de disolución del concepto teleológico de la historia, el cual concluirá con la disolución del concepto mismo de sujeto” (Palti, 2018: 263).

El reto de un análisis de los debates por la definición de conceptos políticos polisémicos que se desarrolla entre diversas perspectivas de la nueva historia intelectual y que tiene como periodo al siglo XX (y una década del siglo XXI como es nuestro caso) va entonces más allá de la atención a posibles anacronismos o yerros del lugar o el tiempo en el que se inscriben. Su historicidad no radica exclusivamente en que podamos seguirlos y rastrearlos a lo largo de un determinado periodo, sino en entender cómo los intelectuales reformulan su significación, los redefinen y los recomponen, según los acontecimientos que requieren ser explicados. Aunque mantienen un núcleo explicativo, su maleabilidad termina por ser el vínculo directo con la realidad que aspiran explicar y en últimas que no solo definen, sino que crean.

¹¹ Para Alan Badiou una de las claves en la transformación de los conceptos políticos radica en el tránsito que se da en la Rusia revolucionaria del marxismo clásico al marxismo-leninismo y en la profunda violencia que se desata durante las guerras mundiales. Dice Badiou: “Admitamos que el nuestro es el siglo en que, como decía Malraux, la política se convirtió en tragedia. A principios de siglo, en la apertura dorada de la *Belle Epoque*, ¿que elementos preparaban esta visión de las cosas? En el fondo, a partir de determinado momento, el siglo se obsesiona con la idea de cambiar al hombre, de crear un hombre nuevo. Lo cierto es que la idea circula entre los fascismos y los comunismos, y las estatuas son más o menos las mismas, la del proletario de pie en el umbral del mundo emancipado, pero también la del ario ejemplar, el Sigfrido que da por tierra con los dragones de la decadencia. Crear un hombre nuevo equivale siempre a exigir la destrucción del viejo. La discusión, violenta e irreconciliable, se refiere a la definición del hombre antiguo. Pero en todos los casos el proyecto es tan radical que en su realización no importa la singularidad de las vidas humanas; ellas son un mero material” (Badiou, 2005: 20). El historiador Eric Hobsbawm, aunque desde otro enfoque, asegura en su análisis del siglo XX: “La humanidad sobrevivió, pero el gran edificio de la civilización decimonónica se derrumbó entre las llamas de la guerra al hundirse los pilares que lo sustentaban. El siglo XX no puede concebirse dissociado de la guerra, siempre presente aun en los momentos en los que no se escuchaba el sonido de las armas y las explosiones de las bombas” (Hobsbawm, 2009: 30). Hobsbawm delimita el siglo XX entre 1914 y 1991, desde el inicio de la I Guerra Mundial hasta la desintegración de la Unión Soviética, y lo denomina “el corto siglo XX”.

II. Cuatro dimensiones para acercarse a los debates por la definición del concepto de populismo y su relación con la violencia

Los debates por la definición del concepto de populismo en Colombia tienen un punto de partida claro: abril de 1970. Las elecciones presidenciales que se realizaron el 19 de ese mes y que estuvieron a punto de llevar al poder a un partido político autodenominado nacional popular y etiquetado por opositores como populista, produjeron todo un revuelo en el mundo académico que, entonces, intentó esclarecer un concepto aún inexplorado en ese país. Desde ese momento, hasta finalizada la primera década del siglo XXI, los textos de intelectuales por definir el concepto han permitido obturar o dar luz a las más diversas crisis políticas: desde el debilitamiento del bipartidismo liberal y conservador hasta el ascenso de la derecha en momentos de mayoría de gobiernos progresistas en el continente. Al mismo tiempo, estos debates han modificado los lenguajes políticos que utilizan los intelectuales en Colombia al referirse a un fenómeno que, atravesado por la violencia, tiene un vínculo con el rumbo *desafortunado* que tomó el país.

Un objeto (metaobjeto) de estudio como el nuestro que pretende analizar los debates y desentrañar cómo se ha inventado desde ellos la idea de excepcionalidad del caso colombiano será abordado desde cuatro dimensiones que se inspiran, se nutren y se mezclan con las categorías antes mencionadas.¹² Estas son: **a.** suelos de articulación, **b.** contextos de debate, **c.** paradojas al interior de la definición conceptual y **d.** articulación dependiente. Veamos las características que aportan cada una de ellas a nuestro propósito investigativo:

a. Entiendo por *suelos de articulación* los acontecimientos sociales y políticos que permitieron la emergencia y el vínculo de los conceptos en cuestión y sobre los que estos se sostienen. Al reconocer la naturaleza polisémica de los conceptos políticos resulta fundamental entender bajo qué escenarios históricos se construyó su sentido y, particularmente en nuestro objeto, cómo las conceptualizaciones de populismo, y su variante el neopopulismo, (además de su relación con la violencia) emergieron en momentos políticos coyunturales nacionales e internacionales. Más allá de entenderlos como hechos independientes, los suelos permiten e impulsan *articulaciones* entre las definiciones conceptuales y los eventos de las cuales surgen, y nos hablan de un ambiente de época en el cual encaja la definición conceptual. Así, los conceptos

¹² El esquema de las cuatro dimensiones que usamos para acercarnos a los debates puede verse en los anexos metodológicos, al final de este trabajo.

se enlazan a un momento, al que pertenecen, y no antes, ni después. No se les puede entender como conceptos políticos polisémicos si se los desacomoda de su temporalidad. En ese sentido, la actualización de los debates que seguimos está relacionada con fenómenos políticos que ponen en juego y en disputa la definición de los conceptos y genera lo que hemos denominado *picos interpretativos* en los que es posible ver un aumento de las producciones dedicadas a estos debates luego de acontecimientos concretos.

Los *picos interpretativos* son momentos críticos en la democracia colombiana y latinoamericana en los que los conceptos son cuestionados y exigen su redefinición. Momentos en los que, también, aumenta la fricción política y los lenguajes que se involucran en ella. Es en estos *picos* en los que el concepto político polisémico de populismo se revela como puramente epocal, radiográfico de un momento, vinculando su definición a hechos que lo requieren para definirse y redefinirse. Estos *picos* se sostienen sobre acontecimientos políticos, pero no son lineales y, por el contrario, terminan por *plegarse* unos con otros. Los debates en torno a las definiciones conceptuales son resultado de un hecho, pero este obliga a retroceder sobre eventos que parecían estables para interpelarlos y definirlos. Es en esa ida y vuelta, de *picos y pliegues*, que el esfuerzo conceptual significa y resignifica los hechos. Así, por ejemplo, definir el populismo de los años setenta en el país tras el *pico interpretativo* de las ajustadas elecciones presidenciales de 1970, obligó a *plegarse* sobre acontecimientos de décadas atrás y redefinir fenómenos como el de Jorge Eliécer Gaitán y el gaitanismo de la década de 1940.

b. En esta investigación, los *contextos de debate* remiten a los supuestos académicos y teóricos sobre los que se forman las conceptualizaciones de populismo y su variante el neopopulismo. Buscamos pensar cuáles son las temáticas que se trabajaban en los debates por las definiciones y cuáles son sus referencias intelectuales tanto nacionales como latinoamericanas. Es importante aclarar que, al estudiar publicaciones de la historia, la sociología y la ciencia política retomaremos elementos particulares del recorrido que estas disciplinas han seguido en Colombia y de qué manera se vinculaban a las discusiones conceptuales que nos atañen. Para la primera década del siglo XXI, además, profundizaremos en el campo periodístico, terreno en el que los mismos intelectuales publicarán artículos y columnas de opinión que ampliarán el debate. Desde la historia de los lenguajes políticos los *contextos de debate* adquieren una particular importancia pues texto y contexto se mezclan para intervenir mutuamente e incluso resignificarse. El texto interactúa con el contexto y lo construye tanto simbólicamente como materialmente.

En fin, el contexto al que aquí nos referimos, aquél relevante para la interpretación de un texto, no es algo que exista con independencia de él, sino una suerte de *Umwelt* (el tipo de interacción particular que se establece, en cada caso, entre ambos). Todo texto construye también materialmente su contexto; no es algo separado de éste, sino que participa en él. (Palti, 2009: 15)

Otro de los aspectos que nos interesa delimitar dentro de los *contextos de debate* es la trayectoria de los intelectuales que participan en los debates. Por un lado, prestaremos atención a sus recorridos académicos y por otro a los textos, principalmente libros, en los que expresan sus conceptualizaciones y tejen relaciones y diálogos. Nuestros intelectuales son historiadores, sociólogos y, en menor medida economistas, que ofrecieron una definición conceptual y construyeron desde allí la idea de excepcionalidad pero que, con frecuencia y en un mundo académico colombiano muy acotado, interactuaron entre ellos.

Recuperamos para esta dimensión a Carlos Altamirano quien asegura que, paralelamente a las instituciones “reguladas”, como las universidades, hay espacios informales en los que hay intercambios entre intelectuales que funcionan como “parte de su ambiente”. “Los intelectuales no miran únicamente hacia ese público amplio al que interpelan y del que esperan reconocimiento, sino que necesitan, igualmente del contacto frecuente con sus iguales. En otras palabras, ellos/ellas no miran únicamente hacia afuera, sino también hacia dentro, se juntan, forman grupos en que interactúan unos con otros” (Altamirano, 2013: 126).

Para el interés de esta investigación, además, resulta fundamental que estos *contextos de debate* sean estudiados minuciosamente cuando se refieren a las experiencias políticas que, desde Colombia, se presentan como lo que denominamos *casos espejo* sobre los cuales miran y *reflejan* la experiencia colombiana para entenderla como diferente. En este trabajo nos concentraremos en las referencias que, en los trabajos del siglo XX, se hacen a Argentina y Juan Domingo Perón y, en el siglo XXI, a Venezuela y Hugo Chávez. Ambos son los puntos paradigmáticos de populismo sobre los cuales los intelectuales enfrentan la experiencia colombiana para exponer la excepcionalidad.

c. La tercera dimensión a la que prestaremos particular atención son las *paradojas al interior de la definición conceptual* y que, inspirados por la idea de aporías en Rosanvallon, hacen parte de la naturaleza polisémica y controversial de los conceptos políticos. Las paradojas son notables

en los debates por los conceptos en la segunda mitad del siglo XX colombiano en la relación entre populismo y violencia. Los primeros trabajos que intentan dar con una definición de populismo, en la academia colombiana, despuntando la década de 1970, consignan de manera directa un vínculo entre este concepto y los enfrentamientos armados, relación que se mantendría vigente en los estudios posteriores. Con frecuencia el resultado de los análisis conceptuales dibuja una sin salida paradójica: si bien el pueblo se muestra frustrado por la imposibilidad del populismo para acceder al poder y recurre a la violencia, es esa misma violencia la que es tomada como herramienta para imposibilitar la expresión democrática. Los lenguajes políticos que usan los intelectuales para definir sus conceptos se ven afectados allí cuando en Colombia se vuelve frecuente el uso del término para equipararlo con momentos de derramamiento de sangre primero y con la simple demagogia después. En el siglo XXI, con la llegada de Álvaro Uribe al poder y la presencia de Hugo Chávez en Venezuela, las paradojas surgirán al definir a dos políticos en las antípodas bajo un mismo concepto, lo que tendrá consecuencias en su transformación hacia una categoría descriptiva. Encontrar las huellas de las *paradojas* constitutivas de los conceptos en el presente estudio requerirá de una lectura que explicita no solo las definiciones ofrecidas por los autores sino el sustento intelectual y político en el que están basadas. En varios textos, como veremos a partir del Capítulo II, los científicos sociales colombianos expresan abiertamente su pertenencia a grupos con intereses políticos.

d. Por último, seguiremos las huellas de lo que hemos denominado *articulación dependiente* de las definiciones conceptuales, o cómo los debates construyen un vínculo entre los conceptos sin el cual se hace imposible explicar la naturaleza política de estos. Ese vínculo, por momentos, es de dependencia; en otros, de subordinación. En el caso del populismo, el neopopulismo y su relación con la violencia en Colombia, la relación va más allá de las contradicciones y las paradojas y termina por construirse entre ellos un binomio inseparable; en otras palabras, en Colombia *paradójicamente* el populismo *no puede definirse* si no se incluye en él la violencia. Esta dimensión tiene una clara inspiración en lo que Maristella Svampa (2016) define como “Campos de tensión”. En ellos se mueven y se transforman diferentes parejas de “categorías” conceptuales de acuerdo con las dinámicas sociales y políticas. Sin embargo, Svampa se concentra en procesos históricos de larga duración (la usa particularmente en los debates sobre indianismo en el que presta particular atención a la dicotomía entre lo indígena y lo campesino, lo rural y lo urbano). “Estos campos de tensión son dinámicos y en no pocas ocasiones se estructuran bajo la forma de

antonomias, que cruzan distintas categorías”, (Svampa, 2016: 32). A diferencia de los pares categóricos enfrentados de Svampa, en esta investigación la *articulación dependiente* no se establece como un “campo” o como un espacio de relación y es más un parentesco conceptual presente en los debates que resulta fundamental para construir la idea de excepcionalidad. Son esas articulaciones interdependientes las que van a ser usadas en los momentos de comparación con otros casos de América Latina.

Pretendo seguir la huella de estas cuatro dimensiones (**a.** suelos de articulación, **b.** contextos de debate, **c.** paradojas al interior de la definición conceptual y **d.** articulación dependiente) en el corpus cuya periodización va de 1970 al 2010.

III. Tres figuras y cuatro momentos

Ahora bien, la propuesta de esta investigación es seguir la huella por la definición del populismo en un grupo de intelectuales y sus textos. Los debates se han periodizado entre 1970, cuando aparecen los primeros escritos científicos sobre el concepto a raíz de las elecciones presidenciales de ese año, hasta el 2010, año en el que termina la presidencia de Álvaro Uribe Vélez. En ese periodo los debates por la definición del populismo en Colombia giran en torno a tres figuras políticas fundamentales. El primero de ellos es Jorge Eliécer Gaitán, líder liberal cuyo asesinato el 9 de abril de 1948 originó la revuelta social denominada el Bogotazo y que profundizó en Colombia el periodo conocido como la Violencia (en mayúsculas). Este enfrentamiento político violento que va de 1946 a 1958, entre seguidores de los partidos Liberal y Conservador, se transformó en punto clave para el posterior surgimiento de las guerrillas campesinas. El hecho de que la Violencia se vincule a una figura como Gaitán -sin duda el mayor referente de las interpretaciones sobre populismo en el país- creó un vínculo entre ambos que se mantiene hasta hoy. En mayúscula, como periodo o en minúscula como concepto político, la violencia es el eje sobre el que se estructura buena parte de la narración historiográfica y sociológica de ese país en la última centuria.

La segunda figura importante, aunque menos presente en los análisis que la de Gaitán, es la del general Gustavo Rojas Pinilla, principalmente en su época como candidato de la Alianza Nacional Popular (Anapo). Si bien Rojas Pinilla gobernó en dictadura a Colombia entre 1953 y 1957, su etapa como candidato presidencial a finales de la década de 1960 y su posterior derrota

en las presidenciales de abril de 1970, es la que intelectuales como Palacios (1971) y Ayala (1995) consideran con mayor frecuencia como su periodo populista. Los debates de las ciencias sociales colombianas alrededor del populismo en Rojas Pinilla construyen además otro vínculo de este con la violencia, pues la pérdida de las elecciones generó un rechazo importante entre los seguidores del partido del ex general. La Anapo denunció fraude y buena parte de los jóvenes que integraban esa colectividad decidieron tomar las armas y formar el grupo guerrillero Movimiento 19 de abril, más conocido como M-19.

Álvaro Uribe Vélez, ya entrado el siglo XXI, es la tercera figura cuyas políticas reavivan la discusión en torno al populismo en las ciencias sociales colombianas y que, además, impulsa la ampliación de los espacios de circulación de los debates de los intelectuales hacia publicaciones periodísticas. Su llegada a la Casa de Nariño en 2002 como un presidente de derecha y su permanencia por dos cuatrienios hasta 2010, en momentos en los que Suramérica tenía una mayoría de presidentes autodenominados de izquierda, reavivó la discusión sobre populismo y su variante el neopopulismo. Allí la violencia aparece como antecedente del proceso populista, entendido como el fenómeno de un líder carismático que se aprovecha del temor a la guerrilla para lograr un triunfo en las urnas. Una especie de neopopulismo a destiempo, también excepcional.

Estos debates sobre el populismo en las ciencias sociales colombianas, además de tomar como referencia a estas tres figuras -Gaitán, Rojas Pinilla y Uribe-; responden a momentos políticos coyunturales, nacionales e internacionales, que impulsan las discusiones en torno a la definición del concepto y descubren su contingencia. Es lo que denominamos, como vimos anteriormente, *picos y pliegues interpretativos*, que son los momentos específicos en los que las ciencias sociales colombianas se mostraron más ávidas a abordar la temática del populismo y en los que la producción alrededor del concepto aumentó considerablemente.

Se observan principalmente cuatro *picos interpretativos*, con sus respectivos *pliegues*, en los que surgen obras que intentan descifrar el populismo en las ciencias sociales colombianas. Uno por cada década conforme al periodo estudiado, que va entre 1970 y 2010. Algunos, más evidentes, pueden ser señalados con su fecha exacta, mientras otros hacen parte del ambiente político vivido en torno a la academia y a la política nacional. El primer pico interpretativo se produce en 1970 como consecuencia de las elecciones presidenciales de ese año en las que fue derrotado Gustavo Rojas Pinilla y la Anapo. El segundo, en la década de 1980 como respuesta a las acciones bélicas

y posteriores negociaciones de paz con las guerrillas, entre ellas el M-19, cuyos principales líderes habían pertenecido a la Anapo. El tercero, en la última década del siglo XX, a raíz de la consolidación de figuras neoliberales en toda Suramérica a las que algunos intelectuales denominaron neopopulistas. Y el cuarto, y último, en la primera década del siglo XXI en respuesta a la llegada de gobiernos progresistas en el continente como Hugo Chávez en Venezuela, Evo Morales en Bolivia y Rafael Correa en Ecuador, que decían ser herederos de los líderes de mediados de siglo XX y reavivaron el debate sobre los viejos y nuevos populismos. Este último pico, además, amplió el espacio de circulación de los debates hacia publicaciones periodísticas, más ávidas por tener a intelectuales que explicaran un concepto que se presentaba como ambiguo e inasible pero que ya hacía parte de la coyuntura.

IV. Invención, excepcionalidad y espejos para ver el futuro que no fue

Bajo esta mirada los debates por la definición conceptual del populismo, y su variante el neopopulismo, en las ciencias sociales colombianas se sostienen, principalmente, sobre tres figuras políticas y durante cuatro décadas y sus respectivos *picos y pliegues interpretativos*. Nuestra hipótesis plantea que es en estos debates en los que se dan los vínculos del fenómeno con la violencia (mayúscula y minúscula) y se “inventa”, desde los intelectuales que participan en ellos, buena parte de la idea de que Colombia es un país anómalo, excepcional en el continente, que *habría podido ser* mejor. Valga la pena aclarar que esa construcción, o *invención* para retomar las palabras de Escobar o de Neiburg,¹³ no está relacionada con ningún tipo de artificio o de generación espontánea; por el contrario, pretende concebir cómo las conceptualizaciones actúan sobre la realidad política y social de un país y, en definitiva, le dan forma.

¿Pero qué es lo excepcional? ¿Cómo definirlo? ¿No hay en el proceso de declararse diferente un esfuerzo por destacarse, a veces con un dejo prepotente y a veces con un lamento lastimero? Para entender la construcción de la excepcionalidad colombiana desde los debates entre

¹³ La idea de invención es recurrente en las ciencias sociales latinoamericanas. El antropólogo colombiano Arturo Escobar escribió en 1998 su libro *La invención del Tercer Mundo*, en el que explica cómo la idea de desarrollo ayudó a la consolidación del capitalismo y a construir la idea o la fábula del tercer mundo. En una mirada más cercana a la nuestra se inscribe el texto de Federico Neiburg *Los intelectuales y la invención del peronismo* de 1988 en el que se analiza cómo el peronismo ha sido un objeto de polémica recurrente en Argentina y de qué forma es tratado como un eje central de las discusiones intelectuales en ese país. En otras palabras, cómo lo intelectuales “inventan” al peronismo en cuanto fenómeno.

intelectuales nos hemos inspirado en la categoría de excepcionalidad de Carl Schmitt (2009 [1922]). Aunque reconocemos que la excepcionalidad en Schmitt está vinculada a momentos considerados especiales en un estado de derecho, su definición nos da luces sobre la performatividad de lo excepcional respecto a la norma. Para Schmitt lo excepcional es lo que no se puede subsumir, lo irreductible, y escapa a toda determinación de lo general. Pero además lo excepcional presupone una exclusión de la normalidad y, a su vez, una institución de la normalidad como un proceso transparente. En el caso de la conceptualización del populismo esta categoría nos ofrece una dimensión particular porque, cuando la excepción lo es respecto al otro homogéneo, al denominar un caso excepcional las construcciones conceptuales se obligan a equiparar los procesos “normales” bajo un mismo estándar y unas mismas características.

Eso, como veremos principalmente en el Capítulo I, adquiere un enorme valor en los debates latinoamericanos que, al definir a Colombia como excepcional, agrupan a los populismos reales bajo unas características que los equiparan y los hacen “normales”. La *normalidad* del populismo, sin embargo, es variable y se transforma con el tiempo pues lo que hacía a un populismo normal en la década de 1960 va a diferir radicalmente de la *normalidad* del populismo en la primera década del siglo XXI. En cada caso el concepto se afianza a sus contingencias y a su época.

Dice Schmitt sobre lo excepcional:

La excepción es más interesante que el caso normal. Lo normal nada prueba, la excepción, todo; no sólo confirma la regla, sino que ésta vive de aquella... Un teólogo protestante, que con su ejemplo demuestra la intensidad vital que puede alcanzar la reflexión teológica aún en el siglo XIX, ha dicho una vez lo siguiente: “La excepción explica lo general y se explica a sí misma. Y si se quiere estudiar de verdad lo general, no hay sino que mirar a la excepción real. Más nos muestra en el fondo la excepción que lo general. Llega un momento en que la perpetua habladuría de lo general nos cansa; hay excepciones. Si no se acierta a explicarlas, tampoco se explica lo general. No se para mientes, de ordinario, en esta dificultad, porque ni siquiera sobre lo general se piensa con pasión, sino con fácil superficialidad. En cambio, la excepción piensa lo general con enérgica pasión. (Schmitt, 2009 [1922]: 20)

Ahora bien, en los debates por la definición del populismo en las ciencias sociales colombianas los intelectuales estructuran esa excepcionalidad siempre respecto a un ejemplo prototípico de populismo o lo que, como vimos, denominamos *caso espejo*, sobre el cual interpretan y *reflejan* la experiencia colombiana para entender sus diferencias. En el siglo XX, en los campos de la historia, la sociología y la economía, el espejo es la Argentina y el primer gobierno

de Juan Domingo Perón. En la primera década del siglo XXI, con mayor presencia de las ciencias políticas y con publicaciones que hacen los intelectuales en periódicos nacionales e internacionales, el espejo para construir la diferenciación es el populismo venezolano de Hugo Chávez. Como veremos a lo largo de la presente investigación esa invención de la excepcionalidad con los *casos espejo* se construyó desde particulares posturas contrafácticas que pasaron a ser frecuentes al interior de las discusiones académicas colombianas. “*No fuimos Argentina*” o “*no seremos Venezuela*”. “*Habríamos podido ser Argentina*” o “*habríamos podido ser Venezuela*”.

V. Un corpus de investigación centrado en las ciencias sociales

En un periodo tan amplio, de cuatro décadas, es importante delimitar las características de aquellos escritos de intelectuales que hacen parte del análisis. De acuerdo con los cuatro *picos interpretativos* que impulsaron los debates podemos definir el cuerpo de obras a estudiar. En las últimas tres décadas del siglo XX, entre 1970 y el 2000, analizaremos las obras de autores que en Colombia fueron pioneros en la conceptualización del populismo y la violencia entre los que se destacan, en las dos primeras décadas a Gómez y López con su texto *Populismo* (1970), Marco Palacios y su libro *El populismo en Colombia* escrito en 1971, a Salomón Kalmanovitz con *Economía y nación* de 1985, a Daniel Pécaut con *Orden y violencia* de 1987 y César Augusto Ayala Diago con *Nacionalismo y populismo. Anapo y el discurso político de la oposición en Colombia: 1960-1966* de 1995. Estos textos son fundamentales para el estudio porque, aunque con enfoques muy diversos desde la historia, la sociología y la economía, fueron los que sentaron las bases del análisis del populismo y su vínculo con la violencia en el país y, con frecuencia, son referenciados como sustento de los análisis posteriores. Son estos autores (Palacios, Pécaut, Kalmanovitz y Ayala), a lo largo de la discusión que llega hasta el 2010, los que se mantienen en la primera línea del debate y a los que consideramos como los pilares sobre los que se sostiene la conceptualización del populismo colombiano.

Más allá de los libros, a partir de mediados de la década de 1980, los debates que impulsaron estos intelectuales se hicieron presentes en artículos de revistas académicas de las ciencias sociales colombianas de las cuales escogimos aquellas publicadas en las principales facultades de ciencias sociales de Bogotá y Medellín; así como publicaciones de institutos y centros académicos que tratan la definición conceptual de populismo. Se revisó un extenso listado

de revistas entre 1985 y el 2010 entre las que se destacan de la Universidad Nacional de Colombia las publicaciones *Análisis Político*, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, *Historia* y *Ciencia Política*; de la Universidad de Los Andes las publicaciones *Estudios Sociales* y *Colombia Internacional*; de la Universidad de Antioquia la revista *Estudios Políticos*; de la Universidad Pontificia Bolivariana la *Revista Facultad de Derecho y Ciencia Política* y del Centro de Investigación y Educación Popular (Cinep) la revista *Controversia*. Esto incluye el análisis de más de cuatrocientos números editados de los cuales, entre más de tres mil artículos, poco más de treinta tienen alguna referencia al paso sobre populismo y menos de una docena se presentaron como investigaciones dedicadas al concepto, la mayoría escritos por los intelectuales que sostienen los debates sobre Colombia y su relación con la violencia desde 1970.

Aunque este material parece abundante es importante destacar que, como veremos a partir del Capítulo II y por el avance de las ciencias sociales en la década del 70 y 80, las publicaciones académicas en ese periodo son muy limitadas y lo son aún más los artículos que se refieren al populismo, un concepto que, como hemos insistido fue eclipsado por la Violencia y la violencia.

Para la década que va del 2000 al 2010, el debate en el que se mantienen presentes Palacios, Pécaut, Kalmanovitz y Ayala se amplía con la aparición de, entre otros, el texto *Álvaro Uribe o el neopopulismo en Colombia* de Cristina De La Torre en 2005 y de *Del populismo al neopopulismo en América Latina* de Luis Guillermo Patiño en 2007. Además, el *espacio de circulación* de la conceptualización se extenderá a las revistas de las ciencias políticas y de relaciones internacionales. Esto nos permitirá seguir las huellas del renovado interés por la discusión que intenta definir al populismo tras la llegada, por un lado, de Álvaro Uribe en Colombia, y por el otro del autodenominado Socialismo del siglo XXI en Venezuela. En este periodo, también, ocurre un interesante desplazamiento del lugar en el que se dan los debates cuando los intelectuales que participan en ellos aumentan su presencia en las publicaciones periodísticas con artículos en diarios de circulación nacional y revistas. Allí nos centraremos en sus esporádicas columnas de opinión, sus artículos de coyuntura y sus entrevistas en los dos diarios nacionales de Colombia: los periódicos *El Tiempo* y *El Espectador*, además de la revista *Semana*, la web *Razón Pública* y un par de textos publicados en el periódico español *El País*.¹⁴

¹⁴ Vale la pena aclarar que, aunque el número de escritos es amplio, me centraré única y exclusivamente en aquellos artículos que tratan sobre el populismo o el neopopulismo y su vinculación con la violencia. Publicaciones que, desde la definición de los conceptos, planteen el caso colombiano como excepcional (o no) en el ámbito latinoamericano.

A ese corpus se le suma, durante las cuatro décadas, el estudio de los textos pioneros en la definición del populismo en las ciencias sociales de América Latina que, además, vieron el caso de Colombia desde afuera como un proceso excepcional, y sobre el que se inserta, posteriormente, y se nutre, el *contexto de debate intelectual* colombiano. Más que considerar a estos pioneros como influencia del debate colombiano (lo que nos acercaría a una postura de la historia de las ideas de la que nos sentimos distante) veremos en ellos la construcción de un populismo colombiano anómalo desde los análisis de Germani, Di Tella, Cardoso, Faletto, Laclau, O'Donnell, De La Torre, Roberts y Zermeño, por nombrar un puñado de los más destacados.

VI. Antecedentes: debates en la esquivada búsqueda para definir el populismo

La discusión sobre el populismo como concepto elaborado en las ciencias sociales latinoamericanas es amplia y hace parte de un debate que se remonta, al menos, hasta mediados del siglo pasado. El tema se transformó en un núcleo de discusión fundamental -incluso fundacional- para el pensamiento social latinoamericano a partir de las décadas de 1960 y 1970, que asimilaba el concepto como una característica definitoria de la política continental y para algunos, como una especie de extravío en la construcción democrática liberal. Pocos conceptos han tenido tanta disputa por su definición, pero en Colombia el interés ha sido opacado por el insistente propósito de entender las raíces de *su* violencia nacional.

Sin embargo, e incluso con su menor producción científica, las interpretaciones que hay sobre el populismo en Colombia se inscriben por igual en una larga historia de luchas al interior de las ciencias sociales para definirlo en las que resulta frecuente encontrar críticas por su polisemia, su vaguedad e imprecisión, aún cuando los estudios sobre el fenómeno coinciden en definir cuándo nació y cuáles fueron los primeros movimientos denominados populistas.¹⁵ Autores como Ian Roxborough (1984) o Durán Migliardi (2007), plantean, de plano, que lo mejor sería

¹⁵ Dos fenómenos son considerados los padres fundadores del populismo y sus principales referentes, ambos de finales del siglo XIX. El primero de ellos es el movimiento socialista utópico ruso *Narodniki* de la década de 1870 (del vocablo ruso *Narod* / Pueblo / Nación) que tenía cierta actitud de cercanía con los más humildes y afirmaba que los gobiernos deberían adaptarse al pueblo tal cuál es con sus necesidades más cotidianas. El segundo es el *Partido del Pueblo*, de mediados de la década de 1890, en Estados Unidos, compuesto en su mayoría por granjeros que buscaban una ampliación del espectro político de aquel país.

descartar al concepto por ambiguo e inasible. Ernesto Laclau (1986), aseguraba que el populismo era visto tradicionalmente como un concepto que era al mismo tiempo movimiento e ideología y entendía que “a la oscuridad del concepto empleado se une la indeterminación del fenómeno al que se alude” (Laclau 1986: 165) lo que ha llevado con frecuencia a utilizar el término de una forma típicamente intuitiva. María Moira Mackinon y Mario Alberto Petrone (1998), resumen esa “inexactitud terminológica crónica” del concepto como una lucha que ha terminado por difuminar una variedad de fenómenos y que sirve de sombrilla por igual para “movilizaciones de masas (de raíces urbanas o rurales) elitistas y/o anti-élite, a partidos políticos, movimientos, ideologías, actitudes discursivas, regímenes y formas de gobierno, mecanismos de democracia directa (referéndums, participación), dictaduras, políticas y programas de gobierno, reformismos, etc...” (Mackinon y Petrone, 1998: 11). Los autores se valen de un símil utilizado por Isaiah Berlin para recordar que él explicaba al populismo como un concepto tipo *zapato de la cenicienta* para el que existían muchos pies, pero pocos le calzaban.

Su pluralidad, sin embargo, no ha llevado al populismo a su desaparición como índice de experiencia y, por el contrario -y por su misma polisemia- se mantiene más activa que nunca la discusión que pretende asirlo como un concepto político que se presenta como esquivo. Aunque parezca paradójico es justamente al usarlo para definir situaciones diversas, en ocasiones incluso contradictorias, cuando su significado sociopolítico aumenta.

Como ampliaremos en el Capítulo I, el populismo se ha desplazado conceptualmente de manera incesante por América Latina para interpretar acontecimientos sociales y políticos de las más heterogéneas características pero que parecen tener ciertos rasgos comunes como el tipo de liderazgo carismático, la incorporación de demandas populares a la política y un interés de fortalecer el papel del estado tanto en lo económico como en lo social. A finales del siglo XX se empezó a utilizar la variación conceptual de *neopopulismo* para definir las características de algunos liderazgos de derecha que se asentaron en el continente. Posteriormente, ya entrados en el siglo XXI, regresó la calificación de populistas -a secas- para gobiernos progresistas que, en remembranza a los populismos clásicos, se arroparon bajo la propuesta de un socialismo del siglo XXI encabezados por Hugo Chávez (1999 – 2013) en Venezuela, Evo Morales en Bolivia (2006 – 2019) y Rafael Correa en Ecuador (2007 – 2017).

De la extensa biblioteca en torno al populismo latinoamericano, su conceptualización y sus protagonistas, en esta investigación centrada en los debates por el concepto y la invención de la excepcionalidad, reconocemos varios antecedentes que, además, ayudaron a delimitar y definir nuestro objeto de estudio. El primero es *Los intelectuales y la invención del peronismo* de Federico Neiburg, publicado en 1988 y cuya categoría de “invención” resultó esclarecedora. En ese texto se analizan e interpretan las discusiones sobre la definición del peronismo que el autor considera centrales para la academia argentina. Tomando textos canónicos de las ciencias sociales de este país, Neiburg insiste en que los intelectuales han participado “activamente” no solo en la interpretación del peronismo sino en la “fabricación” del mismo, mientras se aleja de la separación entre interpretaciones de realidad y la realidad que es interpretada. En últimas, el texto reflexiona sobre “la relación constitutiva entre ‘representación de la realidad’ y ‘realidad’ y, más específicamente, sobre la relación constitutiva entre la génesis social de los intérpretes de la realidad, de sus interpretaciones y de sus objetos” (Neiburg, 1988: 16).

Sobre la relación entre intelectuales y definición nacional nos es cercano el libro de 2016 *La paradoja uruguaya. Intelectuales, latinoamericanismo y nación a mediados del siglo XX* de Ximena Espeche. La investigación muestra el vínculo entre los trabajos de destacados autores uruguayos, la definición de algunos de los problemas políticos, económicos y culturales de este país y la idea de Uruguay como una nación viable o inviable. Espeche reconstruye no solo los debates sino la trayectoria de los intelectuales que participan en ellos y la forma en la que estos recorridos terminan por ser sustento de sus diagnósticos sobre la realidad uruguaya y sus propuestas políticas para el futuro.

Sobre debates y populismo fue fundamental el estudio *Debates Latinoamericanos* de la socióloga Maristella Svampa (2016) en el que se hace un recorrido de las tramas en torno a cuatro conceptos, entre ellos el de populismo (también trabaja indianismo, desarrollo y dependencia), en América Latina. Aunque esta investigación se sostiene metodológicamente desde las ciencias políticas y desde la sociología, consideramos enriquecedora la manera en la que está estructurada su reflexión sobre las disputas por la definición de conceptos políticos polisémicos que son de nuestro interés. El texto de Svampa (2016) está dividido en dos partes. En la primera -que es un antecedente directo de nuestro trabajo- hace una reconstrucción histórica por los debates en torno al indianismo, el desarrollo, la dependencia y el populismo. En la segunda parte, la socióloga plantea una interpretación personal de los cuatro conceptos y una actualización de las discusiones

en torno a ellos en América Latina. Aunque la autora no lo hace explícito, su trabajo tiene ciertos vínculos con la nueva historia intelectual.

Otro antecedente aún más cercano a nuestra temática es *Los nombres de lo indecible. Populismo y Violencia(s) como objetos en disputa* de Ana Lucía Magrini. Este trabajo del 2017 tiene varios puntos de contacto con el nuestro, fundamentalmente porque se concentra en un estudio histórico, discursivo y conceptual de dos experiencias: el peronismo en Argentina y el gaitanismo en Colombia. El texto plantea que ambos movimientos influyeron en la interpretación de lo popular en sus países y explora las narrativas que intervinieron en el proceso de resignificación de estas experiencias políticas como asuntos históricos. Magrini toma ambos procesos y los enfrenta para dilucidar de qué forma el peronismo se constituyó como una *presencia ausente* y el gaitanismo, en comparación, como una *ausencia presente*.¹⁶ Al mismo tiempo, desde el análisis de las narrativas, la investigación explora de qué forma las definiciones de peronismo y gaitanismo no solo pretenden tener la respuesta última sobre estos fenómenos sino de qué manera fueron definiendo otros “problemas políticos cruciales”. De qué otros problemas fueron índices, para usar herramientas de la nueva historia intelectual

Si bien la presente investigación tiene elementos compartidos con la de Magrini, pretendemos diferenciarnos en varios aspectos. De un lado, nuestro estudio se acerca a los debates por las definiciones conceptuales y no a las narrativas de las experiencias peronista y gaitanista. Nos centraremos en las discusiones que construyen el concepto de populismo y neopopulismo, su relación estrecha con la violencia y la consolidación de la idea de excepcionalidad. Además, abarcaremos temporalmente las últimas tres décadas del siglo XX y la primera del siglo XXI, en la cual aparecen figuras que las ciencias sociales colombianas definen y disputan como populistas o neopopulistas, principalmente el caso de Álvaro Uribe Vélez (2002-2010).

Nuestro trabajo, a diferencia del de Magrini, no tiene un interés explícito por el modo narrativo de los textos y amplía el corpus hacia revistas y publicaciones periodísticas en las cuales los intelectuales expresan su conceptualización del populismo en Colombia. Y si bien nuestra estrategia no es comparativa, entendemos que un concepto como populismo no puede analizarse

¹⁶ Dice Magrini sobre lo comparativo entre peronismo y gaitanismo como fenómenos populares: “La diferencia fundamental entre ambos casos podría sintetizarse del siguiente modo: peronismo y gaitanismo son formas de fantasmagoría opuestas, el primero es un espectro cuya presencia no se puede destruir, retorna siempre, sume un carácter ineludible, irreversible o indestructible; y el segundo permanece insistentemente como un objeto inasible, retorna siempre pero para dar cuenta de lo que pudo ser o de lo que podría haber sido” (Magrini 2017: 24-25).

de forma aislada y de allí el valor que le damos a la mirada que hacen los autores de los *casos espejo*, en los que se reflejan los procesos colombianos para entenderlos como excepcionales. Argentina en un primer momento y Venezuela después.

En el último lustro otros estudios sobre el populismo en Colombia han buscado una aproximación al debate en torno al populismo, pero se limitan a ser recuentos de las diferentes definiciones del concepto, sin dejar de lado la particularidad de que en ese país las figuras de Gaitán y de Rojas Pinilla (en su época de la Anapo) no pudieron llegar al ejecutivo. Es el caso de *El populismo como concepto en América Latina y en Colombia* de Carlos Antonio Bueno Romero (2013) quien intentó hacer un rastreo historiográfico para construir su propia definición de populismo.¹⁷ Bueno Romero, sin embargo, no profundiza en los debates y se queda en los aspectos que, para él, hacen del concepto un blanco fácil para la “apropiación política oportunista”. Más recientemente vio la luz el libro *Populismo a la colombiana* del filósofo Jorge Giraldo Ramírez (2018), quien hace un recorrido rápido por los trabajos que se han escrito sobre el populismo en Colombia centrándose en los escritos de Álvaro Gómez Hurtado (1970) y de Marco Palacios (1971). En contravía del postulado general que plantea que en el país el populismo ha estado ausente, Giraldo sustenta, desde una enorme elasticidad conceptual, la hipótesis de que en Colombia varias figuras podrían ser catalogadas como populistas, entre ellas Gustavo Petro, Bernardo Hoyos y Álvaro Uribe Vélez.¹⁸

VII. Un recorrido a lo largo de cuatro capítulos

Esta investigación se estructura en cuatro capítulos que van desde las primeras definiciones de populismo en América Latina y los debates generados por estas hasta la conceptualización colombiana que relaciona el concepto con el de violencia y formaliza, a partir de allí, la

¹⁷ Luego de hacer un recorrido historiográfico del concepto, Bueno Romero propone que la “elasticidad” del término degeneró en una apropiación política del concepto por parte de los partidos políticos tradicionales. Para este autor el populismo puede ser interpretado a la luz de diferentes dimensiones: la económica, la social, la política, la histórica e incluso la del liderazgo político. Si aceptamos esta diferenciación podríamos postular que el análisis colombiano más frecuente pasa por el recuento histórico de la época trunca del populismo, inacabado por la imposibilidad de gobiernos de Gaitán o el de Rojas Pinilla y, más recientemente, por la crítica al ejercicio político de Venezuela, Ecuador, Bolivia.

¹⁸ Tanto Bueno Romero como Giraldo Ramírez plantean el recorrido de las definiciones de populismo en Colombia como antesala de sus propias conceptualizaciones. Aunque las fechas de publicación de estos trabajos se alejan de la temporalidad de nuestro corpus, resulta pertinente reseñarlos como los esfuerzos más recientes en los debates de definición conceptual en los que aún son evidentes los vínculos entre el populismo y la violencia.

excepcionalidad respecto a otros países del continente. En cada capítulo, además, ampliaremos las herramientas que son el soporte teórico y metodológico ligado a la nueva historia intelectual.

El primer capítulo propone un recorrido histórico de los debates latinoamericanos por la definición del populismo desde la década de 1960 hasta inicios del siglo XXI. Más allá del tradicional estado de la cuestión o de un listado de definiciones sobre el populismo en América Latina, del que ya existen buenos y sobrados trabajos,¹⁹ pretendemos seguir aquí el debate desde los estudios canónicos en los que aparece Colombia, vista desde “afuera”, como un caso excepcional. Construimos como eje articulador de este recorrido conceptual lo que en cada caso se define como lo *normal* del populismo para así entender lo que, para estos intelectuales, es la *anormalidad* colombiana. Nos interesa en este recorrido encontrar, además, los estudios pioneros que, posteriormente, hicieron parte del *contexto de debate* de las ciencias sociales colombianas para sus propios estudios sobre populismo y analizar la manera en la que se construyó una conversación entre las primeras definiciones del concepto con los fenómenos considerados ahora como “clásicos” hasta los estudios más recientes que aprovechan un concepto polisémico para interpretar acontecimientos políticos muy disímiles. Seguir este proceso latinoamericano, con las conceptualizaciones de, entre otros, Germani, Di Tella, Cardoso, Faletto, Laclau, O’Donnell o Zermeño, será soporte y vínculo (más no influencia) de los debates en la academia colombiana.

En este capítulo profundizaremos, teóricamente, en la construcción de *conceptos políticos polisémicos*, que expone Reinhart Koselleck; la función de *doble cara* de estos de Quentin Skinner y nuestras dimensiones de *contextos de debate*, como el sustento teórico sobre los que se construyen las conceptualizaciones y la de *suelos de articulación*, que son las problemáticas históricas puestas en juicio a lo largo de los debates y que se ofrecen intrínsecas a los textos.

A partir del segundo capítulo nos centraremos, exclusivamente, en los debates colombianos. Este apartado estudiará -desde 1970 y hasta mediados de la década de 1980- el inicio de los debates por la conceptualización del populismo en estudios canónicos de las ciencias sociales de ese país que definen al fenómeno como un proceso incompleto vinculado,

¹⁹ El análisis del debate por el concepto de populismo en América Latina es amplio y podríamos asegurar, sin temor a equivocarnos, que la definición de este concepto tiene una de las bibliografías más extensas al interior de las ciencias sociales del continente. Aunque en este capítulo nos centraremos en aquellos estudios que señalaron el caso de Colombia como excepcional o anómalo dentro de un fenómeno que parecía equiparar políticamente al continente, reseñamos para el lector interesado en el recorrido del concepto los estudios de Mackinnon y Petrone (1998), Weyland (2004) y Svampa (2016).

irremediabilmente, a la violencia. Es desde allí que se formula el binomio populismo y violencia y se empieza a construir, de forma contrafáctica, la idea de un recorrido político colombiano que *pudo haber sido* mejor. Estudiaremos las primeras conceptualizaciones de Gómez y López (1970), Palacios (1971), Kalmanovitz (1985) y Pécaut (1987) que van de la mano con la idea de que el populismo es un fenómeno no consolidado y al que se vinculan dos procesos de extrema violencia armada: el enfrentamiento partidista entre liberales y conservadores de mediados del siglo XX etiquetado como la Violencia, en mayúscula; y el fortalecimiento de las guerrillas y el surgimiento del Movimiento 19 de Abril (M-19), después de la derrota de la Alianza Nacional Popular.

Teóricamente profundizaremos en la dimensión de *suelo de articulación* desde la idea de *picos y pliegues interpretativos*, así como la categoría de *caso espejo*, para entender cómo la anomalía se construye en la comparación con el peronismo argentino. De igual forma se seguirá la huella de la dimensión de *articulación dependiente* para entender la forma en la que la violencia se convierte en una característica *sine qua non* para definir el populismo colombiano.

El fin de la década de 1980, la última del siglo XX y la primera del XXI serán estudiadas en el tercer capítulo. Se muestra allí, en las ciencias sociales de Colombia, la emergencia de la idea del neopopulismo como el retorno de un concepto polisémico y su vínculo con América Latina, desde la corriente neoliberal. Se estudiarán los textos de Palacios (2000, 2001, 2005) Pécaut (2000, 2003, 2006), Kalmanovitz (1998) y Ayala (1995, 1996, 2006); así como los trabajos de Cristina De la Torre (2005) y Luis Guillermo Patiño (2007) que entienden a Álvaro Uribe como un populismo de derecha incómodo en un vecindario de populismos de izquierda. Entraremos al siglo XXI y a la llegada de los populismos de izquierda de la mano de Hugo Chávez, quien se convierte en el *caso espejo* sobre el cual se reflejará la excepcionalidad colombiana.

En este capítulo se profundizará teóricamente en las dimensiones de *contextos de debate*, con énfasis en los vínculos y trayectorias intelectuales de los académicos, y, al igual que en el Capítulo II, en los *suelos de articulación*, renovados tras el fin del siglo XX y el inicio del XXI. Pondremos particular atención a la forma en la que se consolidan las *paradojas* al interior de la definición conceptual al entender a Álvaro Uribe como un populista que, a diferencia de Gaitán o Rojas Pinilla, si llegó al poder ejecutivo. La violencia, como concepto, no sería entonces un limitante sino un propulsor del populismo.

En el cuarto capítulo se analizará el debate sobre el populismo y su variante el neopopulismo por los mismos intelectuales, pero esta vez llevado a las publicaciones periodísticas, espacio de circulación que masificó y transformó el concepto como noción de uso frecuente en la discusión política cotidiana. Allí el cambio en su uso, al interior de los lenguajes políticos, es evidente pues al intentar abarcar fenómenos tan diversos el concepto se amplifica y deviene con frecuencia en un simple adjetivo calificativo peyorativo. Si bien el concepto empieza a ser producido por la historia y la sociología colombiana hacia 1970, con el salto hacia espacios de prensa nacional de gran tiraje -por parte de los mismos intelectuales que lo trabajaron científicamente- se adquiere una nueva significación que lo dota de una carga política importante y renueva la discusión sobre los procesos populares del momento.

A nivel teórico en el cuarto capítulo abordaremos los *contextos de debate* con énfasis en los *espacios de circulación*, en los que los intelectuales deben modificar su lenguaje académico para llegar a un público más extenso y novato en el tema. Analizaremos también los *suelos de articulación* de la historia política, la fuerza de la coyuntura del *cuarto pico interpretativo*, y el *caso espejo* de Venezuela y el chavismo, que reconfigurará la mirada de la excepcionalidad colombiana, desde una nueva paradoja al enfrentar a dos procesos disímiles pero catalogados ambos de populistas, y con una postura política renovada por parte de aquellos que conceptualizan el populismo en ese país.

A lo largo de estos cuatro capítulos se analizará la forma en la cual la idea de excepcionalidad colombiana se ha “inventado” en parte desde los procesos de conceptualización del populismo, un fenómeno visto con menor interés en una academia centrada en las violencias que atraviesan la historia nacional. El populismo, como un concepto siempre presente, se nos irá revelando en forma de diagnóstico político de época y de preocupaciones sociales que resultan contingentes para el debate. Pero, al mismo tiempo, esperamos que en las hojas por venir sea posible entender un poco mejor de qué forma la creación de nuestra diferencia nacional ha sido un proceso basado en supuestos, con un fuerte arraigo en el recurrente pensamiento de los futuros posibles a los que no llegamos.

Capítulo I

El concepto de populismo en las ciencias sociales latinoamericanas y su mirada sobre Colombia: una anomalía política a contracorriente

“Un área importante de estudio en América Latina es la determinación de cuál será la variedad de populismo a desarrollarse en Colombia, en tanto este país constituye una especie de anomalía histórica en la medida en que el populismo tuvo dificultades para ser aceptado masivamente, a pesar de varias tentativas para lanzarlo”.

Torcuato Di Tella (1973)

1. Introducción

En el prolífico debate por la definición del concepto de populismo en las ciencias sociales de América Latina, Colombia ha sido, en el mejor de los casos, un actor de reparto al que se le cita muy pocas veces y se le analiza aún menos. Como veremos en las hojas por venir, un buen número de académicos del continente que han definido el concepto desde mediados del siglo pasado consideran que los políticos colombianos referenciados como *populistas* -principalmente Jorge Eliécer Gaitán en la década de 1940 y, en menor medida, Gustavo Rojas Pinilla con la Anapo en 1970- representan procesos truncos, incompletos, que no llegaron al poder ejecutivo y por lo tanto no consolidaron lo que, en principio, parecían ser movimientos similares al de Juan Domingo Perón en Argentina, quizá el caso más emblemático de los populismos estudiados. Más adelante, y con el inicio del siglo XXI, en lo que fue considerado un retorno del populismo en la región por las presidencias progresistas, la figura de Álvaro Uribe se etiquetaría como la de un populista neoliberal y anómalo en épocas de izquierda. En pocas palabras, fuera de sus fronteras y en relación con el populismo, Colombia aparece recurrentemente como un caso político *excepcional*.

Al desandar las huellas de los esfuerzos por definir el populismo en nuestro continente es posible reconstruir cómo, desde las primeras conceptualizaciones -históricamente situadas y teleológicas- de las décadas de 1960 e incluso 1970, el caso colombiano es referenciado como

distante de los procesos populistas que parecían ser un estándar político de la región. La etiqueta no es menor si aceptamos que, como asegura Maristella Svampa (2016), el populismo es uno de los tópicos “fundadores del pensamiento político y social” latinoamericano pues sus primeras conceptualizaciones están vinculadas al fortalecimiento de la sociología -y tiene gran impacto en la historia y la ciencia política como campos académicos- y al intento de los primeros maestros de estas ramas en sistematizar y darle un cariz científico a una serie de hechos sociales y políticos para los que parecerían no existir, en ese entonces, categorías disponibles. Pero, además, tales estudios y los procesos históricos definidos como populistas crearon desde allí un vínculo entre Latinoamérica y el concepto que parece indisoluble y perdura hasta hoy.²⁰ Así las cosas, Colombia enfrenta, desde estas interpretaciones, una particular paradoja: ser la *excepción* en una de las principales particularidades de la política latinoamericana. La *excepción* que, para algunos intelectuales, se ubica fuera de los procesos de *normalidad* política regional.

Pero ¿dónde y cuándo se consolidaron los primeros lazos entre América Latina y el concepto de populismo? ¿A qué se refieren los intelectuales cuando utilizan la idea de *excepción* y qué supone esto como modo de constitución de lo que es la *normalidad* en el concepto de populismo en América Latina? ¿Cómo, a su vez, esos debates miraron el populismo colombiano (o su ausencia) “desde afuera” y lo definieron como una *anormalidad*? Este capítulo plantea algunas respuestas posibles a estas preguntas mediante la reconstrucción de los estudios latinoamericanos pioneros sobre el concepto que, más allá del tradicional estado de la cuestión sobre el tema y del que, como vimos, ya hay sobrados y buenos trabajos, pone énfasis en cómo se definió el populismo y qué lugar se le dio allí a Colombia. En el extenso corpus existente sobre el tema en América Latina trabajamos en este apartado con aquellas conceptualizaciones precursoras

²⁰ La idea de que el populismo es un fenómeno de democracias no consolidadas y que ha tenido en América Latina a sus exponentes más prototípicos es frecuente. Un ejemplo reciente lo pone de manifiesto: en los días que siguieron a la posesión de Donald Trump como presidente de Estados Unidos, en enero del 2017, los medios de comunicación de todo el mundo se abarrotaron con análisis sobre las características políticas del nuevo mandatario. Lo etiquetaron con frecuencia de “populista”, en la ya concebida acepción peyorativa que lo iguala a un tipo de discurso demagógico e irresponsable. Un adjetivo calificativo condenatorio. Un columnista de The Washington Post fue más allá y rotuló al nuevo mandatario como “el primer presidente latinoamericano de E.U.”. En su texto en inglés el periodista Ishaan Tharoor, utilizó palabras en español para caracterizar a Trump como “El caudillo yanqui” y sostuvo su argumento en la idea que, del Río Bravo para abajo, la historia política está plagada de líderes que sustentan su popularidad y su ascenso al poder ejecutivo en el personalismo, el autoritarismo, el machismo y el radicalismo. Sus ejemplos pasaban de Simón Bolívar a Hugo Chávez y de Juan Domingo Perón a Rafael Correa. Para el autor, el republicano era la materialización de un fenómeno típico del atraso democrático. Disponible en: https://www.washingtonpost.com/news/worldviews/wp/2017/01/26/trump-is-the-u-s-s-first-latin-american-president/?utm_term=.64d7846943dd [Consultado el 20/07/2019].

en su campo que, en medio de su definición, miraron el lugar que ocupaba la política colombiana en el fenómeno y años más tarde fueron, además, parte del *contexto de debate* académico en las ciencias sociales de ese país para sus propios estudios sobre populismo.

Se recorrerán los debates teniendo como eje articulador la constitución de lo que les resulta *normal* a los intelectuales cuando hablan de populismo. Entender lo *excepcional*, como ya vimos en la introducción e inspirados por la idea de Schmitt, va ligado a la consolidación conceptual de lo *normal*; en ese sentido, miraremos cómo se estructuran las características cardinales de un fenómeno en cada época y, en contraposición, qué o quién no las cumple. El camino conceptual del populismo desde 1960 hasta inicios del siglo XXI analizado en el presente capítulo permite reconocer *tres ejes diferentes* en los cuales se estructura la normalidad del concepto.

Las primeras conceptualizaciones, ofrecidas en los años sesenta y setenta, delimitan normal un proceso populista que accede al poder ejecutivo en países que, como los latinoamericanos, estaban en pleno proceso de modernización. Allí Colombia era anómala porque no había tenido presidentes populistas. En la década de 1980 y 1990 la interpretación de los gobernantes “carismáticos” del neoliberalismo hizo que los debates discutieran un retorno del fenómeno, un neopopulismo, en el que el eje de normalidad del concepto estaba puesto en el carisma del líder y en sus movimientos de apertura económica liberal. En ese momento, aún sin líderes carismáticos destacados, el neoliberalismo en Colombia se entendía como un proceso aceptado por los gobiernos de turno y los partidos tradicionales, y aunque hay una resignificación de sus populismos incompletos de mediados del siglo XX, no hay un análisis de un fenómeno contemporáneo ni mucho menos de un retorno. No puede volver lo que nunca existió. Por último, un tercer momento del debate podría circunscribirse a los denominados populismos de izquierda en la primera década del siglo XXI. Allí, el eje de la normalidad del concepto pasa por la pertenencia de los líderes a movimientos progresistas. Lo homogéneo era la filiación política del mandatario populista. Colombia era de nuevo excepcional porque su proceso político, con Álvaro Uribe, era un anacronismo político neoliberal, de derecha, en la época de Hugo Chávez, Rafael Correa y Evo Morales.

La performatividad de lo anómalo lo es siempre en cuanto existe un caso normal transparente que pasa a ser homogéneo aún cuando lo que se considera normal hoy, puede no serlo mañana. Una vez la *normalidad* mueve sus coordenadas, también lo hace su *excepcionalidad*. A

lo largo de los debates por la conceptualización del populismo en América Latina es posible ver cómo lo que se considera normal para el populismo ha cambiado siempre en respuesta contingente a los acontecimientos sincrónicos que analiza y el concepto político se transforma en una referencia de época ineludible. El populismo es en cuanto fenómeno que explica las crisis políticas que se viven y los *suelos de articulación* sobre los cuáles se sustenta su definición, de allí que el concepto nunca sea estable y muestre los problemas a los que los sujetos se enfrentan en cada momento.

Sin embargo -y aún con su contingencia como concepto político- resulta notorio cómo hay mucho de teleológico en la idea de que la experiencia política colombiana es excepcional pues definir como tal un caso político respecto a otros procesos populistas obliga a establecer un ejemplo prototípico y en la medida en que cambia el eje político que sustenta el proceso, cambia a su vez el proceso que se le opone.

Teóricamente, y para el análisis de los textos que hacen parte del amplio debate, este capítulo profundizará en la definición de *conceptos políticos polisémicos*, que expone Reinhart Koselleck; la función de *doble cara* de estos que ofrece Quentin Skinner y nuestra interpretación de la noción de los *contextos de debate*, inspirada en Palti. De la mano de estos últimos, entendidos como las argumentaciones teóricas y académicas sobre los que se construyen las conceptualizaciones, vinculamos la dimensión de *suelos de articulación* que concebimos como las problemáticas históricas puestas en juicio a lo largo de los debates y que son intrínsecas a los textos. Así, en estas páginas se pretenden resaltar las condiciones de posibilidad que tienen los intelectuales al participar en la conceptualización, expresadas en las coyunturas sociales y políticas presentes tanto en sus análisis como en los soportes materiales por los que circulaban estos. Nos interesa mostrar la relación entre la definición conceptual, el contexto político al que está vinculado y encontrar, si las hay, confrontaciones de ideas entre los autores de acuerdo con los límites que cada uno expresa para etiquetar como *normal* o *anormal* un proceso populista. Será importante también ver el alcance que las obras tienen en sus distintas dimensiones materiales para, como estudiaremos en los capítulos II y III, resaltar su vínculo con las definiciones conceptuales de populismo en la academia colombiana y sus propios *contextos de debate*.

2. Populismo, normalidad y excepción en sus primeros vínculos con América Latina

Si bien los conceptos políticos polisémicos, en palabras de Koselleck, hablan tanto del fenómeno que pretenden explicar como del momento coyuntural que dispara la pregunta por su sentido, el concepto de populismo -que en los debates latinoamericanos ha sido continuamente disputado- resulta particularmente benéfico para develar los *contextos de debates* intelectuales y los *suelos de articulación* de los científicos sociales que lo trabajan.

Dice Margaret Canovan en su influyente estudio *Populism*, publicado en 1981, que existe en cada definición de populismo una huella de la postura política del intelectual que lo construye. De un lado, los que en defensa de las élites sienten aversión hacia lo popular y lo condenan y, de otro, aquellos cuyo idealismo los lleva a resaltar el peso que tiene el “hombre común” en la construcción de poder:

Siempre resulta complejo para el científico social lograr su objetivo de ser un observador indiferente y un analista desinteresado de los eventos que estudia; y existen, además, dificultades especiales en el caso de los movimientos que son hostiles a los intelectuales, como lo han sido muchos de los movimientos generalmente conocidos como populistas. Por lo tanto, las interpretaciones del populismo han sido profundamente influenciadas por los temores de algunos intelectuales que temen no solo a las bases del populismo sino a las actuaciones que podrían salir de ellas, así como, por el idealismo de otros, se ha exaltado la labor del hombre común y sus virtudes más simples. Incluso aquellos académicos menos involucrados con el estudio del populismo se han visto afectados por el surgimiento del populismo en estados democráticos donde las opiniones de la gente común, si se articulan, a menudo resultan ser contrarias a los prejuicios liberales y progresistas de los intelectuales.²¹ (Canovan, 1981: 12)

Al igual que Canovan, el historiador estadounidense Michel Kazin (1995) se pregunta si los debates por definir el populismo no son, en últimas, una forma de definir opiniones políticas. Al estudiar el recorrido del populismo como término al interior de la historia estadounidense desde

²¹ Traducción propia de la cita original: “It is always hard for the social scientist to achieve his aim of being the detached, disinterested observer and analyst of events; and there are special difficulties in the case of movements that are hostile to intellectuals as so many of the movements generally known as populist have been. Interpretations of populism have therefore been deeply influenced by the fears of some intellectuals who have dreaded the grass roots and the appalling things that might crawl out of them, and by the idealism of others who have exalted the common man and his simple virtues. Even those academic commentators less directly involved with populism have been affected by populist upsurges in democratic states, where the views of ordinary people, if articulated, often turn out to be contrary to the liberal and progressive biases of intellectuals” (Canovan, 1981: 12).

el People's Party hasta hoy, Kazin insiste: "Llamar populista solo al People's Party y sus antecedentes es descuidar la potente tradición en la que los insurgentes de fines del siglo XIX agregaron su propia mezcla de miedo económico y celo misionero. También conduce a debates históricos sobre quién es y quién no un verdadero populista, debates que son en últimas solo una forma indirecta de anunciar las opiniones políticas propias"²² (Kazin, 1995: 5-6).

Pero, además, más allá del posicionamiento político del intelectual en su trabajo de significación, la cara valorativa del populismo como adjetivo calificativo tiene un peso negativo con el que pocos líderes o movimientos quieren ser relacionados. Para esta interpretación vale la pena recuperar el análisis de la *doble cara* de los conceptos polisémicos que ofrece Quentin Skinner. Como vimos en la introducción, según el autor, ciertos términos tienen una función valorativa y al mismo tiempo descriptiva de la realidad.

A diferencia de otros conceptos (pensemos en comunismo o socialismo) el populismo descansa todo su peso explicativo en la construcción que de él hacen la academia y los intelectuales. Así, sin nadie que se autodenomine como tal desde la praxis o acepte la etiqueta que otros le endilgan, el concepto ha pasado a ser usado para interpretar los más diversos fenómenos, algo de lo que da fe el debate en las ciencias sociales latinoamericanas.²³ Esa indeterminación terminológica del concepto que para autores como Roxborough (1984) o Durán Migliardi (2007) es problemática no llevó a la desaparición del populismo como índice de experiencia y, por el contrario, su significado creció al pretender explicar diversas situaciones políticas. Desde la década de 1960 el concepto de populismo permitió definir procesos que, consolidados en democracia en América Latina, parecían estar en abierta contradicción con ella.

Es así como, siguiendo a Koselleck, una palabra pasa a ser concepto cuando se carga de contenido histórico y cuando el contexto de experiencia y "significado sociopolítico" pasa a formar parte de su definición. En ese sentido las sociedades y los conceptos tienen una relación estrecha,

²² Traducción propia de la cita original: "To call populist only the People's Party and its immediate antecedents is to neglect the potent tradition to which insurgents in the late nineteenth century added their own blend of economic dread and missionary zeal. It also leads to ahistorical debates about who is or is not a true populist, debates that are just an indirect way of announcing one's political opinions" (Kazin, 1995: 5-6).

²³ La denominación de populistas a diferentes gobiernos latinoamericanos a lo largo del siglo XX y XXI es extensa, y cada vez más amplia. Para profundizar en la dimensión retórica, representativa y normativa del concepto de populismo en referencia a líderes latinoamericanos véase Panizza (2011).

vinculante, y por supuesto en disputa, que es expresada claramente en los debates por el populismo en nuestro continente:

No existe ninguna sociedad sin conceptos en común y, sobre todo, no hay unidad para la acción política. Al contrario, nuestros conceptos se basan en sistemas sociopolíticos que son mucho más complejos que su mera concepción como comunidades lingüísticas bajo determinados conceptos rectores. Una «sociedad» y sus «conceptos» se encuentran en una relación de tensión que caracteriza igualmente a las disciplinas científicas de la historia que se subordinan a aquellos. (Koselleck, 1993: 106)

Uno de los conceptos políticos en común en América Latina, desde la segunda mitad del siglo XX y hasta finales de la primera década del siglo XXI, es el populismo. Es el fenómeno que, como veremos, parece hermanar a las diversas naciones como un proceso que les es inevitable, aún cuando esa misma inevitabilidad sea cambiante. Algunos intelectuales lo sitúan en el tránsito hacia el desarrollo y otros lo exponen como la forma de hacer política por antonomasia. Unos le temen y otros lo abrazan. Todos, sin embargo, insisten en que entre el concepto y la sociedad latinoamericana hay una conexión irreductible de continuidades y rupturas que va y vuelve para dejar su marca en los procesos históricos. Un fenómeno que insiste en su eterno retorno.

2.1 Un antecedente no latinoamericano

Fuera del debate por la conceptualización en las ciencias sociales del continente el vínculo entre populismo -como supuesto proceso demagógico- y América Latina inició su consolidación a finales de la década de 1960. Una búsqueda de los primeros parentescos entre ambos lleva con frecuencia al texto *Populism. It's meanings and national characteristics*, de 1969. El libro (que tuvo una enorme acogida en la región y, como veremos en el Capítulo II, en los primeros debates por la definición del concepto en Colombia) es un compilatorio realizado por el politólogo rumano Ghita Ionescu y el filósofo británico Ernest Gellner que agrupa las distintas ponencias de un simposio que, dos años antes, había hecho un “intento por definir el populismo” en la *London School*

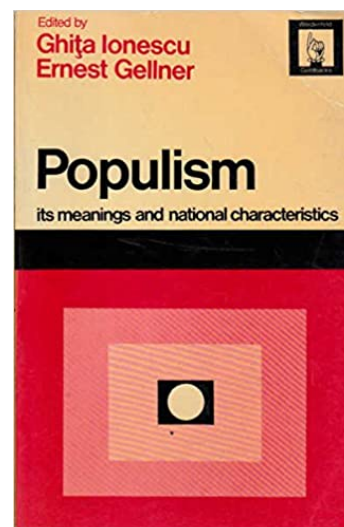


Imagen 1. El libro de Ionescu y Gellner tuvo un fuerte impacto en los debates por el concepto de populismo en A. Latina.

of *Economics*. Traducido para América Latina como *Populismo: sus significados y características nacionales*²⁴ hace hincapié en el carácter peyorativo del concepto. Dicen Ionescu y Gellner en su introducción, parafraseando a Marx:

Un fantasma se cierne sobre el mundo: el populismo. Una década atrás, cuando nuevas naciones emergían a la vida independiente, el interrogante que se planteaba era: ¿cuántas de ellas se volverán comunistas? Hoy, esta cuestión, entonces tan plausible, suena un poco anticuada. En la medida en que los dirigentes de los nuevos estados abrazan una ideología, esta tiende con mayor frecuencia a tener un carácter populista. (Ionescu, 1969: 7).

Con evidentes ecos del periodo de coexistencia pacífica de la Guerra Fría, al cierre de la década de 1960, el texto encuentra en el populismo a un nuevo enemigo de la democracia liberal y, en el capítulo dedicado a América Latina escrito por Alistair Hennessy, halla los ejemplos políticos para hablar de una renovación del concepto. Hennessy, historiador británico experto en Iberoamérica describe al populismo latinoamericano en el texto original en inglés como “*the odd man out*”²⁵ o la *excepción a la regla*, por tratarse de un fenómeno urbano -a diferencia de los populismos campesinos del siglo XIX- que se consolida en movimientos manipulativos en los que “la genuina voz del pueblo tiene pocas posibilidades de hacerse oír” (Hennessy, 1969: 39).

El autor se queja de las dificultades que existen para definir el concepto en América Latina cuyos intelectuales “han creado una confusión semántica al invertir la noción aceptada, si bien el fenómeno que intentan describir se está convirtiendo en cosa corriente en otros países del Tercer Mundo” (Hennessy, 1969: 40). Para el autor, lo que ocurre políticamente en Latinoamérica es que se intentan describir desde la academia las paradojas de la política sin acudir a los conceptos europeos lo que, a su entender, es una búsqueda desesperada por etiquetar como particular una transición que se repite en otras naciones en desarrollo a lo largo del mundo.

²⁴ El libro, traducido y publicado en español por Amorrortu, se divide en dos partes. La primera expone cinco ejemplos de populismo: desde los movimientos históricos de Rusia y Estados Unidos, hasta los novedosos de Europa del Este, África y América Latina. La segunda parte aborda al populismo desde cinco dimensiones: como ideología, como síndrome de deterioro de la democracia, como movimiento político, desde sus raíces sociales y, por último, como concepto político.

²⁵ El término refiere a una especie de “caso extraño”. De excepción particular. El texto en español traduce la expresión como “mosca blanca”, con poco éxito a nuestro parecer.

Para Hennessy, el populismo en el continente es el resultado de un proceso en el que confluye la incapacidad de la clase media para adelantar una “revolución burguesa”, el flujo acelerado de inmigrantes hacia las grandes ciudades, la actitud de los terratenientes para aceptar “nuevos ricos” y la “postergación de la industrialización” (Hennessy, 1969: 42). Los movimientos populistas paradigmáticos en América Latina, según él, son los encabezados por Juan Domingo Perón en Argentina y Getulio Vargas, en Brasil en los que hay resonancias de una relación con el viejo caudillismo militar del siglo XIX. Estos dos países son los que le suscitan mayor reflexión, aunque también aparecen los ejemplos de Cuba -como antecedente de populismo rural con José Martí y sus posturas discursivas antimperialistas- y México, con un populismo de raigambre revolucionario (Hennessy, 1969: 43).

El caudillismo resulta primordial para entender cómo el autor concibe una continuación política -y a su vez conceptual- en los procesos políticos latinoamericanos del siglo XIX y el XX. Para el británico lo que se ve en el continente es una raíz social, histórica y cultural en la que los personalismos (y la antipatía hacia el impersonalismo) se imponen como atributos irrenunciables de la sociedad latinoamericana del siglo XX. El comportamiento político contemporáneo de la región demuestra que esas pautas se mantienen vivas, en particular “la supervivencia del *ethos* del caudillo” (Hennessy, 1969: 47).

El vínculo entre el caudillismo del siglo XIX y el líder populista del XX es clara, según Hennessy, en la admiración persistente por el hombre y líder fuerte y la asimilación de la violencia como “medio legítimo” para introducir transformaciones en la política nacional. Esas características típicas del caudillo del campo, en sus palabras, fueron trasladadas al medio urbano y consolidadas desde el fenómeno populista, en auge en sociedades que están “en la frontera” del desarrollo y en las cuales también pesa la herencia católica:

Otro de los rasgos sobrevivientes es la intensidad de las lealtades personalistas que dieron cohesión al caudillismo rural, en tanto que en las sociedades todavía muy paternalistas sigue floreciendo el complejo del “macho”. El éxito del líder populista depende de la habilidad con que sepa extender la relación patronal y crear un sentido de parentesco entre él y las personas que de él dependen; esto puede llevarse a la práctica, ora por la manipulación de los medios de comunicación de masas -como en el caso del peronismo-, ora mediante estrechos contactos personales -como sucede con Castro-. En cierta medida, la tarea se vio facilitada por el *ethos* predominantemente católico de las sociedades latinoamericanas, en particular su expresión en el catolicismo popular tradicional, donde la relación entre el creyente y el santo complementa la que rige entre el patrón y el dependiente en la sociedad secular. (Hennessy, 1969: 48)

Dos conclusiones de Hennessy en su conceptualización del populismo en Latinoamérica son de alto valor para entender la configuración de los *suelos de articulación* y los dilemas políticos que se ponen en cuestión en las definiciones conceptuales. De un lado, la figura de Fidel Castro, como una especie de líder carismático populista, nos enseña el peso que, para finales de la década de 1960, tenía la revolución cubana en la interpretación de las nuevas vías políticas que encaraba Latinoamérica. El autor equipara -como populistas- al cubano con Perón, personajes tan disímiles en su construcción de liderazgo y en su consolidación como jefes de estado, y crea un hilo vinculante entre las figuras del populismo pasado (argentino en este caso) con la actualidad revolucionaria en boga durante el momento de escritura del texto. El británico insiste en la continuidad de los procesos en América Latina, los simplifica y vuelve de ellos un conglomerado bajo lo que es, según él, un comportamiento típico del “Tercer Mundo”.

Y aquí viene la segunda conclusión que tiene que ver con la influencia de lo religioso, y particularmente de lo católico, en la política continental y en la constitución del populismo. Hennessy insiste en que los liderazgos populistas, además de paternalistas y caudillistas, tienen una herencia de santidad que los políticos aprovechan y de la cual, además, abusan. Latinoamérica es, en fin, un territorio rural y poco desarrollado, que entra a empellones en la modernidad, obnubilada por capataces rezanderos del siglo XX que no proponen cambios radicales al Estado y cuyo paso, transitorio, es más cosmético que de fondo, por lo cual no debería ser un problema para las oligarquías latinoamericanas si es que estas se saben adaptar a los vientos de cambio:

Podemos considerar al populismo urbano latinoamericano como un mecanismo manipulativo para el control de poblaciones marginales, que proporciona un medio de integrar a los migrantes en la vida urbana. Para las clases medias, constituye una manera de hacer frente a las consecuencias derivadas de la urbanización sin los resultados de la industrialización. Como tal el populismo no representa desafío alguno al *statu quo*: las pautas de trabajo no sufren perturbación; la intelectualidad entrenada en las letras y el derecho no necesita aventurarse en nuevos campos especializados; se sigue otorgando preferencia al manejo del lenguaje y de la gente sobre el manejo de las cosas. (Hennessy, 1969: 48)

Siempre siguiendo a Hennessy, la particularidad del fenómeno latinoamericano pasa por la apropiación de una categoría que hasta entonces parecía eminentemente rural para convertirla en un concepto que designa un proceso de liderazgo caudillista y urbano. Aunque el populismo latinoamericano difiere de otros por el espacio en el que se desarrolla (la ciudad) y por el

personalismo de sus dirigentes, el autor espera que en las décadas por venir del siglo XX esta variante política siga el camino que tuvo el populismo rural en Rusia: “donde una intelectualidad alineada proveniente de las clases media y superior buscó en la abatida población rural la clave para la salvación política y la regeneración nacional” (Hennessy, 1969: 47).

Ese capítulo dedicado a América Latina en el compilatorio de Ionescu y Gellner, además de pionero en su mirada al concepto en la región desde “afuera”, resume varios elementos de lo que se convertiría desde entonces en aspectos clave del vínculo entre populismo y Latinoamérica. Se entiende así que el fenómeno es típico de naciones *subdesarrolladas*, con líderes *personalistas* que se aprovechan de un electorado *inocente y poco formado* y que una vez en el poder *manipulan* al Estado. También un proceso irresponsable en lo económico. Si aceptamos la propuesta de Skinner con su dimensión de *doble cara de los conceptos*, el británico en su definición delimita las características del proceso latinoamericano mientras, paralelamente, lo evalúa y lo transforma en un adjetivo calificativo que desde entonces entrará al lenguaje político para tomar, con el paso del debate, cada vez más fuerza.

¿Dónde y cómo entra Colombia en este panorama? ¿Cómo lo lee Alistair Hennessy? ¿Si el populismo latinoamericano es *the odd man out* o un caso *extraño* respecto a la *normalidad* de los otros populismos, qué papel juega la nación andina en esa categorización? En la radiografía latinoamericana que emprende el británico Colombia aparece apenas como una referencia tímida. Es una nación que se destaca por dos elementos diferenciadores: un bipartidismo reinante, liberal y conservador, que “monopoliza el poder político” y una oligarquía poderosa que no tendría ningún problema en adaptarse al populismo para defender sus intereses.

Hennessy cita a Colombia en un pie de página al finalizar la siguiente frase: “Si los oligarcas tienen buen olfato y saben ventear el cambio que se aproxima, pueden resistir el temporal acomodándose dentro del marco de las relaciones de dependencia tradicionales” (Hennessy, 1969: 50). La referencia da a entender que Colombia es el ejemplo latinoamericano de cómo las oligarquías se apropiaron o disminuyeron los efectos del populismo. En medio de un fenómeno político que para el autor es específico, históricamente situado y territorialmente delimitado, Colombia es una muestra de particularidad política en el que las élites son más fuertes que las propuestas de transformación. Ahí termina toda referencia o análisis del país. Para aquellos que

quieran profundizar en el tema colombiano Alistair Hennessy remite al texto *Populism and Political Change: the Case of Colombia* del politólogo británico Alan Angell.

El escrito de Angell fue publicado en 1967 y es uno de los primeros textos que estudia las características del populismo en Colombia, aunque, de manera sorprendente y como veremos más adelante, fue pocas veces citado en los trabajos de historia, sociología y economía colombianos. Resulta bastante significativo -y habla del *contexto de debate* académico y de difusión científica en Colombia- que en los trabajos de la década de 1970 y 1980 en ese país se cite a Hennessy, con un trabajo general sobre el populismo en Latinoamérica, y no a Angell, cuyo esfuerzo analítico fue anterior y estaba circunscrito al fenómeno colombiano. Es muy probable que la traducción del compilado de Ionescu y Gellner adelantada por Amorrortu en Buenos Aires en 1969, fuera de más fácil acceso a los intelectuales colombianos que el escrito de Angell, publicado dos años antes en la revista *Sociological Review Monograph* de la Universidad de Keele de New Castle, Inglaterra.

Angell va a ser uno de los primeros intelectuales en referirse al bipartidismo liberal y conservador y a su capacidad de adaptabilidad política como razón fundamental para entender las dificultades del populismo en Colombia. El autor sostiene que los dos partidos tradicionales dominan la escena electoral en ese país y los pequeños movimientos reformistas como el Movimiento Revolucionario Liberal (MRL) de la década de 1950 desaparecen o son cooptados por el binomio político. Según el autor las instituciones políticas tradicionales colombianas y sus élites son lo suficientemente “flexibles” y “adaptables” como para responder al cambio social sin darle espacio a nuevas colectividades reformistas, lo que puede ser “una característica destacable” si vemos el historial que han dejado los “gobiernos con raíces populistas” en el continente (Angell: 1967: 90). La idea de “adaptabilidad” y “maleabilidad” de los partidos tradicionales para absorber los intentos de terceros partidos es la hipótesis de Angell que, como ya vimos, retoma Hennessy someramente en su estudio.

Sin embargo, Angell deja claro que los partidos tradicionales colombianos son mucho más que “simples” instrumentos de la oligarquía pues se sustentan en raíces culturales e incluso religiosas que les permiten tener un apoyo en las clases bajas que no se explicaría si estuvieran guiados estrictamente por los intereses de la élite. El liberalismo y el conservadurismo colombiano, para el autor, son multclasistas y tienen la capacidad de adoptar en sus programas propuestas o “doctrinas populistas” siempre que vean en ellas beneficios electorales.

La caracterización de la escena política colombiana en términos de una pequeña oligarquía dominante y una fuerza populista masiva dispuesta a irrumpir en la vida política del país pasa por alto ciertos aspectos del sistema político que le brinda algún tipo de continuidad y estabilidad incluso en tiempos de cambio social. Quizás la idea de viabilidad expresa con mayor precisión la postura de una estructura de la vida política colombiana en la que la violencia o la amenaza de ella hace parte integral del sistema de negociación política y no necesariamente el símbolo de la revolución social. Así, el proceso político no está monopolizado por las clases altas o la oligarquía, incluso si la participación es ciertamente limitada y diferente de otros procesos asociados con el sistema democrático (Angell, 1967: 88).²⁶

El cierre del texto de Angell pone de manifiesto -aunque no profundiza en ello- un asunto fundamental para entender la política colombiana de la segunda mitad del siglo XX y que Hennessy pasó por alto: la violencia. Es la violencia o la amenaza de ella, en palabras del autor, la que hacía que los partidos tradicionales colombianos se abrieran a incorporar doctrinas de disidentes internos o incluso de movimientos políticos externos. La aprensión a enfrentamientos armados entre la población se constituía en el eje sobre el que se estructuraba la maleabilidad política colombiana. El debate por la conceptualización del populismo en Latinoamérica y mucho más aún las ciencias sociales colombianas profundizará sobre esta característica particular al punto de transformarla en lo que definimos como una *articulación dependiente* sin la cual el fenómeno no puede ser explicado o entendido en ese país. La idea de que la violencia extrema -que no cede y que moldea todo el porvenir del país- lo distancia de sus vecinos latinoamericanos.

3. Un concepto latinoamericano para fenómenos latinoamericanos

Dice Elías Palti (2018) que en la apropiación que se hace de un concepto, en su contingencia y su indecibilidad, en sus reformulaciones y en los lenguajes políticos que le dan forma, estos se revelan como históricos. El populismo es un buen ejemplo. El desplazamiento que su definición ha sufrido en los debates, en los que aún con el influjo de las tesis antiesencialistas -aquellas que interpretan

²⁶ Traducción propia del original: “The characterization of the Colombian political scene in terms of a small dominant oligarchy, and a latent mass populist force due soon to break the surface of political life, overlooks certain aspects of the political system that provide it with some sort of continuity and stability even in a time of social change. Perhaps viability expresses the position more accurately, for given the structure of Colombian political life violence or the threat of violence is an integral part of the system of political bargaining, and not necessarily the harbinger of the social revolution. Thus the political process is not monopolized by the upper classes or oligarchy, even if participation is both more limited and of a different sort from the participation normally associated with a democratic system” (Angell, 1967: 90).

al populismo desde la forma de construcción de lo político más que desde sus contenidos- se mantienen vigentes las tipologías peyorativas, es la narración misma de las coyunturas políticas latinoamericanas y el vínculo del concepto con su época.

Aunque tomamos el caso del texto compilatorio de Ionescu y Gellner y el escrito de Alistair Hennessy como un ejemplo particularmente influyente para entender la relación entre populismo y América Latina -y el escrito de Alan Angell como análisis pionero sobre el fenómeno en Colombia- son las primeras conceptualizaciones realizadas por las ciencias sociales latinoamericanas las que solidifican la idea de que el populismo es un fenómeno propio de países subdesarrollados que tiene amplia presencia en el continente. Esas interpretaciones iniciales entendieron al populismo como un asunto propio de naciones en vía de desarrollo, como una anomalía de la democracia en la que parece imprescindible la demagogia, la irresponsabilidad económica, el liderazgo carismático y la masa disponible y manipulable resultado del desfase causado por la industrialización. Las lecturas *acumulativas* -que van sumando características para adaptarse a la situación histórica que pretenden explicar- tuvieron, a decir de Weyland (2004), un amplio despliegue en el continente por más de dos décadas:

¿Qué tipo de concepto han usado los académicos para definir el populismo latinoamericano? Y ¿Qué tipo de concepto es más útil para este propósito? [...] desde la década de los 60 hasta la de los 80, la mayoría de los autores asumía conceptos acumulativos. Esta preferencia por las nociones de dominio múltiple fue inspirada por las teorías de desarrollo y subdesarrollo prevalecientes, tanto la teoría de la modernización como la de la dependencia tuvieron claras tendencias económico-estructuralistas: ellas asumían que los procesos socioeconómicos moldean y dirigen las políticas. Los conceptos acumulativos de populismo también tenían bases empíricas porque muchas instancias del populismo clásico -que prevalecieron desde los 30 hasta los 60- mostraban este síndrome de atributos determinantes. De ahí que, en ese entonces existían considerables características comunes entre las diferentes cualidades presuntas del populismo. (Weyland, 2004: 16-17)

La construcción del concepto del populismo como un fenómeno inscripto en un momento histórico determinado y en procesos políticos sociales específicos de países como Argentina o Brasil lo tiñó de latinoamericanidad. Allí el caso de Colombia empieza a irrumpir como un fenómeno extraño que no encuentra su espacio, incómodo, que por algunos momentos parece consolidarse y luego queda “incompleto”, vinculado con frecuencia a la violencia. Serán estas conceptualizaciones esencialistas, muy afines a la sociología, que piensan al fenómeno desde los

contenidos de las políticas definidas como populistas y de los líderes latinoamericanos que se consideran prototipos del fenómeno;²⁷ los que les servirán a algunos académicos para construir la primera idea del populismo en el poder como *normal* en el continente y su ausencia como *excepcional*.

Valga decir que la conceptualización del populismo no se detendría allí. Tampoco sería lineal ni homogénea. Las miradas que se oponían a entender al populismo como un proceso históricamente determinado, teleológico y coyuntural lograron un despliegue más amplio a partir de la década de 1980. Esas conceptualizaciones no esencialistas empezaron a asimilar al populismo como un proceso no específico que es parte de la consolidación de la hegemonía y que, incluso, puede llegar a ser la política misma. Allí la *normalidad* y lo *excepcional* cambian de eje y, como veremos, la frontera entre ambos se difumina. En ese sentido las conceptualizaciones no esencialistas prestarán menos atención al fenómeno colombiano como un caso extraño en la política continental. Entre unas y otras miradas más que superación o evolución hay transposición y enlazamiento en medio del debate. El esencialismo va y vuelve y la carga peyorativa, aunque por momentos parece superada, regresa con fuerza en la medida en que el concepto se llena de nuevas experiencias y lo *normal* se define desde nuevos límites. Veamos el amplio recorrido en este debate que se extiende por más de medio siglo.

3.1 Las masas en Gino Germani y la élite en Torcuato Di Tella

La piedra fundacional en una amplia conceptualización, esencialista y acumulativa, acerca del populismo en América Latina, la pone el sociólogo Gino Germani en 1961 con su artículo *De la sociedad tradicional a la participación total en América Latina* en el que proponía una de las primeras lecturas generales del populismo como fenómeno continental. El texto, que aparecería después ampliado en su indispensable libro *Política y sociedad en una época en transición* (1962), buscaba interpretar el cambio de sociedades que experimentan la transición de lo tradicional a lo moderno y la forma en la que las clases populares aspiran a una mayor representación en la política. La palabra “populismo”, que tenía hasta entonces una carga conceptual más cercana a la escena

²⁷ Los prototipos del populismo en América Latina, principalmente Juan Domingo Perón en Argentina en el siglo XX y Hugo Chávez en el siglo XXI, son los que definimos en la introducción como *casos espejo*, en los que los académicos colombianos van a reflejar los procesos de ese país para encontrar sus particularidades.

europea como vimos con Ionescu y Gellner (1969), es evitada por Germani quien propone, en cambio, la categoría de “nacional-popular” para definir a los movimientos sociales políticos en tránsito hacia la modernidad y en particular al peronismo en Argentina como ejemplo paradigmático.

El sociólogo italiano, nacido en Roma en 1911, llegó a la Argentina en 1934 huyendo del fascismo que lo había encarcelado cuatro años antes por sus manifestaciones opositoras al gobierno y esa experiencia lo marcaría profundamente en sus estudios posteriores. Cuando, tiempo después, el movimiento encabezado por Juan Domingo Perón asumió la presidencia del país suramericano, Germani creyó ver rasgos similares entre el peronismo y el autoritarismo italiano y de ahí en adelante sus preocupaciones políticas definirían el rumbo de sus reflexiones sociológicas.

Cuando Germani se enfrentó por primera vez con el problema del peronismo, en los años cincuenta, su tema central de investigación era el autoritarismo moderno, el cual no era para él solo un simple tema de investigación, sino algo mucho más profundo, que había implicado, y todavía estaba implicando, su vida (porque aun estando convencido de la necesidad de un abordaje científico en el estudio de los fenómenos sociales y políticos siempre ha pensado y elaborado sus intereses científicos en estrecha relación con sus experiencias personales directas y con los problemas de su tiempo, o con aquella experiencia de la crisis que ha sido el punto sobresaliente de su vida como investigación) (Serra, 2019: 27-28)

El devenir de Germani como inmigrante y su proceso personal y político en Italia y Argentina se muestra fundamental para entender sus posturas. La relación entre autor y concepto revela hasta qué punto la forma de su pensamiento es histórica pues funciona sobre un *suelo de articulación* en ese espacio territorial y temporal y no antes ni después. Para Elías Palti (2009) el estudio y análisis de los textos debe tener un eje claro en el vínculo entre lo que dicen sus autores y su contexto, que le es inherente. No se debe quedar ni en lo evidente a primera vista que expresa el soporte material, ni el proceso histórico que conocemos previamente. En definitiva, se debe insistir en sus condiciones de posibilidad, cómo fue posible para un autor decir lo que dijo y qué estaba haciendo al decirlo:

Lo que importa analizar de un texto no son los contenidos explícitos de los discursos, lo que el autor dado dijo (que es lo que tengo inmediatamente a mi vista), pero tampoco aquello que yace más allá de esos contenidos, su causa última, su “contexto externo” (que es algo que el historiador intelectual conocería ya de antemano por otros medios,

como la historia social o política), sino lo que media entre ambos (como un determinado contexto resultó eventualmente en la formulación de determinadas ideas), ese trabajo que es precisamente, el trabajo del texto (Palti, 2009: 16)

En ese sentido, la conceptualización de populismo del sociólogo italiano se vincula al momento social y político que vivía cuando redacta su estudio y a sus propias posibilidades en la formulación de sus tesis sobre el fenómeno.²⁸ Aún cuando Germani encontraba similitudes entre Italia y lo que veía en Argentina -y consideraba autoritarismos tanto al fascismo como al peronismo- el sociólogo reconocía como la primera y gran diferencia entre ambos su composición de clase. Mientras el fascismo europeo estaba sustentado en la clase media y la burguesía, el peronismo se fundaba en importantes sectores de las clases trabajadoras rurales y urbanas.

En 1957 Germani dirigió el primer programa de sociología en Argentina, establecido en la Universidad de Buenos Aires, lo que contribuyó a que se debatieran muchos de los problemas históricos y sociales en clave funcionalista y ayudó a que él mismo lograra un primer desarrollo conceptual sobre el tema de la integración de las masas a la vida política con el texto de 1961. Allí Germani dió el paso definitivo en la categorización del peronismo como un movimiento *nacional-popular* con una fuerte particularidad de diferenciación social, que se nutría de la acelerada ampliación de las peticiones populares y el consecuente desborde institucional. La coexistencia de elementos que pertenecen a una sociedad tradicional mientras se hace el tránsito hacia la sociedad moderna crea lo que Germani denomina “asincronías” típicas de países en vía de desarrollo o de desarrollo tardío.²⁹ Los intentos de superar esos desfases llevan a una movilización de grupos que pasan de ser indiferentes a integrar la vida pública y política muchas veces rebasando los canales institucionales. Al mismo tiempo, los partidos políticos tradicionales son incapaces de responder a las demandas populares y se abre una brecha en la que entran nuevos liderazgos nacionales y populares, algunos de ellos autoritarios. Hay en esos liderazgos, para Germani, rezagos de una

²⁸ Sobre la influencia de Gino Germani en la sociología argentina y la disputa por el significado de su herencia intelectual para el desarrollo de las ciencias sociales en ese país, remitimos al lector al texto de Alejandro Blanco. *Razón y Modernidad. Gino Germani y la sociología en Argentina*. (Blanco, 2006).

²⁹ Para Germani, las asincronías son la verificación de un cambio en la estructura y pueden ser consideradas “consecuencia” o “causa” del conflicto que acarrea el proceso de transformación. “La asincronía [...] es un rasgo general del cambio y como todo fenómeno sociocultural implica, además de la distinción en “partes” o “sectores”, el empleo simultáneo de las tres dimensiones: cultural, social y motivacional. La noción de subdesarrollo surge precisamente en virtud del supuesto de una asincronía sobre el plano geográfico, pero al mismo tiempo ella se extiende a múltiples niveles que se implican simultáneamente” (Germani, 1971 [1962]: 130).

historia política en la que se destacaron los caudillos. Finalmente, sin dejar de lado su interés inicial por lo vivido en su juventud europea, al peronismo lo define como un “autoritarismo no fascista” y advierte que lo “nacional-popular”³⁰ no es exclusivo de Argentina pues se despliega en “todos los países” latinoamericanos:

Estos movimientos ‘nacionales-populares’ han aparecido o están apareciendo puntualmente en todos los países de América Latina, pues en todos ellos el grado de movilización de las capas populares de las áreas marginales dentro de cada país rebasa o amenaza rebasar los canales de expresión y de participación que la estructura social es capaz de ofrecer. Es claro que la situación presenta grandes diferencias de acuerdo con las particulares circunstancias en que el proceso acontece. Es muy distinto en los países en que se trata de pasar de la movilización parcial, ya integrada en formas de democracia ampliada, con respecto a aquella que se da en los países en que dicho régimen jamás alcanzó estabilidad y duración. Y este hecho está relacionado naturalmente con el grado de desarrollo económico alcanzado. (Germani, 1971 [1962]: 210).

Si, como dice Germani, lo nacional-popular aparece o “está apareciendo” en toda Latinoamérica, porque es rasgo definitorio del continente ¿dónde queda Colombia? Aparentemente en ningún lado o, al menos, en uno muy distante. La aparición del país andino en el trabajo del sociólogo es tímida y en su texto fundacional no es más que una cita al paso. En el examen pormenorizado que hace de la situación continental no utiliza ninguna categoría que dé a entender al proceso de ese país como particular y escuetamente se encarga de ubicarlo en su mirada teleológica y ascendente de la “evolución” de la política en Latinoamérica. Germani plantea seis etapas sucesivas al interior del proceso de transición que van de las guerras de liberación e independencia hasta una democracia representativa con participación total³¹ y, según la posición de cada nación se estará más cerca o más lejos de lograr una estabilidad democrática, inclusiva y

³⁰ Germani retoma la categoría “nacional-popular” de Gramsci para consolidar su esquema interpretativo sobre el surgimiento y el desarrollo del peronismo y de otros movimientos políticos en América Latina en la primera década del siglo XX. Otros intelectuales en Argentina como Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero disputarían su uso y el papel de la clase obrera como “masa disponible” para estos movimientos. Para profundizar sobre esta disputa y la influencia de Gramsci en los intelectuales argentinos remitimos a dos trabajos de Carlos Altamirano: *Trayecto de un gramsciano argentino en Peronismo y Cultura de Izquierda* (2001) y el apartado *La revolución de Gramsci en Intelectuales. Notas de investigación de una tribu inquieta* (2013).

³¹ Las seis etapas evolutivas de la transición que propone Germani en su libro son: “1) Guerras de liberación y proclamación formal de la independencia; 2) Guerras civiles, caudillismo, anarquía; 3) Autocracias unificadoras; 4) Democracias representativas con participación “limitada” u “oligarquía”; 5) Democracias representativas con participación ampliada; 6) Democracias representativas con participación total; y, como una posible alternativa a las aludidas formas de democracia: “revoluciones nacionales-populares”” (Germani, 1971 [1962]: 195-196).

moderna. La mirada de Germani sobre Colombia se circunscribe a categorizar el rango democrático. Le adjudica un nivel cuatro en su escala, resultado de la fuerte presencia de la oligarquía en el ejecutivo y legislativo desde finales del XIX: “Y, por último, debe mencionarse a Colombia, que logra también estabilizar un régimen de democracia “limitada” desde fines de siglo, aunque con interrupciones no muy frecuentes”. (Germani, 1971 [1962]: 197).

Germani tiñe de latinoamericanidad a los movimientos nacionales populares, pero no se detiene en ningún caso específico colombiano para referenciarlo de tal forma. Colombia no entra en el radar, no por ser un caso extraño o exclusivo, sino porque simplemente no encaja en su mirada histórica y teleológica del fenómeno. Si bien, como plantea Schmitt, lo exclusivo necesita de la definición de la normalidad para consolidarse como tal, el sociólogo italiano delinea la hoja de ruta que estructura lo normal pero no se detienen en sus anomalías, lo que sí harían los intelectuales que continuarían el trabajo por la conceptualización de populismo a partir de este avance primigenio.

Es el caso de Torcuato Di Tella quien, además de lo expuesto por Germani, y también bajo la teoría del proceso de modernización, involucra en la definición de populismo un deseo de las masas por la resolución de conflictos en corto tiempo, su consiguiente integración y una élite que respalda y promueve esos intereses populares. De los múltiples trabajos de Di Tella acerca del populismo, me concentro acá en *Populismo y reformismo*, publicado en el compilado *Populismo y contradicciones de clase* de 1973. El texto original de este ensayo ya había sido presentado en público en febrero de 1965 en Londres en una conferencia denominada *Obstáculos al cambio* del Royal Institute of International Affairs y, posteriormente, había sido publicado en la revista *Desarrollo Económico* (IDES) de Buenos Aires en 1965.³² Es importante destacar que Di Tella ofreció sus visiones acerca del populismo latinoamericano en Europa en la década de 1960 lo que ayudó a que fuera uno de los autores citados por Alistair Hennessy en su estudio sobre el populismo en América Latina en el libro de Ionescu y Gellner del que hablamos arriba. La circulación de los análisis conceptuales de Di Tella en Europa e incluso en Estados Unidos como referente de los estudios sobre el populismo latinoamericano es mayor que Germani, aún cuando es evidente que

³² El texto fue impreso en *Desarrollo Económico* de abril-junio de 1965, volumen IV, n°16, con el nombre “Populismo y reforma en América Latina”.

fue el italiano el que, interesado por el autoritarismo, arribó primero a la idea de lo nacional-popular.

En el debate, Di Tella se acerca a elementos de Germani desde el concepto de populismo como parte de un fenómeno de naciones en vía a la modernización, pero lo cuestiona en lo que considera vacíos en la teoría del italiano acerca del comportamiento de las masas y aquello que los moviliza. El populismo, para Di Tella, es el resultado de un aumento de las “expectativas” de las masas de países subdesarrollados que no encuentran ni en la democracia liberal ni en los partidos tradicionales una respuesta efectiva a los cambios de la modernización lo que necesariamente genera “un atolladero al subir las aspiraciones muy por encima de las posibilidades de satisfacerlas” (Di Tella 1973: 41). Ese “atolladero” pretende ser resuelto mediante el populismo como movimiento político con fuerte apoyo popular y “sustentador de una ideología *anti-status quo*”, (Di Tella, 1973: 47).

Un aspecto fundamental en el concepto del populismo en Di Tella es la profundización en la idea de que el fenómeno tiene un vínculo estrecho con América Latina. A diferencia de Europa, donde las reformas fueron producidas por partidos liberales y luego contaron con una amplia presencia de los sindicatos y del movimiento obrero, en nuestro continente el proceso reformista es adelantado por el populismo, que parece el único camino abierto para procesar la “revolución de las expectativas”. Con un liberalismo que en Latinoamérica ha perdido su capacidad de agrupación contraria al *status quo* y un sindicalismo que requiere un proceso lento de formación y educación, la oferta del populismo es lo suficientemente contraria al establecimiento y rápida en sus ofertas de transformación para cooptar una masa disponible, ansiosa de cambio. El populismo, que Di Tella reconoce como un término cargado de significados múltiples con connotaciones desdeñosas y que implica “algo desagradable, desordenado y brutal” (Di Tella, 1973: 39), tomará sustento gracias a un líder que ordene a la élite, direcciona a la masa y proponga una “guía”.

Resulta inevitable, en palabras del autor, que algún tipo de populismo se de en todos los países de América Latina y su forma dependerá de la clase de alianza que se consolide entre la élite y el pueblo y de cuál élite toma la decisión de ser opositora al *status quo*. “Esos grupos pueden incluir numerosos elementos de la burguesía, el ejército o el clero o bien atraer sólo a individuos de la clase media inferior, incluyendo los intelectuales” (Di Tella, 1973: 49).

Al igual que Germani, Di Tella concibe como teleológicamente ineluctable la aparición del populismo en el continente. Esquivarlo resultaría imposible para cualquier nación latinoamericana que busque el desarrollo. En ese sentido, a pesar de ser un fenómeno complejo al que se define desde categorías peyorativas, lo mejor que pueden hacer las distintas fuerzas sociales y políticas de un país latinoamericano en la década de 1960 y 1970 es adaptarse:

El populismo es el único vehículo disponible para quienes se interesan en la reforma (o en la revolución) en América Latina. La otra alternativa sería esperar a que la sociedad esté suficientemente desarrollada, por obra de otras fuerzas, y sumarse entonces al partido obrero, organizado y con conciencia de clase que presumiblemente surgiría en esas circunstancias. Pero es difícil esperar tanto. La causa liberal, por otra parte, no es muy atractiva, porque en la etapa subdesarrollada no es posible, y cuando se llega al desarrollo deja de ser reformista. El problema, para quienes profesan valores más universalistas, es cómo adaptarse a las ásperas realidades del populismo. No es tarea fácil. (Di Tella, 1973: 81-82).

Di Tella entiende al populismo en América Latina como un proceso irrefrenable e ineludible en el que la *normalidad* se estructura cuando el líder populista se transforma en presidente. En ese sentido, ¿cómo explicaría el caso colombiano que, hasta ese momento, no registraba un fenómeno considerado populista que hubiese accedido al Poder Ejecutivo? Además, si como remarcaba Germani en su rápida mirada por la historia política colombiana, lo que se destacaba de este país era la fuerza de sus élites y en la conceptualización Di Tella sobre el fenómeno eran justamente las élites las que definían al populismo, ¿cómo podría caracterizarse lo que denominaba *anomalía* colombiana?

Como vimos en el epígrafe del presente capítulo Di Tella insistía en que el populismo llegaría, tarde o temprano, al poder en Colombia e insistía en la importancia de estudiar el tipo de fenómeno que se desarrollaría en el país. Considerar que un Estado latinoamericano no pasara por el proceso populista en su camino de reforma política para incluir las peticiones populares sería, en definitiva, aceptar un desbalance de su propuesta conceptual del populismo como coyuntural y situado territorialmente en el continente. El populismo para Di Tella existe en cuanto fenómeno latinoamericano y por lo tanto Colombia no podría desprenderse de ello ni de esa especie de destino político continental.

Bajo estas coordenadas, en su texto de 1973 Di Tella hace una referencia al populismo “no aceptado” en Colombia en el que considera que la presidencia de Gustavo Rojas Pinilla (1953-

1957) podría acercarse a lo que define como un populismo de “partidos reformistas militares”, cercanos al nasserismo en Egipto, generalmente surgido en países “bastante subdesarrollados” en los que los militares lograron crecimiento económico y reformas sociales sustituyendo a la burguesía. Estos partidos, según el análisis del autor, incluían un amplio sector de la clase obrera (urbana y rural), de la media baja (principalmente intelectuales) y un poco de la burguesía representada en los militares y el clero. En su esquema, la derecha legal y la izquierda ilegal se ubican en la oposición. “El caso de Rojas Pinilla es el que más se acerca al modelo, aun cuando más que nada fue una tentativa breve y sin éxito”, (Di Tella, 1973: 68-69).

En un corto recorrido por la historia política del siglo XX colombiano el sociólogo argentino habla del bipartidismo colombiano, liberal y conservador, como tradicionalista, con un alto control oligárquico que no daba participación de las clases medias y que, con dificultades y tras décadas de violencia, logró cierta coexistencia en la década de 1930. Según su acotado resumen, la aparente calma se destruiría a finales de la década de 1940 lo que llevaría a Rojas Pinilla al poder para buscar el retorno de la tranquilidad bipartidista perdida con el apoyo de liberales y conservadores. A pesar de su vínculo con el bipartidismo reinante, Di Tella le reconoce al general cierta independencia y el interés de fundar una línea política que define como “desarrollista y nasserista”. Sin embargo, el proceso fue corto y no logró su objetivo.

El intento político de Rojas Pinilla vendría en la senda de la formación de un “partido populista” que ya había tenido un antecedente en el país:

Gaitán había intentado antes, sin mucho éxito, la formación de un partido populista (más bien del tipo aprista). Rojas Pinilla trató, con cierta fortuna al principio, de heredar esta tradición y algunos de los cuadros del gaitanismo, así como algunos intelectuales socialistas. Pero la tentativa no produjo en su mayor parte los resultados esperados, por cuanto la oposición por parte de las estructuras tradicionales era demasiado poderosa para superarla. (...) Este régimen se dio en Colombia, por limitado y distorsionado que fuese, y los partidos políticos basados en él eran verdaderamente fuertes y siguen siéndolo. En la actualidad Colombia ha regresado al sistema tradicional de dos partidos, con cambios o adiciones menores. Ninguno de los dos partidos es populista, con excepción de una reducida fracción izquierdista de los liberales, orientados hacia la línea social-revolucionaria. Los adeptos de Rojas Pinilla tienen un partido propio, con escaso caudal electoral. (Di Tella, 1973: 68-69).

Que el texto reeditado de 1973 (publicado, como ya vimos, originalmente en 1965) sostuviera aún la idea de que el partido de Rojas Pinilla tenía un “escaso caudal electoral” resulta, al menos, anacrónico, pues ya se había efectuado el proceso electoral presidencial de 1970 cuando la Anapo estuvo cerca de alcanzar el ejecutivo y derrotar al bipartidismo aglutinado en el Frente Nacional. Aún así se mantenía en pie la hipótesis de que el proceso *rojista* no había alcanzado su objetivo. Era, por lo tanto, un proceso populista incompleto.

Si el populismo, en la conceptualización de Di Tella, aparece como un proceso colectivo en lo latinoamericano pero individual en el desarrollo que se diera en cada caso nacional, lo esperable era que algún tipo de populismo surgiera en las décadas restantes del siglo XX en Colombia. El proceso consecutivo de Gaitán primero y Rojas Pinilla después, le hacían pensar que se estaba consolidando lo inevitable: un partido de raigambre popular que pusiera en cuestión a liberales y conservadores por más fuertes que estos fueran.

La construcción de la *anomalía* colombiana en el autor alcanza un mayor nivel de profundidad y va más allá de la simple categorización como nación ausente en el proceso populista latinoamericano que ofrece Gino Germani. Di Tella, al estudiar el proceso político de aquel país, reconoce como breve y sin éxito el momento populista de la década de 1950 aunque posteriormente tendrá dificultades para explicar cómo las élites colombianas son, al mismo tiempo, un poderío económico y político que no tiene interés de ser cabeza de una modificación hegemónica. ¿Si el papel de las élites es fundamental para la construcción del populismo en América Latina según Di Tella, cómo se explicaría lo acontecido en Colombia? El resultado es una paradoja. Un país cuya fuerza bipartidista “hasta ahora” no ha cedido al impulso de un fenómeno de cambio que en la región es definido como homogeneizador.

Pero, además de dar pasos en la idea de que Colombia representa un caso diferente en el contexto político del continente, la categorización que hace Di Tella de Gustavo Rojas Pinilla y de Jorge Eliécer Gaitán como líderes populistas es pionera. Aún cuando no explica por qué denomina a Gaitán como populista y en el caso rojista construye la tipificación desde generalidades, el hecho de reivindicar a las dos figuras como parte del fenómeno tendrá enormes implicaciones en la construcción del debate en Colombia, años después, en autores como Palacios (1971), Kalmanovitz (1985) o Pécaut (1987). Ambos políticos serían -desde entonces y hasta hoy- los focos principales de la conceptualización de populismo en las ciencias sociales de ese país.

3.2 El populismo desarrollista y la mirada de la dependencia

La conceptualización sobre el populismo en América Latina se intensificó al final de la década de 1960 e inicios de 1970. En palabras de Mackinnon y Petrone (1998), en ese periodo bisagra la llegada de los estudios de la dependencia y un renovado interés por el marxismo terminaron por cerrarle la puerta a las teorías de la modernización y al concepto de populismo como resultado de la demagogia de un líder, la incapacidad de convocatoria de los partidos tradicionales y la “ceguera” de las masas.

Los nuevos marcos teóricos para interpretar las realidades sociales y sus particularidades en América Latina darían un vuelco al entendimiento del comportamiento político. Ese cambio de modelo tiene como eje el intento de responder a la pregunta del desarrollo y a la forma en la que se piensa este después de la Segunda Guerra Mundial, así como, también, al creciente interés por analizar el problema de la inclusión y de la desigualdad en naciones que eran etiquetadas como *subdesarrolladas*. La creación de organismos como la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) en 1949 y, posteriormente, los espacios académicos de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso) en 1957 o el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso) en 1967, con la consecuente inclusión de sociólogos y economistas en ellos, definen las coordenadas del *contexto de debate* de la época y responden a la urgencia de consolidar un marco analítico específico y aplicable a la historia de Latinoamérica como un territorio periférico.

Según Ricardo Bielschowsky (1998), de todos estos organismos fue la Cepal la que abanderó la búsqueda de nuevos esquemas interpretativos.³³ Si bien en la década de 1960 la entidad se concentró en indagar reformas que posibilitaran una mejor industrialización en América Latina y promovió el denominado “desarrollismo”, a inicios de 1970 la inquietud había virado hacia una reorientación de las formas del desarrollo para lograr una mayor “homogeneización social” y una diversificación exportadora. De la interpretación desarrollista se pasó a una crítica desde el

³³ Para Bielschowsky la Cepal “fue el único centro intelectual en toda la región capaz de generar un enfoque analítico que mantuvo vigente por medio siglo”, (Bielschowsky, 1998: 9). Según el autor, el cuerpo analítico construido por el centro de estudios se derivó de un “fértil cruce” entre un método “esencialmente histórico e inductivo” y una referencia “abstracto-teórica propia” (Bielschowsky, 1998: 10). Esta última es la teoría estructuralista del desarrollo periférico latinoamericano. Por su parte, los centros de estudio de la Flacso y la Clacso, dieron cabida a debates académicos en torno a las particularidades del proceso político y económico latinoamericano de mediados de la década de 1960.

concepto de dependencia³⁴ que propugnaba por encontrar una evolución económica autónoma para los países “periféricos” que se distanciara de la influencia de los países “centrales”. Las categorías utilizadas demuestran una fuerte influencia de los estudios del estructuralismo en el pensamiento latinoamericano de la época. En los análisis ofrecidos por la Cepal, el estructuralismo se interpreta como un enfoque que, vinculado a lo histórico, permitía entender los condicionantes del desarrollo en un momento específico. Además, existía, en este postulado, una evidente oferta de emancipación subcontinental desde el marxismo ante el poder de los dos grandes bloques consolidados durante la Guerra Fría y que sería aceptada, durante muchos años, por partidos políticos progresistas y por buena parte de las ciencias sociales latinoamericanas. El núcleo del postulado era superar el rol de “subordinación” al que habían sido delegados los “países en desarrollo”.

Bajo la amplitud de miradas que hicieron parte de la teoría de la dependencia apareció, en 1969, con Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto y su texto *Dependencia y desarrollo en América Latina*, una propuesta conceptual que puso al populismo como una etapa del proceso de cambio hacia la economía dependiente y, a su vez, como una reacción popular frente a alianzas de los grupos dominantes. Para los autores, la dependencia es la relación entre grupos y clases sociales “centrales” y “periféricos” con una situación de dominio que se hace explícita en coaliciones políticas y decisiones económicas. En ese sentido, el “populismo desarrollista” es un sistema de dominación, que en América Latina se extendió entre 1930 y 1960, en el que convivieron propuestas e intereses contradictorios, que se enfrenta posteriormente a las dificultades de la dependencia y finalmente se agota y termina por abrirle espacio a modelos autoritarios y dictatoriales. Al criticar el populismo, Cardoso y Faletto introducen otro factor que tiñe de latinoamericanidad el concepto al caracterizarlo como una respuesta típica de sociedades dependientes y como un proceso político que es incapaz de promover las reformas necesarias para lograr una verdadera emancipación. Los dependentistas postulaban la necesidad de una ruptura

³⁴ Si bien la teoría de la dependencia aparece con frecuencia como un postulado homogéneo, sus raíces descansan en un debate extenso (y no pocas veces contradictorio) de las ciencias sociales latinoamericanas que pretendía responder la pregunta acerca del desarrollo en América Latina y que insistía en el problema no resuelto de la inclusión social, además de pensar las particularidades de un capitalismo desde la periferia, afectado por las potencias centrales. En palabras del sociólogo boliviano Fernando Calderón (2018) -uno de los investigadores de la Cepal en sus primeros años- este pensamiento es resultado también de una obsesión latinoamericana por la construcción de la idea de estado-nación, y una época de particular interés porque la teoría tuviera aplicación práctica. Para Calderón, la revolución cubana de 1959 y el posterior guevarismo influirían considerablemente en la teoría que, ya con la dependencia, insistía en la necesidad de una vía que condujera al socialismo.

radical con los vínculos desiguales existentes entre los países de América Latina y los países centrales. Para los autores el Estado es, en últimas, el impulsor económico del desarrollo interno y de la dependencia externa.

El análisis de Cardoso y Faletto estaba vinculado, principalmente, a los procesos políticos vividos por México, Brasil, Argentina y Chile, durante la mitad del siglo XX que demostraban, según ellos, los límites del populismo desarrollista y sus consecuencias con los procesos políticos restrictivos que se consolidaron en los años siguientes en estos países. Cada populismo tendría unas características de acuerdo con su pertenencia nacional.³⁵ En el caso de Argentina, se consolidó un populismo en una economía de libre empresa en el que el peronismo insistió y profundizó el crecimiento económico -apoyado además en la empresa privada- y, al mismo tiempo, acelerando el ingreso de las masas a la esfera económica, pero también a la social y a la política. Con estos movimientos se “reivindica para el Estado la condición de árbitro de la pugna entre las clases, se le utiliza como virtual mecanismo de redistribución, tanto dentro de la clase empresarial como hacia abajo” (Cardoso y Faletto, 1969: 111). Ese proceso, sin embargo, sufre un agotamiento, cuando la polarización oligarquía-pueblo se revela, en palabras de los autores, como un “encubrimiento” de la “alianza desarrollista”, y los grupos empresariales se reacomodan para canalizar ya no los intereses de sectores populares sino, llanamente, los intereses económicos particulares.

El análisis del caso colombiano, aunque menos detallado que el de los otros países mencionados, también aparece en *Dependencia y Desarrollo en América Latina*. Cardoso y Faletto sostienen la idea de particularidad en la añeja consolidación de las élites burguesas colombianas que aún están presentes en la década de 1950 justo cuando el país parecía encaminado a un proceso de transformaciones que consolidaran un desarrollo económico sustentado. Esos cambios, sin embargo, se vieron frustrados por una fuerte presencia oligárquica y una debilidad de la clase media. Para los autores, el dominio del bipartidismo liberal y conservador en Colombia no es una pugna entre clases sociales ni entre visiones políticas contrarias sino entre sectores de la clase dominante -de grupos comerciales y exportadores- que se remonta a mediados del siglo XIX y

³⁵ Cardoso y Faletto categorizan, con una visión histórico estructural, a los populismos existentes en América Latina desde su caracterización económica. Para los autores, el populismo argentino puede ser considerado en relación con la libre empresa, el de Brasil por su vínculo con el desarrollo nacional y el de Chile por la presencia del estado desarrollista, (Cardoso y Faletto, 1969: 102-123).

cuyo florecimiento no ha sido detenido ni siquiera por los largos periodos de violencia. Ese domino es un “arreglo político” de los dominadores que frenan todo tipo de propuestas políticas alternativas en el periodo que cierra el siglo XIX y le da entrada al siglo XX.

En las décadas de 1910 a 1930 hay una recuperación de la economía industrial, gracias al mercado interno, y una ampliación de la pequeña burguesía, al nacimiento de un pequeño sector obrero y de nuevas clases políticas que, sin embargo, son incapaces de enfrentar la fuerza del bipartidismo que, en últimas, termina por absorber la mayoría de los cuadros políticos más reformistas. Es allí donde estos teóricos de la dependencia recuperan la idea de Gaitán y el gaitanismo como parte de un proceso popular reformador que, por culpa de la fuerza de la oligarquía, quedó trunco:

Típica y trágicamente el gaitanismo va a simbolizar esa situación; la existencia de incipientes sectores medios urbanos y la protesta popular recorren todas las sendas desde la crítica al orden constituido hasta una tentativa violenta y fracasada de lograr su disolución, pasando por intentos de reforma desde dentro, sin alcanzar nunca éxito. La reducida diferenciación relativa de los grupos sociales y el carácter monolítico de las capas oligárquico-burguesas frenan el acceso de los grupos medios al poder e imponen políticamente el pacto oligárquico, sin que del inmovilismo político derive necesariamente el estancamiento económico (Cardoso & Faletto, 1969: 77).

La excepcionalidad colombiana que Di Tella denominó “anomalía” es caracterizada por Cardoso y Faletto en función del escenario económico: “En Colombia, donde, a diferencia de otros países de características semejantes que contaron con un sector significativo de burguesía nacional al que se sumó la presión de grupos medios y de sectores populares, el desarrollo se produjo bajo la dirección y por el empuje predominante del sector burgués que manejó el Frente Nacional” (Cardoso & Faletto, 1969: 77).

El nivel de diferenciación entre Colombia y el resto de América Latina se da no desde la élite como sostenedora del *status quo* político, como lo había expuesto Di Tella, sino desde la fuerza que tenían los burgueses en la toma de decisiones económicas. La élite económica presiona, en palabras de los autores, a la élite política reunida en el Frente Nacional y de este modo la excepcionalidad se construye desde el inusitado poder que logran acumular burgueses en connivencia con los líderes de los partidos políticos y la forma en que ambos construyen un modelo

económico. Esa unión “monolítica” sería el elemento fundamental para la no consolidación de un proyecto populista que alcanzara con éxito el poder ejecutivo en Colombia.

Las conclusiones de Cardoso y Faletto y en general, de la teoría de la dependencia, tendrían un enorme efecto, años después, en los inicios del debate por la conceptualización del populismo en Colombia. La publicación de *Dependencia y desarrollo en América Latina* en la editorial Siglo XXI, con amplio despliegue en el país andino, ayudó a una circulación frecuente del libro entre estudiantes universitarios y analistas económicos. Además, que el debate por la conceptualización del populismo en Colombia iniciara en la década de 1970, cuando la teoría de la dependencia estaba en auge en las facultades de historia, economía y sociología en todo el continente, ocasionó un alto impacto.³⁶

Desde la mirada dependentista también vale destacar el aporte del brasileño Octavio Ianni para quien el populismo aparece en América Latina durante la época en la que se conforma la sociedad de clases, su respectivo interés por el ingreso a la política y la lucha contra las oligarquías. En ese sentido, el populismo latinoamericano “corresponde a una etapa determinada en la evolución de las contradicciones entre la sociedad nacional y la economía dependiente. La naturaleza del gobierno populista (que es en donde se expresa más abiertamente el carácter del populismo) se localiza en la búsqueda de una nueva combinación entre las tendencias del sistema social y las imposiciones de la dependencia económica”, (Ianni, 1973: 85-86). Ianni considera que es allí cuándo aparecen las “masas asalariadas” como un elemento político activo y, transformadas en “masas populistas”, son manipuladas para reestructurar el Estado y, una vez usadas, pasan a un segundo plano o, incluso, desaparecen.

Para este autor, Latinoamérica tuvo una preeminencia de populismo en la primera mitad del siglo XX y en algunos casos este se convirtió en la fuerza política que buscó ser “decisiva para la liquidación del Estado Oligárquico” (Ianni, 1973: 106). Sin embargo, si bien Colombia hace parte de los procesos políticos que intentaron consolidar el populismo en el continente, se quedó lejos de obtener los logros que, para él, sí fueron tangibles en Argentina o Brasil. Así, lo que intentó resolver el populismo, respecto a las “condiciones nuevas para la lucha de clases” (Ianni, 1973:

³⁶ El libro de Cardoso y Faletto, como veremos en el Capítulo II, fue frecuentemente citado como un derrotero teórico para interpretar las realidades políticas de Colombia, un país que encajaba en la idea de territorio periférico dependiente de una potencia mundial. Marco Palacios en 1971 con su texto *El populismo en Colombia* tendría una mirada muy cercana al dependentismo para explicar el fenómeno y Salomón Kalmanovitz en su libro *Economía y Nación*, con una interpretación mucho más crítica, retoma categorías y discute con el texto de Cardoso y Faletto.

123), terminó por radicalizarse en Colombia hacia el avance de la lucha armada. “En gradaciones más o menos acentuadas, el mismo proceso de radicalización ocurrió en otros países (...) En Colombia la violencia oligárquica paso a ser combatida por la violencia revolucionaria” (Ianni, 1973: 124). El brasileño, sin embargo, no habla del caso colombiano como un proceso excepcional y su mirada es apenas panorámica de un caso violento similar al que ocurrió en países como Venezuela o Guatemala.

3.3 Un paréntesis en la normalidad: formas no peyorativas de entender al populismo

Las ciencias sociales latinoamericanas tienen un viraje en la conceptualización del populismo a finales de la década de 1970 e inicios de 1980. En oposición a las miradas esencialistas del concepto, centradas en acontecimientos y personajes políticos puntuales, vinculadas a etapas del desarrollo o a clases sociales específicas, las nuevas aproximaciones estaban dirigidas a entender al populismo desde el plano del discurso y de formación de identidades. Acá, lo que antes era definido como un fenómeno *normal* o parte de un proceso teleológico latinoamericano, es desplazado por una mirada post estructuralista que se concentra más en las formas del fenómeno que en su contenido y, en consecuencia, la idea de procesos anómalos pierde fuerza.

En el centro de las conceptualizaciones sobre el populismo como proceso no esencialista está el filósofo Ernesto Laclau y su extenso proyecto de crear una teoría sobre el populismo que abarca más de cuatro décadas. Sus textos clave sobre populismo definen la evolución de su conceptualización en tres etapas.³⁷ La primera, en 1977, cuando publica en inglés *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo y populismo* en el que entiende al populismo como la “presentación de las interpelaciones popular-democráticas como conjunto sintético-antagónico respecto a la ideología dominante” (Laclau, 1971: 201). En ese sentido -y aún cuando posteriormente se marcó cierto sesgo por la permanencia del reduccionismo de clase-³⁸ el autor pensaba la existencia de dos tipos de populismo: el de clases dominantes (fascismo) y el de clases

³⁷ Sobre el recorrido intelectual de Ernesto Laclau y la evolución de su pensamiento en torno a la democracia y el populismo, remitimos al lector al texto indispensable de Julián Melo y Gerardo Aboy Carles (2014) *La democracia radical y su tesoro perdido. Un itinerario intelectual de Ernesto Laclau*.

³⁸ En el artículo *Repensando el populismo*, Gerardo Aboy Carlés (2004), asegura que en el escrito de Laclau de 1977 perduran ciertos reduccionismos de clase, que resultarían ilógicos para un texto “escrito especialmente para criticar el reduccionismo clasista”, (Aboy Carlés, 2001: 98). Sin embargo, reconoce que criticar este dejó sería “tanto un ejercicio de pedantería intelectual como una forma de ignorar las circunstancias de una obra”. En efecto, el Laclau de finales de la década de 1970 escribe bajo un contexto fuertemente influido por el marxismo.

dominadas (socialismo). Allí, Laclau, insistía además en un vínculo de continuidad entre populismo y socialismo:

En el socialismo [...] coinciden la forma más alta de populismo y la resolución del último y más radical de los conflictos de clase. La dialéctica entre pueblo y las clases encuentra aquí el momento final de su unidad: no hay socialismo sin populismo, pero las formas más altas de populismo sólo pueden ser socialistas (1978: 231).

Para algunos autores este lazo resultaba problemático y sufrió críticas desde el primer momento. Uno de los cuestionamientos más consolidados fue el planteado por Emilio de Ípola y Juan Carlos Portantiero (1981) con los denominados “populismos realmente existentes” en los que insistían en la necesidad de estudiar el fenómeno desde los movimientos políticos específicos para entender cómo se procesan las demandas nacional-populares y cómo se construye el campo de poder. Lo nacional-popular, para los autores, toma forma en medio de una lucha contra otra opción hegemónica. Al tomar el caso del peronismo, De Ípola y Portantiero consideran que el populismo constituye al pueblo a su interés y le niega su pluralidad, al unificarlo y negar la diversidad, contrario a las propuestas socialistas. El fenómeno revela que no existe la continuidad entre populismo y socialismo planteada por Laclau sino, por el contrario, una ruptura evidente en términos ideológicos y políticos. Que mientras el populismo ha recuperado frecuentemente lo “nacional-popular” y al pueblo para reificarlo en el Estado y despojarle sus demandas, el “socialismo a que aspiramos sólo existe como proyecto”, (De Ípola & Portantiero, 1981: 9).

En 1985 Laclau publicó *Hegemonía y Estrategia Socialista* coescrito con Chantal Mouffe. En él se fortalece un segundo período en el que, en la búsqueda teórica para una oferta de radicalización de la democracia, equipara a lo político con la hegemonía, categoría gramsciana que pasa a ser central en su estudio de la mano de la noción de *articulaciones*. Los autores postulan en este texto que es la exclusión lo que da sentido al vínculo político y es a partir de este que se consolidan las lógicas de equivalencias para construir identidades colectivas. La objetividad se formaría a partir de las articulaciones de discurso y no se puede hablar de identidades políticas preconstruidas.

Sin embargo, el giro interpretativo propuesto por el autor tendría una tercera etapa en los albores del siglo XXI con *La razón populista*, obra publicada en 2005, en la que insiste en el

populismo como un proceso contingente entre dos espacios antagónicos, pueblo y poder, que puede concebirse, incluso, como la política misma.³⁹ Laclau propone hacer un viraje interpretativo:

Invertir la perspectiva analítica: en lugar de comenzar con un modelo de racionalidad política que entiende al populismo en términos de lo que le falta –su vaguedad, su vacío ideológico, su anti intelectualidad, su carácter transitorio- hemos ampliado el modelo o la racionalidad en términos de retórica generalizada (la cual, como veremos, puede ser denominada “hegemonía”), de manera que el populismo aparezca como una posibilidad distintiva y siempre presente de estructuración de la vida política. Una aproximación al populismo en términos de anormalidad, desviación o manipulación es estrictamente incompatible con nuestra estrategia teórica, (Laclau 2005: 27-28)

En las diversas etapas del pensamiento *laclausiano*, América Latina aparece como un referente ineluctable, siempre en forma de ejemplificaciones de su proyecto teórico, aún cuando, ya para su última etapa, considera que el populismo es definitivamente una categoría ontológica y no óptica: “es decir, su significado no debe hallarse en ningún contenido político o ideológico que entraría en la descripción de las prácticas de cualquier grupo específico, sino en un determinado modo de articulación de esos contenidos sociales, políticos o ideológicos, cualesquiera que ellos sean” (Laclau, 2005: 53). En ese sentido, y aunque escribe buena parte de sus textos en Europa donde estaba radicado primero como estudiante de doctorado en Oxford desde 1968 y posteriormente como profesor de la Universidad de Essex en Inglaterra hasta el fin de su vida,⁴⁰ son frecuentes las referencias al peronismo argentino a lo largo de su trabajo o incluso al varguismo en Brasil. Sin embargo, un análisis profundo del tema colombiano no aparece en ninguno de sus tres textos principales sobre populismo. Solo en el pionero *Política e Ideología*, y mientras examina la presidencia de Hipólito Irigoyen en Argentina, nombra al paso la experiencia

³⁹ En un artículo de 2009, Laclau insistirá en la idea de que populismo y política terminan por ser categorías sinonímicas. “Si el populismo consiste en la postulación de una alternativa radical dentro del espacio comunitario, una elección en la encrucijada de la cual depende el futuro de una determinada sociedad, ¿no se convierte el populismo en sinónimo de política? La respuesta sólo puede ser afirmativa. Populismo significa cuestionar el orden institucional mediante la construcción de un pueblo como agente histórico -es decir, un agente que es otro en relación con el orden vigente-. Pero esto es equivalente a lo político”, (Laclau, 2009: 68-69)

⁴⁰ Ernesto Laclau nació en Buenos Aires, Argentina en 1935. Estudió filosofía y letras en la Universidad de Buenos Aires y en 1968, luego de ser profesor de la Universidad Nacional de Tucumán e investigador del Instituto Di Tella, aceptó la invitación del reconocido historiador Eric Hobsbawm para realizar un doctorado en Oxford. Aunque sus primeros intereses académicos doctorales estaban enfocados en la historia económica lentamente se desplazó hacia la teoría política en la que, años después, tendría un reconocimiento internacional.

presidencial de Alfonso López Pumarejo⁴¹ como parte de un grupo de “reformadores de clase media en América Latina” (Laclau, 1978: 214) no populistas, que integran partidos liberales, pero buscan aumentar su hegemonía con discursos que van más allá de lo puramente liberal:

Es precisamente esta violación a la regla de la separación de estilos lo que el liberalismo oligárquico vivió como un ultraje (...) ¿Estamos, en consecuencia, frente a una experiencia populista? Me parece evidente que no. El rasgo más notable del discurso político de Irigoyen, como por otra parte, de otros reformadores de clase media en América Latina durante este periodo -Batlle y Ordoñez en Uruguay, Alesandri en Chile, Madero en México, Ruy Barbosa en Brasil, Alfonso López en Colombia-, es, sin duda, la creciente presencia de elementos popular-democráticos en el mismo; pero estos elementos permanecen, sin embargo, en un mero nivel emocional o retórico, y no se articula como totalidad coherente opuesta a la ideología liberal. (Laclau, 1978: 214)

Como resulta claro, Laclau en este periodo no ve en Colombia ningún tipo de anomalía ni de particularidad. No podría verlo si aceptamos que su proyecto no busca la constitución de una *normalidad* históricamente situada a la que tendría que anteponerle una *excepcionalidad*. Esto implica, como lo veremos más adelante en las miradas sociológicas, peyorativas e históricamente situadas de las ciencias sociales colombianas, que son estas últimas las que encuentran con mayor facilidad la idea de normalidad y excepción en base a tipos ideales de procesos políticos transparentes y aquellos que se le oponen, lo que representa al mismo tiempo una discusión sobre la manera en que la academia aborda los procesos políticos existentes.⁴²

A su vez, vale la pena señalar que Laclau insiste en la fuerza de la oligarquía colombiana, encausada desde el bipartidismo liberal y conservador, como una característica política fundamental para entender el devenir político de ese país en función de las posibilidades del populismo. Es justamente en ese periodo de finales de los setenta que el debate conceptual aparece esa fuerza “monolítica” de las capas oligárquicas, que ya habían señalado Cardoso y Faletto, y antes de ellos Di Tella y Germani, como núcleo característico colombiano, aunque no exclusivo.

⁴¹ Alfonso López Pumarejo fue presidente de Colombia por el Partido Liberal en dos oportunidades y fue el único mandatario del país en ser reelecto en el siglo XX. Su primer periodo va de 1934 a 1938 y el segundo de 1942 a 1945, con una licencia entre noviembre de 1943 y mayo de 1944, tiempo en el que estuvo en Estados Unidos acompañando a su esposa a un tratamiento médico.

⁴² Agradecemos la reflexión y los comentarios de la Dra. Ariana Reano sobre este punto, que nos iluminó la forma en la que el caso colombiano, visto como excepción frente a procesos definidos como normales, representa también una discusión epistemológica de los procesos que plantean definir conceptos políticos polisémicos. Sobre este tema ampliaremos en los capítulos II y III.

3.4 El *retorno* del populismo en épocas neoliberales

Conceptualizaciones como la de Ernesto Laclau, que suponen entender al populismo como un proceso no esencialista, coinciden temporalmente con el surgimiento de una mirada de las nuevas formas políticas de la economía neoliberal como un “retorno” del fenómeno clásico. De esta manera la trayectoria del concepto va a marcarse por el ascenso de gobiernos que insistían en la apertura de los mercados y la disminución del control estatal como el camino para el crecimiento nacional. Así, a finales de la década de 1980 se empezó a utilizar la palabra *neopopulismo* para categorizar a presidencias personalistas que incluían entre sus reformas económicas y sociales un marcado acento neoliberal. En el centro de esta nueva apropiación y variante conceptual estaba la presencia del líder carismático y sobre este eje giraban las coordenadas que estructuran una nueva *normalidad* del populismo: es el líder carismático una condición *sine qua non* para que el populismo pueda ser llamado como tal.

El texto *El regreso del líder: crisis, neoliberalismo y desorden*, del sociólogo mexicano Sergio Zermeño (1989), representa una de las primeras conceptualizaciones del *retorno* del populismo en América Latina en una época de apertura económica y consolidación de las relaciones con Estados Unidos. Para el autor, lejos del vínculo típico de los primeros fenómenos considerados como populismos (Perón o Vargas) denominados ya “populismos clásicos” y que incluían al Estado y a la reconfiguración de sus instituciones, lo que vive el continente a finales de la década de 1980 y principios de 1990 es una serie de presidentes que, gracias a su carisma y a su demagogia, se aprovechan de la apatía política popular para establecer relaciones directas con el pueblo. El retorno del populismo, según Zermeño, se sustentaba en una integración fragmentada de determinados grupos de la población -no en una integración masiva y de representación popular como se vivió en los populismos clásicos- y en una erosión permanente de los organismos estatales. El caso que preocupaba al sociólogo era el de su propio país, la renovada fuerza del Partido Revolucionario Institucional (PRI) desde una economía neoliberal y el ascenso de Carlos Salinas de Gortari quien fue presidente de México entre 1988 y 1994.

Sin embargo, la oleada neoliberal llegó con fuerza desde Ciudad de México hasta Buenos Aires. En América Latina los referentes políticos que estuvieron en el centro del debate sobre este nuevo populismo fueron principalmente los de Alberto Fujimori en el Perú (1990-2000) y de

Carlos Menem en Argentina (1989-1999),⁴³ aunque también serían señalados como neopopulistas Carlos Andrés Pérez en Venezuela (en su segunda presidencia de 1989 a 1993) y Fernando Collor de Mello (1990-1992) y Fernando Henrique Cardoso (1995-2003) en Brasil. La conceptualización de estas figuras como *neopopulistas* se sustentaba en la coincidencia de un programa económico vinculado al Consenso de Washington, formas discursivas carismáticas y una reducción del tamaño del estado. Sin embargo, con las particularidades nacionales, se hacía difícil encontrar aspectos que dieran solidez al concepto más allá de la consabida y simple equivalencia a la demagogia.

Al inicio de la década de 1990 el politólogo Guillermo O'Donnell denominó a este tipo de gobiernos como parte de una “democracia delegativa”. Su mirada resulta interesante por la forma en la cuál va a influir en el cambio conceptual y en la reinterpretación de fenómenos contemporáneos en el debate de las ciencias sociales colombianas, principalmente en el siglo XXI, y cómo los intelectuales de este país forzaron características ajenas a los populismos clásicos para delimitar los nuevos populismos. En la mirada de O'Donnell los políticos eran elegidos democráticamente a la presidencia, pero tenían poca o ninguna interferencia de las otras ramas del poder y no eran limitados por los órganos del control. Carlos Menem en Argentina, Fernando Collor de Mello en Brasil y Alan García en Perú, eran vistos como políticos que insistían en la necesidad de una lealtad de los funcionarios públicos, lograban demostrar un alto grado de carisma y una estrecha relación con el pueblo. O'Donnell consideraba que la democracia delegativa (DD) se erigía gracias a la aparición de una “nueva especie” de animal político y, sin nombrar a estos procesos como neopopulismos, listó algunas características prototípicas de los fenómenos que serían catalogados como tal en los años siguientes:

Las democracias delegativas se basan en la premisa de quien sea que gane una elección presidencial tendrá el derecho a gobernar como él (o ella) considere apropiado, restringido sólo por la dura realidad de las relaciones de poder existentes y por un período en funciones limitado constitucionalmente. El presidente es considerado como la encarnación del país, principal custodio e intérprete de sus intereses. Las políticas de su gobierno no necesitan guardar ninguna semejanza con las promesas de su campaña,

⁴³ Una interesante mirada que recupera el proceso del gobierno de Carlos Menem en Argentina desde una mirada de la Teoría de la Hegemonía y los postulados de Ernesto Laclau es la de Sebastián Barros (2002). En su libro *Orden, Democracia y Estabilidad. Discurso y Política en la Argentina entre 1976 y 1991*, el autor analiza, entre otros, el complejo proceso político y económico que lleva al poder al peronismo en la figura neoliberal de Menem y cómo este logra construir un mito de estabilidad económica paradójicamente con postulados contrarios a los de un gobierno peronista.

¿o acaso el presidente no ha sido autorizado para gobernar como él (o ella) estime conveniente? Debido a que a esta figura paternal le corresponde encargarse de toda la nación, su base política debe ser un movimiento; la supuestamente vibrante superación del faccionalismo y de los conflictos asociados a los partidos. Generalmente, en las DD los candidatos presidenciales ganadores se sitúan a sí mismos tanto sobre los partidos políticos como sobre los intereses organizados. ¿Cómo podría ser de otro modo para alguien que afirma encarnar la totalidad de la nación? De acuerdo con esta visión, otras instituciones —por ejemplo, los tribunales de justicia y el poder legislativo— constituyen estorbos que acompañan a las ventajas a nivel nacional e internacional de ser un presidente democráticamente elegido. La rendición de cuentas a dichas instituciones aparece como un mero obstáculo a la plena autoridad que le ha sido delegada al presidente. (O'Donnell, 1994: 12).

O'Donnell no conceptualiza este nuevo fenómeno como neopopulista (de la misma forma que Germani en 1962 no utiliza el concepto de populismo y prefirió decantarse por lo nacional-popular) pero en su *democracia delegativa* aparecen los elementos sobre los que se sustenta la denominación de un fenómeno muy cercano a lo vivido por Latinoamérica a mediados del siglo XX con los “populismos clásicos”. La idea de la figura paternal carismática, sin cortapisas, que “encarna al país” como principal “custodio e intérprete de sus intereses” y además se sustenta en movimientos que sobrepasan a los partidos, da elementos para emparentar al fenómeno político neoliberal de 1990 con las viejas experiencias populistas.

Si bien el concepto de neopopulismo no aparece en O'Donnell, recuperamos los elementos definitorios de su *democracia delegativa* por el impacto que tendrá -reconocido y citado en ocasiones y evidente pero camuflado en otras- en las propias definiciones que las ciencias sociales colombianas hicieron de la figura del líder carismático como parte esencial del neopopulismo en Álvaro Uribe, un neopopulismo a destiempo en épocas de populismos progresistas. El nuevo y omnipresente *animal político* de ese país andino. Al mismo tiempo, para ver las huellas en las que otros intelectuales que sí definieron el neopopulismo forzaron y, en últimas, simplificaron el concepto de populismo para adaptarlo a nuevas realidades políticas de finales del siglo XX y principios del siglo XXI.

En los primeros análisis de un nuevo populismo es posible reconocer lo que Reinhart Koselleck (1993) llama *solapamiento conceptual*. En este se superponen contenidos para un mismo concepto a lo largo de un periodo lo que, además, indica la relación de este con la historia social y política. “Sin tomar en cuenta los solapamientos de dos expresiones, no es posible

averiguar el valor de una palabra como *concepto* respecto a la estructura social o a las posiciones de los frentes políticos” (Koselleck, 1993: 121). Populismo y neopopulismo aparecen como un ejemplo paradigmático.

Es en los solapamientos que podemos ver con mayor claridad los vínculos del concepto con los contextos sociales que pretende explicar. En ese sentido, la realidad neoliberal de Latinoamérica de finales de los años ochenta y principios de los noventa -en la que se pretendió una disminución de la intervención del estado en la economía, la privatización de empresas públicas nacionales y la drástica reducción del gasto público- *interviene* en la definición de populismo de las décadas de 1960 y 1970 para precisar procesos históricamente situados en el cierre de siglo que compartían características determinantes. Por ello Zermeño -al dilatar el concepto- habla de “retorno”. De la vuelta de lo que había sido. Del regreso de procesos que parecían *olvidados* o *superados* desde las miradas teleológicas que lo entendían como un peldaño hacia la consecución de una “democracia representativa con participación total”, como planteaba Germani en 1962 pero que ahora nuevas conceptualizaciones, sustentadas en realidades opuestas en el nuevo liberalismo económico en contravía directa con los procesos nacionales populares de mitad del siglo XX, forzaban y ajustaban su significado.

En el regreso del populismo, como neopopulismo, se mantienen con frecuencia análisis peyorativos. Hay, también, una evidente influencia de las ciencias sociales estadounidenses que lo entienden como un problema cíclico característico de la política latinoamericana y que resalta la continuidad entre los procesos clásicos de mediados del siglo XX y los “neo” de 1990. Un ejemplo de esta interpretación es la que brinda el autor Kenneth Roberts quien, en contradicción a la idea de la muerte del populismo en América Latina a finales del siglo XX,⁴⁴ se preguntó si, por el contrario, “¿es posible reconciliar sus características *esenciales*⁴⁵ con las de su antítesis putativa, el neoliberalismo?”, (Roberts, 1995: 376). Al tomar el caso de la presidencia de Fujimori en Perú, Roberts insiste en que el personalismo de este presidente representa una variable “más liberal” del

⁴⁴ Las conceptualizaciones esencialistas del populismo como un proceso históricamente situado, derivadas de la sociología, como las ya analizadas de Gino Germani o Torcuato Di Tella, contribuyeron, según Roberts, al pensamiento de que este era un fenómeno irrepetible. Para el autor, esa perspectiva “histórico/sociológica, que enfatiza en las condiciones sociopolíticas multiclasistas que surgen típicamente durante las etapas tempranas de la industrialización en América Latina” (Roberts, 1995: 377), tuvo un impacto limitante para pensar el concepto de forma más amplia. De allí que él proponga “reconciliar” y actualizar las viejas miradas sobre el populismo con el fenómeno del neoliberalismo de la década de 1990.

⁴⁵ La cursiva es propia.

populismo, en el que, sin derroche fiscal y auspiciando las reformas del mercado, moviliza el “sector popular cuando las instituciones intermedias están en crisis”. Basado en una taxonomía de diferentes “tipos y subtipos de populismo”, el autor considera al neopopulismo como un proceso de descomposición de la representación política, de desinstitucionalización del estado y de antipolítica; que juega a favor de un liderazgo carismático antiestablecimiento.

El neoliberalismo y el populismo contienen simetrías y afinidades inesperadas. El caso peruano demuestra que el populismo puede complementar y reforzar al neoliberalismo en ciertos contextos, aun cuando su forma difiera del populismo clásico asociado con líderes como Perón, Vargas, Cárdenas, Haya de la Torre y Gaitán. Más que representar el eclipse del populismo, el neoliberalismo puede ser en realidad una parte integral de su transformación, a medida que el populismo se adapta a las estructuras cambiantes de oportunidades y restricciones (Roberts, 1995: 404)

Las “asimetrías y afinidades inesperadas” que Roberts encuentra entre los populismos clásicos y las presidencias de corte neoliberal le permiten conceptualizar una nueva *normalidad* del fenómeno y plantear claros sus límites: líder carismático e instituciones en crisis. Resulta particular y dicente que, en el vínculo entre lo *clásico* y lo *neo* nombre a Jorge Eliécer Gaitán como ejemplo de populista carismático, aún cuando el liberal no logró un gobierno ejecutivo. Lo que antes fue anomalía se transformó con el tiempo y para este autor en parte integral del populismo. Al otorgarle al líder carismático un peso determinante y “escencial” en la definición del concepto, Gaitán se transforma, se reinterpreta, y logra pertenecer a un grupo del que estuvo excluido en las definiciones de Germani o Cardoso. Colombia, sin embargo, no aparece más allá de esa referencia en las primeras conceptualizaciones del neopopulismo. Ya no es más una excepción sino un recuerdo de un líder carismático. Ni Zermeño ni O’Donnell ni Roberts nombran a Colombia como un caso de particular interés. Lo que antes fue una experiencia anormal, por populismo ausente, ahora es referencia superficial de dirigentes de otra época. El hecho de resignificar la vieja excepción colombiana en normalidad da cuenta justamente de la amplitud polisémica en la que cayó el término.

Vale la pena decir que vincular el concepto de populismo a todo tipo de liderazgo carismático movilizador amplió el debate en las ciencias sociales latinoamericanas, aunque el uso del neologismo fue largamente cuestionado por su diversidad y poca concreción científica. Destacamos dos aportes críticos a esta discusión. El primero de Carlos Vilas (2004) quien aseguró,

sin ambages, que no puede usarse el término de neopopulismo porque el populismo clásico fue el resultado de unas condiciones históricas irrepetibles y que lo que demuestra la aparición del concepto es una comprensión insatisfactoria del populismo clásico además de una ambigüedad que quita especificidad a los fenómenos considerados. “Ni los escenarios socioeconómicos, ni su articulación en la matriz institucional del estado, ni el tipo de relación dirigentes/seguidores, ni el diseño global del régimen delegativo o supuestamente neopopulista y los intereses que él promueve, guardan una relación significativa con el populismo. Un régimen político es mucho más que un conjunto de elementos determinados susceptibles de conminaciones contingentes” (Vilas, 2004: 47). Aunque también crítico con la idea de neopopulismo, pero desde un énfasis teórico distinto, Gerardo Aboy Carlés, cuestiona a Vilas por considerar que no se puede limitar la conceptualización a un momento histórico determinado, pero reconoce que el uso del concepto es errado para analizar experiencias mayoritariamente de derecha que no tienen la representación popular necesaria. “Ni el tipo de ciudadanía, ni las políticas universales, ni el proceso de nacionalización territorial, ni la amplia trama organizacional de intermediación que suponen los populismos clásicos encuentran un correlato en procesos como los encabezados por Salinas de Gortari, Menem, Collor o Fujimori. El término ‘neopopulismo’ como caracterización de los procesos de reforma de mercado con liderazgos personalistas sólo ha aportado, desde este punto de vista, confusión” (Aboy Carlés, 2014, p 30-31).

3.5 Siglo XXI y nuevas miradas de la excepcionalidad colombiana

El neoliberalismo latinoamericano tendría un cierre de ciclo al finalizar la década de 1990. El contexto político en el continente se transformó con la llegada de la primera década del siglo XXI y a los liderazgos carismáticos del neoliberalismo pronto los acompañarían -y en últimas se les opondrían y los reemplazarían- nuevos procesos políticos, carismáticos también, que desde una postura progresista proponían reivindicaciones sociales, ampliación del Estado y nuevos vínculos directos con el pueblo. El primero de ellos fue Hugo Chávez en Venezuela (1999-2013) y le seguirían Evo Morales en Bolivia (2006-2019) y Rafael Correa en Ecuador (2007-2017). ¿Eran ellos también nuevos populistas o neopopulistas? ¿Cómo se podrían calificar sus gobiernos? ¿Qué podrían decirnos, en el debate sobre el concepto, sus formas carismáticas, sus políticas económicas

y su manera de crear polos antagónicos? ¿De qué forma encaja Colombia, con sus gobiernos de derecha, en este rompecabezas de un giro continental a la izquierda?

En ese renovado juego de similitudes entre populismo clásico, neopopulismo neoliberal y nuevos populismos que, desde la izquierda, se asemejaban a los vividos a mediados del siglo XX, hay una nueva construcción de *normalidad* cuya característica dominante es la pertenencia política del líder. Los denominados populismos del siglo XXI latinoamericano compartían entre ellos, al menos como peculiaridad principal, sus postulados de izquierda. En ese sentido Colombia representaba, de nuevo, una excepción. A Chávez, Correa y Evo se le oponía política y discursivamente Álvaro Uribe (2002-2010) y de esta forma, algunos intelectuales que, con su conceptualización de populismo neoliberal, habían dado un paso ligero por el proceso colombiano, se vieron obligados a volver a él para ver sus características particulares. ¿Por qué Colombia no encaja nunca en los devenires políticos latinoamericanos?

Es así como en el 2007 Kenneth Roberts insistió en la idea del populismo como un fenómeno de continuo retorno en Latinoamérica, ya no desde su idea de vínculo con el nuevo liberalismo económico de 1990, sino como parte de la oleada de presidencias de izquierda de la primera década del siglo XXI que él entiende como un resurgimiento de los viejos modelos practicados por el populismo clásico. Frente a lo que denominó *El resurgimiento del populismo latinoamericano*, Roberts (2007) aseguró que si bien el fenómeno aparece a lo largo del siglo XX en diferentes partes del mundo, “en ningún lugar ha dejado una huella tan fuerte como en el panorama político latinoamericano (...) Líderes como Juan Perón en Argentina y Hugo Chávez en Venezuela son, prácticamente, sinónimos del populismo, apropiándose del concepto con imágenes vívidas de gobiernos carismáticos que vitalizan las masas, desafían a las élites tradicionales e imponen la autonomía nacional sobre la arena internacional”, (Roberts, 2007: 55).

La figura del líder carismático sigue en el centro de la conceptualización del autor. Así, si en su texto de 1997 Gaitán se igualaba a Perón, ahora la comparación recaía en Hugo Chávez o incluso en Néstor Kirchner.⁴⁶ Los lazos entre los movimientos clásicos y los discursos “anti-

⁴⁶ Roberts insiste en un retorno al peronismo clásico con la llegada de Néstor Kirchner a la presidencia en el 2003. “En Argentina, Kirchner manejó a sus rivales para consolidar un control personal sobre la maquinaria política peronista, grande pero fraccionada; al mismo tiempo dirigió al partido de regreso a sus raíces nacionalistas y estatistas después del colapso financiero del experimento neoliberal empezado por Carlos Menem, el anterior presidente peronista durante los noventa. La crisis financiera argentina y la severa recesión entre el 2001 y el 2002, activaron una explosión masiva de protesta social que depuso al gobierno de Fernando de la Rúa, miembro del Partido Radical. Esta

establishment” del nuevo siglo permitían, en sus palabras, “revivir” las tradiciones populistas gracias a dos nuevos “patrones históricos”: en algunos casos, como el argentino, se recuperan viejos partidos populistas y en otros, como el venezolano, emergen nuevas fuerzas electorales que no tenían antecedentes ni raíces en el sistema de colectividades previas. Kirchner recomponía el peronismo mientras Chávez daba nacimiento a un movimiento propio.

Bajo esos parámetros, ¿dónde quedaba Colombia? Roberts no ve populismo en Álvaro Uribe. Tampoco interpreta que se haya configurado un populismo clásico en este país, aún cuando en 1995 nombró a Jorge Eliécer Gaitán en el grupo de los populistas. Por el contrario, su idea de recuperar el proceso colombiano para incluirlo en el resurgimiento del debate sobre el populismo es recordar, como ya lo habían hecho Germani, Cardoso y Faletto, que a mediados del siglo XX ese país logró frenar y encauzar las movilizaciones políticas de los trabajadores mediante sus partidos tradicionales de élite que se transformaron en colectividades ‘atrapa-todo’, con seguidores de diversas clases sociales y sustentados en extensas y añejas redes clientelistas. En ese sentido, el bipartidismo colombiano logró lo que otras oligarquías regionales intentaron sin éxito pues, en general, las élites políticas hegemónicas latinoamericanas “fueron menos efectivas en incorporar a los sectores populares y, por eso, fueron relegadas por el surgimiento de la política de masas” (Roberts, 2007: 61).

La consecuencia de ese éxito oligárquico -siempre según el autor- fue el devenir violento de la historia social colombiana y el surgimiento de las guerrillas de izquierda en las décadas de 1960 y 1970 como consecuencia de la represión y la cooptación de las ideas de la “movilización populista”, un proceso que también ocurrió en buena parte de Centroamérica (Nicaragua, El Salvador y Guatemala). Bajo esos parámetros la construcción de un retorno de los populismos clásicos se dificultaba en países en los que el proceso fue abortado por partidos mayoritarios o tuvo correlación con momentos de violencia. La hipótesis de Roberts plantea que, para fortuna de aquellos interesados en un resurgir de nuevos populismos, esas dificultades son historias

situación devastó el sector no peronista del sistema de partidos. La crisis hizo posible la declaración de la hegemonía política peronista cuando, primero Eduardo Duhalde y luego Kirchner, restablecieron el orden político y operaron una recuperación económica sorprendente y exitosa. En el proceso, los líderes peronistas no pagaron la deuda externa, desafiaron al FMI y a los prestamistas internacionales, absorbieron o neutralizaron la mayoría de los movimientos sociales de protesta y restablecieron el control de precios y otros mecanismos de regulación económica estatal” (Roberts, 2007: 70).

minoritarias en un continente en el que el populismo se consolidó, murió y ahora pretendía revivir. Colombia, por oligárquica y violenta, era *excepcional* y no hacía parte de ello.

El ecuatoriano Carlos De la Torre está del lado de Roberts en el debate sobre los nuevos procesos populistas latinoamericanos del siglo XXI y la idea de que la característica que los equipara a todos -el eje de su *normalidad*- es la propuesta política de izquierda. De la Torre, en clara oposición a los planteamientos de Laclau sobre el populismo como la forma de la política misma, insistió en que el fenómeno en América Latina significaba un proceso de negación de la pluralidad que cuenta con la presencia de un líder que dice encarnar la voluntad uniforme del pueblo. El ecuatoriano, doctor en sociología por la New School for Social Research de Nueva York y profesor de la Universidad de Kentucky en Estados Unidos, hizo de la idea peyorativa del regreso del populismo latinoamericano uno de los temas centrales de su trabajo. Sus primeras aproximaciones teóricas estuvieron enfocadas en el caso ecuatoriano (1994, 1996, 1998, 1999). Para el 2000, consideró que la figura carismática y polémica del presidente Abdalá Bucaram representaba una muestra de la seducción del populismo en el continente y, en sus trabajos siguientes, acogió la idea de que los nuevos populismos eran una nueva-vieja forma de gobernar en América Latina. Una forma de “seducción”. Sus posteriores escritos (2005, 2007), etiquetaron de “neopopulistas” a Hugo Chávez, Evo Morales y Rafael Correa, e incluso, encontró características “neopopulistas” en gobiernos de Néstor Kirchner en Argentina y Luiz Inacio “Lula” da Silva en Brasil (2008, 2013). En ese periodo de su pensamiento De la Torre interpreta como “neo” tanto a los populismos neoliberales como a los posteriores populismos de izquierda.

En un texto de 2013, De la Torre redefine a los populismos de Chávez, Morales y Correa como “populismos radicales”, que se distancian del neopopulismo neoliberal y que, en sus palabras, ponen en peligro a la democracia. Por un lado, aparecen como salvadores de la democratización, al adelantar aspectos incluyentes de sectores tradicionalmente excluidos, pero por otro tienen rasgos autoritarios que hacen cada vez más compleja la participación política crítica al Estado. El populismo radical no es “ni un peligro inherente a la democracia” ni su “redentor”.

Los gobiernos de Chávez, Morales y Correa prometieron poner fin a las exclusiones del neoliberalismo, mejorar la calidad de la democracia y resolver los problemas de participación y representación de las democracias liberales. Sin embargo, sus propuestas no valoraron los procedimientos de la democracia liberal por entenderlos como impedimentos para que se exprese la voluntad popular encarnada en el líder. Estos gobiernos concentraron el poder en el Ejecutivo, sin independencia de los diferentes

poderes del Estado, restringen a los medios de opinión privados y redujeron los espacios para que la oposición participe en las elecciones en condiciones de igualdad. (De la Torre, 2013: 130-131).

La conceptualización del retorno del fenómeno implica en el caso de De La Torre, al igual que en el de Roberts, la idea de un sustrato que existió y ahora vuelve con sus características *fundamentales*. Jorge Eliécer Gaitán, fue para el sociólogo lo que pudo ser, pero no fue. El liberal colombiano es definido como populista pero su propuesta programática fue trunca, por lo que el proceso político que conlleva el populismo en el poder ejecutivo no consiguió canalizar las demandas del “pueblo”, así como tampoco se obtuvieron de él sus posibles ventajas o desventajas. Como ya habíamos notado, no puede retornar, entonces, lo que nunca existió. De la experiencia colombiana queda el carisma de un líder asesinado y un populista histórico sin populismo.

Desde esta mirada crítica de los populismos de izquierda del siglo XXI, la excepcionalidad colombiana que plantean Roberts y De La Torre es de un tipo muy diferente a la que ofrecen Germani o Di Tella porque -insistimos- al cambiar el eje sobre el que se sustenta la *normalidad* cambia a su vez la *excepción*. Los intelectuales que dedicaron sus estudios al populismo clásico entendían a Colombia como la nación ausente de fenómeno. Del otro lado, estos autores contemporáneos enfocados en la idea de un regreso del populismo gracias al progresismo proponen una excepcionalidad a medio camino en la que existió el líder, pero no el populismo en el poder. Cuando el populismo es tal, en cuanto proceso en el poder, la anomalía es aquel que no logró la presidencia. Por el contrario, en la medida en que la definición se fundamenta casi exclusivamente en un líder carismático, Colombia surge ya no como un espacio ausente de populismo sino como un lugar a medio camino en el que el fenómeno no se consolidó, pero su líder carismático sí. Esa idea se vigorizará cuando en el debate conceptual aparece la idea del retorno del populismo a finales del siglo XX y más aún con los denominados populismos de izquierda sustentados en nuevos líderes carismáticos o en “los nuevos caudillos”, a decir de De La Torre.

Pero el debate entre populismos del siglo XX y nuevos populismos del siglo XXI tuvo, también, una mirada crítica que se opuso a la interpretación de ambos procesos como la continuidad de un mismo fenómeno. Aquí es fundamental ver cómo la posición política de los intelectuales, su *contexto de debate* y los *suelos de articulación* de una época, que revalidaron desde varios gobiernos latinoamericanos el discurso progresista, terminaron por decantarse hacia

sus análisis teóricos como ya lo había advertido Canovan (1981) con particular interés respecto al populismo. De esta forma en la definición de un concepto político polisémico aparece el rastro político del intelectual que la construye.

Así, una visión que contrapone y diferencia a los neopopulismos neoliberales de los populismos del siglo XXI es la de la socióloga Maristella Svampa. En un trabajo reciente, *Debates Latinoamericanos* (2016), interpretó a los renovados populismos continentales como una nueva ola que se distancia en sus características del populismo clásico de mediados del siglo pasado. Mientras las experiencias del populismo clásico comparten los postulados de un líder carismático, la incorporación de las masas populares al proceso democrático y son parte de la transición nacional hacia la industrialización; los nuevos populismos son más diversos en su constitución y van de la derecha a la izquierda en el espectro político. Para Svampa, la segunda ola de populismos de finales del siglo XX e inicios del XXI se divide en dos: “populismos de baja intensidad” y “populismos de alta intensidad”. Los primeros son los neopopulismos de derecha de la década de los noventa desligados de programas económicos nacionalistas y en los que se aprecia poca ampliación del Estado. Los segundos, por contraste, son los que se autodefinieron como Socialismo del Siglo XXI (Chávez, Correa, Morales) e incluso Néstor y Cristina Kirchner en Argentina, todos de países con tradiciones fuertes del populismo clásico, y que en esta segunda etapa “habilitaron” su retorno en el sentido fuerte “a partir de la reivindicación del Estado -como constructor de la nación, luego del pasaje del neoliberalismo-; del ejercicio de la política como permanente contradicción entre dos polos antagónicos (el nuevo bloque popular versus sectores de la oligarquía regional o medios de comunicación dominantes) y, por último, de la centralidad de la figura del líder o la lideresa” (Svampa, 2016: 450).

De igual forma, los últimos escritos de Ernesto Laclau no fueron ajenos a este debate y coinciden justo con el momento social y político que rehabilitó una nueva etapa del concepto. Los postulados del argentino que entienden al populismo como la lógica de la política misma se acompañaron de un apoyo explícito a las presidencias progresistas que en América del Sur no temían ser consideradas populistas. El autor fue etiquetado con frecuencia como “filopopulista” y “empático” con las presidencias de izquierda de principios del siglo XXI. En una entrevista pocos meses antes de su muerte Laclau se mostró afín a estos gobiernos y a las “rupturas” populistas que ofrecían: “Las experiencias populares, de izquierda y centro izquierda que tuvieron lugar en América Latina afrontan los desafíos de las transformaciones que emprendieron desde hace algunos

años. Estas propuestas necesitan, en algunos casos, reinventarse para ir por más. De todos modos, estoy convencido de que, en nuestro continente, nada está perdido y hay mucho por ganar”.⁴⁷ El argentino expuso, en sus últimos años, su cercanía y empatía por los proyectos de Néstor y Cristina Kirchner en Argentina, Hugo Chávez en Venezuela, Evo Morales en Bolivia y Lula da Silva en Brasil.⁴⁸ Esa mirada fue sostenida después de su muerte por su pareja, Chantal Mouffe. En un texto reciente, *Por un populismo de izquierda* (Mouffe, 2018), insiste en la urgencia de consolidar movimientos populistas de izquierda para “profundizar la democracia”, ante el advenimiento de lo que ella considera populismos de derecha surgidos en Europa Occidental. La filósofa y politóloga belga piensa que se vive un momento populista en el que se deben diseñar movimientos de izquierda que unifiquen las demandas insatisfechas para construir “un ‘nosotros’, un ‘pueblo’ capaz de enfrentar a un adversario común: la oligarquía” (Mouffe, 2018: 39). Mouffe construye su marco analítico desde lo que define como un modelo agonista de la democracia en el que es inevitable -y necesaria- la aparición de un conflicto en la política. “Lo importante es que cuando surja un conflicto, no tome la forma de un ‘antagonismo’ (una lucha entre enemigos), sino la de un ‘agonismo’ (una lucha entre adversarios). La confrontación agonista es diferente de la antagónica, no porque admita un posible consenso, sino porque no considera al oponente como un enemigo por destruir; lo considera, en cambio, como un adversario como existencia se percibe como legítima”, (Mouffe, 2018: 117).

3.6 La anomalía colombiana en el siglo XXI como un populismo extemporáneo

No deja de extrañar que, en medio de una reconstrucción conceptual de los nuevos populismos del siglo XXI, en los que el liderazgo carismático se constituye como característica definitoria, la figura del presidente colombiano Álvaro Uribe Vélez sea poco referenciada. Que Uribe planteara su discurso y sus propuestas gubernamentales desde la “mano fuerte” de la autoridad y se sintiera cómodo con la etiqueta de *político de derecha*, es una de las razones por las cuales, en un tablero dominado por la izquierda, no se le alinee con el grupo de nuevos populismos latinoamericanos.⁴⁹

⁴⁷ Entrevista realizada a Ernesto Laclau: “El kirchnerismo produjo transformaciones que difícilmente puedan ser desandadas” en <http://www.telam.com.ar/notas/201402/52154-laclau-el-kirchnerismo-produjo-transformaciones-que-dificilmente-puedan-ser-desandadas.html> [Consultado el 26/08/2019].

⁴⁸ Para una crítica a las posturas políticas del último Laclau ver Palermo (2011).

⁴⁹ Álvaro Uribe Vélez fue elegido presidente de Colombia en el 2002. Su eslogan de campaña fue “Mano firme, corazón grande”, en una evidente apuesta por tener a la seguridad como su prioridad. Uribe acabó su primer mandato

Su programa se alejaba de las nuevas figuras del progresismo y en la medida en que su popularidad creció y se hizo evidente su carisma, empezó a ser reconocido por algunos intelectuales como populista neoliberal de derecha en épocas de izquierda. Una especie de neopopulista anacrónico.

El caso de Uribe como un “neopopulista” del siglo XXI se ubica en una realidad política continental mayoritariamente crítica con el Consenso de Washington y de sus propuestas de apertura económica. Uno de los análisis que vieron al gobernante colombiano como un tipo *particular* de nuevo populista es el de la politóloga Susanne Gratius, investigadora de la Universidad Complutense de Madrid y especialista en América Latina, quien en su estudio *Reflexiones sobre izquierda y populismo en América Latina* (2009) llamó a Uribe “el último de los neopopulistas”. Según ella, el caso colombiano representaba una “excepción” frente a una mayoría de populismos de izquierda.⁵⁰ Gratius insiste en la idea de tres momentos populistas en el continente: los movimientos clásicos de mediados de siglo XX, los neopopulistas de 1980 y 1990 y la corriente de populistas de izquierda de inicios del XXI. En ese sentido Colombia y Uribe representan vestigios de un momento ya caduco en la política latinoamericana:

Desde los años treinta del pasado siglo, América Latina ha conocido tres olas populistas: la histórica de Juan Domingo Perón o Getúlio Vargas, la neopopulista de Carlos Menem o Alberto Fujimori y la populista de izquierdas de Hugo Chávez y otros. Comparando las políticas públicas dominantes durante estos tres períodos, cabe constatar que el actual populismo de izquierdas (con la excepción de Álvaro Uribe como último representante del neopopulismo) tiene algunos elementos en común con el populismo histórico, entre ellos el de asignar un papel destacado al Estado en la economía y en la política. (Gratius, 2009: 13)

en 2006 y fue reelecto para otro cuatrienio hasta el 2010. En esos años su popularidad fue en aumento y para el 2008 llegó al 85%, sustentada, principalmente en sus golpes a la dirigencia de la guerrilla de las Farc. Uribe se mostró siempre muy crítico de los gobernantes de izquierda y, particularmente de Hugo Chávez, con quien mantuvo disputas muy álgidas hasta el día de la muerte del venezolano. En los Capítulos III y IV analizaremos la presencia de Uribe como figura populista o neopopulista en los debates de las ciencias sociales colombianas.

⁵⁰ En un texto de 2007 Gratius habló de una “tercera ola populista” en América Latina en la que cabía diferenciar los modelos, aún cuando a todos los cobijaba la izquierda. “Las políticas del actual populismo latinoamericano en el poder representan una “tercera ola” populista. Ésta se diferencia de su vertiente histórica por su discurso político y orientación izquierdista y por no volver al período de sustitución de importaciones. Y del neopopulismo, por sus políticas públicas y oposición a la política económica neoliberal” (Gratius, 2007: 6). Para la politóloga, Hugo Chávez representaba “un nacional populismo militar”, Rafael Correa se esforzaba por crear un camino propio con su revolución ciudadana que buscaba distanciarse de Venezuela, Bolivia y Evo Morales proponían un “populismo étnico refundacional” y, finalmente Argentina, un populismo gracias al “peronismo consolidado”.

Otra mirada de Uribe como un político particular es la del ya citado Guillermo O'Donnell, que había denominado democracias delegativas a las políticas de los presidentes neoliberales de finales del siglo XX. El politólogo coincide en que Uribe era la personificación de un estilo de democracia delegativa de derecha -muy cercana a la que ofreció Fujimori- pero, además, entendía que su surgimiento debía explicarse desde la presencia histórica de la violencia en este país: no como consecuencia del populismo fallido sino como antecedente fundamental para que un político de sus características, que prometía “arrasar” con la guerrilla, lograra un masivo apoyo en las urnas. Si para Cardoso y Faletto, el gaitanismo era trágico por su imposibilidad de acceder al poder y su degeneración en violencia, para O'Donnell, la violencia era precursora de la consolidación de esta nueva clase de fenómeno. La presencia de una guerra interna prolongada era parte de la excepcionalidad de la política colombiana en el ámbito latinoamericano:

Todos los países que tienen o han tenido democracias delegativas han tenido importantes momentos y/o movimientos populistas. La *excepción*⁵¹ es Colombia; tal vez la experiencia particularmente prolongada de una guerra interna que afecta, directa o simbólicamente, la vida cotidiana de casi todos, haya bastado para generar una demanda de salvación semejante a la de los otros casos. Asimismo, no sería imposible que una sensación de generalizada inseguridad personal ayude a alimentar la sensación de crisis y, con ello, colabore con la emergencia de una DD (democracia delegativa). (O'Donnell, 2010: 4).

La construcción de excepcionalidad colombiana de Gratius y O'Donnell es diferente de aquella planteada desde la ausencia de populismo “total” o la que asimila a Gaitán como un populista sin populismo en el ejecutivo. En el siglo XXI, para los autores citados, Colombia es anómala no porque no existan populismos sino porque su fenómeno estaba desfasado temporalmente y no compartió el nuevo eje de normalidad de los populismos realmente existentes que era su pertenencia a la izquierda. Colombia es excepcional porque le da cabida a un populismo de derecha con un discurso neoliberal, cercano a Estados Unidos, de apertura económica, cercano a los tratados de libre comercio, reduccionista en el gasto público y crítico de sus gobiernos vecinos de izquierda en Venezuela y Ecuador. La distancia que existió entre las políticas colombianas en

⁵¹ Las cursivas son propias

la primera década del siglo XXI y la de una mayoría progresista en el América Latina llevó a varios enfrentamientos diplomáticos que, incluso, estuvieron cerca de escalar hacia un conflicto bélico.⁵²

4. Conclusiones

Rastrear las huellas conceptuales del populismo en América Latina, en medio de debates que atraviesan casi cincuenta años, nos enseña una particular forma de leer los acontecimientos políticos del continente, sus interpretaciones y sus contingencias, y delimita unas coordenadas sobre las cuales los países vecinos parecen moverse grupalmente. Si hay un proceso político que hermane a Latinoamérica, desde las ciencias sociales, es el populismo, con sus nacimientos intempestivos y sus retornos anunciados: para algunos, desde lo teleológico, es una especie de destino histórico que muy pocos territorios podrían evadir, para otros, desde miradas ontológicas, es una forma directa e irrenunciable de hacer política. Este capítulo, con una bibliografía acotada a aquellos esfuerzos conceptuales que ofrecieron análisis pioneros sobre el populismo mientras ojeaban las particularidades colombianas, pretendió mostrar cómo se construyó el concepto de populismo en las ciencias sociales continentales en diferentes periodos y cómo, “desde afuera” de Colombia, se interpretó al país como un ejemplo anómalo o excepcional. Estos autores analizados, además, serán el soporte del contexto de debate en el que se estructurará la definición del populismo en la academia colombiana a partir de la década de 1970.

Encontramos tres constituciones de normalidad a lo largo del debate referente. En las primeras conceptualizaciones, ofrecidas por Germani y Di Tella, Colombia resulta un caso extraño sin presidentes populistas aún cuando para los intelectuales, con sus palabras y postulados teleológicos, era esperable -e inevitable- que “alguna variedad de populismo se desarrollara” en el país. Era cuestión de tiempo para que Colombia, incluso con la fuerza de su bipartidismo y de su

⁵² Como veremos en el Capítulo IV, uno de los momentos más tensos entre Colombia y Venezuela, ocurrió el 1 de marzo de 2008 el ejército de Colombia, por órdenes del presidente Álvaro Uribe Vélez, bombardeó un campamento de la guerrilla de las Farc en la provincia ecuatoriana de Sucumbíos, muy cerca de la frontera entre los dos países. La operación, denominada Fénix, causó la muerte de 22 guerrilleros entre ellos Édgar Dávila, alias Raúl Reyes, segundo al mando de las Farc. El bombardeo generó el inmediato repudio de Ecuador, que consideró el acto una violación colombiana de la soberanía de ese país, y una crisis diplomática de gran envergadura. Venezuela repudió inmediatamente el acto y apoyó a Ecuador en sus demandas. El presidente Hugo Chávez cortó toda línea diplomática con Colombia y, el 2 de marzo, ordenó la movilización de tropas a la frontera advirtiendo que era muy posible un enfrentamiento con el ejército colombiano. La tensión se mantendría alta entre Colombia y sus vecinos (Ecuador, Bolivia y Venezuela) hasta el fin del mandato de Álvaro Uribe.

burguesía, entrara en el camino teleológico del desarrollo latinoamericano. La idea del líder carismático de finales del siglo XX llevó a autores como Roberts o Zermeño a hablar de un retorno del fenómeno en el que lo normal estaba puesto en las características de performatividad del político y en sus movimientos de apertura económica liberal. En ese análisis Colombia pasa desapercibido, más allá de ser referente de viejos populistas truncos, frustrados, que nunca accedieron al poder como Jorge Eliécer Gaitán y Gustavo Rojas Pinilla en su época de la Anapo. Al mismo tiempo, pero desde miradas no esencialistas del concepto que no lo entendían como un proceso históricamente situado, la anomalía perdió peso. El populismo era (o es) la política misma. Esto nos habla, también, de una particular discusión epistemológica sobre cómo la *invención* de la excepcionalidad tiene su sustento, preferiblemente, desde miradas que caracterizan los procesos y los encasillan en ideales tipo.

Posteriormente, el tercer momento de la normalidad del populismo se consolida con los populismos de izquierda, al despuntar el nuevo siglo. Lo normal es, entonces, la vinculación partidista al progresismo de los líderes. Autores como Gratiús o O'Donnell, entendieron que Colombia vivía a destiempo, anacrónicamente, con la derecha uribista.

Para entender esos procesos de constitución de conceptos políticos polisémicos en este capítulo nos concentramos teóricamente en los *contextos de debate* intelectual, sus *suelos de articulación* y la forma en la cual estos dan forma al populismo como concepto de época que se transforma de manera consistente en momentos de crisis democrática. Reconstruir a partir de estas dimensiones los debates del populismo, como concepto con su *doble cara* en América Latina permitió definir huellas de continuidad y ruptura, de relación contingente con los acontecimientos, y es allí donde Colombia aparece de forma recurrente como una anomalía. Aún con sus transformaciones como *excepción*, la constante en la definición de la particularidad colombiana es su bipartidismo liberal y conservador: la élite económica que es al mismo tiempo la política. Es esa característica, en palabras de los intelectuales latinoamericanos estudiados en este capítulo, la que le impidió el ascenso a Gaitán primero y a Rojas Pinilla después y la que impulsó a un personaje de derecha, como Uribe, a lograr la presidencia del país en épocas de izquierda hemisférica. Pero, además de entender a las élites como el muro de contención de los populismos, por momentos asoma la tímida idea de un vínculo entre el comportamiento político colombiano y la violencia que ha sufrido este país por más de medio siglo. En autores como Cardoso y Faletto y más adelante en O'Donnell, se ofrecen análisis que relacionan los intentos de populismo en

Colombia con antecedentes de periodos violentos o, en el caso de Uribe, como consecuencia de estos: la muerte de Gaitán desencadenó enfrentamientos armados y a su vez el temor a la violencia encumbró a la derecha en el siglo XXI.

Este lazo tuvo un amplio despliegue al interior de las ciencias sociales colombianas y se convirtió en uno de sus estandartes para *inventar* la excepcionalidad: la violencia es la que define a Colombia, a su sociedad y a su política. La que obtura o habilita el cambio en un país cuya máxima preocupación desde mediados de la centuria pasada es el enfrentamiento armado interno. ¿Cómo inició el debate por el concepto de populismo en Colombia? ¿En qué contexto intelectual y político se produjo y cuáles fueron los acontecimientos que dispararon la disputa por su sentido? ¿Qué tanto intervino en la construcción de la excepcionalidad Colombia (desde adentro) la idea contrafáctica de lo que pudimos ser y no fuimos? Esas son las preguntas que guían nuestras búsquedas y pretenden encontrar respuestas en el capítulo siguiente, cuando analizaremos el inicio del debate por el populismo en Colombia.

Capítulo II

El inicio del debate sobre el concepto de populismo en Colombia: su vínculo con la violencia y la invención de lo excepcional desde el país que no fuimos

“Podríamos decir, por fin, que con el populismo hubiéramos tenido una sociedad un poco más democrática, igualitaria y civilizada, que reivindicaría valores culturales propios, con mayor educación, seguridad social, salarios y empleo mayores, con menos hambre, muy diferente al régimen de liberalismo económico que domina la sociedad colombiana de ayer y de hoy”. Salomón Kalmanovitz. (1985)

1. Introducción

El domingo 19 de abril de 1970 se celebraron las elecciones presidenciales con el resultado más ajustado del que se tenga recuerdo en la historia contemporánea de Colombia. Por menos de 64 mil votos -el 1,5 por ciento del total de papeletas- el candidato Gustavo Rojas Pinilla y su partido Alianza Nacional Popular (Anapo) perdieron la posibilidad de llevar al poder ejecutivo un movimiento político populista.⁵³ El ganador, Misael Pastrana Borrero, del tradicional Partido Conservador, anunció su victoria no sin antes advertir que el país había esquivado por poco una grave amenaza política. La sorpresiva votación generó todo un revuelo en el mundo político local, acostumbrado a una repartición histórica del poder entre el bipartidismo liberal y conservador. Al mismo tiempo, la jornada electoral fue el punto de partida para que en Colombia se hicieran las primeras interpretaciones sobre el populismo, un concepto que se asimilaba lejano y sobre el que recaían las más diversas disquisiciones. ¿Cuáles eran las *características* del populismo? ¿Se podía decir que Rojas Pinilla era populista? ¿Había existido en ese país el populismo antes de la Anapo?

⁵³ El conteo final de los sufragios otorgó el primer lugar al candidato conservador Misael Pastrana Borrero del Frente Nacional con 1'625.025 votos (40.2%). El segundo puesto fue para Gustavo Rojas Pinilla de la Anapo, con 1'561.468 votos (38.7%). En tercer lugar, se ubicó el también conservador Belisario Betancur con 417.350 votos (11.6%). Datos de la Registraduría Nacional del Estado Civil Colombiano, citados por Ayala (2006)

Hasta ese agitado año de 1970 Colombia no había pensado científicamente el populismo. El fenómeno, al menos en las ciencias sociales, era eclipsado por los análisis de la *Violencia*, en mayúscula como periodo situado históricamente o de las *violencias*, como las etapas de enfrentamientos armados que signaban a fuego el país. Aún con la concentración de estudios sobre las violencias⁵⁴ -en mayúscula o minúscula- el protagonismo electoral de la Anapo generó un cambio en el *contexto de debate* intelectual y abrió un repentino espacio a las reflexiones sobre el populismo que ya llevaban un amplio recorrido en América Latina. Fue, para recordar una categoría de Palti (2018), un punto de *inflexión*.

La propuesta de este capítulo es recorrer las huellas de ese despertar académico por la definición del populismo en las ciencias sociales colombianas, ver su evolución en las primeras dos décadas y reconocer el debate conceptual como un proceso de constitución de sentido que es diagnóstico de la situación política que lo sustenta. Se analizará cómo ciertos intelectuales se aventuraron a definir el concepto en textos pioneros e *inventaron*, desde allí, la idea de que los populismos que no llegaron al poder, particularmente con Jorge Eliécer Gaitán y luego con Gustavo Rojas Pinilla, principalmente en su época de la Anapo, fueron antecedentes de periodos de enfrentamientos armados. Nace allí el vínculo entre un populismo entendido como incompleto, porque no llegó al poder ejecutivo, y la violencia. Intentaremos mostrar, en últimas, cómo la construcción de la excepcionalidad colombiana se ha hecho, en gran medida, desde lo contrafáctico: desde la añoranza de lo que pudimos ser y no fuimos, principalmente tras el asesinato de Gaitán en 1948, y la especulación de un futuro alternativo que se mantiene presente en la memoria colectiva nacional. Los análisis desde las ciencias sociales, de esa Colombia

⁵⁴ El estudio pionero sobre la Violencia es *La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social* de Germán Guzmán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña, publicado en 1962. A este le siguieron un sin número de estudios sobre el periodo y las distintas violencias entre los que vale la pena destacar *Violencia, conflicto y política en Colombia* de Paul Oquist (1978), *Bandoleros, gamonales y campesinos. El caso de la Violencia en Colombia*, de Gonzalo Sánchez y Donny Meertens (1983) y *Pasado y presente de la violencia en Colombia* de 1986, un grupo de ensayos sobre la problemática compilado por Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda. Para 1987, durante la presidencia del liberal Virgilio Barco, se propuso a diez expertos la labor de narrar y analizar las violencias que había sufrido el país para, a la postre, plantear recomendaciones que ayudaran a poner fin al extenso conflicto armado. El resultado fue *Colombia: violencia y democracia* (1987), coordinado también por Gonzalo Sánchez y en el que participaron antropólogos, sociólogos, filósofos e incluso militares. El estudio, que le otorgó a sus integrantes de manera informal el particular título de “violentólogos”, es otro de los textos fundamentales para entender el proceso de la violencia en ese país. Más recientemente se han publicado estudios como *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia, 1875-1994* (1995) de Marco Palacios, *Violentología: manual del conflicto colombiano* (2012), un libro de Stephen Ferry que narra desde la óptica del fotoperiodismo la historia del conflicto colombiano y *¡Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad* (2013), un informe elaborado por el Centro Nacional de Memoria Histórica en el marco de las negociaciones de paz que sostuvieron el gobierno de Juan Manuel Santos y la guerrilla de las Farc.

imaginada, arriban con frecuencia al mismo puerto brumoso: *si el populismo hubiese triunfado y gobernado, entonces el país habría evitado sus sucesivas violencias.*

Nos concentraremos en los estudios pioneros sobre el concepto de populismo en Colombia en la década de 1970 y 1980 mediante una selección de textos que pretende ser una síntesis sobre la oferta conceptual de esas dos décadas mas no una lista definitiva o sistemática de todas las publicaciones hechas. Nos enfocamos en las cuatro obras que dieron sustento al inicio del debate por la definición del populismo en Colombia y que tuvieron un amplio despliegue en la vida académica e intelectual nacional. La primera es *Populismo*, de 1970, en la que los jefes del bipartidismo colombiano, Álvaro Gómez y Alfonso López Michelsen, intentan conceptualizar el fenómeno de manera apresurada tan solo unos meses después del resultado de las votaciones presidenciales. Si bien este texto no se inscribe, estrictamente, en las investigaciones de las ciencias sociales fue el primer escrito que, en Colombia, intentó darle un cariz intelectual a la reflexión sobre el populismo. La angustia de los denominados caciques políticos en las hojas de *Populismo* es un punto de partida diciente y sintomático sobre cómo la élite política-intelectual colombiana veía al fenómeno, cuál era el *contexto de debate* en el que meses después empezaría los estudios académicos y de qué forma el concepto estaba ligado a un reordenamiento social y político. A partir de allí las ciencias sociales tomarían la batuta para hacer sus propias definiciones conceptuales con *El populismo en Colombia* (1971) de Marco Palacios, *Economía y Nación* (1985) de Salomón Kalmanovitz y *Orden y Violencia: Colombia 1930-1953* (1987) de Daniel Pécaut. Los cuatro textos forman una especie de cuadrado conceptual que, desde la política, la historia, la economía y la sociología respectivamente pretenden encausar un concepto que se inscribe como categoría descriptiva de los acontecimientos políticos colombianos atravesada por la violencia. Los dos primeros libros son textos contingentes que responden a una coyuntura puntual (las elecciones de 1970) y los dos últimos, que se construyen tras investigaciones de largo aliento, son reflexiones asentadas en medio de un evidente incremento de la presencia guerrillera y revelan un interés explícito tanto del gobierno como de la academia por entender los orígenes de la conflictividad colombiana. Pero, además, todos los textos referenciados tuvieron un efecto palpable en la construcción de la narrativa histórica colombiana y en los lenguajes políticos pues -como veremos a lo largo de la investigación- sus autores jugaron un papel destacado en futuros gobiernos o como asesores en la definición y delimitación de políticas públicas de educación. Así,

sus interpretaciones se inscribieron en el modelo hegemónico con el que se instruyó al país -y a su supuesta excepcionalidad- en el cierre del siglo XX e inicios del XXI.

Para el análisis de los textos en este capítulo se profundizará en dos dimensiones teóricas. Inicialmente ahondaremos en lo que denominamos *picos y pliegues interpretativos*, que como hicimos notar en la introducción, son momentos políticos coyunturales que generan un aumento en el interés por el populismo, revelan su contingencia y obligan a revisar experiencias políticas pasadas para recordarlas y resignificarlas. Es allí donde el proceso de conceptualización presenta, de forma diacrónica, continuidades y discontinuidades en las cuales es posible seguir su rastro para asimilarlo como un concepto polisémico de época y en los que hay un cambio en el lenguaje político que dan cuenta de nuevos intereses y preocupaciones sociales, en este caso, en torno a la posibilidad de nuevas violencias. Esos *picos*, si bien se amparan en hechos específicos, no son lineales y, por el contrario, se *pliegan* entre ellos. Los debates avanzan y retroceden sobre estos acontecimientos que los interpelan y desde allí se estructura la reinterpretación del pasado y la conceptualización del presente como diagnóstico. El primer pico, evidente, son las elecciones presidenciales de 1970 que dieron génesis al debate. El segundo, más difuso y en el que se mueven los textos de la década de 1980, se consolida en lo que parece un interés renovado -aunque nunca ausente- por explicar los orígenes de la violencia guerrillera que vivía momentos álgidos en la Colombia de entonces. En ambos picos, a lo largo de este inicio del debate, los intelectuales que participan del proceso de definición conceptual insisten en las comparaciones para mostrar las características particulares colombianas desde el *caso espejo* del peronismo argentino, con el cual apuntalan sus estudios y que, en ocasiones, juega como una especie de tipo ideal sobre el cual, y según sus propósitos, van a proponer distintos niveles de análisis para recuperar del proceso *normal* únicamente aquello que les es beneficioso para su propia construcción de *excepcionalidad*. Si bien el *caso espejo* se mantiene invariable entre los diferentes intelectuales, su aproximación a él difiere en cuanto al enfoque que aplican y la meta a la que pretenden llegar. Algunos destacarán del primer peronismo su propuesta económica o su política social, mientras otros harán hincapié en el eje sindical del mismo o en sus alcances discursivos.

En el presente capítulo también se seguirá la huella de la *articulación dependiente* entre populismo y violencia, un vínculo tan fuerte entre conceptos que se transformó en *leitmotiv*. Ya desde los textos pioneros del populismo en Colombia este no puede ser definido si no se incluye en él a la violencia como su antecedente o como su consecuencia. Esa *articulación*, además, es

determinante para inventar la excepcionalidad siempre de la mano de propuestas contrafácticas sobre *lo que pudimos ser y no fuimos*. Dar cuenta de esta relación, a veces presente y literal, a veces implícita o difuminada, nos permite entender su historicidad y asimilar de qué forma, al despuntar el debate, se afianzó la *paradoja constitutiva* del concepto en Colombia de un populismo que genera violencia y una violencia que impide la consolidación del populismo. Veremos cómo, desde los textos de 1970 y 1971 pasando por los de la década de 1980, se apuntala la idea de un populismo “incompleto” que degenera en enfrentamientos armados.

Como se hizo en el capítulo anterior, el presente apartado seguirá atento a los *contextos de debate* -aquellos supuestos intelectuales sobre los que se construyen las conceptualizaciones y sobre los cuales los intelectuales definen sus aportes teóricos- aunque con mayor énfasis en los límites del proceso académico colombiano y a los *suelos de articulación*, que son los aspectos políticos y sociales, nacionales e internacionales, presentes a lo largo de los debates por la definición del fenómeno y desde los cuales descienden *los picos y sus pliegues*.

2. Las presidenciales de 1970 y el primer pico interpretativo

La aporía constitutiva del concepto de democracia representativa (Rosanvallon, 2003) en la que al pueblo únicamente se le permite escoger sobre lo ya escogido, vive en el siglo XX colombiano la más extrema de sus posibilidades: elegir exclusivamente entre dos alternativas, con los cuestionamientos de legitimidad democrática que esto implica.⁵⁵ Durante toda la centuria, la ciudadanía colombiana se limitó a votar sobre un binomio ya nominado que representaba el mismo interés económico y político del poder hegemónico. Liberales y conservadores se repartieron el poder desde el inicio de la república y para finales de la década de 1950 la rotación tomó un cariz explícito con el pacto del Frente Nacional. El acuerdo había sido suscripto entre los partidos Liberal y Conservador como una forma de alternancia de la presidencia durante cuatro periodos

⁵⁵ Al cuestionar los límites y las posibilidades en torno a la representación, Rosanvallon afirma acerca de una de las aporías constitutivas de la democracia moderna: “Habría que aprehender sobre todo de manera minuciosa aquello que llamé el problema del ‘tercer organizador’. Nombre de esta manera el hecho de que la expresión colectiva es prácticamente inconcebible sin que intervenga una cierta exterioridad. Por ejemplo, no hay comicios posibles sin la existencia de candidaturas que obliguen automáticamente a los ciudadanos a elegir. Esta imposibilidad lógica de una democracia inmediata y directa ha sido objeto desde hace dos siglos de múltiples interrogantes cuya historia merecería ser reconstruida. Esta historia conduciría a una mejor apreciación del sentido que conviene atribuir al carácter consecuentemente reflexivo del régimen representativo y permitiría evaluar de manera diferente los fundamentos de la legitimidad democrática” (Rosanvallon, 2003: 50).

presidenciales (entre 1958 y 1974) para intentar detener la Violencia que desangraba al país desde mediados del decenio de 1940. Aprobado por ley, su ratificación se dio en un plebiscito en 1957 y al año siguiente fue elegido en las urnas el primero de los cuatro gobernantes. Con la alternancia acordada el primer periodo le correspondió a los liberales y el último, en 1970, debería ser para los conservadores, en un proceso restringido en el que una tercera política parecía imposible.

Las elecciones presidenciales de 1970 fueron, así, las últimas pertenecientes al Frente Nacional. El general Gustavo Rojas Pinilla, que gobernó en dictadura entre 1953 y 1957, pretendía ser la gran alternativa al bipartidismo. Impulsó su propio partido, la Alianza Nacional Popular (Anapo) y buscó desbancar al candidato del Frente con un discurso que sus contradictores tildaron de populista. Un poco más del uno por ciento de cerca de cuatro millones de votos se lo impidió y sus votantes denunciaron fraude.⁵⁶ Aún cuando el candidato conservador del Frente Nacional, Misael Pastrana Borrero, fue proclamado ganador, la élite política sintió pasar muy cerca la derrota y se dió cuenta que las disidencias ponían en peligro la hegemonía bipartidista. La “amenaza” populista había puesto en seria duda la continuidad del pacto.

Hasta ese momento nadie en Colombia había determinado qué era el populismo o quién podía ser etiquetado como populista. Las presidenciales, y sus resultados, dieron paso a un interés repentino por debatir el concepto y configuraron el primer *pico y pliegue interpretativo* en las ciencias sociales colombianas sobre el concepto. De repente aumentó el uso de la palabra en el lenguaje de los políticos y, casi con urgencia, se dió paso a un proceso de interpretación por parte de los intelectuales nacionales. La tarea no era únicamente entender lo que parecía ser el populismo anapista sino, además, reinterpretar acontecimientos pasados que surgían como antecedentes necesarios sin los cuales el proceso inmediato parecería huérfano. ¿Era el líder populista un simple demagogo? ¿Había relación entre el concepto de caudillismo -tan usado en la primera mitad del siglo XX colombiano-⁵⁷ y el de populismo? ¿Qué papel jugaba la idea arraigada del gamonal,

⁵⁶ El resultado de las elecciones de abril de 1970 es aún motivo de enorme polémica en el campo académico y político colombiano. Ese domingo, al empezar el conteo de las urnas, la Anapo obtenía un amplio margen de victoria sobre el candidato del Frente Nacional. Al llegar la noche, por orden del Ejecutivo, las emisoras radiales dejaron de emitir los resultados. Cuando se volvió a informar sobre el proceso, ya en la mañana del 20 de abril, Pastrana Borrero superaba a Rojas Pinilla por pocos votos y ganaba la elección. La Anapo denunció fraude. Profundizaremos en la construcción de la Anapo y de las elecciones de 1970 en el Capítulo III con los trabajos de César Ayala sobre populismo colombiano (1995, 1996, 2006).

⁵⁷ El término caudillo fue utilizado con frecuencia en el siglo XIX colombiano para definir a los partícipes de las gestas libertadoras y a los líderes del establecimiento de la república. En el concepto de caudillo existía un vínculo fuerte con el liderazgo militar, muchas veces asociado con el autoritarismo, de personajes como Tomás Cipriano de

como gran hacendado y líder de extensas tierras, en el populismo colombiano? Políticos-intelectuales y académicos decidieron dar, a las corridas, sus propias interpretaciones.

2.1 El pistolazo de salida: entender al populismo desde los jefes del bipartidismo colombiano

Los políticos colombianos se aventuraron a una definición del populismo antes que la academia. El primer paso lo dieron en el IV Congreso Nacional de Economistas de Colombia, en su reunión del 25 de junio de 1970, cuando se debatió en torno al populismo entendido como la “polarización política en función de clases económicas” y se invitó a los jefes de los dos partidos políticos a que disertaran sobre el tema: Álvaro Gómez Hurtado, por el partido Conservador y Alfonso López Michelsen, por el Liberal. En agosto -un mes y medio después- las dos conferencias fueron reunidas en un libro titulado simplemente *Populismo*, al que se le agregaron dos textos cortos del político y exsenador liberal Alfonso Palacio Rudas y un ensayo del conservador Belisario Betancur, quien se había presentado como disidente de su partido a las elecciones de abril. El resultado fue el primer texto colombiano que tuvo al concepto de populismo como eje de discusión.

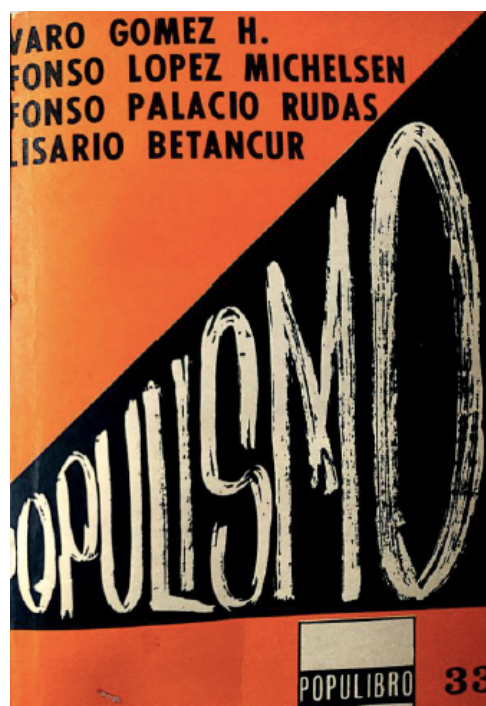


Imagen 2. *Populismo*, de la editorial Revista Colombiana, publicado en agosto de 1970, fue el primer texto que trató de forma sistemática el concepto en Colombia.

Populismo fue la entrega número 33 de una colección que, bajo el nombre de Populibro, publicó la Editorial Revista Colombiana y en la que se daba espacio a políticos, abogados, poetas y filósofos para tratar temas nacionales tan diversos como la historia de la república, los discursos

Mosquera o Rafael Uribe Uribe. Para profundizar sobre la política colombiana del siglo XIX remitimos al texto *El pensamiento político colombiano en el siglo XIX*, del historiador Jaime Jaramillo Uribe. En la primera mitad del siglo XX, el caudillo por excelencia fue el liberal Jorge Eliécer Gaitán, referenciado comúnmente entre sus seguidores como “el caudillo del pueblo”.

de algunos líderes bipartidistas o la poesía.⁵⁸ De los libros publicados hasta ese momento por la colección, solo *Populismo* fue una recopilación de ensayos cortos de diferentes autores, convocados en tan solo cuatro meses, lo que da pistas de la premura de la editorial por responder a lo que definen en la introducción como un “interés suscitado por el tema populista” y sobre el cual no había referentes teóricos nacionales. La sorpresa que causaron los resultados del 19 de abril sería evidente en sus páginas y da muestra del valor epocal del concepto.

El ensayo *Conservadurismo y Populismo*, escrito por el jefe del Partido Conservador, Álvaro Gómez Hurtado, abre el libro. Gómez Hurtado era hijo de Laureano Gómez, el gran caudillo conservador colombiano de la primera mitad del siglo XX y presidente entre 1950 y 1951. Aunque ampliamente conocido como hijo de Laureano, Gómez Hurtado se forjó desde muy temprano una carrera propia y exitosa, como político e intelectual, dentro de la misma colectividad, al ser docente universitario, concejal de Bogotá, Representante a la Cámara y Senador de la República. A diferencia de su padre, que tenía un carácter explosivo y a menudo violento,⁵⁹ Álvaro insistió en la importancia de los consensos entre partidos, siempre enarbolando las banderas conservadoras de la defensa de la propiedad, la seguridad y la moral cristiana. Al populismo lo define en su escrito como “un estilo de la política” y a los movimientos que recurren a él, como espacios “espontáneos” que aprovechan los vacíos dejados por las formas tradicionales de hacer política. Movimientos que “tienen la pretensión legítima de ser el pueblo, de representarlo” (Gómez, 1970: 17). Una cosa es el populismo -dice Gómez- y otra quienes hacen parte de él, quienes se sienten atraídos por sus ofertas. Es a estos segundos a los que los partidos políticos tradicionales deben recuperar y a quienes deben prestar atención para cumplirles sus peticiones.

Utilizando un símil que repetirá en toda su exposición, Gómez compara al populismo con una “gran central ferroviaria” en la cual se pueden tomar trenes a los destinos más diversos: “desde

⁵⁸ En la colección de Populibros publicaron políticos destacados en la historia colombiana como Laureano Gómez (1. *Discursos*; 5. *El Mito de Santander Tomo I y Tomo II*), empresarios reconocidos como J. Emilio Valderrama (18. *¿El sistema para qué?*) o poetas como Eduardo Carranza (16. *El corazón escrito. Versos de amor*).

⁵⁹ La figura del conservador Laureano Gómez (1889 – 1955) es una de las más polémicas de la historia del siglo XX colombiano. Sus seguidores lo consideraban la mayor figura conservadora de la historia; sus opositores lo apodaban el “monstruo”, y lo acusaban de ser racista y promotor -desde las columnas de su periódico *El Siglo-* del fascismo en el país. Su posición de defensa a ultranza de la iglesia y la herencia española era uno de los ejes de su discurso político. En una conferencia de finales de la década de 1920 aseguró: “Nuestra raza proviene de la mezcla de españoles, de indios y de negros. Los dos últimos caudales de herencia son estigmas de completa inferioridad” y “El espíritu del negro, rudimentario e informe, como que permanece en una perpetua infantilidad”. Las conferencias dictadas por Laureano Gómez en el Teatro Municipal de Bogotá están recogidas en el libro *Interrogantes sobre el progreso de Colombia* de 1970.

aquellos que van a la revolución hasta los que lo devuelven a uno a la casa” (Gómez, 1970: 15). La comparación, como esfuerzo de “simbolización de la realidad” (Palti, 2014),⁶⁰ es clave para entender los *suelos de articulación* sobre los que se sustenta el debate inicial del populismo en Colombia, y la manera en la cual se imbrican los referentes históricos, nacionales e internacionales, como marco interpretativo para la definición del proceso. Así, los suelos *articulan* un sentido de época que queda inmediatamente inscripto en la conceptualización del fenómeno político que pretende ser delimitado. Tras el pánico generado en las élites por el ascenso de la Anapo como un tercer partido con posibilidades de llegar al ejecutivo, lo que debería la ciudadanía -en palabras de Gómez- es retornar al camino bipartidista de siempre. El regreso del hijo pródigo. La otra decisión, la de tomar el tren de la revolución, solo conduciría a un terreno desconocido para Colombia que ya caminaba Cuba desde 1959 y que, para entonces, era mostrado como la antinomia de la democracia y el Estado de derecho. Gómez dice que el populismo no debe impulsar la lucha de clases porque es la lucha de clases la que lleva a la revolución y la revolución al fin de la convivencia pacífica. Es acá donde aparece una incipiente relación entre populismo y violencia en Colombia que, aunque no directa, está latente por primera vez y será un elemento constitutivo e indisoluble de los debates por definir el concepto de populismo en el país.

Sin embargo, la relación entre populismo y revolución es menos estrecha de lo que parece en buena medida porque el populismo -siempre siguiendo a Gómez- es un movimiento insolidario, inmediatista, más nacido de la frustración que aglutinado por un propósito común, lo que hace que sea maleable, y cuyos integrantes pueden optar rápidamente por acoger el discurso de los partidos políticos tradicionales si estos son capaces de escuchar sus demandas. La revolución, por el contrario, exige un compromiso que el populismo no tiene. Para el conservador, el populismo estalla en Colombia como síntoma de una crisis económica y de una desatención de las élites políticas, adormecidas por el reparto burocrático del Frente Nacional. Es el resultado de un aumento de consumo en la población que ha accedido, por motivos del desarrollo, a un nivel de vida de mayor holgura y que ha virado en sus intereses. Esas nuevas necesidades que son “un motor revolucionario más eficaz que la urgencia de calmar el hambre o de encontrar un techo”

⁶⁰ Dice Elías Palti sobre al tránsito de la vieja historia de ideas a la llamada nueva historia intelectual: “Al fin de hallar aquellas marcas que historizan a los discursos debemos, pues, ampliar nuestra perspectiva del universo simbólico, penetrar aquellas instancias de simbolización de la realidad que subyacen más allá del plano más superficial de los contenidos ideológicos de los discursos, así como incorporar a nuestro análisis a aquellas otras funciones adheridas a los usos públicos del lenguaje que no se reducen a la estrictamente referencial” (Palti, 2014: 11).

(Gómez, 1970: 18), conforman un movimiento con sustento en la clase media. Su soporte, por lo tanto, está en lo que el político llama las “nuevas fuerzas vitales”, esto es “los estudiantes, los progresistas, los imaginativos”, que adquieren conciencia política. El populismo no propone una lucha de clases y, en definitiva, en el caso del anapismo, no es proletario.

Al considerar que al populismo lo integran las clases medias, Gómez, desde una orilla distinta, coincide con las críticas que en un primer momento Lenin le hizo al movimiento ruso Narodniki de 1870, al etiquetarlo de pequeño burgués.⁶¹ Pero, lo que Lenin ve como una desventaja, el colombiano lo considera un punto de contacto con la política tradicional. En la clase media está la oportunidad de un regreso del conservatismo a la vocación popular que se ha perdido. El líder del Partido Conservador se sustenta teóricamente, aunque sin nombrarlos, en la idea de “asincronías” de Gino Germani y en Torcuato Di Tella, y su interpretación de que, en los procesos de desarrollo tardío, los partidos tradicionales parecen incapaces de asumir el aumento de las expectativas de la población. En ese sentido, Gómez insiste en que hay que aprender de los “emigrantes” del sistema, de aquellos que fueron conservadores y ya no lo son, y tienen sus razones para desconfiar de la política tradicional y sacar de allí una lección.

Pero quizá la reflexión más interesante de aquellas que ofrece Gómez en su intento por conceptualizar el populismo, que convierte el esfuerzo conceptual en toda una radiografía de época, descriptiva “a lo Skinner”, se sustenta en el reconocimiento de la desidia política en la que han caído los partidos tradicionales colombianos, entregados a la burocracia de la repartición de puestos fruto del Frente Nacional y a la fuerza de los conglomerados económicos: “¿Quién ejerce el poder en Colombia? Si queremos ser francos debemos contestar que ese poder lo ejerce el sector económico. En este se encuentra casi toda la capacidad decisoria no solo porque casi siempre señala las metas de la acción administrativa sino porque determina quién puede llevarlas adelante” (Gómez, 1970: 21). Las palabras resultan fulminantes viniendo justamente del jefe del Partido Conservador, soporte de las élites políticas que han gobernado a Colombia desde su independencia, que además acababa de ganar las controvertidas elecciones, y habla en el contexto del foro económico más importante del país. Es el reconocimiento, barnizado de autocrítica, de que los

⁶¹ Para un joven Vladímir Ilich Uliánov, *Lenin*, el populismo ruso tenía sus raíces en protestas de los pequeños propietarios y productores hacia el capitalismo. No era, entonces, un movimiento de construcción del pueblo desde las clases menos favorecidas sino un proceso coyuntural que respondía a intereses pequeñoburgueses. Sobre la evolución del primer Lenin y su construcción política del pueblo ver Claudio Ingerflom (2017).

políticos han sido eclipsados por los empresarios y que, en últimas, la democracia colombiana ha sido históricamente una fachada a la que se le empiezan a ver las grietas. Debatir un concepto complejo y polisémico, llevó a Gómez a esa conclusión y es una muestra palpable de la forma en la cual, siguiendo a Palti (2007), la temporalidad irrumpe en los lenguajes políticos usados por los intelectuales para producir y definir un concepto; para modificarlos respecto a sus nuevos intereses y angustias y expresar, en este caso, las preocupaciones de unos partidos políticos que veían disminuida su veterana hegemonía. Aún sin cumplir con su periodo estipulado, el Frente Nacional se presentaba en 1970 como un acuerdo caduco, desafiado por alternativas de agrupaciones políticas no tradicionales.

La reflexión conceptual de Gómez dista mucho de la que ofrece Alfonso López Michelsen, en su escrito titulado: *El liberalismo y el populismo*. El líder del Partido Liberal era también hijo de presidente: su padre Alfonso López Pumarejo gobernó a Colombia en dos ocasiones entre 1934 y 1938, y luego entre 1942 y 1945. Crítico de la dictadura de Gustavo Rojas Pinilla, Michelsen se exilió en México en la primera mitad de la década de 1950 y a su regreso al país, inconforme con el pacto del Frente Nacional, decidió declararse en rebeldía del Partido Liberal y fundar el Movimiento Revolucionario Liberal (MRL). En 1964 retornó al oficialismo liberal y en 1970 era su líder, además de un reconocido catedrático.

Para López la principal enseñanza de la construcción del discurso populista de la Anapo y su masivo apoyo en las urnas se explicaba en un cambio de los intereses ciudadanos, en entender que la “concordia” ya no era el tema de principal interés en el país y que, mientras el bipartidismo insistía en mantener la paz, el populismo del partido de Rojas Pinilla fue exitoso al reconocer a la precariedad económica como la angustia principal del pueblo. El país cambió y el bipartidismo le perdió el pulso. En ese sentido el populismo “no es otra cosa que abanderar las aspiraciones de los consumidores contra la autoridad y la disciplina propias de un Estado productor” y se expresa con un discurso demagógico e irresponsable, que esconde en sus postulados generalizadores una “falta de ideas concretas sobre los problemas públicos” (López, 1970: 64). López hace un escrito de tinte electoral, dirigido al auditorio de economistas, en el que se detiene en un diagnóstico de las dificultades monetarias del país más que en la definición del concepto político. Dice que el respaldo popular a un discurso no debe ser, necesariamente, aplaudido pues apoyos como estos los han recibido “dictadores como Perón, Hitler, Mussolini, que contaron en un momento dado con respaldo popular” (López, 1970: 45). Da muestra del cariz de su comparación que, en momentos

en los que a la Anapo y a Rojas Pinilla (que nunca nombra) se les tilda de populistas, incluya al expresidente argentino en la lista de “dictadores” y lo equipare con nazis y fascistas.

El populismo es, en conclusión, una amenaza que estuvo cerca de consolidarse en Colombia pero que, afortunadamente, fue derrotada. Sin embargo, al intentar atacar al populismo, López cae en una contradicción. Presenta una doble cara del concepto: primero como simple demagogia y al mismo tiempo, como auténtica representación del pueblo. Para fundamentar esta segunda acepción reconoce a su propio partido como uno “popular o populista”, con sus “caudillos generalmente proscritos y perseguidos”, pero “por quien el pueblo se sentía interpretado”. El político vincula la imagen del caudillismo con el populismo, aunque lo hace sin profundizar la conexión conceptual. Hay en el lenguaje una actualización de conceptos que para entonces parecían añejos y necesarios de renovación ante la arremetida anapista. La diferenciación, que parece construirla desde la separación del sustantivo “populismo” del adjetivo “populista”, no tiene mucho éxito cuando concluye: “El caudillo liberal fue siempre por excelencia el que se mezcló con la chusma, el orador de plaza, o el guerrero de las geniales intuiciones” (López, 1970: 52).⁶²

Entonces, ¿cómo regresar al pueblo sin ser populista? ¿Cómo ganar electores con un programa económico que exige compromisos y sacrificios? López enfoca su disquisición en la recuperación del voto y al aplauso de los economistas que lo escuchan. El contexto en el que presenta su discurso transforma su lenguaje: el líder liberal quiere empatizar a tal punto con su auditorio que pide “volver a encontrar al *consumidor*, desde el punto de vista electoral y político, sin incurrir en los excesos del populismo” (López, 1970 :63).

2.1.1 La mirada política del populismo como *esencia* y crisis

El apuro por publicar un estudio que diera un marco interpretativo al zarpazo electoral de la Anapo es evidente y los discursos de Gómez y López, impresos, no daban más que para un folleto. Es así como el texto *Populismo* tiene una segunda parte en la que, como una forma de ampliar el

⁶² El caudillismo latinoamericano como antecedente de las figuras populistas es un tema que para ese momento (1970), y como vimos en el Capítulo I, autores como Germani (1962) o Cardoso y Faletto (1969) ya habían analizado con la idea de que existen rezagos en el fondo del populismo latinoamericano del caudillo del siglo XIX, emancipador y presente en el nacimiento de las repúblicas. Estudios europeos pioneros en definir el populismo latinoamericanos (Hennessy, 1969) también hacen referencia al supuesto vínculo entre caudillismo y populismo. Hay, en esas definiciones esencialistas, la idea de que el populismo es una anomalía, de continuo retorno, en democracias “subdesarrolladas” y que aún no logran una consolidación.

compilado mientras se mantiene el equilibrio de opiniones de los dos partidos, se les da espacio a las reflexiones del intelectual liberal Alfonso Palacio Rudas y a las del conservador Belisario Betancur. Palacio Rudas ofrece dos pequeños escritos: una columna de opinión sobre el tema, que ya había sido publicada en el periódico *El Espectador* titulada *Populismo: esencia y apariencia*,⁶³ y un discurso que había dado a los bachilleres del colegio Pio XII de Cali titulado *Los políticos y los tecnócratas* en el que habla de los peligros de una política tomada por los tecnicismos, pero en el que el concepto de populismo no aparece. En su columna se limita a exponer las tesis del libro *Populismo: sus significados y características nacionales*, de Ghita Ionescu y Ernest Gellner (1969). El texto, que como vimos en el capítulo anterior, fue seminal en la interpretación europea del populismo latinoamericano, aparece acá por primera vez en Colombia y será referenciado con frecuencia en otros estudios sobre el populismo publicados más adelante. Su uso, además, da muestras de la acotada discusión en torno a un concepto novedoso y con pocos referentes en la academia colombiana. Palacio Rudas se circunscribe a interpretar ese escrito y habla del artículo del libro dedicado a América Latina y escrito por Alistair Hennessy que tiene una alta carga peyorativa y define al concepto como “un arma organizacional”. Coincide con el inglés en el carácter urbano y pasajero del populismo latinoamericano, que, sin embargo, debe ser estudiado “en sus esencias y apariencias”, para superar el estado de confusión y “miedo” que dejó el 19 de abril de 1970. Palacio Rudas retoma, también sin citar, los planteamientos de Torcuato Di Tella al entender al populismo como un movimiento que es capaz de canalizar las expectativas de una sociedad inconforme en medio de un proceso de modernización. En últimas el populismo es, para el autor, “una cosa hirviente y polimorfa que atrae fallidas esperanzas, frustraciones, resentimientos, viejos temores” (Palacio Rudas, 1970: 71).

El escrito del conservador Belisario Betancur titulado *Populismo vs establecimiento*⁶⁴ cierra el libro. Colombia, dice Betancur, es un país que ha confundido el verdadero desarrollo con la modernización, desestructurada e inarmónica, en el que las capas inferiores no ven beneficios.⁶⁵

⁶³ El escrito de Palacio Rudas apareció publicado originalmente el viernes 5 de junio en el periódico de circulación nacional *El Espectador*.

⁶⁴ Belisario Betancur se había declarado en rebeldía con su propio partido y con el Frente Nacional unos años antes. Sin vínculos con su antigua colectividad se presentó como candidato conservador disidente a las presidenciales de 1970 y obtuvo un muy lejano tercer puesto con el 10,6 por ciento de los votos. Ese papel de actor secundario le dio voz en la propuesta de conceptualización del populismo que, a su juicio. Lo había derrotado desde la Anapo.

⁶⁵ Al igual que Álvaro Gómez, Betancur evidentemente coincide con las preocupaciones sobre las características anómalas del populismo planteadas por Germani y Di Tella, aunque tampoco los cita. Hace referencia a los trabajos de los académicos de la Cepal y reconoce que sus indagaciones influyen y profundizan más en los problemas

Al producirse tal situación un gran sector del pueblo queda en vilo entre dos conflictos: de una parte la ilusión de la modernización con todos sus símbolos de consumo suntuario sume principalmente a las capas medias en el reaccionarismo, en el conformismo, porque las hace creer que lo conseguido ya es un avance y que podrían mejorar su situación; no les importa continuar viviendo en el denominado campo magnético del desastre social, en la línea de flotación de lapobreza. De otro lado, las capas inferiores de la sociedad pagan su parte de los resultados económicos de la operación general, porque se produce el fenómeno de las dos economías nacionales: *la de los opulentos y la de los de abajo*⁶⁶ (Betancur, 1970: 106),

Es a estos últimos, *los de abajo*, a los que apela un movimiento como la Anapo, representante de “urgencias populares” olvidadas por las élites y que se aprovechó de un bipartidismo aletargado por la “tranquilidad burocrática” del Frente Nacional. Más que conceptualizar el populismo Betancur propone un diagnóstico de la política colombiana, carcomida por burocracias y “falsos sentidos del orden y la disciplina que se imponen desde las palancas del poder” (Betancur, 1970: 113), que ponen al mismo nivel de subversión el disenso intelectual y la rebelión armada. En últimas, al igual que lo planteó Gómez, los partidos deben superar el Frente Nacional, escuchar al pueblo y representar a una sociedad de la que se han alejado. Hablar sobre el populismo es una excusa para exponer sus ideas sobre una época política en el que los partidos hegemónicos han perdido la batuta.

2.1.2 Un fenómeno y tres síntomas: un concepto diagnóstico para un cambio de época

El primer intento de conceptualización del populismo en Colombia, realizado por los líderes del liberalismo y el conservadurismo, ofrece un claro diagnóstico de su tiempo. Mientras los autores se esfuerzan por definir el fenómeno hacen un examen de la realidad política del país y, como sustento empírico de la conceptualización, intentan una radiografía del estado del bipartidismo hegemónico y de la reconfiguración de las necesidades del pueblo que parece avasallado por un proceso de crecimiento económico del que no recibe ningún beneficio. La reconstrucción de los lenguajes políticos que usan los intelectuales para producir su definición de populismo pone en

latinoamericanos que “los manuales del Banco Mundial y los análisis de los economistas en trance de burocracia internacional” (Betancur, 1970: 107).

⁶⁶ Las cursivas son nuestras.

evidencia las diferentes posturas que los autores asumieron respecto al concepto y permite penetrar, como dice Palti (2014) ese “sustrato problemático que les subyace”. El interés que articula el esfuerzo conceptual de los políticos es descubrir por qué su hegemonía fue puesta en duda por un proceso que consideran amenazante pero pasajero.

Podríamos resumir en cuatro puntos las conclusiones del texto publicado por Populibro. Primero, los autores, sin excepción, presentan un concepto acumulativo y peyorativo del populismo como movimiento demagógico e irresponsable que, aún así, logra un vínculo con las clases populares que no se sienten representadas por los partidos tradicionales. Ese vínculo se establece gracias a las promesas de mejoras económicas y a la posibilidad de un mayor consumo en momentos en los que el proceso de modernización los ha dejado rezagados enriqueciendo a una élite y aumentando la brecha entre lo que Betancur llamó las dos economías: la de los opulentos y la de los de abajo. El *contexto de debate* intelectual se nutre de la sociología argentina, con Germani y Di Tella presentes, pero no mencionados, y hereda la mirada peyorativa ofrecida por Hennessy en su texto de 1969 desde el cual disparan una interpretación particular de la realidad nacional. El papel del líder, en esta conceptualización, no aparece como determinante y no se le otorga ningún peso ni a su carisma ni a su discurso.

Segundo. El surgimiento de un movimiento populista como la Anapo que estuvo muy cerca de llegar a la presidencia con Gustavo Rojas Pinilla -al que evitan nombrar en el texto- demuestra un agotamiento del pacto del Frente Nacional que, durante 12 años y aún con cuatro más por recorrer, sustrajo el elemento político de los partidos para dejarlos como simples camarillas que se reparten posiciones burocráticas pero que, desconectados de las necesidades de los ciudadanos, no pueden representarlos efectivamente. Es dicente la manera en la cual el texto se enfoca en la Anapo como movimiento, más que en el liderazgo de su jefe y, más significativo aún que el nombre de Gustavo Rojas Pinilla solo aparezca una vez. El único autor de *Populismo* que lo nombra es Alfonso Palacio Rudas y de forma pasajera, para referirse a él como el que “acaudilla” los votos de la colectividad. La ausencia del análisis de Rojas como líder en la conceptualización nos habla de una pretensión explícita de los políticos por disminuir la fuerza de su presencia en el movimiento y difuminar su legado. El nombre del general estaba vinculado a una época -la década de 1950- que el bipartidismo hegemónico, de la cual los autores eran miembros estelares, pretendía superar. Para este objetivo, entonces, resultaba fundamental desconocer el nombre de Rojas Pinilla como un líder prominente.

Tercero. Esa orfandad del pueblo es aprovechada por la Alianza Nacional Popular. Pero ¿quién es el pueblo? Para los liberales López Michelsen y Palacio Rudas, es la “gleba” y el proletariado. Para los conservadores Betancur y, principalmente, para Gómez el pueblo al que apela el populismo colombiano es la clase media que pretende aumentar su poder adquisitivo. La Anapo la reconoce y se conecta con ella mediante un discurso en el que promete mejoras en las condiciones de vida más acordes a los anuncios de modernización.

Por último, en cuarto lugar, el primer intento de conceptualización del populismo en Colombia revela una confesión asombrosa viniendo de la élite política, sus líderes hegemónicos e hijos además a su vez de expresidentes: el reconocimiento de que el poder en el país ya no recae en las instituciones democráticas y mucho menos en la presidencia, sino en el sector económico. Esa paradoja, de un poder político que se reconoce subyugado ante el capital, (paradoja que además fue aprovechada por el discurso anapista para obtener el apoyo en las urnas) retumba con más fuerza a cinco décadas de distancia de los hechos del 19 de abril al mirar la evolución de los acontecimientos políticos en el país y el devenir de los autores del texto. Dos de ellos se transformaron en presidentes: el liberal Alfonso López Michelsen en 1974, tan solo un periodo después de la irrupción de la Anapo, y el conservador Belisario Betancur en 1982. Álvaro Gómez Hurtado, candidato en tres ocasiones a la presidencia (1974, 1986 y 1990) y quien alertó de forma más contundente en su texto sobre la subordinación de los partidos políticos a los conglomerados económicos, fue asesinado en 1995. Los cuatro políticos, aún críticos con sus propios partidos, se mantuvieron hasta el final de sus días como integrantes de estas colectividades, incluso, por algunos periodos, como sus cabezas más visibles.

2.2 La primera conceptualización de populismo en las ciencias sociales

En noviembre de 1971, quince meses después de la acelerada publicación del texto compilado de los líderes bipartidistas, vio la luz *El populismo en Colombia*, del historiador Marco Palacios, considerado el primer texto académico sobre populismo en las ciencias sociales colombianas. En un principio, llevó el nombre de *Industrialización, dependencia y populismo en América Latina: el caso de Colombia*. La primera versión del texto se presentó en el VIII Coloquio internacional de Sociólogos de Lengua Francesa en Túnez en septiembre de 1971. Posteriormente se amplió y adquirió el nombre que llevó a la imprenta Ediciones El Tigre de Papel y Editorial Siuasinza.

En 1970 Palacios tenía 26 años y trabajaba como investigador en el recién creado Centro de Investigaciones para el Desarrollo (CID) de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Colombia. Se había graduado como Magister en Estudios Chinos de El Colegio de México y, según reconoció después, se interesó en hacer el escrito sobre el populismo “movido por la coyuntura de la Anapo” a pesar de que estaba alejado de su tema de investigación y, en buena medida, de su campo de experticia.⁶⁷ Vale resaltar, en términos del limitado *contexto de debate* sobre el que se movían las ciencias sociales colombianas para entonces, que el libro seminal sobre el populismo en este país lo escribiera, no un sociólogo o un académico dedicado a la historia nacional, si no un magister en temas asiáticos que, ajeno a la temática, se sintió interpelado por la trascendencia de los eventos políticos ya relatados.

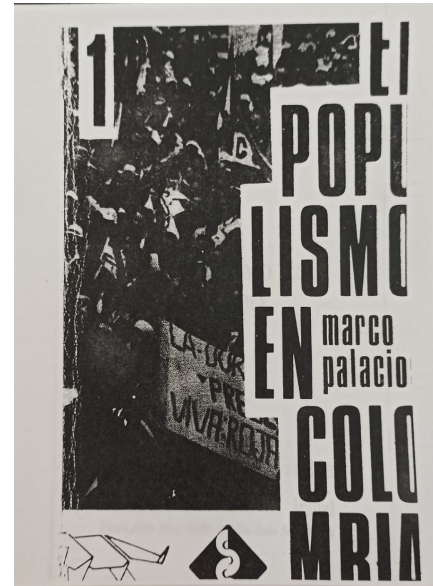


Imagen 3. El texto *El populismo en Colombia*, de 1971, marcó el punto de partida para el análisis del concepto en las ciencias sociales de ese país. Tapa de la primera edición.

El título provisorio del texto *Industrialización, dependencia y populismo en América Latina: el caso de Colombia* exponía la cercanía cepalina de los escritos de Cardoso y Faletto, del que el mismo autor se siente en deuda desde la introducción. Además, hace hincapié en que para su trabajo echó mano de lo que tenía a disposición sobre populismo que, en ese momento, define como limitado. Al igual que Alfonso Palacio Rudas, cita el libro *Populismo: sus significados y características nacionales* de Ionescu y Gellner y el artículo sobre América Latina de Alistar Hennessy; que para entonces se sitúa claramente como punto central de referencia en el estrecho contexto de debate. “No obstante -dice Palacios sobre su propio análisis- las raíces están en el pensamiento democrático de occidente que recogió Marx” (Palacios, 1971: 8).

En la introducción de *El populismo en Colombia*, Palacios reconoce que en algunos puntos su ensayo es “demasiado superficial” y en otros “demasiado conjetural” pero en él intenta debatir

⁶⁷ En una entrevista publicada en la revista académica *Historia* en 2015, Marco Palacios reconoce que su interés para inicios de la década de 1970 estaba en los estudios sobre China y Asia por lo que se proponía hacer un doctorado en el tema cuando, por la coyuntura de las elecciones de 1970, decidió escribir el ensayo que luego daría paso a su libro *El populismo en Colombia*. Fue justamente este texto el que le abrió las puertas para doctorarse en temas sociales acerca de Colombia y América Latina en Oxford. Ver Jiménez (2015).

temas de la política nacional desde el concepto de populismo en un momento de particular efervescencia social en el país, cuando ya ha pasado un año y medio de las elecciones del 19 de abril de 1970 y el asombro inicial de los partidos políticos ha dado paso a un descontento generalizado por los dudosos resultados en los que salió derrotado Rojas Pinilla. La Anapo insiste en que las elecciones fueron fraudulentas y muchos de sus integrantes ya hablan de la necesidad de tomar las armas para llegar al poder. Bajo esos acontecimientos políticos que Palacios define como “drama”, analizó lo que para él significaba ese concepto, con la figura fresca de un político como Rojas Pinilla sobre quien pesaba el calificativo de populista.

Aunque resulta evidente que el texto responde al mismo *pico interpretativo* que originó el texto de los políticos del bipartidismo, la propuesta analítica del libro de Palacios difiere radicalmente de aquel y a lo largo de las poco más sus 120 páginas hará referencia un par de veces a lo dicho por Álvaro Gómez y Alfonso López para refutarlos y discutir su conceptualización. Palacios dice que el populismo “puede ser un insulto” pero, también de la mano de Germani y Di Tella, lo reconoce como un fenómeno propio de una sociedad en transición que ingresa a la modernidad y que posibilita la integración de intereses de las masas populares a la democracia. A diferencia de las reflexiones hechas por los políticos, Marco Palacios insiste en que la fortaleza y la resistencia de la oligarquía colombiana han impedido el ascenso de las principales demandas del pueblo a la política estatal. Para el autor, ni siquiera en el quiebre radical que significó la independencia, las oligarquías sufrieron cambios sustanciales en la forma en la que se relacionaban y administraban el poder. No es, como propuso Álvaro Gómez en su crítica al Frente Nacional, que el poder económico haya capturado al poder político; es, por el contrario, que ambos poderes resultan ser uno solo, monolítico, en el que los intereses del capital y de la política se mezclan en función de los beneficios de unos pocos. Hay allí una fuerte crítica a los dos partidos a los que ve con pocas diferencias entre ellos y hace responsables de una restringida participación popular en la política y la administración pública:

La visión corriente que ha visto en los partidos una neta y definitiva expresión de clases en conflicto, de acuerdo con la cual los liberales serían el partido de los comerciantes y “modernizadores” y el conservador el de los terratenientes y clericales, es insostenible. En uno y otro bando, como todavía hoy lo reclaman sus líderes, hay “policlasismo”, si la palabra resulta adecuada para explicar la restringida participación social de comienzos del siglo (Palacios, 1971: 26).

El autor interpreta, además, que el sindicalismo, como vertiente de las demandas populares, fue cooptado a inicios del siglo XX por el Partido Liberal para luego ser abandonado y que en esto reside una de las características de particularidad del caso colombiano en comparación con otros países del continente, pues las luchas por crear un sindicalismo moderno nunca lograron una independencia ni en organización ni en ideología. “A esto contribuyó en gran parte la falta de corrientes migratorias similares a las experimentadas en los países del Cono Sur, que habrían aportado una coloración progresista y tal vez capaz de definir ideológicamente una especificidad de clase y formas más modernas de cultura política” (Palacios, 1971: 29). Ya desde esas primeras ideas en Palacios, con el “*habrían*” y el “*tal vez*”, se va a configurar un estilo contrafáctico de análisis de las ciencias sociales colombianas respecto al populismo; la mirada del fenómeno siempre de la mano con las posibilidades, imaginadas e improbables, de los caminos no transitados y que habrían configurado una nación diferente.

Colombia -con una masa proletaria casi inexistente por su lenta industrialización en las primeras décadas del siglo XX, incluso después de la crisis de 1929- no logró fortalecer una propuesta populista como sí hicieron países con un proceso de modernización más acelerado que rápidamente se van a consolidar en lo que llamamos *casos espejo* en los cuales se refleja la particularidad nacional:

La coyuntura que desde la crisis hasta finalizar la segunda guerra mundial permitió a los más industrializados países latinoamericanos (Argentina, Brasil y México) fortalecer el centro de decisiones por intermedio del Estado y a las élites industriales conseguir -con su autoproclamación nacionalista y seudorevolucionaria- la coalición hegemónica con el pueblo, en un proyecto de capitalista *autónomo*, no se dio en Colombia. Los reformistas colombianos fueron muy débiles y quedaron rápidamente integrados, en las líneas tradicionales de división clasista, enmascaradas en el bipartidismo que nunca impugnaron. El sistema de los dos partidos aparecía como “pluralismo” político, fuente de legitimación jurídica ‘democrática’, y allí radicaba su tremenda fuerza de conservación del orden social (Palacios, 1971: 41).

A pesar de estas evidentes diferencias entre Colombia y el resto de América Latina, a pesar de los rasgos particulares y excepcionales -entendiendo la normalidad latinoamericana desde las olas migratorias- Palacios insiste en que el primer populismo colombiano es muy anterior al fenómeno de la Anapo y aparece con Jorge Eliécer Gaitán, en su primera etapa en la década 1930 y luego con más consistencia en la década de 1940. El *pico interpretativo* que representan las

elecciones presidenciales de 1970 obliga a un *pliegue* sobre los hechos de la década de 1940. A una reinterpretación de la figura de Gaitán y del gaitanismo bajo la óptica de un movimiento que cumplía con los elementos *esenciales* del populismo.

En Jorge Eliécer Gaitán confluían elementos que Palacios considera fundamentales para el ritual de la “democracia” bipartidista colombiana: muchedumbre, plaza y caudillo. Sin embargo, el autor no piensa que los discursos de Gaitán tuvieran una “ideología pura” o definida y dice que se escondían tras sus discursos enardecidos y “violentos” y una abstracta concepción de lucha: la lucha social como lucha por la vida. Aparece aquí la idea de que el populismo de Gaitán es un “populismo democrático” (Palacios, 1971: 45).

Esta categorización de “democrático” surge en Palacios como una idea de aceptación partidista en la última etapa de Gaitán y en oposición al populismo definido desde el autoritarismo por Germani y Di Tella. Al mismo tiempo, parece desprenderse de una nueva mirada contrafáctica por parte del autor sobre lo que pudo ser el gaitanismo como proceso de inclusión de demandas populares en la política colombiana si no hubiese muerto.

Jorge Eliécer Gaitán fue asesinado en Bogotá el 9 de abril de 1948, justo en los días de la IX Conferencia Panamericana que daría nacimiento a la Organización de Estados Americanos (OEA). Su muerte originó el *Bogotazo*⁶⁸ que rompió los diques⁶⁹ que contenían la insatisfacción popular y, ante la represión estatal, aumentó la violencia de grupos populares que vieron en las armas la única posibilidad de derrotar la injusticia de las oligarquías. Para Palacios, esas demandas populares que se canalizaban en el gaitanismo quedaron huérfanas tras su muerte, lo que degeneró en anarquía y aceleraría la Violencia que venía de 1946.

Gaitán, para el autor, personifica como ningún otro la “parábola trágica” de un intento de populismo en Colombia, que no tiene alianzas con la burguesía y por lo tanto se dedica a “hacer negocios” con el bipartidismo reinante para alcanzar el poder, pero que logró revitalizar el “ritual

⁶⁸ El *Bogotazo*, como lo ha analizado Magrini (2017), es aún un término en disputa que, desde la mirada hegemónica impulsada por la prensa de mediados del siglo XX, construyó todo un sentido sobre los acontecimientos del 9 de abril, en su mayoría con una visión peyorativa y violenta. En adelante, para los hechos ocurridos tras el asesinato de Gaitán, usaremos preferiblemente la expresión *9 de abril*.

⁶⁹ En un trabajo reciente Cristian Acosta Olaya (2020) sostiene que el liderazgo de Gaitán puede entenderse desde la figura del dique frente a la violencia política que lo antecede. De esta manera el líder liberal “reconducía” esa violencia gestionando desde su discurso y su acción los posibles desbordes, siempre reivindicando el uso de las urnas como el proceso irrenunciable para obtener el poder político mientras mantenía la presencia del pueblo como una especie de amenaza contra las élites.

de la democracia” (Palacios, 1971: 42). Recordemos que Cardoso y Faletto ya en 1969 habían denominado a Gaitán y al gaitanismo como “trágico” por su incapacidad de éxito por fuera del bipartidismo. Palacios bebe del debate de los dependentistas, toma su categoría y coincide con ellos en que la dificultad que tuvo el movimiento populista colombiano de la segunda mitad de la década de 1940 pasa por su imposibilidad de lograr coaliciones efectivas con la élite económica.

La revitalización de la democracia desde Gaitán quedaría trunca, en palabras del autor, por el asesinato del líder. Un populismo, que no llega al poder, es entonces desde acá y por primera vez en las ciencias sociales colombianas un fenómeno incompleto que desencadena en violencia. La *articulación dependiente* de conceptos nace en este escrito, aunque sería desarrollada con más fuerza en los estudios de la década de 1980 de Salomón Kalmanovitz y Daniel Pécaut. Desde estos primeros pasos del debate en Colombia, el concepto de populismo está insubordinado a procesos de enfrentamiento armado y cualquier esfuerzo por su definición parece obligado a tomar en cuenta a la violencia como uno de sus desencadenantes. Allí da sus primeros pasos parte de la *invención* de la excepcionalidad colombiana, con una mirada del país que no pudo ser.

En *El populismo en Colombia* Palacios recuerda cómo la Violencia que profundizó el 9 de abril de 1948 tiene un cierre parcial con la llegada al poder del general Gustavo Rojas Pinilla que asume la presidencia en 1953. Sin embargo, siempre siguiendo al autor, Rojas Pinilla es incapaz de llenar el vacío de representación popular y no puede transformarse en lo que fue el *caso espejo* de Perón en Argentina, por su dificultad para lograr una adhesión popular en ese momento -aunque después lo lograra- y por la hegemonía bipartidista: Rojas “es incapaz de movilizar las masas y crear las redes organizaciones (sic) populistas para apoyar su vago proyecto social y nacional. No puede tender puentes efectivos con ningún sector industrial ni proponerle una política de desarrollo nacional” (Palacios, 1971: 55). Por estas razones Gustavo Rojas Pinilla como dictador en el poder no puede ser considerado populista y deja la presidencia en mayo de 1957 tras un acuerdo con los partidos políticos que ya daban forma a la propuesta del Frente Nacional.

Como ya vimos en el texto de los líderes políticos Gómez y López y en su *mea culpa*, la hegemonía bipartidista que cerró el camino del primer Rojas Pinilla y consolidó el Frente Nacional se anquilosó ante las enormes garantías y prebendas burocráticas que el pacto ofrecía. Fue así como, al final del gobierno del liberal Carlos Lleras Restrepo (1966 – 1970), la debilidad del acuerdo facilitó la reaparición de Rojas Pinilla como líder del movimiento Alianza Nacional

Popular que buscaría la presidencia. Marco Palacios define este segundo momento rojista como un “populismo conciliador” que supera al “populismo democrático” de Gaitán y que, además, cuenta con experiencia en el poder. Resulta interesante ver en este punto la forma en la cual la imposibilidad de analizar a populismos reales, en el poder, en Colombia obliga al autor a definir dos populismos posibles como procesos políticos de signo contrario. Una particular clasificación o “subdivisión” de populismos que para ese momento no era corriente en el proceso conceptual en América Latina y que luego, en las décadas por venir, se haría común al hablar de populismos de derecha y populismos de izquierda o neopopulismos y populismos progresistas. Acá la definición de Palacios se revela como índice de la particularidad del proceso colombiano y de la maleabilidad del propio concepto para el análisis que brinda el autor.⁷⁰

Ambos casos, sin embargo, eran la respuesta a una crisis del Estado liberal y nacen como una emergencia en la política colombiana por las dificultades del bipartidismo. Dice Palacios sobre el populismo de la Anapo comparado con el de Gaitán:

Ambos emergen a la vida nacional en dos momentos diferentes de la estructura económica y la percepción subjetiva de ella. Su ideología (implícita y explícita) que pueden mantener lazos comunes, expresiones lingüísticas comunes, formas agitacionales idénticas, también se alejan mutuamente. El antioligarquismo, el “nacionalismo” y la noción maniquea de la esencia de la vida política-social, no bastan para señalar la comunidad entre el populismo democrático gaitanista y el populismo conciliador del anapismo. Lo común a ambos es ser populistas, pero ya advertíamos lo equívoco del término cuando no está referido a las condiciones históricas de su aparición y a las formas de expresión política que finaliza asumiendo (Palacios, 1971: 91-92).

Palacios entiende el populismo de Rojas Pinilla como un movimiento más definido, preciso y heterogéneo, aunque sobreviven ciertos rasgos de la ambigüedad que el autor considera constitutiva de este tipo de expresiones políticas. Le concede a la Anapo la intención de una “conciliación nacional” de raigambre católica y en la que se vincula la justicia al “bien común”, la defensa del *status quo* que incluso lo iguala a las antiguas propuestas del Partido Liberal en épocas de Carlos Lleras y un apoyo de sectores de la clase media que no se vio en la experiencia gaitanista. En esta valoración de la masa populista coincide con los políticos conservadores Gómez y

⁷⁰ Agradecemos en este punto los comentarios de la Dra. Ariana Reano sobre la particularidad de la mirada clasificatoria de Marco Palacios en el texto de 1971 y la forma en la cual esta subclasificación habla no solo de lo equívoco del concepto sino de cómo esas mismas variables están presentes en sus diversos usos.

Betancur, quienes etiquetaron de clase media -no proletaria- a los votantes anapistas. En definitiva, en este segundo populismo aparece una aceptación a la reglamentación democrática y electoral, aunque por momentos, en las proclamas anapistas, se deja la posibilidad a una “vía revolucionaria” que se articula con el ambiente latinoamericano propio de los años siguientes al triunfo de la revolución cubana y que es uno de los ejes fundamentales del debate conceptual de esa década.

2.2.1 El futuro de un populismo y las puertas a la revolución

Los *suelos de articulación* sobre los que se sustenta la conceptualización del populismo por Marco Palacios son los de una sociedad agitada que insiste en superar un sistema bipartidista, considerado por sus mismos líderes como burocratizado y alejado del pueblo, ambiente similar -según el autor y que hacen parte de su *pliege interpretativo*- al vivido a inicios de la década de 1940 cuando se consolidó el gaitanismo. El concepto de populismo, tanto democrático como conciliador, emerge como síntoma de crisis política, justo cuando los caminos de la estabilidad partidista colombiana se ponen en duda.

El ensayo de 1971 cierra la reflexión con una nueva aventura contrafáctica al imaginar las posibilidades de un populismo exitoso en Colombia en los años por venir -que supere los casos de populismo inacabado o incompleto- y plantea las características que debe seguir la Anapo para lograr el triunfo en las urnas: enfrentarse al sistema de alianzas de la oligarquía política y económica, consolidar un discurso antimperialista y construir una tradición histórica-cultural nacional. Las recomendaciones parecen seguir el recorrido del peronismo argentino, aunque no se nombra. Si estos consejos son olvidados, advierte Palacios, los logros de Rojas Pinilla no serán más que un proceso de populismo coyuntural. El autor no oculta cierto entusiasmo en la idea de que un populismo como el propuesto por la Anapo llegue al poder, aunque señala que, por sus condiciones, corre el riesgo de ser cooptado por las oligarquías.

Al explicar las posibilidades futuras de ese tipo de “populismo conciliador” Palacios insiste en la idea de que ciertos populismos no son, necesariamente, un desafío a la institucionalidad. Por el contrario, es posible que al llegar al poder se domestiquen y se plieguen al *status quo*:

En el reordenamiento de fuerzas que durante los próximos diez o veinte años se produzca en la Sociedad y en el Estado, el populismo impregnará no solo las demandas populares sino el estilo político. En la perspectiva, es viable la fragmentación de

ANAPO, y la actitud intransigente de la Oligarquía o sea no entregarle el liderazgo político. Si esto acaece, el anapismo dejará huellas profundas en la cultura política nacional y probablemente la vaga conciencia política que ha difundido entre el pueblo descubra su forma organizacional revolucionaria propia y específica (Palacios, 1971: 124).

Aunque el escrito de Palacios tiene un tono académico muy diferente al escrito por Álvaro Gómez y Alfonso López en 1970, el cierre también ofrece una postura política del autor y una especie de advertencia a la élite colombiana. La *articulación dependiente* entre populismo y violencia adquiere tono de resignificación del pasado y de premonición sobre el futuro. La muerte de Gaitán fue desencadenante de la violencia bipartidista así que era muy posible que ahora, ante las continuas trabas de la élite a los movimientos populares, el anapismo descubriera una forma revolucionaria específica. El movimiento guerrillero 19 de abril estaba a la vuelta de la esquina.

2.3 Una disputa conceptual en tiempos de crisis

El inicio del debate por la definición del populismo en Colombia permite dar algunas puntadas sobre cómo los esfuerzos por su concreción teórica se vinculan con problemáticas sociales y políticas, en parte, gracias a sus particulares características que incluyen procesos de enfrentamientos armados. La cara valorativa del concepto tiene un peso negativo -como ya vimos en el debate latinoamericano- con el que pocos líderes o movimientos quieren ser relacionados pero que, en Colombia, además aumenta al establecerse un vínculo indisoluble con la violencia. El proceso de conceptualización que originó el *pico interpretativo* de las elecciones de 1970 con su respectivo *pliegue* para resignificar el gaitanismo es un ejemplo de ello. La conceptualización del fenómeno surge de un momento de crisis que sorprendió tanto a los políticos tradicionales, englobados en el bipartidismo reinante, como a una academia que, concentrada en el análisis de los procesos de violencia nacional, no había fijado su interés en este proceso que era tan caro en otros países del continente. El apoyo masivo a la Anapo en las urnas estuvo a punto de llevar al poder a una especie de “populismo conciliador” que no estaba en los planes de la rotación del ejecutivo planteada en el Frente Nacional en 1957, y planteó un escenario que, en palabras de los protagonistas políticos, estaba alejado de la democracia representativa restringida de la que se preciaba Colombia.

Los dos libros que dieron la partida a la conceptualización del populismo en el país están contruidos en torno a *contextos de debate* muy similares. Están presentes tanto en el uno como en el otro las referencias a los escritos compilados por Ionescu y Gellner, principalmente el de Alistair Hennessy, y beben de la sociología de Germani y Di Tella aún cuando pocas veces aparecen sus referencias explícitas. En Palacios, más que en el texto de 1970, hay lazos con el dependentismo cepalino y los textos de Cardoso y Faletto. Sin embargo, los auditorios a los que van dirigidos las conceptualizaciones tienen un impacto evidente en el léxico que los intelectuales usan para sus exposiciones. El primero, *Populismo*, que recoge la voz del bipartidismo desde unos ensayos escritos al calor de la “sorpresa”, tiene un evidente interés electoral, está destinado a una élite de economistas que se sintieron amenazados por “el terror” que significaba la Anapo, e insiste en las categorías esencialistas y abiertamente peyorativas para explicar el fenómeno. El objetivo es reorganizar unas estructuras partidistas que se reconocen cansadas, burocratizadas y ausentes de políticas populares, consecuencia de un deterioro del pacto del Frente Nacional, que estaba a cuatro años de terminar. Con la excusa de conceptualizar el populismo, el liberalismo y el conservadurismo colombiano terminan por ofrecer una confesión y un *mea culpa* interesante, por tratarse de quién lo hace y a quién se lo ofrece, y es el agotamiento de sus propias colectividades y el reconocimiento de la enorme influencia del poder económico sobre el poder político.

La indagación conceptual en *El populismo en Colombia* tiene un pretendido carácter científico. Palacios debate los postulados de Gómez y López sobre un fenómeno momentáneo y empieza a construir, de la mano de la historia política del país de la segunda mitad del siglo XX, la idea de excepcionalidad colombiana en el ámbito latinoamericano al afirmar que los procesos del gaitanismo y de la Anapo, “democrático” uno y “conciliador” el otro, fueron incompletos. El primero vinculado a un posterior exacerbamiento de la Violencia y el segundo, para entonces, como una amenaza latente que podría repetir la historia trágica y desencadenar en movimientos insurgentes. Es interesante, además, la división que hace el autor, pionera para el momento, de los populismos que no llegaron al poder como de dos tipos diversos en base a sus mismos procesos inacabados.

La *invención* de la excepcionalidad colombiana desde la conceptualización del populismo tiene su origen en estos textos con aspectos que los autores presentan como propios del caso político nacional: el primero es la supuesta solidez del sistema democrático, ejemplarizado según ellos en la fuerza de un bipartidismo reinante desde el nacimiento de la república, y, el segundo,

los primeros vínculos del populismo con la violencia en lo que será la *articulación dependiente* presente a partir de allí en todo el debate conceptual. Empieza a consolidarse desde 1970 una paradoja constitutiva del populismo colombiano: al ser un fenómeno incompleto, que no accede al poder, este degenera en violencia -o la consolida-, pero a su vez, es esta violencia a la que recurre el pueblo frustrado la que será luego tomada como “leyenda negra” -para usar los términos que Palacios retoma Cardoso y Faletto- e imposibilitar la expresión democrática popular. Los años que estaban por venir verán un resurgir de la lucha guerrillera y las ciencias sociales estudiarán de nuevo la pregunta sobre el populismo incompleto como condicionante de la violencia nacional.

3. Los ochenta, la consolidación de las guerrillas y un nuevo pico interpretativo

Las décadas de 1970 y 1980 en Colombia fueron un terreno fértil para la consolidación de grupos insurgentes que, desde las armas, pretendían la toma del poder. Lo que inició políticamente con la cuestionada elección presidencial de Misael Pastrana dio paso al surgimiento de nuevas agrupaciones revolucionarias en lo que Giraldo (2015) denomina una “segunda ola guerrillera colombiana”,⁷¹ influida por los movimientos del sur del continente (Tupamaros, Montoneros), y en el que participaban jóvenes militantes de organizaciones políticas. El caso más significativo, sin duda, fue el del Movimiento 19 de abril (M-19), heredero directo de la derrota de la Anapo y quién inicio su lucha de una forma muy particular en 1974.⁷²

⁷¹ Al retomar la clasificación de dos olas guerrilleras en América Latina de Timothy Wickham-Crowley (1992), Jorge Giraldo (2015) propone la división de los movimientos guerrilleros en el siglo XX en tres olas. La primera ola, de inspiración cubana, incluiría a las guerrillas surgidas en los años sesenta (ELN, FARC y EPL), la segunda ola, de modelo tupamara y una tercera, influida por los sandinistas. El Movimiento 19 de abril pertenecería, según esta clasificación, a la segunda ola, caracterizada por la radicalización de jóvenes universitarios que consideraban que las vías pacíficas de participación democráticas estaban agotadas.

⁷² La aparición del Movimiento 19 de abril (M-19) en la lucha armada en Colombia fue muy publicitada y rápidamente la organización quedó vinculada a hechos de gran despliegue mediático y de tintes dramáticos. Si bien su nombre se refiere justamente a las elecciones del 19 de abril de 1970 y al denunciado fraude, su primera acción bélica se dio en 1974 después de una amplia campaña de expectativa en periódicos nacionales que anunciaban: “Parásitos... gusanos? Espere M-19”. “Decaimiento... falta de memoria? Espere M-19”. Finalmente, el 17 de enero de ese año el grupo salió a la luz al robar la espada de Simón Bolívar que estaba resguardada en una casa museo en el centro de Bogotá. “Bolívar, tu espada vuelve a la lucha. Con el pueblo, con las armas, al poder”, fue el comunicado que dejó la guerrilla tras la acción. A lo largo de más de década y media de vida el M-19 cometió actos que sorprendieron por su audacia a la sociedad colombiana como el robo de 5 mil armas a un batallón del ejército en 1978, la toma de la Embajada de la República Dominicana en 1980 que mantuvo rehenes a decenas de representantes diplomáticos o la toma del Palacio de Justicia de 1985 en la que pretendían hacerle un juicio al presidente Belisario Betancur y que terminó trágicamente

Además del desplazamiento territorial de las acciones de esta nueva guerrilla, del campo a la ciudad, existía en el M-19 un vínculo político verificable entre la propuesta populista que no llegó al poder y su decisión de empuñar las armas. La *articulación dependiente* que desde las ciencias sociales empezó a insinuarse en el trabajo de Palacios (1971) entre populismo y violencia tras el 9 de abril de 1948, tomó acá otro cariz del que se ocuparían nuevas investigaciones que trataban de develar las particularidades del sistema político colombiano, su belicosidad y la aparente fortaleza y adaptabilidad de las élites del bipartidismo que habían impedido a lo largo de todo el siglo que triunfara una tercera vía, fuera Jorge Eliécer Gaitán en la década de 1940 o la Alianza Nacional Popular y Gustavo Rojas Pinilla en 1970.

Las acciones bélicas de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (Farc), el Ejército Popular de Liberación (EPL), el Ejército de Liberación Nacional (ELN), pero sobre todo del “Eme”, tomaron enorme relevancia en la vida política colombiana durante el lustro que siguió al fin del Frente Nacional y, al llegar los primeros años de la década de 1980, parecía tan necesaria como inevitable la búsqueda de una vía negociada con las organizaciones guerrilleras. ¿En dónde radicaba la fuerza política de estas organizaciones? ¿Por qué Colombia se presentaba como un país social y económicamente tan desigual en medio de una violencia que no se detenía? ¿Cómo era posible que el bipartidismo aún fuera hegemónico a pesar de sus deficientes resultados gubernamentales? Nuevos textos intentaron responder a estas preguntas y originaron un *nuevo pico interpretativo* sobre el populismo y la violencia. Las investigaciones, resultado del nuevo interés conceptual, se plegarían además sobre las interpretaciones que ya se habían ofrecido sobre el populismo gaitanista y buscarían nuevas herramientas metodológicas para interpretarlo. En las páginas por venir nos centraremos en los libros *Economía y Nación*, del economista Salomón Kalmanovitz de 1985 y *Orden y Violencia*, del sociólogo Daniel Pécaut de 1987.

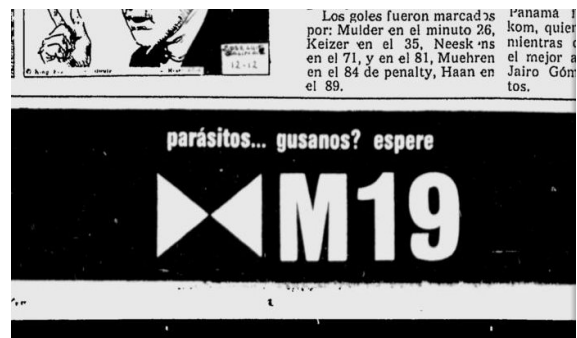


Imagen 4. Aviso publicitario del M-19 en el periódico *El Tiempo* del 17 de enero de 1974. (*El Tiempo*, 17 de enero de 1974: Página 2C)

con la muerte de los 33 guerrilleros que hicieron la toma, 11 soldados, 43 civiles, y más de una decena más de civiles desaparecidos. Para profundizar en la historia del M-19 ver *Siembra vientos y recogerás tempestades* de Patricia Lara (1982).

3.1 Las ciencias sociales y la mirada histórico económica del populismo

El *contexto de debate* intelectual en el cual se escenifica este segundo *pico interpretativo* difiere de aquel en el que se inició la búsqueda de la definición del concepto de populismo -circunscrito a los estudios de Hennessy, Germani y Di Tella y el dependentismo- pues las investigaciones de la década de 1980 son herederas de una profesionalización de las facultades de las ciencias sociales colombianas. En este ambiente de efervescencia ve la luz *Economía y Nación*, del economista Salomón Kalmanovitz, tras un proceso de una década y media de investigación.

Dos décadas antes, en 1960 y 1970, un grupo de investigadores que pretendían dedicarse al estudio de la sociología y la economía se habían encontrado con las limitaciones de facultades poco desarrolladas en Colombia. Es el caso de Kalmanovitz quien intentaba adelantar estudios sobre el proceso histórico del desarrollo nacional, pero vio restringidas sus posibilidades académicas. En Colombia “había pocas opciones conocidas de estudio para los jóvenes de esa época: Derecho, Medicina e ingenierías. Las ciencias sociales estaban escasamente desarrolladas y las humanidades y artes atendían a una población muy pequeña”, relata Kalmanovitz (2017:15) quien finalmente decidió estudiar filosofía y economía en la Universidad de New Hampshire en Estados Unidos para regresar en 1970 y emprender parte de las reformas académicas que, desde la Universidad Nacional de Colombia primero y desde la Universidad de los Andes después, darían el sustento a una nueva etapa de los estudios sociales colombianos en los que se ubica su obra.

La Nacional -pública- y Los Andes -privada-⁷³ fueron los soportes institucionales para un cambio en la forma de hacer estudios desde la historia, la economía y la sociología en ese país que coincidió, además, con un alto nivel de polarización estudiantil a raíz del fin del Frente Nacional y la imposibilidad de una tercera vía política. Kalmanovitz (2017) recuerda un ambiente de discusión complejo para mediados de la década del setenta en el que cada escuela era un “feudo celosamente guardado”, el inglés estaba prohibido “por ser el idioma del imperialismo” y los temas curriculares eran definidos por la filiación política de los profesores. Las discusiones investigativas se mantenían en medio de un contexto que el autor considera “endógeno” en el que, por las

⁷³ Salomón Kalmanovitz hizo parte de un grupo de profesores que, en 1975, propuso un cambio en el currículo en la Facultad de Economía en la Universidad Nacional de la que él mismo asegura estaba dividida en grupos cerrados e impenetrables (2017: 23). La idea era consolidar una reforma “de izquierda” que ofreciera más apertura a los estudiantes para ver materias de historia, filosofía o ciencia política y que sería, en buena medida, seguida más adelante por la Universidad de los Andes. El contexto de debate generado por esos cambios es palpable en la forma de abordar el problema de la historia colombiana en el texto publicado en 1985.

limitaciones, “los profesores eran estudiantes de sus colegas”. “El sistema académico era atrasado y el nivel de debate bajo, (los profesores) estaban ideologizados y en un terreno de mayor complejidad teórica no existían interlocutores” (Kalmanovitz, 2017: 37).

3.1.1 Un texto crítico de la dependencia analiza el populismo

Si bien *Economía y Nación* fue concebido en principio como un estudio del problema agrario nacional, finalmente Kalmanovitz le dedicó más de una década de investigación y cuatro años de redacción a una historia económica del país de largo aliento que va desde la colonia hasta el siglo XX. En ella el populismo hace parte del proceso político -aún sin acceder al poder- y su presencia resulta clave para entender el desarrollo de Colombia a partir de 1940. En Estados Unidos, además de sus estudios de pregrado, Salomón Kalmanovitz había adelantado un postgrado en economía en la New School University en la que vio seminarios con Hannah Arendt, profundizó su idea de marxismo y se volvió crítico de la teoría de la dependencia impulsada por la Cepal que estaba tan en boga en Latinoamérica. Ese bagaje teórico se vería expresado en las tesis del libro y lo diferenciaría ampliamente de lo ofrecido por Palacios.

Economía y Nación fue el resultado de jornadas paralelas de estudio mientras el autor trabajaba como investigador del Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE) y era profesor en la Universidad Nacional. Teóricamente el texto es crítico con el estructuralismo cepalino y los informes que la entidad le dedicó al análisis económico de Colombia en su primera etapa de mediados del siglo XX en los que, a su juicio, interpreta el inicio de la industrialización dejando de lado factores históricos que influyen en los procesos nacionales, diversos en cada uno de los países latinoamericanos. La industrialización, dice Kalmanovitz, involucra procesos “que no pueden ser etiquetados en justicia con caracterizaciones tales como ‘desarrollo hacia afuera’ y ‘sustitución de importaciones’, conforme lo planteó en su momento la Cepal” (Kalmanovitz, 1985: 236). Si bien el estudio ofrece un análisis desde la economía, rápidamente se le inscribió en la denominada nueva historia colombiana y Kalmanovitz (2017) lo define como una investigación a dos aguas, influenciada de igual manera por sus marcos teóricos de economía y por reconocidos historiadores colombianos como Jaime Jaramillo Uribe y Jorge Orlando Melo.

El libro -que tiene más de 500 páginas a pesar de su subtítulo *Breve historia de Colombia*- plantea la hipótesis de que el país vivió un desarrollo del capitalismo tardío y acelerado que enfrentó las dificultades de una sociedad conservadora, elitista y violenta. Desde la introducción se afirma que los avances y retrocesos económicos de Colombia son prueba de una nación viva con un “pueblo que despierta de vez en cuando y protesta (...) No podemos entonces resignarnos a ser considerados como agentes pasivos de una historia del imperialismo y de las clases dominantes locales, sino como un pueblo que difícilmente va ganando progreso y autodeterminación” (Kalmanovitz, 1985: 12-13). Ahí encajará al populismo gaitanista.

La historia del desarrollo económico colombiano tiene como característica particular la fortaleza de las élites económicas y políticas que, a lo largo de más de dos siglos de historia, han consolidado su poder desde lo rural hasta lo empresarial. Aún cuando el sistema político se afianza desde el centralismo, el poderío de las regiones por la producción agrícola a inicios del siglo XX se sustenta en lo que Kalmanovitz define como “gamonalismo” que es, a su vez, el soporte del Estado. El gamonalismo deriva de la palabra “gamonal” que en Colombia se utiliza para designar a un hacendado que, dueño de un amplio territorio o administrador de él, ejerce una excesiva influencia sobre sus trabajadores. El gamonalismo, entonces, es la expresión política que encontraron los terratenientes tradicionales, poseedores de miles de hectáreas en las regiones de la periferia, para aumentar su influencia en las decisiones políticas del país y hacerle frente, en medio del proceso del desarrollo, a los “terratenientes cafetero-exportadores y al capital financiero comercial” (Kalmanovitz, 1985: 352).

El desarrollo al que se ve abocado el país en la primera mitad del siglo XX -y sus consecuencias políticas- no puede ser explicado por la hipótesis de la sustitución de importaciones. Hasta bien entrado el siglo Colombia aún dependía de relaciones serviles de producción y desde esta mirada el proceso de modernización se revela como una evolución del poderío económico hegemónico. Así, conceptualmente, Kalmanovitz ofrece un hilo conductor no explícito entre el gamonalismo, el caudillismo y el populismo.

Ya había advertido Koselleck (1993) que una palabra pasa a ser concepto cuando se carga de un contenido que le precede. Ese contenido histórico del populismo en Colombia como concepto de época está unido en el análisis de Kalmanovitz a un comportamiento político que se rastrea un siglo atrás, con los logros y los perjuicios de un sistema basado en los liderazgos de los

hacendados y las relaciones de beneficios sobre los que se constituyeron los partidos políticos. El populismo tiene una carga de “significado sociopolítico” -parafraseando a Koselleck- que pasa a formar parte de su definición y que le va a dar su peso como adjetivo calificativo dentro de los lenguajes políticos que usan los intelectuales. Estos lenguajes, imbricados a la realidad política que los sustenta, no se limitan a la narración de los hechos históricamente situados, sino que se consolidan como imagen de una época de la sociedad colombiana atormentada por nuevas formas de violencia que mostraban raíces en la ya conocida hegemonía terrateniente, sus enfrentamientos armados e incluso su corrupción. Concepto y sociedad encuentran allí una reacción de tensión.

Pero, además, *Economía y Nación* cuestiona la idea -bastante afincada en las ciencias sociales colombianas y de la cual Marco Palacios había hecho eco- de que en el proceso de modernización nacional los inmigrantes no habían participado de forma activa. El autor, por el contrario, asegura que la fortaleza industrial de extranjeros como los alemanes, nacionalizados desde el siglo XIX, fue determinante en el fortalecimiento de industrias como la cervecera, con Bavaria, o la aeronáutica, con Avianca. La anotación no es menor pues ese proceso exitoso de industrialización de los inmigrantes europeos es expuesto como ejemplo para demostrar la “fertilidad” para el desarrollo capitalista que tenía el país pero que no fue aprovechado por ni por las capas dominantes ni por las capas medias; las primeras por defender su preponderancia agrícola y las segundas por razones religiosas y culturales.

Cuando irrumpe el proceso de desarrollo en Colombia la economía nacional se sustenta en el café y sobre su producción se estructuran los cambios políticos del país. Su siembra y su exportación son las que concentran los intereses de las élites y los partidos políticos en cierta medida por que la “economía cafetera había desempeñado el papel de amortiguador de las contradicciones suscitadas entre el desarrollo industrial y la economía de hacienda” (Kalmanovitz, 1985: 341). Las asincronías que vio Germani como fundamentales para el proceso nacional-popular argentino, con el peronismo, las ve Kalmanovitz modificadas en Colombia por la influencia del café. Al mismo tiempo, y de forma contradictoria, ese “amortiguador” cafetero que hizo prescindible una reforma agraria obligó, para 1930, a una abolición de lo que el autor llama relaciones precapitalistas de trabajo y abrió las puertas a una renovación política que sería sustrato de la llegada de un movimiento populista.

Kalmanovitz va más allá de Palacios en su *pliegue interpretativo* y coincide con el análisis que Ernesto Laclau había ofrecido en *Política e ideología en la teoría marxista* de 1977 al encontrar rasgos definatorios del futuro populismo de Jorge Eliécer Gaitán en Alfonso López Pumarejo, cuya primera presidencia entre 1934 y 1938 sentaría las bases de reformas políticas y aperturas democráticas de las cuales, años después, el gaitanismo sería heredero, aún con las enormes diferencias y recelos existentes entre ambos líderes. “Ernesto Laclau ha caracterizado muy de pasada el régimen político de López Pumarejo como ‘radical’, en el sentido de los partidos radicales del Cono Sur, que a principios de siglo llevaban a cabo importantes reformas democráticas, pero sin transformar profundamente unas sociedades marcadas por grandes desigualdades entre sus clases. [...]” (Kalmanovitz, 1985: 341).

Para el autor, la *Revolución en Marcha*⁷⁴ de López Pumarejo tenía como propósito alejar de la política a las jerarquías católicas que le hacían juego al Partido Conservador y desfigurar el orden social de las haciendas y el gamonalismo. El presidente, con sus posturas cercanas al *New Deal* de Roosevelt y un Keynesianismo que era muy criticado por los conservadores, propició el proceso de migración a las ciudades y transformó los añejos vínculos rurales:

El desarrollo del electorado urbano y el relajamiento de las relaciones de servidumbre en el campo fueron dando lugar a un nuevo método de dominación política: el clientelismo, que ofrecía puestos, becas y servicios públicos a los activistas de los partidos tradicionales, muy distinto al gamonalismo de pueblo fundado en la sumisión, en la obligación del arrendatario de sufragar por el representante de su terrateniente y, si acaso, la botella de aguardiente por añadidura. El clientelismo es entonces un método moderno de hacer política y se desarrolla junto con el capitalismo. Pero en esos momentos el parlamentarismo reflejaba mucho más que la simple manipulación de un electorado cautivo o la maquinaria gubernamental reeligiéndose a sí misma, pues la República en Marcha (sic) despertó un verdadero fervor entre las masas, el convencimiento y la realidad de que, quizá por primera vez en su historia, ellas estaban participando activamente en las grandes decisiones nacionales (Kalmanovitz, 1985: 346).

⁷⁴ Alfonso López Pumarejo denominó su gobierno de 1934 a 1938 como el de la *Revolución en marcha*. La escogencia de un nombre como revolución, con semejante carga política en la década del treinta, es particularmente controversial y llamativa, aunque Pumarejo insistió en que era la etiqueta para lo que sería una transformación radical siempre efectuada por medios pacíficos e institucionales. Las reformas que adelantó, entre las que estaban posiciones económicas cercanas al keynesianismo y de intervención estatal, el reconocimiento a la huelga y el apoyo a la fundación de sindicatos, tuvieron siempre como oposición al Partido Conservador y a la iglesia. Para profundizar en el gobierno de 1934 a 1938 ver *López Pumarejo: La Revolución en Marcha en Nueva Historia de Colombia*, ed. por Álvaro Tirado Mejía (1989).

La vinculación conceptual que realiza *Economía y Nación* entre gamonalismo como expresión política y conservadora de los terratenientes y el clientelismo urbano como proceso de funcionamiento de la maquinaria gubernamental, consolida la caracterización particular del proceso político colombiano, su exclusividad o anomalía, sobre el cual va a irrumpir, más adelante, el concepto de populismo. Desde el gamonalismo se constituyen las formas históricas de influencia de poder según la tenencia de tierra (o de dinero) y, desde el clientelismo, se tejen las redes cada vez más extensas de dádivas y deudas entre políticos y ciudadanos sin las cuales, desde entonces, parece imposible obtener el poder en Colombia.

El primer gobierno de López Pumarejo hasta 1938 -siguiendo a Kalmanovitz- representó una apuesta política para fortalecer el proyecto industrial y democrático, pero abriría las puertas, además, a movimientos populares que decantarían en el gaitanismo. En abierto debate con algunos dependentistas, esta idea va en contravía a la planteada por autores como Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto que hablaban de una continuidad hegemónica de las élites en Colombia sin corte desde el nacimiento de la república hasta la llegada, fallida, del populismo de Gaitán. Para el economista colombiano, López, sin ser “radical”, esbozó una pausa en la hegemonía de las élites y reorientó el papel que el Estado podía jugar si se le otorgaba una mayor autonomía, un fortalecimiento y una efectiva modernización. Esas apuestas, arriesgadas, permitieron que el cuatrienio de la Revolución en Marcha fuera una ventana a lo que podría ocurrir en el país con un despertar del “pueblo”: “Sin embargo, a las clases dominantes el curso normal de un desarrollo sin oposición democrática les importaba más que la rápida pero incierta vía con la que había flirtado peligrosamente (López) y que entrañaba el riesgo de despertar a las insatisfechas masas” (Kalmanovitz, 1985: 352 – 353).

Kalmanovitz introduce, desde la economía y la nueva historia, una mirada novedosa sobre el proceso de conceptualización del populismo en Colombia. Para el autor la imposibilidad del triunfo populista en las urnas se construye desde unas élites colombianas que tuvieron tiempo para reorganizarse tras el *coqueteo popular* de López Pumarejo. Esa especie de “advertencia”, de ventana al futuro de lo que podría experimentar la política si se ampliara el Estado para que ingresaran las demandas sociales, creó una radicalización de las fuerzas más reaccionaras en las élites políticas, tanto conservadoras como liberales, que, a juicio del autor, estuvieron preparadas para enfrentar la siguiente propuesta de corte popular. El bipartidismo, sólido antes de los embates

de López Pumarejo, se volvió monolítico y el Estado siguió como “proyección directa de las capas dominantes de la sociedad civil, que excluye en buena medida a las clases dominadas. De esta manera, Colombia es hoy el único país de América Latina que perpetúa el bipartidismo tradicional liberal-conservador” (Kalmanovitz, 1985: 356).

La contraofensiva hegemónica, tras López, se sustenta además en una sociedad civil dividida, sin ideología nacional concreta, que se afilia a una u otra colectividad porque es el canal más expedito para recibir los beneficios del Estado. Gracias al clientelismo, y sus redes, los programas sociales llegan únicamente a los que están adscritos al partido: para aquellos que votan por el partido hay becas, servicios públicos y puestos en la burocracia; para los opositores, nada. De esta manera en cada elección el sistema de beneficios se pone en alerta, los vínculos se estrechan, y la posibilidad del surgimiento de un movimiento popular, como tercera vía partidista, se hace imposible, incapaz de romper las barreras del gamonalismo y el clientelismo, a diferencia de los *casos espejo*, que lograron lo que Colombia no.

El populismo colombiano sólo puede expresarse, al parecer, dentro del sistema bipartidista de la república oligárquica y cómo apéndice del partido liberal. En Brasil y en la Argentina, el populismo se desarrolla, por el contrario, cuando el encuadramiento liberal ha sucumbido frente a las agrupaciones de las clases medias y los partidos radicales, en los que los trabajadores han ganado una buena dosis de independencia gremial y partidaria. En Colombia, en cambio, los obreros se unifican gremialmente en un aparato sindical bajo la iniciativa del gobierno de López Pumarejo y ven en el partido liberal a su defensor y representante legítimo. En la Argentina, y en cierta forma en Brasil, el populismo encuentra su dirección dentro del ejército, que interviene la crisis política por la que pasan los gobiernos conservadores y radicales, apareciendo como el representante de la burguesía nacional y de los trabajadores a la vez. Aquí, el populismo saca prestados sus cuadros del partido liberal y no abriga posibilidad real de poder porque ni controla los medios formales de violencia (el ejército) ni recurre a los métodos insurreccionales sino al encuadramiento electoral de las masas. Su heterogénea composición y su centralismo fundado en el carisma del caudillo se desmoronan rápidamente apenas éste es asesinado por la reacción. (Kalmanovitz, 1985: 359).

La normalidad constitutiva del concepto de populismo que plantea Kalmanovitz es la de un movimiento que, en la Argentina, surge desde el agotamiento del liberalismo y la fortaleza e independencia de los trabajadores y obreros. En Colombia, por el contrario, la excepcionalidad se consolida desde la idea de que es justamente el liberalismo el que puede dar cabida a un proceso populista. Por eso es allí, en el histórico y tradicional Partido Liberal, donde se afinca la propuesta

de Jorge Eliécer Gaitán. Podríamos decir, siguiendo la conceptualización de Kalmanovitz, que un populismo *liberal* (entendido como hijo del partido hegemónico) es una aparente contradicción constitutiva de los términos. Para el economista, el concepto de populismo en Colombia es, desde su inicio gaitanista, paradójico por su filiación partidista.

Así las cosas, que el liberalismo le dé espacio al proceso gaitanista en momentos en los que el Partido Conservador insistía en una contraofensiva, acelera el enfrentamiento violento desde mediados de la década de 1940. Los conservadores ven que el populismo -y su movilización urbana- se suma al caudal electoral del liberalismo, por lo que radicaliza el discurso y aumenta la violencia partidista (con matanzas en zonas rurales en las que existía mayoría liberal) y clasista (con la represión del sindicalismo y los movimientos populares).

Aunque, como ya vimos, el gobierno de López Pumarejo puede caracterizarse como una especie de proceso *pre populista*, el primer populismo realmente existente en Colombia lo encarna Jorge Eliécer Gaitán. A diferencia de los políticos que hicieron la primera definición del concepto tras el *pico* de 1970, Kalmanovitz recurre a Laclau para su caracterización:

El movimiento gaitanista puede caracterizarse como populista: interpela al pueblo por medio de consignas democráticas y nacionalistas y se enfrenta a la oligarquía, pero sin pretender una transformación radical de la sociedad y de sus relaciones de propiedad y trabajo. El movimiento como tal surgió después del agotamiento prematuro del reformismo de la Revolución en Marcha que había prometido satisfacer las aspiraciones de las masas y hecho algunas concesiones en materia gremial y política. El gaitanismo nace además en momentos en que los proyectos políticos de las clases dominantes giraban hacia la derecha y se endurecían frente a la actividad de las clases dominadas. Las masas, frustradas por el segundo mandato de López Pumarejo y como rechazo a los gobiernos de unidad nacional y/o conservadores, seguirían la orientación de Gaitán con creciente entusiasmo. Gaitán desarrolla entonces una lucha por las aspiraciones popular-democráticas, en forma antagónica con respecto a la ideología y el poder dominantes. (Kalmanovitz, 1985: 392-393).

Aún con las categorías del primer momento *laclausiano* en la definición del populismo, Kalmanovitz ve en Gaitán una especie de teleología política colombiana inevitable tras la *Revolución en Marcha*. La mirada que el autor ofrece del líder liberal, al resignificarlo con el *pliegue interpretativo* en *Economía y Nación*, es la de un político menos radical que la ofrecida en los estudios anteriores y más cercano al *status quo*, pues aunque Gaitán pretendió un avance al

socialismo siempre lo hizo desde la defensa de “la vida avanzada del capitalismo”; y aunque mostrarse interesado por el socialismo en los años cuarenta era progresista no amenazó de forma considerable ni el proyecto industrializador de las élites ni el capitalismo *per se*.⁷⁵ Cuando Gaitán hablaba de nacionalizar las cerveceras o las empresas de transporte lo hacía, según el autor, más por temas morales que económicos y nunca expresó su intención de un paso contundente como la nacionalización de la banca.

Para el economista, en últimas, lo que preocupaba a las élites sobre Gaitán no era su programa económico ni sus posibles reformas, sino la idea de un pueblo con la suficiente libertad, desde el discurso del líder, para cuestionar el control que la oligarquía tenía sobre el Estado. Su muerte, más que originar violencia, radicaliza la ya existente y resulta funcional para convertir al populismo en una leyenda negra que antecedente e impulsa el desorden social.

3.1.2 La excepcionalidad desde lo contrafáctico: la Colombia imaginada

La conceptualización del populismo colombiano de Salomón Kalmanovitz en el texto de 1985 se aleja, desde la economía, de lo propuesto anteriormente por Palacios, pero su construcción de las particularidades del fenómeno político recurre igualmente a la idea contrafactual de lo que hubiese significado un gobierno de Jorge Eliécer Gaitán. La idea de la Colombia que no fue se arraiga una vez más con fuerza en los análisis que las ciencias sociales de ese país ofrecen sobre el devenir histórico y hacen de sus conclusiones callejones sin salida improbables.

En el caso de Kalmanovitz la lógica contrafactual da un paso más allá pues al final de su estudio, y en contravía de la rigurosidad científica que había mantenido, se aventura a describir,

⁷⁵ Dice Kalmanovitz sobre las propuestas políticas que abanderaba Jorge Eliécer Gaitán: “El programa gaitanista era básicamente industrializador, sin amenazar al capitalismo. Proponía una política de mayor intervención estatal, en defensa del pequeño capital y en contra del grande, en especial del norteamericano; de ahí su orientación antimperialista. En la dicotomía estudiada atrás, liberalismo económico e intervencionismo estatal, el gaitanismo abogaba, en este medio tan radicalmente liberal, por una filosofía de control social sobre el individuo y el capital, sobre lo privado, sobre las fuerzas libres del mercado tras las que se esconden el gran capital y la gran propiedad territorial, y todo en nombre de los intereses del pueblo, de la sociedad y de la nación. Paralelamente, en el terreno político, Gaitán afirmaba que la representación de los elegidos a las corporaciones implicaba obligaciones programáticas frente al constituyente primario, atacando así una vigente y vieja tradición nacional según la cual los elegidos no responden frente a sus electores sino ante la propiedad y el capital” (Kalmanovitz, 1985: 395).

minuciosamente, lo que hubiese sido un gobierno liberal de Gaitán a partir de 1950, si no lo hubiesen asesinado en Bogotá el 9 de abril de 1948:

Recurramos ahora a un breve ejercicio de lógica contrafactual y preguntémosnos cómo habría sido un gobierno gaitanista, suponiendo que el líder popular hubiera contado con los medios para derrotar el terrorismo de Estado en los años cincuentas. ¿Qué cambios estructurales hubiera acometido en el campo y la industria, qué les hubiera sucedido a los sindicatos y a las organizaciones populares? *En fin, ¿qué tan distinta sería hoy la sociedad colombiana si la historia hubiera tomado otro curso?*⁷⁶ (Kalmanovitz, 1985: 395)

A partir de allí Kalmanovitz se atreve a la especulación, casi literaria. Asegura que un gobierno de Gaitán *habría* sido relativamente intervencionista, *habría* aprobado un sistema tributario más progresista y, seguramente, *habría* intervenido de alguna forma la banca. *Habría* extendido la protección industrial y disminuido la agrícola, *habría* revaluado el peso y *habría* limitado la extensión de los latifundios y organizado cooperativas. Al retomar al peronismo argentino, como *caso espejo*, insiste en que el cambio más importante tendría que seguir la senda de Perón, al promover la centralización sindical: “Posiblemente, como en la Argentina, el gobierno populista habría entregado a la central única de trabajadores la administración de un gran sistema de seguro social, recreación y cooperativas, con lo cual el nivel social y político de los trabajadores se elevaría, garantizando a éstos un poder de negociación muy superior al logrado históricamente” (Kalmanovitz, 1985: 396). Desafortunadamente, *no fuimos* Argentina. La consecuencia *habría sido* un círculo virtuoso que transformaría para siempre la política colombiana con más equidad, sueldos más altos, servicios públicos que llegaran a cada esquina y una salud y una educación de buena calidad. El vuelo que toma el análisis contrafáctico en la escenificación del populismo en el poder lleva a Kalmanovitz incluso a contradecirse sobre lo que antes consideraba una moderada radicalidad en el programa gaitanista. Lo que previamente fue una reinterpretación desmitificadora del líder, con base en sus propuestas económicas, se convierte, por especulación, en la revalidación de un político mártir que iba a transformar definitivamente a la nación.

Economía y Nación solidifica, desde una vereda teórica diferente a la de Palacios, la invención de la excepcionalidad colombiana con la idea de una promesa populista que no fue y que, de haber sido, habría evitado décadas de violencia y desigualdad en el país. El fin tajante de

⁷⁶ Las cursivas son nuestras

la propuesta populista de Gaitán, siempre según el autor, propició una violencia que aumentó la desigualdad en el país y contribuyó además a perpetuar el liberalismo económico. La *articulación dependiente* populismo-violencia se mantiene y se profundiza desde las miradas de un país posible que no llegó a concretarse.

El asesinato de Gaitán acabaría, de acuerdo con Kalmanovitz, con el populismo como movimiento en Colombia. Si bien para el autor el periodo de gobierno en dictadura de Gustavo Rojas Pinilla entre 1953 y 1957 podría denominarse una especie de “proyecto populista de corto alcance e inclinado a la derecha”, este no llegó a ser más que un acuerdo de largo plazo para dirimir temporalmente las contradicciones entre el Partido Liberal y Conservador lo que decantaría en el Frente Nacional. El caso de la reconfiguración de Rojas como candidato popular desde la Anapo en 1970 pasa también a ser un momento de efusividad política que, al no ganar las elecciones, desapareció rápidamente pues para las elecciones de medio término de 1972 el partido ya era apenas una sombra de lo que había ofrecido en la reñida contienda electoral dos años antes.

Kalmanovitz, que siempre trabajó a doble ritmo desde la economía y la historia y fue una voz influyente en la opinión pública por sus escritos periodísticos en medios de comunicación masiva, asegura que en los años posteriores a la Anapo el país estaba sacudido por amplios movimientos sociales que fueron los que le dieron recibo a él mismo cuando regresó de sus estudios en Estados Unidos. Ese contexto de debate en el que se movía lo llevó a ser un crítico duro del posible populismo anapista y a ir en contravía de colegas economistas y profesores que simpatizaban con la lucha armada. Más que un análisis histórico o de estadísticas económicas, el proceso de consolidación de grupos subversivos tras los sucesos de la Anapo como movimiento populista lo vivió en carne propia y de allí su interpretación detractora. Como afirmaría después (2017), su postura marxista de los setenta en la que pretendía cambiar el país e intervenirlo, cedió paso a una mirada cercana al liberalismo económico y, posteriormente, al nuevo institucionalismo.

3.2 Una mirada al populismo colombiano desde un extranjero colombianólogo

Dos años después de *Economía y Nación* se imprimió en español el libro *Orden y Violencia: Colombia 1930-1953* del sociólogo francés Daniel Pécaut quien, para entonces, era ya conocido en las ciencias sociales colombianas por sus publicaciones en los años setenta sobre grupos

sindicales en el país, trabajos que le habían otorgado el particular e informal título de “colombianólogo”.⁷⁷ Historiador y sociólogo de la Ecole Normale Supérieure (ENS) y la Sorbonne, Pécaut adelantó cursos con Paul Ricoeur, Lévi-Strauss y Louis Althusser. Sin embargo, fue su vínculo intelectual con Alain Touraine el que, a mediados de la década de 1960, lo conectó con América Latina para estudiar las características de la clase obrera en varios países del continente. En función de ese trabajo en 1964 visitó a lo largo de tres meses y medio Argentina, Brasil, México y, finalmente, Colombia.⁷⁸ Como recordaría años después (Pécaut y Valencia, 2017) su llegada al país andino tuvo, además de lo académico, un inicio particularmente azaroso pues coincidió con el bombardeo del Ejército a Marquetalia⁷⁹ -hecho que dio origen a la guerrilla de las Farc- y que lo llevó a escudriñar sobre los orígenes de la violencia que signaban a la nación.

El ambiente intelectual que se encontró en Colombia en los sesenta es definido por Pécaut (2017) como árido y provincial. Concuere con lo expresado por Salomón Kalmanovitz sobre las enormes dificultades para construir un debate académico de profundidad y, en comparación con Argentina, Brasil o Chile, en esa época el país era una especie de “Tíbet intelectual de América del sur”. “Me parecía que Colombia no tenía conciencia de sí misma como nación, no tenía un

⁷⁷ Son varios los investigadores extranjeros -principalmente europeos y estadounidenses- que han dedicado parte de su carrera al estudio de Colombia, muchos de los cuales se han encargado de abrir caminos que las ciencias sociales del país no habían transitado. Entre los nombres más reconocidos están David Bushnell, Frank Safford, Charles Bergquist y el mismo Daniel Pécaut. En 1997 los historiadores Víctor Peralta y Michael LaRosa entrevistaron a 31 académicos extranjeros que tenían a Colombia como su objeto de estudio y publicaron sus encuentros en el libro *Los Colombianistas* (Peralta y LaRosa, [2015] 1997). El texto tiene como eje la ya conocida afirmación del historiador estadounidense David Bushnell: “Colombia es hoy el menos estudiado de los países grandes de América Latina y quizá el menos entendido”. Muchos de los académicos reconocen, además, que la condición de extranjero ha resultado ser un beneficio en un país que parece sentirse más cómodo (y seguro) narrando su historia a los foráneos. Pécaut afirma que el hecho de ser francés en Colombia le abrió muchas puertas que estaban cerradas para los investigadores nacionales y pone el ejemplo de sus entrevistas con los líderes de las Farc quienes le contaban hasta los más mínimos detalles de sus luchas, sus enfrentamientos con el gobierno e incluso su incursión en el narcotráfico. Jacobo Arenas, líder histórico de las Farc, en una de sus entrevistas clandestinas con Pécaut llamó a todos los frentes para avisarles que estaba “con un profesor de la Sorbona” en tono de orgullo pues consideraba que los extranjeros podían ser una caja de resonancia mayor para su lucha. En definitiva, concluye Pécaut, “...por el hecho de ser extranjero, la gente me contaba muchas cosas”, (Pécaut y Valencia, 2017: 103).

⁷⁸ En 1966 Daniel Pécaut realizaría una visita más extensa a Colombia para concentrarse en su investigación sobre la clase obrera y, a partir de ese momento, y casi de forma ininterrumpida hasta hoy el sociólogo visita el país todos los años al menos en dos ocasiones y sus conferencias son frecuentes en las principales universidades colombianas.

⁷⁹ El presidente conservador Guillermo León Valencia lanzó en mayo de 1964 la denominada Operación Soberanía sobre la zona de Marquetalia, controlada entonces por grupos de “autodefensas” campesinas influenciadas por los comunistas del departamento del Tolima. El ataque, que duró poco más de un mes e incluyó una incursión terrestre de tropas y bombardeos de las Fuerzas Armadas, es considerado el acontecimiento fundador de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc) que nace como respuesta a la Operación. Sin embargo, sería injusto concentrar el nacimiento de esta guerrilla a un solo acontecimiento. Como cuenta el mismo Pécaut (2008) en un libro sobre las Farc, desde 1961 el Partido Comunista Colombiano había adoptado la “combinación de todas las formas de lucha” y bajo esa tesis se empezó a dar forma a la organización que, únicamente hasta 1966, se constituiría oficialmente.

imaginario colectivo y eso repercutía enormemente sobre las pasibilidades de consolidar un ámbito intelectual”, (Pécaut y Valencia, 2017: 63). En 1973 publicó el libro *Política y sindicalismo en Colombia*. El trabajo de campo durante varios años para esa investigación y sus relaciones con el sector político y obrero del país le abrieron el camino para insertarse en la estrecha comunidad académica colombiana principalmente en el Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP) y en la Universidad Nacional donde compartió con los intelectuales que más adelante formarían, en la misma casa de estudios, el Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI), dos centros de pensamiento cuyos investigadores, con frecuencia, son convocados por los gobiernos para la definición de políticas públicas.⁸⁰ En un contexto intelectual muy agitado entre historiadores, economistas y sociólogos colombianos, Pécaut debatió y compartió sus avances en esa época con muchos de los investigadores pioneros en el tema de la violencia y la historia colombiana como Jorge Orlando Melo, Gonzalo Sánchez, Eduardo Pizarro y Salomón Kalmanovitz, del que tomaría después algunas referencias sobre sus investigaciones de la economía y la historia del café en Colombia.

En 1979 Pécaut empezó a escribir lo que será *Orden y Violencia* como su tesis para obtener el doctorado de Estado de la Escuela de Estudios Superiores en Ciencias Sociales de Francia (EHESS) bajo la dirección de Alain Touraine y la hipótesis central de que en Colombia el orden y la violencia no se excluyen y, por el contrario, son interdependientes en la construcción de lo social. Finalmente, en 1985 la publicó bajo el título de *L'ordre et la violence: évolution socio-politique de la Colombie entre 1930 et 1953* y en 1987 fue traducida por ediciones Siglo XXI como *Orden y Violencia: Colombia 1930-1953*. El propósito del escrito es demostrar de qué forma estos dos aspectos se complementan a pesar de las continuidades y discontinuidades del proceso político y cómo la violencia se consolida desde los acontecimientos y, a su vez, desde las representaciones que estos impulsan. En ese sentido “(l)a violencia es consustancial al ejercicio de una democracia

⁸⁰ El Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP) fue fundado en 1972 como una organización sin ánimo de lucro dedicada a la producción de información y análisis investigativo de los movimientos sociales, la violencia política, los conflictos territoriales y los derechos humanos en Colombia. Su banco de datos sobre violencia política y sus investigaciones sobre la realidad social, económica y política son referencia obligada en cualquier estudio sobre la materia en ese país. Por su parte, el Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI) de la Universidad Nacional de Colombia fue fundado en 1986 con el objetivo de adelantar investigaciones sobre análisis político y relaciones internacionales. En 1987 fue el centro desde el cual los “violentólogos” construyeron el informe *Colombia: Violencia y Democracia*, presentado al Ministerio de Gobierno del presidente Virgilio Barco sobre el fenómeno de la violencia en el país y que -como vimos al inicio del presente capítulo- pretendió ser una hoja de ruta para explorar caminos que pudieran frenar el avance de la confrontación armada.

que en lugar de tomar como referencia la homogeneidad de los ciudadanos, descansa sobre la conservación de sus diferencias ‘naturales’, sobre adhesiones colectivas y redes privadas de dominación social; y que no aspira a institucionalizar las relaciones de fuerza que irrigan la sociedad, ya que hace de ellas el resorte de su continuidad”, (Pécaut, 1987: 26). A contramano de las referencias intelectuales latinoamericanas -y por el contrario crítico con ellas- el libro está inspirado por el trabajo de Alain Touraine, Claude Lefort, François Furet y Marcel Gauchet, y de allí el enorme peso que se le da a la “institución simbólica de lo social y la dimensión de lo imaginario”, (Pécaut, 2017: 160).

El sociólogo francés resalta que, a diferencia de Europa, el pensamiento latinoamericano asigna un enorme papel al Estado como constructor de la sociedad y, en ese sentido, el populismo ha ofrecido en diferentes países del continente una representación de unidad como fenómeno político que desmiente las diversas fragmentaciones por las cuales las sociedades han pasado. En el caso colombiano, al que Pécaut reconoce como olvidado al interior de las ciencias sociales europeas e incluso latinoamericanas, la particularidad radicaría en la conservación de una democracia civil sin interrupciones (a excepción del periodo de dictadura de Gustavo Rojas Pinilla), en la que la presencia de la violencia es explícita por igual en lo social y en lo político. La representación de la violencia hace parte de la creación de lo colectivo y de la construcción de la nación, en un país que posee unas élites poco comprometidas, un evidente clientelismo y una hegemonía bipartidista que no ha sido cuestionada por otras fuerzas.

3.2.1 Orden y violencia: la violencia como característica colombiana

En Colombia el tema central es la violencia y, según Pécaut, es un proceso permanente desde el inicio de la República que se ofrece al estilo de una paradoja constitutiva: la violencia es una muestra de las divisiones del país y, al mismo tiempo, el soporte de la longevidad de su democracia civil y restrictiva. En abierto debate con lo que proponen los dependentistas, Marco Palacios influido por ellos y Kalmanovitz, el autor cuestiona la idea de una oligarquía con fuerza suficiente para mantener el *status quo* mediante un “pacto” que tendría mucho de ambiguo. ¿Qué es la oligarquía colombiana? -se pregunta Pécaut- ¿la concentración de poder económico? Si así fuese las cifras demuestran que, para 1930, esa acumulación de riqueza en pocas manos es mucho menor

que en otros países del continente. Además, postular a la oligarquía como la fuerza principal del devenir político colombiano deja de lado el enorme peso de las “pasiones partidistas”, tanto liberales como conservadoras, que tuvieron autonomía en los acontecimientos de la primera mitad del siglo XX y que no podrían ser manipuladas, simplemente, por los intereses de unos acaudalados. Atribuirle tal peso a la oligarquía sería desconocer, también, la enorme fuerza de los intermediarios políticos, cambiantes, que Kalmanovitz ya había mostrado desde lo clientelar. Con la violencia como eje, Pécaut propone pensar por qué es que el Estado en Colombia no tiene la fuerza unificadora visible en otros países, por qué el intervencionismo social se interrumpe de manera tan drástica con enfrentamientos armados y, finalmente, cómo se constituye la sociedad civil en un país de estructuras sociales tan heterogéneas.

El proceso de definición de la anomalía colombiana y de la invención de la excepcionalidad en Pécaut pasa por entender la debilidad del Estado como factor preeminente en la construcción nacional. Para el autor, Colombia posee una sociedad civil fragmentada que interviene poco en la economía y que está lejos de lograr la representación de la nación. La élite económica, mucha de la cual a finales del XIX e inicios del XX devenía del café, logró limitar la actuación del Estado que parece atrapado en las disputas de un bipartidismo con adhesiones sustentadas más en la tradición que en las propuestas programáticas. Hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX, los colombianos se sienten parte de uno de los dos partidos hegemónicos y muchos de ellos defienden ese vínculo incluso con su vida aún cuando, para Pécaut, tanto liberales como conservadores aplican políticas relativamente similares una vez logran el poder. La sociedad civil entiende el ejercicio de la política desde su pertenencia -no racional- a una colectividad, lo que genera diferencias insalvables que han manchado al país con guerras civiles desde su nacimiento.⁸¹

Estilo liberal de desarrollo, arraigo de lo político en lo pre-político, precariedad del Estado: sobre estas bases se afirma la democracia colombiana. Una democracia que, más que restringida, es fundamentalmente tradicional; que revalida las formas de dominación constituidas en el siglo XIX; y que, a manera de división social, sólo admite

⁸¹ El siglo XIX colombiano fue un periodo de enfrentamientos internos sin descanso. Luego del proceso de independencia (1810-1819) las guerras civiles estuvieron presentes en todas las décadas de la centuria y salvo la denominada rebelión militar artesanal de 1854, todos los otros grandes conflictos “pretendían solventar la rivalidad de las clases dirigentes”, (Sánchez, 1987). Entre las confrontaciones más significativas están la Guerra de los Supremos (1839-1942), la Guerra civil de 1860 y 1861, la Guerra civil de 1876 a 1877 y la denominada Guerra de los Mil días entre 1899 y 1902. Sobre las guerras civiles colombianas del siglo XIX véase *La historia de las guerras de Rafael Pardo* (2004) y *Guerras civiles colombianas. Negociación, regulación y memoria* de Víctor Guerrero (2016).

la separación partidista, a la que confiere el estatuto de ruptura insuperable. (Pécaut, 1987: 29)

Si bien en 1930 Colombia parecía compartir la preocupación latinoamericana de la regulación de la cuestión social por parte del Estado, principalmente con la presidencia de Alfonso López Pumarejo, rápidamente el bipartidismo tradicional, y aún con más fuerza el partido Conservador, impuso su visión de un Estado no interventor vinculado al liberalismo económico. Pécaut coincide con Kalmanovitz en que esa retoma hegemónica se profundizó ante la amenaza que supusieron, años después, las propuestas de Jorge Eliécer Gaitán. La imposibilidad de entender el proceso de constitución nacional no desde el Estado sino desde la violencia fue lo que originó que Colombia, como objeto de estudio, fuera dejada de lado por parte de algunos intelectuales latinoamericanos y europeos. Según el francés, entender a Colombia pasa por entender la violencia que le es inherente:

La violencia es, pues, a la vez, representación y modalidad concreta de las relaciones sociales y políticas. Preside la producción del acontecimiento y es su expresión (...) La violencia participa al mismo tiempo del aspecto moderno de esta democracia: favorece a su manera la presencia de las clases populares y, por la vía de la anomia, abre el espacio al individualismo. La democracia restringida genera permanentemente: un "exterior": la violencia es su expresión, pero es también el medio para su control. La democracia restringida supone la confusión de los límites entre la exclusión y la inclusión, entre la dominación y el consentimiento, entre la revuelta y la adhesión: la violencia es la que hace posible esta confusión. La imagen de un orden formado desde arriba nunca se logra imponer en Colombia. La violencia expresa la complementariedad entre el orden y el desorden sólo en la medida en que la sociedad y sus tensiones se despliegan sin que el Estado tenga la capacidad de controlarlas. (Pécaut, 1987: 33-34).

Pero si la violencia ha estado presente en buena parte de los procesos políticos latinoamericanos en el siglo XIX y XX ¿cómo logró en Colombia tener un papel tan predominante en lo político? y, más importante aún para nuestras preguntas, ¿cuál es y cómo se forma su estrecho vínculo con el concepto de populismo de mediados del siglo XX?

3.2.2 El populismo colombiano como intento fallido de constitución de lo nacional

Ya vimos en el Capítulo I de qué forma el populismo fue interpretado entre ciertos intelectuales pioneros en la sociología latinoamericana como un fenómeno teleológico, ineludible de los procesos políticos de la región y cómo se construyó, en torno a él, una idea de normalidad política. Tanto aquellos estudios que se focalizan en los contenidos del fenómeno como aquellos que se concentran en sus formas reconocen su presencia permanente en el transcurrir del siglo XX del subcontinente y, por ende, en la constitución de lo nacional. Para Pécaut, el populismo en Colombia también juega un papel importante y no está ausente o incompleto, aún cuando no llegó al ejecutivo, idea contraria a la propuesta de Palacios en su texto de 1971, pero, además, la violencia atraviesa el fenómeno tanto en su surgimiento como en su consolidación y desaparición. En Pécaut el populismo radicaliza la violencia y la violencia lo supera para, finalmente, ocupar su posición como presencia indiscutible en democracia.

En *Orden y Violencia*, con un recorte temporal que va de 1930 a 1953, el populismo colombiano por antonomasia es el gaitanismo. El autor insiste en hacer un recorrido diacrónico en el que busca los antecedentes políticos, sociales y económicos que permitieron su emergencia como un fenómeno popular de masas que se suscribe en un ambiente de violencia ya establecida por las élites y el bipartidismo. La entrada en acción de las masas populares, inspiradas por el líder, choca de frente con un modelo de desarrollo que se ve amenazado por ellas cuando, a mediados de 1940, Gaitán aparece como la gran opción del liberalismo. El conservadurismo se presenta desde la otra esquina con Laureano Gómez a la cabeza y un discurso de restauración hegemónica. Así, al cierre de la década, Colombia parece enfrentada a una elección dicotómica: populismo o violencia.

Para dar su propia definición del concepto político de populismo, Daniel Pécaut recorre la huella del debate latinoamericano al que divide en tres etapas: la primera, que involucra a Gino Germani, pone el centro del análisis en el proceso de movilización social y la “disponibilidad” de las masas. La segunda, marxista, se enfoca en la incapacidad hegemónica de las burguesías latinoamericanas que lleva a la aparición de “estados de compromiso” que buscan una “legitimidad popular”. Y, por último, la tercera etapa con Ernesto Laclau que, según el autor, tiene como objeto central la “ideología” populista, el nacimiento a la imagen unificada del pueblo y las

“interpelaciones democrático-populares” opuestas a la ideología dominante. (Pécaut, 1987: 376-377). Para Pécaut el populismo no es un “simple fenómeno ideológico”, sin contenido, pues constituye una serie de relaciones sociales palpables y se desarrolla en condiciones históricas que facilitan su surgimiento. Los tres niveles del debate latinoamericano por la definición del populismo no son excluyentes y se complementan. Los populismos superan la expresión de los antagonismos sociales en “un doble sentido”: no son fenómenos conducidos por una clase específica ni se fundan exclusivamente como una relación social instituida; por el contrario, representan “un exterior a lo social que trastorna la simbólica política preexistente”, que incluyen una referencia al Estado “como si este, en la figura de un líder carismático, representara la unidad de la sociedad no sometida a la ley” (Pécaut, 1987: 378).

En abierta crítica a lo que proponía Germani o Di Tella, el origen del populismo, más que en la “disponibilidad de las masas”, recae en dos factores generales: “las disociaciones que sufren las clases populares y al hecho de que no disponen de un principio de identidad” (Pécaut, 1987: 378). Las disociaciones, retomando el concepto de Touraine, demuestran la dificultad de las clases populares de hacer parte de un mundo moderno industrial mientras pertenecen, social y culturalmente, a una sociedad mercantil. Estas clases populares, carentes de una identidad política, fueron el soporte de la llegada del populismo gaitanista para inicios de la década de 1940. Las clases obreras colombianas, disociadas y sin identidad, se sintieron atraídas por una oferta política que entiende las dificultades sufridas por la modernización y promete otorgarles un sentido de pertenencia político:

Disociaciones/identidad política, conflictos de clase / redistribución, dominación estatal / nuevo pacto social: el populismo se inscribe en estas tensiones y las transcribe en una representación de lo político fundada sobre parejas de oposiciones entre las cuales, a pesar de las reconciliaciones imaginarias, no hay síntesis posible. El populismo extrae su fuerza de su aptitud para encontrar un fundamento en lo contradictorio, como si fuera insensible a ello; pero encuentra su límite en la imposibilidad de sustraerse a lo imposible que lleva dentro de sí mismo. (Pécaut, 1987: 381)

El gaitanismo presenta varias de esas oposiciones y Pécaut destaca tres. Primero, la afirmación de una relación social instituida y un exterior de lo social que no hace parte de la institución. Segundo, la continua referencia al “igualitarismo” y a la “jerarquía”. Este igualitarismo, sin embargo, no es un mero equiparamiento entre pueblo y oligarquía, sino la

promesa de una unidad popular y de la restauración de los derechos y las oportunidades perdidas y arrancadas por la oligarquía, aún cuando no se precisa si esas oportunidades llegaron si quiera a existir en algún momento del pasado cercano. El tercer binomio opositor es situar en la palestra la división radical entre la sociedad y la “vocación del Estado” por unificarla.

Ante las contradicciones de esas tres oposiciones aparece como “último recurso” la figura de Jorge Eliécer Gaitán que, como líder carismático, habla en nombre de la nación y se transforma en el medio para que el pueblo se exprese y logre sus objetivos. La identificación del pueblo con el líder tendrá todo tipo de obstáculos: desde aquellos puestos por la oligarquía hasta organizaciones populares que quieren arrogarse el mismo proceso de representación. La fuerza del populismo “depende de dejar abierta la brecha entre las oposiciones y se basa, en otro sentido, en su capacidad de mantener separados de hecho el movimiento social y el Estado, en oscilar entre el uno y el otro sin detenerse en ninguno, en guardar para sí el dominio del uno y del otro, en mantener el carácter arbitrario de todo arbitraje” (Pécaut, 1987: 385).

Una de las claves para entender lo particular del proceso populista en Colombia, según el autor, recae en el hecho de la llegada del liberalismo económico al país y su auge en la primera mitad del siglo XX. Para Daniel Pécaut el caso representativo del populismo en América Latina es el peronismo y en él se ejemplifican las ventajas y desventajas del fenómeno. Si bien reconoce que el primer peronismo logró inclusiones importantes de demandas populares en la democracia, insiste en que el regreso de Perón en los setenta fue una “catástrofe”. Años después, en el 2017 diría:

Cuarenta años más tarde, a pesar de las desventuras y de los numerosos cambios de rumbo del peronismo, desde el giro neoliberal de Carlos Menem hasta el pragmatismo ligeramente corrompido de los Kirchner, la fascinación argentina por los populismos sigue vigente. Laclau ha consagrado varios estudios a este tema, partiendo de la visión de Carl Schmitt. El populismo aparece desde entonces como un sustituto de los esquemas planteados en términos de ‘lucha de clases’ y el ‘pueblo’ como un conjunto heteróclito, que mantiene su unidad por intermedio del antagonismo con las élites. No por casualidad Laclau defendió el kirchnerismo (Pécaut y Valencia, 2017: 58).

De esta forma si bien en Argentina, como *caso espejo*, el fenómeno populista del primer peronismo asociaba a la ciudadanía con la construcción simbólica de la nación, en Colombia no sucedió de igual forma porque el modelo de desarrollo liberal entregó a las élites agrícolas el timón

del manejo económico y se lo quitó al Estado, que pasó a tener un papel subsidiario. A partir de entonces el liberalismo económico se convirtió en protagonista en el proceso político liberal equiparando incluso simbólicamente lo que representa “lo liberal” para el ciudadano común. Lo liberal en el sentido económico y al mismo tiempo como igualdad de oportunidades. Este punto resulta esclarecedor para el debate por la definición conceptual si recordamos que, como vimos al inicio del presente capítulo, en 1970 los líderes bipartidistas y particularmente el conservador Álvaro Gómez Hurtado reconocieron los efectos devastadores que la simbiosis entre élite económica y política habría tenido para los dos grandes partidos y su relación con el “pueblo”. Era el enorme poder de lo económico sobre lo político lo que había generado, según Gómez, el rápido ascenso de una propuesta “populista” en cabeza de la Anapo que supo leer mejor las necesidades de las clases menos favorecidas. En *Orden y Violencia*, el enorme peso político del liberalismo económico y su influencia de la toma de decisiones estatales podría rastrearse hasta las élites cafeteras de inicios del siglo XX y su relación sería igualmente sólida con el partido Liberal y el Conservador, de tal manera que su influencia nunca corrió peligro. Esto cambiaría con la llegada de Gaitán quien propuso una modificación del modelo económico liberal.

La construcción de la anomalía colombiana desde el *caso espejo* es clara en Pécaut; Perón representa el fenómeno populista por excelencia de América Latina y es respecto a él que Gaitán debe ser enfrentado para listar sus diferencias. El populismo gaitanista difiere en dos aspectos del proceso nacional-popular registrado en Argentina: de un lado nunca logra consolidar una buena relación con el sindicalismo y, del otro, carece de la impronta nacionalista. La mala relación del líder con las organizaciones sindicales tendría su origen en la cercanía de estas con López Pumarejo y la desconfianza que expresaba el expresidente con el *caudillo del pueblo*. Aunque Pécaut coincide con Kalmanovitz en que entre López y Gaitán existe cierto vínculo por la preocupación social, en *Orden y Violencia* se hace hincapié en la antipatía existente entre ambos. Los sindicatos eran cercanos a López y como consecuencia tomaban distancia del gaitanismo.

En cuanto al particular y débil nacionalismo gaitanista, Pécaut lo diferencia tajantemente del de Perón. Mientras para el presidente argentino el nacionalismo era sustento fundamental del populismo -con la clara delimitación de la amenaza imperialista y las raíces históricas que le brindaban orgullo de lo propio- en Gaitán lo nacional era circunstancial, con muy poco arraigo en una memoria histórica que no iba más allá de Bolívar o Santander. Lo extranjero en Gaitán, para

Pécaut, no era ni lo opresor fuera de las fronteras ni el imperialismo sino, “prosaicamente”, la figura de Gabriel Turbay, su oponente político dentro del liberalismo en 1946, de ascendencia libanesa y al que se refería genéricamente como “el turco”. En otras palabras, el nacionalismo gaitanista coqueteaba incluso con la xenofobia. Pero, además, mientras en la Argentina la consolidación del populismo peronista tenía como sustento la evocación “positiva a los descamisados, Gaitán lo hacía de manera negativa”, (Pécaut y Valencia, 2017: 150), construyendo una imagen del pueblo desorientado que, sin norte ni mando, sería incapaz de canalizar sus deseos. Si bien todos los populismos remiten al carisma del líder y se sustentan en ello, para el autor, en el gaitanismo este vínculo es más nítido.

El populismo gaitanista es, hasta 1945, una mezcla de ofertas incoherentes y contradictorias que beben por igual del socialismo y del marxismo, aún cuando en sus discursos la clase obrera como antagonista del poder no es destinataria frecuente de sus propuestas. Al entender el populismo como una irrupción del exterior de lo social, el gaitanismo no tuvo como objetivo un sector particular de la sociedad. En una mirada cercana a los postulados del Laclau y Mouffe de *Hegemonía y estrategia socialista*, Pécaut propone una conclusión particular al pensar al populismo gaitanista como un proceso de *radicalización*, no de la democracia, si no del antagonismo entre pueblo y oligarquía que llega hasta la separación absoluta. La consolidación del populismo gaitanista recae en la idea de que el pueblo está “instalado” en el exterior de lo social mientras la oligarquía disfruta de su “omnipresencia”. Frente a una clase política que insistía en las radicales diferencias entre liberales y conservadores, el gaitanismo de la primera mitad de la década de 1940 asegura que el pueblo es uno solo, olvidado, con hambre y enfermo. “Las enfermedades no son ni conservadoras ni liberales”, aseguró Gaitán en un discurso el 15 de septiembre de 1945 en plena campaña presidencial para las elecciones del año siguiente.

La construcción del pueblo por Gaitán, homogéneo desde el sufrimiento, tenía como contraparte la oligarquía que no podría reducirse simplemente a una clase social, a un grupo de industriales o hacendados ganaderos o cafeteros. Para el populismo gaitanista la oligarquía era todo aquel que, siendo una minoría en un país pobre, disfrutaba del poder y lo aprovechaba para intereses particulares. La oligarquía es el poder absoluto, sin restricciones ni consecuencias. La oligarquía no es una clase; es la concentración de la riqueza. Pueblo versus oligarquía es la disputa de dos fuerzas contrarias y ambivalentes que no encontrarán nunca la posibilidad de conciliación.

Esta diferenciación radical es expuesta por Gaitán en su famosa radiografía de los dos países que habitan a Colombia: “El país político que piensa en sus empleos, en su mecánica y en su poder, y el país nacional que piensa en su trabajo, en su salud, en su cultura [...]. El país político tiene rutas distintas a las del país nacional. ¡Tremendo drama en la historia de un pueblo!”⁸²

Pécaut es más crítico con Gaitán que Palacios y duda de los cambios radicales que el líder hubiera podido ofrecer y que fueron motivo del ejercicio contrafactual de Kalmanovitz. Aunque reconoce que el político liberal fue capaz de dar forma política a la movilización social de mediados de la década de 1940, asegura que nunca logró consolidar una organización consistente por lo que el fenómeno se limitó, casi exclusivamente, a la relación entre el líder y las masas. Esa insistencia en la fuerza de Gaitán como jefe tuvo como consecuencia la falta de cuadros al interior del gaitanismo, la ausencia de herederos y la antipatía de otros líderes que, desde el sindicalismo o el Partido Comunista, veían con recelo el proceso populista.

Los comunistas colombianos, para Gaitán, habían traicionado al país nacional para hacer parte del país político y de su burocracia. A su vez, para los comunistas, Gaitán encarnaba la xenofobia por sus proclamas contra los extranjeros y el fascismo por sus similitudes con Juan Domingo Perón quien, para el PC, personificaba la amenaza continental que buscaba destruir la democracia.

Además, lo que existía de consolidación de un pueblo homogéneo, sin partidos, en el discurso gaitanista, pierde fuerza en 1947 cuando Gaitán regresa al Partido Liberal para ser su jefe único e interpela a aquellos que están cercanos a su colectividad. El restablecimiento de esa característica partidista del gaitanismo -nunca totalmente ausente- en momentos en los que la Violencia hacía parte del escenario desde 1946, radicalizó el discurso divisorio y es definitivo para la *articulación dependiente* del concepto de populismo con el de la violencia en Pécaut:

Así como el ‘inconsciente’ partidista es restablecido en sus derechos, la lógica partidista asume de nuevo una posición de primer plano en la representación de lo político. Lo que ahora se juega en ella es la vida y la muerte y a nombre del liberalismo el jefe está desde ese momento dispuesto a sacrificarse. El fondo arcaico de la separación social es

⁸² Discurso dado por Jorge Eliécer Gaitán el 20 de abril de 1946 en el Teatro Municipal de Bogotá. Publicado en *Los mejores discursos de Jorge Eliécer Gaitán*. Villaveces (1968: 423)

ahora sustituido por la evidencia de la separación política. Ya no es el pueblo sino el liberalismo el que es invitado a cerrar filas detrás de Gaitán (Pécaut, 1987: 469).

Para el autor lo que ocurre entre los meses finales de 1947, cuando Gaitán es proclamado jefe del Partido Liberal, y el 9 de abril de 1948, es una radicalización de su discurso para enfrentar a los conservadores y al presidente Mariano Ospina Pérez que, finalmente tiene un desencadenamiento violento tras su asesinato. Según Pécaut, el enemigo del populismo gaitanista no tuvo nunca una cara identificable -ni siquiera en esta segunda etapa como jefe del Partido Liberal- lo que originó que, una vez muerto, la rabia por su asesinato fuera desbocada contra todo aquello que parecía encarnar la otra orilla: los almacenes del centro de la Bogotá, los edificios públicos, las casas de los líderes conservadores e incluso las iglesias. El populismo gaitanista, contradictorio en sus ideales y radical en su discurso, definido por la relación estrecha pero insustituible entre el líder y las masas, “contenía en sí mismo este potencial de autodestructividad” (Pécaut, 1987: 491). La consecuencia de lo ocurrido con el gaitanismo tras el 9 de abril es un repliegue hacia las identidades partidistas y un fortalecimiento de su hegemonía mediante el enfrentamiento armado de aquellos que se sentían parte de uno u otro color.

3.2.3 El vínculo entre el fin del gaitanismo y la violencia

Como vimos, en *Orden y Violencia* el populismo colombiano es el populismo gaitanista y este, aún con sus debilidades discursivas y diferencias constitutivas respecto al *caso espejo* del primer peronismo argentino, es fundamental en el proceso de la democracia civil colombiana y en la construcción de un ideario nacional. Sin embargo, el precio que se pagó por el intento de la inclusión de las masas en el sistema político colombiano fue la profundización de la hegemonía bipartidista y de la influencia de las élites económicas en el manejo de las políticas estatales, así como el fortalecimiento de la violencia. “El gaitanismo, igualmente, pretendiendo dar forma política a la informe materia social, llevó finalmente al paroxismo la disyunción entre lo social y lo político. En este sentido, la violencia se sitúa una vez más en la prolongación del populismo” (Pécaut, 1987: 555).

La *articulación dependiente* entre conceptos políticos polisémicos adquiere en Pécaut un carácter explícito: el populismo en Colombia no puede ser definido sin entender a la violencia que es, además, uno de los fundamentos democráticos de esa nación. La democracia colombiana se sostiene en las adhesiones de identidades colectivas partidistas, su defensa incluso violenta, y la creciente dominación social por parte de las élites económicas. En Colombia no existe el reconocimiento de pertenecer a una “comunidad imaginada” nacional y no hay una referencia simbólica a la unidad, en parte porque la política se define con frecuencia desde la mirada irreductible del “amigo-enemigo” que el populismo exagera. La división política colombiana se agravó desde finales del primer gobierno de López Pumarejo y la ampliación social que pretendió la Revolución en Marcha. Esa división, siempre siguiendo al autor, se instauró como “natural” en el ambiente político y explotó en la Violencia que creció tras el magnicidio de Gaitán. Una división radical, que no discierne entre la esfera política y la social, termina por instalarse en el desarrollo histórico colombiano y la referencia a la violencia termina por invadirlo todo:

La representación de lo político cambia de carácter con el auge del populismo; en ese momento asume la forma de una separación social radical. Lo político se sitúa entonces en el horizonte de una imposible delimitación entre lo social y el "exterior" de lo social, entre la civilización y la barbarie. Esta problemática, con todo lo que ella comporta de elementos "pre-políticos", acompaña la marcha de la Violencia. La crisis del Estado contribuye, por su parte, al libre desarrollo de la Violencia. Es indudable que la precariedad del Estado no configura tampoco una situación nueva ya que en muchas regiones afectadas por la Violencia, su autoridad nunca se había ejercido; pero la crisis se hace patente a partir de 1947. La Violencia aparece al principio como la estrategia mediante la cual las diversas élites substituyen al Estado, para manejar directamente la ‘cuestión social’. Dicha crisis expresa la dislocación de todo tipo de imagen de la unidad nacional. (Pécaut, 1987: 581- 582)

Más allá de los aterradores números que marcaron con sangre el devenir político colombiano -y que cifran en un poco más de 180 mil las muertes por los enfrentamientos armados entre 1946 y 1957 (Oquist, 1978: 67)- la Violencia se convirtió con sus narraciones y resignificaciones en lo que Pécaut define como una “potencia anónima” que sembró “la destrucción a su paso”. La idea de un periodo barbárico, sin rostro, fue funcional para las élites que lo adoptaron para esconder sus propias estrategias violentas que habían “promovido sistemáticamente” (Pécaut, 1987: 503). La constitución de sentido del concepto de Violencia, evaluativo y descriptivo al mismo tiempo a “lo Skinner”, terminó por endilgarle buena parte de la

responsabilidad de los enfrentamientos sangrientos a un pueblo desmadrado por las ofertas populistas. Si para las élites las “masas populares” ya eran sospechosas de la barbarie durante el proceso gaitanista, estas terminan por ser definidas como culpables de todo horror tras los disturbios del 9 de abril. Esa acusación y juzgamiento es, para el autor, una muestra evidente de la forma en la cual las élites ejercen en Colombia una violencia simbólica contra el pueblo.

En Pécaut el populismo colombiano resulta anómalo no porque desencadene en violencia o porque venga de ella. Su aporte al debate por la conceptualización del populismo en Colombia pasa por entender que la violencia, como eje diacrónico de la historia nacional, tiene una capacidad invasiva en cualquier comportamiento y atraviesa, sincrónicamente, los distintos fenómenos políticos que vive el país en el siglo XX, incluido, por supuesto, el gaitanismo. Violencia y populismo se unen de forma diferente. No es el populismo como proceso inacabado que no logra el poder, o sus características de débil sustento en el nacionalismo o el sindicalismo, lo que genera la anomalía colombiana. La invención de la excepcionalidad colombiana en Pécaut es la violencia como un agente concreto tanto del Estado como de las élites que da forma a lo político.

4. Conclusiones

La primera década y media del debate por la definición del concepto de populismo en las ciencias sociales colombianas permite dar luz sobre la manera en la cual los esfuerzos por su definición se constituyen en referencias de época mientras, paralelamente, transforma los lenguajes que son usados por los intelectuales para dar forma a sus análisis sobre los procesos sociales y políticos. Tanto en su aparición como fenómeno como en su estudio conceptual, el populismo es, en últimas, el síntoma de una crisis política profunda.

En Colombia, la discusión en torno al concepto de populismo llega tarde, cuando en otras latitudes el análisis del fenómeno ya tenía recorrido un camino importante. Concentrados en las violencias, los académicos únicamente repararon en él tras las elecciones en las que la Anapo dio un manotazo a la mesa. Resultado de ese *pico* son los primeros estudios, de Gómez y López en 1970 y de Palacios en 1971. Para ellos el populismo es incompleto porque no logró el poder ejecutivo y trae como consecuencia la exacerbación de las violencias, en mayúscula y en minúscula. Estudiar el fenómeno llevó a los políticos a reconocer sus propias preocupaciones,

como partícipes de una hegemonía dormida, mientras que a Marco Palacios lo condujo a cuestionar la estabilidad democrática del país, a encontrar en él parte de las raíces de la violencia de mediados del siglo XX y a resignificar fenómenos políticos pasados. Es allí cuando un proceso como el gaitanismo, caudillista para algunos y demagógico para otros, se redefinió como populista. Es en ese momento, también, cuando se crea lo que denominamos la *articulación dependiente* entre populismo y violencia que será central de los estudios posteriores sobre el concepto en Colombia.

Los estudios publicados en la década de 1980 en los que nos concentramos en este capítulo hacen su aparición en momentos de un renovado interés por las características y los fundamentos de los momentos de violencia revolucionaria colombiana. Para Salomón Kalmanovitz, el concepto de populismo encaja en un proceso económico que recibe herencias del gamonalismo de finales del siglo XIX y del clientelismo de inicios del XX y en el que hay una presencia evidente de la hegemonía bipartidista de la que no se pudo desprender ni en su momento más consolidado, con el gaitanismo. Daniel Pécaut, por su parte, ubica al populismo colombiano como un proceso que consolida la violencia, que intenta ser la solución a problemáticas políticas no resueltas, pero que termina por exacerbar los enfrentamientos armados. La violencia, para Pécaut, es el verdadero eje sobre el que se instaura el proceso político colombiano y desde el cual se han creado los vínculos colectivos que definen a la nación. Pero, además, -como veremos en el siguiente capítulo- que los intelectuales que analizamos adquirieran importantes posiciones académicas y políticas en las décadas por venir (Palacios como rector de la Universidad Nacional, Kalmanovitz como subdirector del Banco de la República y Pécaut como analista consultado por diferentes gobiernos) ayudaría a que sus hipótesis sobre el populismo y su relación con la violencia tomaran más vuelo.

Tanto aquellos estudios de la década del setenta como aquellos de la década del ochenta generan la *articulación dependiente* entre el populismo y violencia. Ese lazo, indisoluble hasta hoy, constituye el núcleo de la invención de la excepcionalidad colombiana en este inicio del debate. A diferencia de lo que vimos en los debates latinoamericanos, en los que se mira a Colombia como un caso extraño por su no llegada al poder en los cincuenta o como un proceso desfasado en el siglo XXI, la excepcionalidad en las ciencias sociales de ese país se construye por las consecuencias internas que el populismo trajo, a saber: la exacerbación de los enfrentamientos armados entre un bipartidismo hegemónico. Para los intelectuales estudiados Colombia es anómala porque la violencia se impone a cualquier forma de institución política.

De igual forma, el populismo colombiano mantiene su diferenciación de otros populismos latinoamericanos por lo que se expresa -según los autores- como debilidades políticas propias de un sistema en el que el bipartidismo es monolítico. El *caso espejo* del primer peronismo argentino es, en esta etapa, el parangón sobre el que se van a reflejar el gaitanismo y el anapismo en menor medida, siempre con una mirada de añoranza sobre *lo que no pudimos ser*. No existen en los fenómenos nacionales estudiados la fuerza discursiva de aquel, ni su consolidación de ideario nacional, ni mucho menos la organización de instituciones obreras y sindicales. El populismo colombiano, en últimas, es también extraordinario, porque juega en el país un papel secundario. El papel principal se lo lleva la violencia que es constitutiva de la democracia colombiana.

Las definiciones conceptuales, sus contingencias y sus vínculos a una época, fueron seguidas en este capítulo desde la dimensión de *suelos de articulación*, principalmente con los *picos* y los *pliegues interpretativos*, el primero en 1970 y el segundo en la década de 1980. De igual forma fue fundamental escudriñar en los *contextos de debate* con énfasis en los precarios círculos universitarios colombianos que, según reconocieron autores como Kalmanovitz y Pécaut, limitaron el intercambio entre colegas que tenían pocas ofertas de estudio en las facultades y una enorme dificultad para evadir cierta endogamia académica. Esa mirada a las dimensiones descritas nos permitió adentrarnos en las condiciones de posibilidad que hicieron viable la conceptualización del populismo colombiano como un proceso anómalo en Latinoamérica, pero definitorio para el porvenir nacional, siempre de la mano de un particular examen contrafactual.

En últimas, una revisión del inicio del debate por un concepto de época como el populismo posibilita acercarse a las raíces de la idea profundamente naturalizada en la cultura política colombiana: somos el país resultante, violento e injusto, de un país prospero y equitativo que hubiésemos podido ser. Porque es justamente el populismo -el populismo gaitanista- el punto en el que los caminos del país se bifurcan. El juego de lo contrafáctico adquiere estatus desde las ciencias sociales que, como vimos en estas líneas, insiste en preguntarse cuál sería nuestra suerte si Jorge Eliécer Gaitán no hubiese sido asesinado.

El debate por la definición del populismo en Colombia, iniciado en los años setenta y ochenta, va a tener en el cierre del siglo XX e inicios del XXI una consolidación desde miradas más diversas y con *contextos de debate* y *suelos de articulación* distintos. La idea de que el populismo era una etapa superada en América Latina se va a enfrentar con la llegada del

neoliberalismo primero y los progresismos de izquierda después. Ambos momentos van a disparar nuevos *picos interpretativos* y van a obligar a una redefinición conceptual en la que características como el liderazgo carismático van a adquirir mayor peso. De allí se desprenderán las ideas de neologismos contradictorios como neopopulismo o propuestas de un regreso de los populismos clásicos en las presidencias de izquierda. Se dejarán de lado Perón y Argentina y van a ser entonces Hugo Chávez y Venezuela los nuevos espejos en los que Colombia mirará su cara política. Pero algo se mantendrá estable: la violencia, siempre superándose a sí misma, con niveles impensados para un país en democracia y ahora impulsada por el inagotable combustible del narcotráfico.

Capítulo III

El cierre del siglo XX y el inicio del XXI: la explosión de significados del concepto de populismo y la excepcionalidad de un neopopulismo anacrónico

“Líderes en potencia quedaron a la deriva después de los fracasos; las masas movilizadas permanecían latentes; el populismo colombiano irrumpía a torrentes, beligerante y revanchista, aunque tardío, en comparación con los países vecinos”. César Ayala (2006)

1. Introducción

La década de los ochenta cerró en Colombia con un avión que explotó en el aire. El vuelo 203 de la aerolínea Avianca, que partía de Bogotá y pretendía llegar a Cali, se desintegró minutos después de dejar el aeropuerto internacional El Dorado. Las 107 personas que estaban en la aeronave murieron y tres más, en tierra, perdieron la vida por los escombros que les cayeron del cielo cuando iniciaban su día, a las siete de la mañana. El atentado terrorista iba dirigido al candidato presidencial del Partido Liberal César Gaviria que, al parecer, tenía pensado tomar el vuelo como parte de su gira política. Los narcotraficantes del Cartel de Medellín, dirigidos por Pablo Escobar,⁸³

⁸³ La figura del narcotraficante Pablo Emilio Escobar Gaviria tiene un enorme peso en el cierre del siglo XX colombiano. Escobar nació en 1949 en Rionegro, Antioquia, un municipio cercano a Medellín, en una familia campesina de siete hijos. Desde muy joven se interesó por negocios ilícitos como el robo de partes de automóviles y el contrabando de cigarrillos y licor. A finales de los sesenta incursionó en el envío de marihuana hacia Estados Unidos y, posteriormente, en los setenta entró de lleno en el tráfico de cocaína, primero como comercializador de la pasta base de coca que conseguía en Perú y Bolivia, y luego al construir sus propios laboratorios de fabricación de la droga. En los años ochenta su poderío creció al asociarse con otros narcotraficantes como Gonzalo Rodríguez Gacha (alias El Mexicano) Carlos Lehder, y los hermanos Ochoa (Jorge Luis, Fabio y Juan David), en lo que se conocería mundialmente como el Cartel de Medellín. Aunque a inicios los años ochenta tuvo un paso fugaz por la política, al inscribir su nombre en la lista para el congreso del Partido Liberal, las denuncias periodísticas sobre sus negocios ilícitos lo llevaron rápidamente a la clandestinidad y, desde allí, empezó una guerra feroz contra el Estado para impedir su captura y una posible extradición a Estados Unidos. Su campaña de terror contra el gobierno y la sociedad (incluso contra sus enemigos narcotraficantes del Cartel de Cali), atravesó de forma sangrienta la década del ochenta en lo que Colombia conoce como el “narcoterrorismo”: atentados al azar con autos bomba, secuestros y asesinatos selectivos. En 1991 se entregó a las autoridades con la condición de que fuera recluso en una cárcel de su escogencia: La Catedral, desde donde siguió delinquiendo hasta su fuga un año después. El 2 de diciembre de 1993 fue asesinado por

ingresaron un maletín con explosivos en el avión Boeing 727-21 y acabaron con más de un centenar de vidas, pero no cumplieron con su objetivo. Minutos antes del viaje y avisado por su esquema de seguridad, Gaviria decidió no abordar. Era el lunes 27 de noviembre de 1989.

Para ese momento la política colombiana se disputaba en una arena de muerte. Los candidatos a las elecciones presidenciales de 1990 movían sus campañas en medio de pavorosas amenazas que venían por igual desde los grupos paramilitares de extrema derecha, los carteles del narcotráfico y las guerrillas de izquierda. Tres meses antes del atentado al avión de Avianca, fue asesinado en plena plaza pública Luis Carlos Galán, candidato del Partido Liberal que tenía todas las encuestas a su favor.⁸⁴ El candidato por el partido de izquierda Unión Patriótica, Bernardo Jaramillo Ossa, declaró apenas empezando 1990 que sabía de varias amenazas en su contra. “Yo sé que a mi me van a matar”, dijo impávido ante las cámaras de un telenoticiero. Cayó asesinado, solo semanas después, el 22 de marzo. Carlos Pizarro León Gómez, candidato presidencial por el partido Alianza Democrática, colectividad resultante del desarme de la guerrilla del M-19, se movía cauteloso. De nada sirvió. Fue



Imagen 5. El 9 de marzo de 1990 la guerrilla del M-19 firmó un tratado de paz y entregó sus armas. Su líder, Carlos Pizarro León Gómez (de sombrero en la imagen), se convirtió en candidato presidencial. Fue asesinado el 26 de abril de ese mismo año. Foto. Colprensa. Recuperada de: <https://www.elpais.com.co/colombia/aciertos-y-fallos-que-dejo-el-acuerdo-con-el-m-19-a-tener-en-cuenta-en-proceso-con-las-farc.html>

un comando especial de la Policía en una casa de dos pisos del barrio de clase media Los Olivos, en Medellín, donde estaba escondido. El día anterior a su muerte había cumplido 44 años. Aunque son múltiples los escritos que tratan sobre la vida de Escobar, quizá el texto periodístico e investigativo mejor logrado es el de Alonso Salazar *La Parábola de Pablo* (2001). Un texto académico que busca una aproximación al carácter político de las mafias colombianas en la figura de Escobar es *Una lectura política de Pablo Escobar* de Gustavo Duncan (2013).

⁸⁴ El asesinato del liberal Luis Carlos Galán el 18 de agosto de 1989 es recordado en Colombia como uno de los grandes magnicidios del siglo XX. Sicarios contratados por Pablo Escobar lo acribillaron en la plaza pública del municipio de Soacha, cerca de Bogotá, cuando daba un discurso a las 8:45 de la noche. La favorabilidad de su candidatura era muy alta y se daba casi por descontado su triunfo en 1990. En el entierro, su hijo Juan Manuel Galán, improvisó un discurso de despedida en el que nombró al joven político César Gaviria como el sucesor de su padre. Gaviria, sorprendido, agradeció por el nombramiento que le daba -al mismo tiempo- la posibilidad de ser presidente de Colombia y de estar amenazado por los narcotraficantes que acaban de matar a Galán. Justamente contra Gaviria fue dirigida la bomba que estalló al avión de Avianca y mató a 110 personas.

asesinado un mes después cuando un sicario contratado por paramilitares lo masacró al interior de un avión comercial que esperaba para decolar.

Colombia había llegado a límites impensados de violencia. El país, que se había empezado a *joder* con el asesinato de Gaitán, caminaba por el precipicio de su misma subsistencia al cierre del siglo XX. ¿De dónde provenía tal desmadre? ¿Toda violencia tenía un mismo origen? ¿Era la debacle estatal -con una mezcla de guerrillas, paramilitares y carteles de droga- consecuencia de la espiral de sangre heredada desde el 9 de abril de 1948? ¿Qué tanta influencia había tenido en este desenlace el populismo incompleto colombiano y los movimientos armados que le siguieron, como el caso del M-19 tras la Anapo? Mientras el gobierno y los partidos políticos intentaban poner torniquetes al desangre originado por la lucha contra el narcotráfico y las organizaciones en armas, algunos intelectuales salieron al paso. Era necesario interpretar y reinterpretar los acontecimientos del último medio siglo para buscar las raíces del presente catastrófico y así delinear un siglo XXI más prometedor. O, al menos, más calmo. La época coincidió, además, con un *contexto de debate* diferente al de los años anteriores con una presencia más robusta de facultades de ciencias sociales a lo largo y ancho del país que caminaban hacia una profesionalización gracias al aumento progresivo de instituciones universitarias.⁸⁵

Pero la violencia estaba lejos de terminar. El sentimiento de desolación al inicio de la década de 1990 era tal que la búsqueda de un timonazo político llevó a una transformación de la Constitución Nacional en 1991. De poco sirvió. Un par de años después, con los principales narcotraficantes asesinados o encarcelados, fueron las guerrillas y su lucha armada, y los paramilitares y su deseo irrefrenable de acabar con la izquierda, lo que mantendría a Colombia en llamas. El siglo XXI amanecería con una particular paradoja. Hasta ese momento, en los debates por la definición del populismo, la violencia aparecía como una consecuencia irrefrenable del fenómeno inconcluso y ahora se expondría como su impulsora. La violencia -o su temor a ella-

⁸⁵ Según datos del Instituto Colombiano para la Evaluación de la Educación, citados por Leal Buitrago (1988), en 1940 existían en el país 10 universidades: 5 en Bogotá, 1 en Medellín, 1 en Cartagena, 1 en Popayán y 1 en Pasto, de las cuales cinco era privadas y cinco oficiales. En la década siguiente se fundaron siete universidades más y entre 1951 y 1967 se fundaron 17 universidades privadas y 7 oficiales, lo que llevó ese año a 47 el número de instituciones de educación superior. Al cierre de la década de 1980 existían en Colombia más de un centenar de universidades y cerca del 60 por ciento de ellas de carácter privado. Ese aumento de instituciones llevó a una consecuente ampliación de los estudios sociales que, como vimos en el Capítulo II, estuvo restringido en el país durante las décadas de 1960 y 1970. Aún con el aumento de universidades, el acceso a las universidades en Colombia aún hoy es muy restrictivo. Un estudio reciente de Melo, Ramos y Hernández (2017) revela que, a pesar del incremento considerable de estudiantes matriculados en los últimos años, la tasa de cobertura de la educación superior en el país no supera el 50 por ciento.

llevaba al populismo. Álvaro Uribe Vélez, un político relativamente desconocido a nivel nacional, ganó la presidencia en el 2002 y generó todo tipo de interpretaciones sobre su gobierno como un nuevo fenómeno. “El primer populista que llega al poder en Colombia en cien años”, dijo la politóloga Cristina De la Torre (2005). Siempre atravesado por una realidad violenta, los debates por el concepto del populismo, y su variante el neopopulismo, entraron en un nuevo camino.

Este capítulo, entonces, pretende hacer un recorrido por ese nuevo sendero de las discusiones entre intelectuales por la definición del populismo en las ciencias sociales colombianas en el periodo bisagra entre el cierre del siglo XX y el inicio del siglo XXI. Como veremos en las hojas por venir, los debates por la conceptualización de un fenómeno considerado escaso o inexistente en el país, y que hacía parte de su excepcionalidad, se mantuvieron vivos gracias a los mismos intelectuales que los iniciaron en los años setenta y ochenta -principalmente Daniel Pécaut y Marco Palacios- y al ingreso de nuevos académicos que se sumaron a su estudio: el historiador Cesar Augusto Ayala en la década de 1990 con sus trabajos sobre la Anapo, y los politólogos Cristina De la Torre y Luis Guillermo Patiño en el siglo XXI, enfocados en el gobierno de Álvaro Uribe. Todos, desde diferentes esquinas y desde hipótesis muy diversas, concluyen en la misma articulación dependiente: en Colombia es imposible definir el concepto de populismo si no se habla del concepto de violencia.

Este capítulo comprende una revisión de un amplio número de revistas académicas de facultades de historia, sociología, ciencias sociales y relaciones internacionales de Bogotá y Medellín, en las cuales estos intelectuales publicaron sus investigaciones y en las que, muy esporádicamente, se presentaron artículos sobre el populismo por parte de otros académicos, que se incorporaron a nuestro estudio. Se revisó un extenso listado de revistas entre 1985 y el 2010 entre las que se destacan de la Universidad Nacional de Colombia las publicaciones *Análisis Político*, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, *Historia y Ciencia Política*; de la Universidad de Los Andes las publicaciones *Estudios Sociales* y *Colombia Internacional*; de la Universidad de Antioquia la revista *Estudios Políticos*; de la Universidad Pontificia Bolivariana la *Revista Facultad de Derecho y Ciencia Política* y del Centro de Investigación y Educación Popular (Cinep) la revista *Controversia*. El vasto abanico de publicaciones incluye la revisión de más de cuatro centenares de números editados de los cuales, entre más de tres millares de artículos, poco más de treinta tienen alguna referencia al paso sobre populismo y menos de una docena se presentaron como investigaciones dedicadas al concepto o a su variante el neopopulismo, la

mayoría escritos por los intelectuales que sostienen el debate sobre el fenómeno en Colombia y su relación con la violencia desde 1970. La revisión de los citados escritos permitió poner en evidencia, una vez más, el poco interés académico que suscitó el tema del populismo en los años en los que centramos nuestro estudio (1970-2010).⁸⁶

El recorrido diacrónico por los debates en este periodo nos acerca a la idea de *tensión entre conceptos* que plantea Koselleck, en momentos en los que la *articulación dependiente* se hace cada vez más explícita y presente. Pero, además, nos permite ver de qué forma el interés de los intelectuales por encontrar las raíces de la violencia nos lleva con frecuencia al populismo y sus dificultades, una de las razones de la excepcionalidad nacional. Así sus conceptualizaciones ofrecen un retrato de la convulsa realidad de un país atormentado que parecía caminar siempre al borde de la cornisa.

Como ya hemos visto, Koselleck (1993) habla de un estrecho vínculo entre la historia de los conceptos y la historia social y explica la forma en la cual una sociedad tiene una relación en tensión con sus conceptos “en común”. En este punto resulta evidente para el caso colombiano cómo la violencia se transformó con el paso de las décadas, desde mediados del siglo XX, en un concepto no solo “común” si no “rector” de los lenguajes usados por los intelectuales colombianos que pone los límites y al mismo tiempo desvía otros conceptos políticos polisémicos como el populismo.

A finales de la década de los ochenta y de los noventa los intelectuales escriben desde los *suelos de articulación* de una sociedad aterrorizada por el aumento de la violencia en todo el país;

⁸⁶ Mientras la presencia de análisis sobre la violencia creció exponencialmente a través de los años, los estudios sobre el populismo son esporádicos y peregrinos. Para este capítulo se revisaron las siguientes revistas -muchas de las cuales nacieron en el periodo estudiado-: De la Universidad Nacional de Colombia *Análisis Político*, entre 1988 y 2010 (70 números), *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* entre 1986 y 2010 (24 números), *Historia* entre 2009 y 2010 (4 números) y *Ciencia Política* entre 2006 y 2010 (10 números); de la Universidad de los Andes *Estudios Sociales* entre 1998 y 2010 (37 números) y *Colombia Internacional* entre 1988 y 2010 (72 números); de la Universidad de Antioquia *Estudios Políticos* entre 1992 y 2010 (37 números); de la Universidad Pontificia Bolivariana la *Revista de la Facultad de Derecho y Ciencia Política* entre 1985 y 2010 (45 números) y *Controversia*, del Cinep, entre 1976 y 2010 (161 números). En total se revisaron 460 números y cerca de tres mil artículos. De todos ellos, de las más diversas temáticas, únicamente pudimos referenciar ocho artículos cuyo eje central fuera el populismo. Algunos más, y como veremos a lo largo del presente capítulo, abordan someramente el tema como una referencia al paso sobre el gaitanismo y el anapismo en el siglo XX o como parte de la caracterización de Álvaro Uribe. *Acá únicamente citamos las revistas que, en el periodo estudiado, publicaron al menos un artículo vinculado al populismo, aunque también se analizaron publicaciones como *Coherencia*, de la Facultad de Humanidades de la Universidad Eafit o *Analecta Política* de la Universidad Pontificia Bolivariana, sin que arrojaran ningún estudio relacionado con el debate en cuestión.

y luego, en la primera década del siglo XXI, desde la presidencia de derecha de Álvaro Uribe Vélez y una guerra frontal entre el gobierno y la guerrilla de las Farc. Ese ambiente impregna los estudios y las conceptualizaciones de un aire de urgencia que plantea la necesidad de buscar alternativas para detener el desangre del país. Es allí cuando se presentan lo que hemos denominado el tercer y cuarto *pico interpretativo*, impulsados también por reacomodos políticos en América Latina: primero en los noventa con las presidencias neoliberales que llevan a acuñar la variante neopopulismo y, posteriormente, en los dos mil con el arribo de gobiernos autodefinidos como progresistas y, particularmente, con el caso de Hugo Chávez en Venezuela que se convertiría en el nuevo *caso espejo* en el que Colombia verá reflejada su excepcionalidad.

En Colombia, la llegada del tercer pico interpretativo sobre el populismo, impulsado por una irrupción del neoliberalismo en la presidencia de César Gaviria, se superpone al segundo pico visto en el Capítulo II y coincide, en las ciencias sociales, con una búsqueda de las raíces de las guerrillas y de la incursión en la política de los integrantes del M-19 que abandonaron las armas. Sobre ese pico se van a *plegar* nuevos análisis que se detienen en el proceso de Gustavo Rojas Pinilla como populista. Si bien, como veremos en este capítulo, existe una idea mayoritaria de que la dictadura de Rojas Pinilla no fue una expresión acabada del populismo -y lo populista sería en cambio el proceso de Rojas con la Anapo-, en las nuevas interpretaciones de finales del siglo XX se empiezan a perfilar ideas que le endilgan al periodo de 1953 al 1957, “actitudes populistas”. Veremos de qué forma el concepto empieza a transformarse mientras cambian, al mismo tiempo, los lenguajes usados por los intelectuales en los que es posible hallar al populismo no solo como fenómeno, sino como “actitudes” que pueden ser vinculadas a movimientos no “completamente populistas”. Lo que antes era un fenómeno concreto y circunscrito ahora es amplio y, por momentos, inabarcable. Rojas Pinilla y la reinterpretación de su movimiento nos resultan clave.

En los debates en el cierre de un siglo y la apertura de otro, es posible ver una escisión del concepto de populismo como fenómeno político delimitado que pasa a ser usado como característica comportamental. Esa reinterpretación tiene su origen en el final de la década de los ochenta y los noventa, mediada por la fuerza del neoliberalismo, y la idea de que las formas económicas y el personalismo de los liderazgos son aspectos clave en la definición conceptual. Se empieza a hablar ya no, únicamente, de “populismo” sino de “economías populistas” y “líderes populistas”. Así, la transformación del populismo-fenómeno-específico a populismo-adjetivo-calificativo se da justamente en la época neoliberal cuando el gobierno parece centrar sus

expectativas en un manejo “responsable” de la economía. En el país, el liberal César Gaviria (1990-1994) abrazó sin reparos propuestas como la disminución del gasto público y las privatizaciones y propuso, desde su presidencia, la idea de una apertura económica que tendría enormes consecuencias en la vida cotidiana de los colombianos.⁸⁷

La idea de “populismo económico” -como irresponsabilidad fiscal- va a ser una de las primeras adjetivaciones para la transformación del concepto. El concepto se *despersonaliza*, se *desnominaliza* y se *adjetiviza*. Daniel Pécaut y Marco Palacios, hacia la década de 1990, con la llegada del neoliberalismo y la ampliación del uso de populismo, empezaron a hablar de “actitudes populistas” en fenómenos no populistas y posteriormente César Ayala, Cristina De la Torre y Luis Guillermo Patiño, darán por sentado que el uso del concepto está ligado más a la adjetivación de coyunturas que a procesos políticos de largo aliento.

Lo aporético conceptualmente -para retomar a Palti- es que a medida que el populismo amplía su presencia en los debates su uso se vuelve más prescindible. Es decir, como reconocerá luego Palacios (2011), va a ser posible hablar de Jorge Eliécer Gaitán o de la Anapo como prototipos de los populistas colombianos y al mismo tiempo obviar la categoría para explicar dichos procesos políticos, sus logros y sus desaciertos. El dilema conceptual que se dibuja en este punto es ¿cómo pueden los intelectuales reconocer al populismo cuando el populismo es tantas cosas? ¿Cuál es su característica determinante si cada vez tiene más características? ¿Qué une a todos los populismos? Las respuestas parecen ofrecerse como una disyuntiva de la historia conceptual: más que buscar entender el *populismo en sí*, el concepto se nos brinda como síntoma de un tiempo. Su definición es la coordenada del espacio y el lugar en los cuales se mueven los debates.

Teóricamente en este capítulo profundizaremos en tres dimensiones que hemos desarrollado en los apartados anteriores, pero ahora desde énfasis diferentes para desentrañar un proceso conceptual que se vincula a una época distinta. De un lado ahondaremos en los *suelos de articulación* desde dos nuevos *picos y pliegues interpretativos* que se presentan en la década de 1990, con el neoliberalismo, y en la primera década del siglo XXI, con presidencias de izquierda y los nuevos populismos latinoamericanos. De igual forma, pondremos particular atención a la

⁸⁷ La transformación económica de Gaviria sería acelerada. En 1991 impulsó la Nueva Constitución, refrendada en las urnas, y desde allí los partidos políticos y el gobierno dieron saltos importantes hacia la apertura neoliberal del país. Para profundizar en los primeros momentos del gobierno de Gaviria y su postura neoliberal ver Ocampo (1992).

articulación dependiente entre populismo y violencia y las *paradojas al interior de la definición conceptual* al entender a Álvaro Uribe como un populista que, a diferencia de Gaitán o Rojas Pinilla en su época de la Anapo, sí llegó al poder ejecutivo. La violencia en este caso, para los intelectuales que definen al presidente colombiano como populista, sería no un limitante sino un propulsor.

Por último, estaremos atentos a la forma en la que se transforman los *contextos de debate* en el cambio de un siglo a otro para entender los vínculos y las trayectorias de los intelectuales que participan en las definiciones conceptuales en una época en la que algunos de ellos asumen un doble papel como académicos -de un lado- y como asesores de gobiernos nacionales para políticas públicas -de otro-, lo que nos permitirá entender el alcance que tuvieron sus interpretaciones y resignificaciones de acontecimientos históricos en relación al populismo.

2. ¿De dónde viene tanta violencia? Un regreso a los populismos para intentar entender el caótico cierre del siglo colombiano

Las dramáticas elecciones presidenciales de 1990 se saldaron con el triunfo de César Gaviria. En un intento de unidad nacional que reconstruyera a una sociedad atrapada en las continuas amenazas de violencia, las diversas colectividades se movilizaron para redactar una nueva Constitución que tuviera como presidentes a los líderes de los principales partidos. Así, fueron electos presidentes de la Asamblea Constituyente Horacio Serpa, por el Partido Liberal; Álvaro Gómez Hurtado por el Partido Conservador;⁸⁸ y Antonio Navarro Wolf, por la Alianza Democrática M-19, la fuerza política resultante de la desmovilización de la guerrilla que había nacido en la década de 1970 como heredera del proceso de la Alianza Nacional Popular (Anapo).

Las guerrillas, que tuvieron un crecimiento paulatino a lo largo de los años ochenta, se enfrentaron en la década siguiente a dos fenómenos que pusieron en alza la conflictividad armada. Por un lado, el narcotráfico al que primero se opusieron y con el que posteriormente buscaron alianzas, y del otro, el incremento de grupos paramilitares de derecha vinculados también con carteles de la droga, que buscaban el exterminio de la izquierda. De esta forma se llegó a cifras de muertes violentas impensadas para un país en épocas de estabilidad democrática y con secuestros

⁸⁸ El conservador Álvaro Gómez Hurtado ofreció una de las primeras miradas académicas del populismo en su texto compilado en *Populibro*, en 1970, que vimos en el Capítulo II.

selectivos, masacres y autos bomba indiscriminados, el narcotráfico -y principalmente la figura de Pablo Escobar- logró lo que la lucha armada de la guerrilla no había podido hacer en décadas de disputa: poner de rodillas al Estado y a sus instituciones.⁸⁹

La violencia política, entre liberales y conservadores de mediados del siglo XX, dio paso a una violencia contra la población civil, asesinatos entre miembros de bandas delincuenciales y extorsiones. Se empieza a hablar en Colombia de lo que Daniel Pécaut llama una “violencia generalizada” y al interior de las principales guerrillas colombianas se plantea, con el cambio de década, una disyuntiva clara: seguir en la lucha o deponer las armas. Los intelectuales entraron, en este momento, a jugar un papel preponderante en la intervención política nacional.

Lejos de la idea de académicos comprometidos como ideólogos de los grupos políticos, en Colombia las intervenciones de los intelectuales se dieron desde el papel de analistas o consultores para los gobiernos de turno. En 1987 el presidente Virgilio Barco conformó una comisión de estudios sobre la violencia que dio como resultado el libro *Colombia: Violencia y Democracia*. En 1992, el gobierno de César Gaviria hizo lo propio y de allí salió el estudio *Pacificar la Paz*, impulsado por el Instituto de Estudios Políticos y Relaciones internacionales de la Universidad Nacional.⁹⁰ Para 1993, Gaviria impulsó la denominada Comisión de Sabios⁹¹ entre los que estaban intelectuales como Marco Palacios, en el ámbito de la historia. Las comisiones, por lo tanto, se convirtieron -según el abogado y filósofo Gonzalo Sánchez (1993)- en una forma de legitimación del papel de los intelectuales en el conflictivo cierre de siglo y en una muestra de su interés en participar de forma más dinámica en el diagnóstico de la realidad colombiana.

⁸⁹ Entre 1989 y 1991 el número de homicidios en Colombia se ubicó alrededor de los 25 mil por año lo que significa una tasa de cerca de 76 asesinatos por cada 100 mil habitantes, una de las más altas del mundo, lo que coincide además con el momento más crudo de la guerra entre los carteles de la droga de Medellín y Cali y el gobierno nacional. Según datos de la Policía Nacional citados por Pécaut (2003), en 1991 se presentó la cifra de 28.284 asesinatos, la más alta en la historia contemporánea del país, y desde allí disminuyó -hasta el 2002- a los 17.350 homicidios. En el 2019, según cifras públicas de la oficina de Medicina Legal, se registraron en Colombia 11.630 homicidios.

⁹⁰ Como ya vimos, el estudio pionero sobre la violencia resultado de una comisión encargada por el gobierno de turno, es el texto *La Violencia en Colombia* (1963) de Umaña, Guzmán y Fals Borda.

⁹¹ La Misión de Ciencia, Educación y Desarrollo es una iniciativa que se remonta a la presidencia de Belisario Betancur en 1984 y fue revitalizada por César Gaviria en 1993. Conocida como la Comisión de Sabios, su propósito era analizar la historia y el presente del país en diferentes ámbitos y proponer una carta de navegación para los siguientes 25 años. Marco Palacios fue el encargado de realizar el análisis histórico de la situación nacional. La misión la componían nueve personalidades reconocidas en diferentes ámbitos como el neurocientífico Rodolfo Llinás, el inmunólogo Manuel Elkin Patarroyo o el Premio Nobel de Literatura Gabriel García Márquez. El resultado en 1994 fue el informe *Colombia, al filo de la oportunidad*.

El laberinto por descifrar era cómo lograr la paz. ¿Combate o negociación? Dentro de los movimientos subversivos, el M-19 dio el paso definitivo al abandonar la clandestinidad en 1989 y transformarse en un partido político al que se le recordó su herencia anapista. Los del “Eme”, como se les conocía en ese entonces, reivindicaron en el proceso muchos de los postulados del ya desaparecido partido del general Gustavo Rojas Pinilla y el tema de un movimiento popular volvió a entrar al debate político nacional. Como partido político, la Alianza Democrática M-19 era alternativa al bipartidismo hegemónico y presentó candidatos a los poderes locales y regionales, y sorteó la campaña presidencial de 1990 con su candidato Carlos Pizarro primero y, tras su asesinato, con Antonio Navarro Wolf. La apuesta fue nunca volver a las armas.

2.1 La mirada de César Ayala: repensar el anapismo como un populismo conservador

Con un país atormentado por una violencia inclemente, pero esperanzado por una transformación desde una nueva Constitución, aparecieron nuevos textos sobre el populismo y su articulación dependiente con la violencia. El análisis del rojaspinillismo y, sobretodo, del anapismo, como una vertiente del populismo colombiano regresó a la mesa para generar nuevos pliegues interpretativos y resignificar los procesos históricos vinculados al concepto. El principal exponente de una nueva mirada es el historiador César Augusto Ayala Diago que le dedicará cerca de dos décadas al estudio de la dictadura de Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957), a los orígenes de la Alianza Nacional Popular, su evolución y su rápida desaparición tras las controvertidas elecciones de 1970.

Tras los esfuerzos de Marco Palacios, Salomón Kalmanovitz⁹² y Daniel Pécaut, César Ayala se convierte en un cuarto intelectual en el debate del populismo colombiano, ya en el cierre de un siglo y el comienzo del otro. Si bien sus trabajos (1990, 1991, 1992, 1995, 1996, 2006) no se inscriben directamente en la consolidación conceptual ni abordan una perspectiva teórica del populismo, su análisis histórico de los hechos ocurridos en torno a Gustavo Rojas Pinilla ofrece

⁹² En el cierre del siglo XX y, posteriormente en la primera década del siglo XXI, Salomón Kalmanovitz no profundizó en sus posturas sobre el populismo. En 1998 publicó el artículo *Neoliberalismo e intervencionismo: sus fuentes y sus razones*, en el primer número de la revista *Estudios Sociales* de la Universidad de los Andes. Allí, apenas se refiere a los procesos populistas en América Latina como fenómenos intervencionistas perjudiciales para la estabilidad económica, pero no indaga más en la definición del fenómeno. Aunque siempre se mantuvo en la academia, Kalmanovitz pasó a tener un papel fundamental en la aplicación de las políticas económicas colombianas al codirigir el Banco de la República entre 1993 y el 2005. A partir del 2007, como veremos en el Capítulo IV, retomará su análisis de coyuntura desde una columna periodística en el diario *El Espectador*.

uno de los estudios más amplios en las ciencias sociales sobre el anapismo como encarnación del populismo existente pero que no llegó al poder en Colombia en los años sesenta y setenta.

Ayala realiza sus estudios primarios y secundarios en Puerto Tejada, en el departamento del Cauca y luego adelanta su pregrado y postgrado en la Unión Soviética en la década de 1980. Estudia historia en la Universidad Rusa de La Amistad de los Pueblos y posteriormente ingresa a la Universidad Estatal de Moscú M.V. Lomonosov donde se gradúa de un magister en historia y, finalmente, en 1987, de un Doctorado en Historia Moderna y Contemporánea de Europa y América Latina con estudios sobre el populismo. Ya de regreso al país empieza a dar clases en la Universidad Nacional en Bogotá y para 1990, en el número 162-163 de la revista *Controversia*, del Cinep,⁹³ publica uno de sus primeros trabajos en Colombia sobre la Anapo y el populismo.

En el artículo titulado *Los orígenes del Anapismo como variante colombiana del populismo 1959-1965*, Ayala Diago se aventura a ofrecer una hipótesis contraria a los postulados de Palacios y de Pécaut sobre el fenómeno, al asegurar que el populismo en Colombia puede rastrearse no como un proceso trunco sino como uno real -existente- cuya particularidad radica en que su evolución no se da desde la doctrina liberal de las colectividades históricas sino desde las corrientes “pragmáticamente conservadoras de ambos partidos tradicionales”, (Ayala, 1990: 29). El populismo colombiano para Ayala es conservador, puede etiquetarse como una variable de los otros populismos latinoamericanos y es tangible, principalmente, en la experiencia de la Alianza Nacional Popular y de su líder el general Gustavo Rojas Pinilla.⁹⁴

Como ya vimos en el Capítulo II, Rojas Pinilla gobernó a Colombia en dictadura entre 1953 y 1957 y, tras un corto exilio en Europa, regresó al país para fundar, en 1961, la Anapo, con la que aspiraría a la presidencia en 1962 y en 1970. Según el historiador, el cierre de alternativas políticas que significó el acuerdo del Frente Nacional y el fortalecimiento de la hegemonía bipartidista ayudó a resignificar la dictadura de Rojas Pinilla como una con enfoque popular. El gobierno del General no fue la encarnación del populismo, como si lo había sido Gaitán, a entender

⁹³ La revista *Controversia* del Centro de Investigación y Educación Popular (Cinpe) es una de las publicaciones de ciencias sociales más reconocidas en Colombia por su labor investigativa y crítica del conflicto colombiano. La publicación se editó por primera vez en 1972 bajo el nombre de *Anali-Cias* y en 1975 lo cambió por el que tiene hoy. El estudio de las violencias es uno de sus ejes centrales de discusión.

⁹⁴ Según el sociólogo Orlando Fals Borda (1989) los movimientos populares en tanto colectividades críticas de los partidos jugaron un papel fundamental en la desmitificación del bipartidismo como fuerza hegemónica invencible. La Anapo es un ejemplo palpable. Su llegada a la arena política colombiana, aunque corta, evidenció el deterioro del FN.

de Ayala, pero algunas de sus “medidas” pueden ser consideradas como “populistas”, principalmente aquellas que tienen que ver con una mejora de la calidad de vida de los estratos bajos: es el caso de la creación de la Secretaría Nacional de Asistencia Social (SENDAS), del Instituto de Capacitación Técnica para los Obreros y de las escuelas radiofónicas para los trabajadores del campo. Una vez Rojas entró en la arena como político y la Anapo tomó tracción como alternativa al bipartidismo se le dio una mirada diferente a la dictadura concluida y empezó a tomar forma un discurso popular que no existió en el gobierno de mediados de los cincuenta pero que pretendía ser el eje de la futura presidencia anapista.

Ayala coincide con la hipótesis expuesta en 1971 por Marco Palacios al entender a la Anapo como un partido cuyo discurso no era el de un populismo radical y transformador sino uno con un mensaje “mediador”, pragmático en su mezcla de programas conservadores y liberales:

Los anapistas brindan un discurso que, si bien es cierto hace reaccionar tanto a sus contrincantes del establecimiento como de la izquierda marxista, no produce la polémica filosófica de los conceptos. No se trataba de elucubraciones sobre los grandes problemas de la sociedad colombiana, sino de ofrecerse como mediador en la solución de los insostenibles microproblemas que estaban golpeando al ciudadano común, dando respuesta al sentimiento popular y abriéndose paso como un populismo predominantemente político. (Ayala, 1990; 41).

Para el historiador la conversión de Rojas en un populista y de la Anapo en un “populismo verdadero” se da cuando, a partir de 1964, logra imprimirle a su arenga un carácter mesiánico, cerca al ideario cristiano, superador del bipartidismo, que era capaz de unir en un mismo bloque a los partidos enfrentados históricamente en Colombia.⁹⁵ A partir de allí, la postura de Rojas Pinilla en la plaza pública cambia y se ofrece como intermediario entre el pueblo y las élites y como una síntesis entre la vieja y la nueva política.

⁹⁵ En un artículo posterior, Ayala (1991) realizó un análisis cuantitativo del discurso de Gustavo Rojas Pinilla en el que pone en evidencia la transformación de sus intervenciones políticas desde los años de gobierno hasta su regreso a la política en los años de la creación de la Anapo. Con el nombre *El discurso de la conciliación. Análisis cuantitativo de las intervenciones de Gustavo Rojas Pinilla entre 1952 y 1959* y publicado en el número 18-19 del Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, el artículo insiste en que la dictadura de Rojas no fue un fenómeno consolidado de populismo y siempre tuvo un cariz conservador y cristiano que buscó crear puentes entre las visiones de los dos partidos hegemónicos. “Las condiciones económico-sociales que vivía el país y la formación mental de Rojas Pinilla, no permitieron que la dictadura militar fuera la expresión del populismo colombiano” (Ayala, 1991: 237). Esto cambiaría una vez el dictador deja el poder y reconfigura su discurso tras las experiencias como opositor al Frente Nacional.

Empieza desde entonces a perfilarse el anapismo como la posible variante acabada del populismo colombiano, que se configura también desde lo simbólico. No se da como una propuesta ideológica de alternativa consciente, ni siquiera como mecanismo de manipulación del otro. Es más bien al contrario: el populismo busca a lo largo del siglo esa vertiente amplia y difusa de las conjugaciones disidentes del tradicionalismo político nacional y la encuentra palpitante en las formas y contenidos políticos que caracterizan a la Anapo a partir de 1965. (Ayala, 1990: 53)

La conceptualización del populismo en este primer Ayala es difusa. Para el autor populismo es todo aquello que, discursivamente, se relacione con el “pueblo” o lo “popular” y se enfrente a la oligarquía. Es toda política que ofrezca una mejora en la calidad de vida de las clases menos favorecidas y es la organización de un movimiento alternativo a las hegemonías políticas reinantes. Al mismo tiempo y como repetiría en otro texto publicado meses después el populismo anapista de los sesenta “es un mecanismo de cooptación convertido en una concepción de hacer política” (Ayala, 1991: 237).

En sus escritos iniciales, el historiador plantea los ejes de lo que sería su obra centrada en la Anapo y el populismo en Colombia expresada principalmente en una trilogía de textos publicados en 1995, 1996 y 2006. En esos libros se ampliarán las ideas del conservadurismo como sustento del populismo colombiano y la relación discursiva entre gaitanismo y anapismo.

Para mediados de la década de los noventa Ayala se había consolidado como profesor del departamento de historia de la Universidad Nacional de Bogotá. Bajo la batuta y el diálogo de historiadores reconocidos como Medófilo Medina o Fabio López de la Roche, y con la participación de estudiantes de pregrado y de la maestría en Historia se abrió en esa casa de estudios -y desde el Departamento de Historia- un espacio de debate intelectual que llevó el nombre de Línea de Investigación en Historia Política y bajo el cual pudo publicar sus dos primeras obras. La primera salió de la imprenta en 1995 y llevó por nombre *Nacionalismo y populismo. Anapo y el discurso político de la oposición en Colombia: 1960-1966*. La segunda, tan solo unos meses después, en 1996, se tituló *Resistencia y oposición al establecimiento del Frente Nacional. Los orígenes de la Alianza Nacional Popular, Anapo. Colombia 1953-1964*.

En ambos textos Ayala realiza un minucioso recorrido cronológico por el ascenso de Gustavo Rojas Pinilla, su llegada al poder como una especie de *interregno* acordado por el

bipartidismo en medio de la Violencia, y el posterior nacimiento y definición programática de la Anapo como alternativa política en medio de una férrea resistencia al acuerdo del Frente Nacional.

En *Nacionalismo y Populismo*, Ayala aclara desde las primeras líneas que su objetivo no es teorizar el populismo, sino reconstruir la forma en la cual Rojas Pinilla, desde su partido político, organiza una variante colombiana del fenómeno primero como alternativa conservadora y, posteriormente, como espacio de concentración de las más diversas propuestas políticas que tenían en común la inconformidad con el Frente Nacional. El populismo anapista se sustenta, según el autor, en la posibilidad de unir las terceras fuerzas, tanto liberales como conservadoras, opuestas al régimen hegemónico. Desde los primeros años de la década de 1960 la Anapo profundizó su propuesta de ser movimiento político alternativo incluso sin renunciar del todo a la búsqueda de la toma del poder por acciones de hecho. La *articulación dependiente* entre populismo y violencia -que es tan evidente en Palacios- toma en Ayala una dimensión diferente. No es, como en algunos intelectuales pioneros, que el populismo no llegue al poder y degenera en enfrentamientos armados, sino que la posibilidad de la violencia se mantiene presente al interior del movimiento populista, como una latencia amenazante desde la cual se protege su futuro. Ayala recuerda que ya para 1964 la Anapo advertía en sus documentos que el pueblo debía estar preparado para acciones como el sabotaje, la agitación obrera y campesina contra la explotación, o la lucha callejera y la resistencia individual armada (Ayala, 1995: 55).

La belicosidad que impregnaba el discurso anapista, según el historiador, le generaba incomodidad a Rojas Pinilla, aunque él nunca desautorizó las consignas. Esa articulación dependiente entre el concepto de populismo y violencia en Colombia tendrá un enorme peso cuando el resultado electoral de 1970 y las denuncias de fraude impulsan entre las filas de los anapistas más jóvenes y radicales la creación del Movimiento 19 de abril (M-19). Al mismo tiempo, se ven en esas palabras de agitación, una especie de génesis de lo que posteriormente sería denominado por las guerrillas de las Farc y el Epl como “la combinación de todas las formas de lucha”, cuando aún alzados en armas se mostraban partícipes de la vida política colombiana con partidos políticos como la Unión Patriótica o Esperanza Paz y Libertad.⁹⁶

⁹⁶ Los paramilitares de extrema derecha y los narcotraficantes se escudaron en esa ambigüedad para adelantar los pavorosos exterminios contra políticos de izquierda. En 1985 se fundó el partido político Unión Patriótica (UP) ligado al Partido Comunista Colombiano y como brazo político de la guerrilla de las Farc tras las negociaciones de paz. En pocos años, la UP denunció el asesinato de más de 2.000 de sus cuadros y militantes (Pécaut, 2003). Dos de sus candidatos presidenciales Jaime Pardo y Bernardo Jaramillo, fueron asesinados en 1987 y 1990. Por su parte,

A medida que la Anapo tomaba fuerza electoral por su participación en contiendas electorales (presidenciales de 1962, legislativas de 1964, presidenciales de 1966) abandonaba la belicosidad de su discurso y abrazaba con más fuerza el talante mediador de su líder. Al mismo tiempo la colectividad se mostraba proclive a beber de las aguas del gaitanismo, conmemorando como fecha propia el 9 de abril. “Era corriente escuchar en labios del anapista que llevaba la voz del Movimiento (...) ‘Gaitán está bajo tierra, pero sus enseñanzas y sus programas, están caminando por todos los pueblos de Colombia’” (Ayala, 1995: 64).

En 1996, Ayala publica, también con la editorial de la Universidad Nacional, *Resistencia y oposición al establecimiento del Frente Nacional*, en el que explora los años de la dictadura de Rojas Pinilla, el fin de su gobierno y los orígenes de la Anapo. El populismo de Rojas, según el historiador, toma fuerza al entender que en él y en su propuesta se encarna una alternativa viable al poder que podría aprovecharse de las múltiples fracciones en las que habían caído los grandes partidos. La enorme fuerza que gana en su discurso el tema popular y el concepto de pueblo son suficientes en Ayala para definir que Rojas y su partido son populistas. La frecuencia cada vez mayor, en sus discursos, de referencias a la población “rezagada económicamente” y “estancados en su calidad de vida”, se ofrecen como propuestas unificadoras.

Aunque Ayala insiste en que no pretende hacer una conceptualización del populismo, dice que Rojas toma elementos populistas muchos más definidos y concretos en la década de los sesenta, cuando pone “al pueblo” en el centro de su discurso y pierde protagonismo en su prédica el cristianismo, Dios o las Fuerzas Armadas. En esa transformación en “caudillo” de los años sesenta, retoma la frase del país político y el país nacional de Gaitán y asegura, al igual que el liberal en su momento, que el pueblo está por encima de sus dirigentes. La forma en la que el anapismo pretende mimetizarse con el primer exponente del populismo colombiano es una manera de delimitar las características de un concepto con pocos referentes nacionales. Según Ayala, la etapa conspirativa, que había sido tan importante para la Anapo a inicios de 1960, le permitió al partido mantenerse en la discusión del poder político en Colombia hasta 1964 cuando la abandona y muestra su poderío electoral.

Esperanza Paz y Libertad fue el partido resultante de la desmovilización de la guerrilla del Epl a inicios de la década de 1990. Rápidamente sus miembros empezaron a caer asesinados. Esperanza, Paz y Libertad denunció que entre sus verdugos había antiguos guerrilleros de sus filas que no quisieron firmar la paz, guerrilleros de las Farc y paramilitares.

Rojas, fogueado por las vicisitudes de su propia experiencia llegaría a los años 60 apropiándose del arsenal de dispositivos del populismo para la práctica de su nuevo proselitismo. Sin avanzar hacia conceptualizaciones teóricas, su populismo prometía ser ante todo un populismo político, es decir, un mecanismo de cooptación convertido para su caso en una concepción de hacer la política. En su inesperado periplo por el poder presidencial, particularmente por haberlo padecido sin la experiencia del político profesional, aprendió de él las maneras de hacer la política en Colombia. Se acercaba el General a la década siguiente con un ropaje de argumentos que (...) hacia el futuro serían aceptados por aquellos sectores que irremediablemente irían a ser incapaces de competir bajo las libres reglas de juego de la modernidad. (Ayala, 1996: 126-127).

Como veremos más adelante, casi una década después, cuando Ayala cierra su trilogía sobre la Anapo en el 2006, la ampliación de su concepto de populismo se sostendrá sobre la base de un suelo de articulación definido ya no solo por el neoliberalismo sino por una nueva oleada de presidencias progresistas que fueron relacionadas con los fenómenos nacional populares de la primera mitad del siglo XX. La transformada realidad geopolítica tendría un efecto notorio en sus trabajos y en la forma de aproximarse al concepto, incluso con la aparición del caso espejo de Hugo Chávez su proceso bolivariano.

3. El neoliberalismo de Gaviria y el tercer pico interpretativo

La primera mitad de la década de 1990 se vivió en Colombia en medio de las preocupaciones internas por el narcoterrorismo y un evidente incremento de la violencia guerrillera, principalmente de las Farc. En el ámbito regional, la apertura neoliberal del presidente César Gaviria coincidió temporalmente con la presencia en otras naciones de América Latina de liderazgos que, por ciertos rasgos carismáticos, fueron denominados neopopulistas como Alberto Fujimori en Perú o Carlos Menem en Argentina. En Colombia, aún con el neoliberalismo a todo vapor, la idea de una presidencia neopopulista no caló en el análisis académico, aunque, el uso cada vez más frecuente del adjetivo populista impulsó una revisión por parte de los intelectuales que, décadas antes, habían iniciado el debate por la definición del concepto en ese país.

De esta forma se configura lo que consideramos un *tercer pico y pliegue interpretativo* del populismo en Colombia, en el que se mezclan preocupaciones internas por las violencias con el boom del neoliberalismo latinoamericano y la realidad de un país que, mientras crecía en términos económicos, tenía enormes dificultades para disminuir la brecha entre ricos y pobres. Por un lado,

los dirigentes se felicitaban por el buen rumbo de las industrias, las cifras positivas del Producto Interno Bruto y la estabilidad de la moneda; por el otro, las regiones más apartadas de las capitales sufrían de la ausencia estatal. Era la paradoja de un país que prosperaba económicamente a ritmos destacados por los organismos multilaterales mientras los números de masacres y asesinatos no daban tregua. El desbalance era tal que Fabio Echeverri, presidente de la Asociación Nacional de Industriales (Andi), pronunció una frase que resumía la angustia evidente y aún hoy se oye en el lenguaje coloquial colombiano: “la economía va bien, pero el país va mal”.⁹⁷

3.1 El giro de Daniel Pécaut y la fragmentación del concepto

Daniel Pécaut, el intelectual que había hecho carrera con su hipótesis de la transversalidad de la violencia en la historia colombiana volvió al ruedo del debate por la definición del populismo y procuró, en base a los nuevos acontecimientos, poner al día el concepto. Como vimos en el Capítulo II, Pécaut construyó en 1987 con su libro *Orden y Violencia* la idea de que en Colombia ambas expresiones no son excluyentes y se presentan bajo las caras de una misma moneda. El populismo entra allí como fenómeno resultante de un proceso político particular, cuyo cierre trágico, en el caso de Gaitán, terminó por acelerar y profundizar la violencia en el país. Durante el fin del siglo XX y en los primeros años del XXI Pécaut se afianzó en un contexto de debate colombiano muy cercano a la Universidad Nacional en su sede de Bogotá y, además de las publicaciones de un par de libros sobre el tema, hizo evidente sus posturas sobre los acontecimientos políticos del país desde la revista *Análisis Político*,⁹⁸ de esta casa de estudios.

⁹⁷ Sobre la paradoja dice Daniel Pécaut: “En el campo económico, Colombia puede enorgullecerse de haber escapado en el curso de los últimos diez años al desastre experimentado por la mayor parte de los países de América Latina. Habiendo cedido en menor medida a los vértigos del endeudamiento y disponiendo de nuevos recursos de exportación -petróleo, banano, flores, oro, níquel, carbón... y cocaína-, Colombia no se ha visto amenazada, salvo en 1984, por el desequilibrio en la balanza de pagos y ha mantenido una tasa muy elevada de crecimiento por habitante: desde 1980 hasta 1987, según las cifras de la OIT, la tasa promedio ha sido de 5.3% al año. (...) Los dirigentes económicos han ido hasta el punto de estimar que nunca se habían presentado perspectivas tan favorables. Muchos de los asalariados se han beneficiado de este crecimiento: desde 1980 hasta 1987, siempre según la OIT, el salario industrial ha aumentado su valor real en un 19.3%, mientras que el salario agrícola lo ha hecho en un 21%”. (Pécaut, 1991: 36).

⁹⁸ La revista *Análisis Político* nació en 1987 como publicación académica del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (Iepri) de la Universidad Nacional, creado en 1986. El objetivo era la edición cada cuatro meses de un número que diera cuenta de los proyectos de investigación del instituto. Sin embargo, rápidamente se transformó en una de las revistas más respetadas en el ámbito de las ciencias sociales colombianas. El Iepri, además, fue el organismo académico encargado de las comisiones para hacer balance de la violencia en el gobierno de Virgilio Barco, lo que terminaría con la publicación de *Colombia: violencia y democracia*, y, posteriormente, con el gobierno de César Gaviria, del informe *Pacificar la paz*. En las páginas de *Análisis Político* han escrito los intelectuales y asesores de los gobiernos de turno sobre el conflicto armado y las violencias y, en el caso de Daniel Pécaut, fue esta

A diferencia de Ayala, dedicado exclusivamente al proceso de Gustavo Rojas Pinilla y de la Anapo, Pécaut asume desde sus estudios una búsqueda amplia de las raíces de los problemas colombianos, sustentados, para él, en la presencia del conflicto armado. Cada escrito de Pécaut responde a un interés de inmediatez que, por momentos, se hace explícito en sus palabras y, residente en París, escribe con frecuencia con estilo divulgativo para contextualizar al lector europeo sobre los acontecimientos de un país que se ve lejano y del que hay pocas referencias.

Aunque Pécaut insiste en que no entiende la historia como un proceso acumulativo de acontecimientos es evidente que, para él, las respuestas a las preguntas por las dificultades políticas y sociales de Colombia reposan en sucesos como la consolidación del bipartidismo a inicios del siglo XX, el 9 de abril o el acuerdo del Frente Nacional. Ese estilo de vinculación del pasado como sustento de las desgracias colombianas (y en menor medida de sus logros) fue aplaudido con frecuencia por sus colegas en las ciencias sociales colombianas, en las que su nombre tomó cada vez más fuerza y sus escritos y reflexiones fueron cada vez más solicitados.⁹⁹

En el cierre de la década de 1980 e inicio de la de 1990 el autor profundizó en su idea sobre cómo, a pesar de la extrema violencia, Colombia instituía la paradoja de una democracia civil limitada pero estable en un contexto latinoamericano con resaca por los procesos militares y en medio de la consolidación de aventuras neoliberales. Dos textos de esa época ponen de manifiesto las líneas interpretativas del autor en torno al concepto de populismo, aunque no es el eje central de su estudio. El primero es el libro *Crónica de dos décadas de política colombiana* de 1989, publicado por editorial Siglo XXI, en el que se recuperan varios de sus escritos sobre el país desde finales de los años sesenta y hasta finales de la década de 1980, la mayoría de ellos publicados en la revista francesa *Problemas de América Latina* y dirigidos a un público europeo no siempre al

revista la que publicó la mayoría de sus reflexiones sobre Colombia en el siglo XX y XXI. El mismo Pécaut diría sobre el instituto y su publicación: “El trabajo desempeñado por el Iepri sobre la violencia es, a consideración de muchos, extraordinario. Las obras y artículos que allí se han publicado dan cuenta tanto de la evolución en el tiempo de los fenómenos de violencia como de la diversidad de sus dimensiones. Estos manifiestan una toma de posturas lúcidas, en su mayoría valerosas, inspiradas en una preocupación ético-política, la cual suscribo plenamente. La revista *Análisis Político* ha ganado un prestigio nacional e internacional muy meritorio” (Pécaut, 1998: 72).

⁹⁹ La Universidad Nacional de Colombia le otorgó a Daniel Pécaut el Doctorado Honoris Causa por sus influyentes trabajos sobre la violencia y la democracia del país en el año 2000. Cada vez más cercano a la academia colombiana y consultado con frecuencia por los gobiernos nacionales, Pécaut recibió, en 2008, la ciudadanía colombiana.

tanto de la realidad colombiana. El otro, de 1991, es el artículo *Colombia: Violencia y Democracia*, que vio la luz en el número 13 de la revista *Análisis Político* de la Universidad Nacional.¹⁰⁰

Al ofrecer una mirada contextual para un lector europeo, los escritos de *Crónica de dos décadas* tienen un evidente tono divulgativo. Su esfuerzo pretende develar cómo las violencias guerrilleras y narcotraficantes tienen enclaves en los acontecimientos de mediados del siglo XX. Insiste, además, en la idea de que la categoría de “democracia restringida”, afianzada en el lenguaje de los análisis académicos de la época como una de las razones de la lucha armada de las agrupaciones insurgentes, se consolidó por interpretaciones erradas sobre el Frente Nacional: para Pécaut -en una mirada a contravía del pensamiento mayoritario- el periodo bipartidista otorgó más libertades políticas de las que tradicionalmente se le reconoce.

Las posibilidades no reconocidas en los doce años del acuerdo entre liberales y conservadores se hacen claras, siempre según Pécaut, en la emergencia de movimientos de oposición, de grupos culturales críticos al régimen, de paros cívicos e incluso en la consolidación de partidos políticos que participaron en las distintas contiendas electorales. El Movimiento Revolucionario Liberal y la Alianza Nacional Popular son los nombres más notables. A pesar de esto, la violencia se mantuvo presente, como la fórmula preferida para canalizar las expresiones políticas. Los acontecimientos que siguieron al 9 de abril de 1948 contribuyeron poderosamente a que las relaciones sociales políticas “se descifren en términos de violencia” (Pécaut, 1989: 23) y la consecuencia es la búsqueda de los objetivos por medio de la confrontación armada y no por los canales democráticos. El vínculo del proceso populista gaitanista con la violencia de los cincuenta conforma la *articulación dependiente* de la cual es muy difícil desprenderse.

¹⁰⁰ Cuatro años antes del texto publicado en *Análisis Político* Daniel Pécaut publicó un pequeño escrito en la edición suramericana de la famosa revista *Vuelta de México*, que fue fundada y dirigida por el poeta mexicano Octavio Paz y contaba entre su consejo de dirección con personajes como Adolfo Bioy Casares, Guillermo Cabrera Infante, Juan Gustavo Cobo Borda o Juan Goytisolo. En el texto, titulado *En América Latina: del populismo al autoritarismo*, Pécaut repasa sus postulados de Orden y Violencia y asegura que tanto el peronismo del 45 como el gaitanismo son ejemplos prototípicos del fenómeno, con sus características de permanente ambigüedad. “El populismo se cuida muy bien de confesar totalmente esta prioridad de lo político. Le interesa preservar en su horizonte la imagen de un cuerpo político unificado que reproduce, por emanación directa, la unidad profunda del cuerpo social. Al representar la división social ligándola a un estado salvaje, bastante mítico, queda incapacitado de hacer de él el fundamento de lo político y, sencillamente, de reconocer lo político como tal. (...) La ambivalencia respecto de lo político: probablemente es allí donde se reúnen el populismo y el autoritarismo. Y esta ambivalencia no es sino la manifestación de una desconfianza común respecto de toda organización autónoma de la sociedad civil en su conjunto, pero primeramente respecto de la organización autónoma de los sectores populares” (Pécaut, 1987: 57).

Lo que ya era una sociedad marcada por la violencia terminó por acostumbrarse a ella con la radical irrupción del narcotráfico y, principalmente, con el acelerado crecimiento de la industria ilegal de la cocaína. Según Pécaut, el boom de la marihuana de los años setenta y la consolidación de los grandes carteles narcotraficantes coccaleros en los ochenta dislocaron las relaciones sociales en Colombia y las instituciones del Estado fueron puestas en tela de juicio de una forma que ninguna organización política alzada en armas había podido lograr. Aunque en un principio las guerrillas campesinas como las Farc, el Eln o el Epl -o la urbana del M-19- consideraron que podrían beneficiarse del desequilibrio institucional generado por el narcotráfico, la envergadura de la ilegalidad coccalera terminó por atraparlas también a ellas y las debilitó respecto a su propósito de toma del poder. A la fuerza de lo contrafactual, condensada en la segunda mitad del siglo XX, se le unieron los desastres de la década del 80 y 90 que afianzaron aún más la añoranza del país que pudimos ser y no fuimos, muchas veces en relación con lo fallido del populismo que tuvo su momento de ascenso y fue abruptamente detenido.

El narcotráfico transformó radicalmente al suelo de articulación social y político colombiano de finales del siglo XX, y el proceso de significación y resignificación del acontecer nacional. Consolidó una imagen de desesperanza en la población que insistía, con frecuencia, que Colombia era un país que se repetía en sus desgracias, desde mediados de la década del cuarenta, y que no tenía salvación. No solo era un “país jodido”, como vimos en las reflexiones analizadas en el Capítulo II, sino uno que parecía “no tener futuro”.¹⁰¹ La violencia de fin de siglo vigorizó la interpretación de una nación que vive un destino trágico del que es imposible salir, una nación que no es más que un torbellino eterno de distintos enfrentamientos sangrientos que absorbe todos los fenómenos para luego escupirlos atrofiados. El populismo encaja allí como uno más de esos

¹⁰¹ La idea de un país “sin futuro” se consolidó en la sociedad colombiana de la década de los ochenta y los noventa. El cine, la literatura y la música de la época dan muestra de ello. En 1989 el cineasta antioqueño Víctor Gaviria estrenó su película *Rodrigo D: No futuro*, la historia de un joven de las barriadas pobres de Medellín que se aferraba al punk y al metal en medio de un ambiente de sicariato, drogas y violencia. Dos años después, el mismo Gaviria publicó la novela corta *El pelaíto que no duró nada*, testimonio en primera persona de un joven (pelaíto en el habla popular colombiana) que esquivaba la muerte que lo acechaba todos los días, a sus 16 años, en el barrio Manrique de Medellín. En 1990, el periodista y escritor Alonso Salazar, publicó *No nacimos pa' semilla*, una crónica del mundo de los pistoleros adolescentes contratados por Pablo Escobar para realizar sus asesinatos. En 1989, el grupo punk Mutantex, grabó la canción *No te desanimes, mátate*. El mismo año, la banda La Pestilencia, de hardcore, nombró a su primer trabajo *La muerte... un compromiso de todos*. En 1995 el grupo de rock, Aterciopelados, dedicó el que sea quizá su álbum más famoso, *El Dorado*, a narrar la angustia de una generación que vivía atemorizada por la muerte. La canción número cinco del LP tiene como nombre *No futuro*.

eventos esporádicos que, si bien triunfa en otras latitudes, en Colombia no puede ser más que un periodo infructuoso detenido a balazos.

En el artículo publicado en *Análisis Político* en 1991, Pécaut lo dice con sencillez: la sociedad colombiana se acostumbró a la violencia. La democracia, además, parece capotear las amenazas que se ciernen sobre ella. Las elecciones cumplen sus calendarios, los presidentes completan sin falta sus periodos, y las instituciones, cada vez más corruptas, mantienen la imagen de un país a salvo aún cuando está en el precipicio. Para el autor, la violencia con la que Colombia entra a 1990 no es la misma de mediados del siglo XX, pero responde a esa “amplia aceptación tácita” de la violencia como modalidad “normal y legítima de las relaciones sociales en el cuadro de un régimen que no tiene ni los medios ni quizás la voluntad de someterlas a reglas de negociación”, (Pécaut, 1991: 37). Aparece en el lenguaje político la idea de “violencia generalizada” que es la mezcla de violencia política -de los grupos insurgentes- y la violencia común que sufren los ciudadanos de a pie.

Mientras los grupos de izquierda que aún se mantienen alzados en armas para el cierre del siglo, como las Farc o el Eln, insisten en que su lucha es el resultado de la restricción política colombiana y el escaso espacio para nuevos movimientos alternativos, Pécaut pretende demostrar que, aún con dificultades, el sistema democrático del país ha permitido colectividades disidentes, lo que haría que la justificación guerrillera sea vista como una excusa insostenible. Más aún si se tiene en cuenta los procesos de desmovilización recientes del M-19 o el Epl. Lo que es inobjetable, siempre siguiendo al autor, es la precariedad del Estado-Nación por un lado y la aceptación de la violencia como vehículo político.

En esa compleja realidad, el concepto de populismo despunta en estos nuevos textos de Pécaut para escindirse de la referencia exclusiva a fenómenos políticos como el gaitanismo o el anapismo y amplía su uso para caracterizar comportamientos, fundamentalmente económicos. Si algo había generado el neoliberalismo, y la conceptualización de neopopulismo en las ciencias sociales latinoamericanas, era una reinterpretación de los denominados populismos clásicos para prestar particular atención a la figura del liderazgo y las acciones económicas. Estos dos elementos, en últimas, eran los puntos de contacto entre el concepto de populismo y su variante *neo*. De esta forma se empieza a fragmentar la idea de un populismo como fenómeno y pasa a entenderse como comportamiento. Se hacen cada vez más frecuentes en los textos binomios de palabras como

“actitud populista”, “populismo político” o “populismo económico”, lo que obliga a Pécaut a realizar un pliegue interpretativo sobre los hechos de mediados del siglo XX colombiano:

La precariedad del Estado favorece las formas democráticas de muchas maneras. Priva a los militares o a las corrientes autoritarias civiles de un punto de apoyo, y dificulta el desarrollo del populismo político. Incluso el movimiento gaitanista de 1944-1948 no llegó a formular una mística nacionalista ni a salirse realmente del Partido Liberal. Impide igualmente la tentación del populismo económico: los gremios representativos de los principales intereses económicos están ahí para hacerle frente a las eventuales debilidades de la clase política y para hacer respetar un estilo muy ortodoxo de política económica. (Pécaut, 1991: 41).

En los textos de finales de los ochenta e inicios de la década de los noventa Daniel Pécaut ofrece su conceptualización del populismo como un ancla histórica, momentánea y limitada, que le da solidez a su hipótesis de la violencia como instrumento central de la política colombiana, aunque se hace explícita una evolución en el uso del término que lo distancia de su propia conceptualización en *Orden y Violencia*. Para los escritos de los noventa, el populismo, pasa a tener fuerza de adjetivo y puede ser interpretado al menos desde dos vertientes: económica y política. Según el autor, en Colombia la debilidad del Estado favoreció a la democracia al impedir el ascenso de corrientes autoritarias al ejecutivo al dificultar “el populismo político”.

La disputa en torno al significado del concepto, y el maridaje entre populismo con un proceso político como el neoliberalismo, aparentemente opuesto en sus premisas con el fenómeno al que originalmente había sido asociado, propició una ampliación de su uso por parte de los intelectuales que aumentaría con los años. En el artículo de 1997 *Presente, pasado y futuro de la violencia*, publicado también en *Análisis Político*, en su número 30, Pécaut afirma que el neoliberalismo apareció “brutalmente” en Colombia con la llegada de César Gaviria, aunque el país no lo rechazó de igual forma que otros en América Latina, porque tanto gobierno como población venían acostumbrándose, desde mediados del siglo XX, a la poca participación del Estado en la economía y a las limitadas propuestas de reformas sociales por parte del ejecutivo. Aún así, la apertura sin barreras, para el autor, profundizó más la violencia y fue particularmente dolorosa para la pequeña y mediana agricultura lo que aumentó, aún más, la brecha social.

3.2 Del populismo incompleto al populismo fallido: la imposibilidad absoluta

Tras sus escritos en la década de los noventa Pécaut volvió al tema del populismo al despuntar el siglo XXI con una de las reinterpretaciones más significativas en la definición del concepto en las ciencias sociales colombianas. En el año 2000 publicó el artículo *Populismo imposible y violencia: el caso colombiano*, en el número 16 de la revista *Estudios Políticos*¹⁰² de la Universidad de Antioquia, otra de las publicaciones protagonista en este debate.

El escrito resulta fundamental para entender la posición de Pécaut frente al concepto de neopopulismo y a la insistente relación entre violencia y el populismo que no llegó al ejecutivo, pero, además, radicaliza la hipótesis sobre un populismo ya no fallido sino imposible. Colombia es anómala y lo será siempre respecto al populismo porque allí no podrá darse un fenómeno tal como ejercicio de poder presidencial. El gaitanismo y el rojaspinillismo en su época anapista son los “únicos” fenómenos populistas de amplitud nacional en el país, ambos seguidos por violencia, pero un populismo neoliberal o un neopopulismo, no existió formalmente en ese país, aunque sí despuntó en Perú o Argentina.

Para el autor tres elementos imposibilitan el populismo en Colombia: la fragmentación social, la división partidista y la gestión privatizada de la economía. Asuntos como la segmentación del territorio y la consolidación de zonas sin participación del Estado hacen que las prácticas políticas se sustenten más sobre parámetros transaccionales que sobre la simbología de la unidad nacional. A inicios del siglo XX, explica, las redes de poder rural respaldadas en la fuerza del café se hicieron más fuertes que el Estado, que paulatinamente perdió la administración de la vida social, política y económica. Así, el poder político lo ejercen el Municipio o el Departamento, y el Estado nacional pasa a ser una entidad etérea, amenaza de los poderes locales. Sin mitos unificadores de nacionalidad y sin simbología propia, la violencia se convirtió en el mito fundador colombiano que se repetirá una y otra vez como un signo maldito. Las elecciones, inalterables, pasan a ser una simple forma de medir las fuerzas de las colectividades y de sus afiliados.

Como ya había planteado Salomón Kalmanovitz en 1985, son los asuntos económicos de la primera mitad del XX los que definen las posturas políticas del Estado colombiano. Antes de

¹⁰² La revista *Estudios Políticos* de la Universidad de Antioquia nació en 1992 como la publicación cuatrimestral del Instituto de Estudios Políticos de este centro educativo. Para finales de la década en sus páginas se presentaron, además del texto referenciado y ya clásico de Daniel Pécaut, algunos de los escritos que, como veremos más adelante, van a entender a Álvaro Uribe como un populista del siglo XXI, por autores como Luis Guillermo Patiño.

Gaitán, y cuando se dieron las fuertes caídas de los precios del café, la organización privada de los cafeteros desde la Federación Colombiana definió que sería ella la encargada de especificar las medidas para superar el problema de los importes y cualquier tipo de postura desde el Ejecutivo sería vista como una intervención estatal. Esa independencia de los grandes agricultores, que luego sería replicada por los industriales, pasó a ser parte de un estilo de gestión de la economía en la que los gremios toman decisiones sin la interposición del gobierno. Según Pécaut, esa privatización de la economía será fundamental para que no asciendan movimientos populistas cuyas posturas económicas eran miradas con recelo. Al mismo tiempo, esa actitud de un Estado no intervencionista repercutirá en ofertas muy limitadas de planes sociales y lo estatal pasa a entenderse bajo las fronteras de la escena política de los partidos y su rivalidad. Lo que aparece como nuevo liberalismo económico para la década de 1980 en América Latina, ya tiene en Colombia un amplio trecho recorrido y no modifica el comportamiento político nacional. Allí radica otra de las excepciones del país andino respecto a sus vecinos latinoamericanos.

Las características de lo que es entendido como neopopulismo -con economías liberales y liderazgos carismáticos- obligan a que Pécaut delimite nuevamente las coordenadas de su definición conceptual. Así, lo que antes fue un fenómeno político específico, tiene ahora tres vertientes: una centrada en la construcción de Estado Nacional, una segunda que insiste más en las contradicciones sociales como lo pretendieron Gaitán y su caso espejo Perón¹⁰³ y una tercera, más frágil, que considera las desigualdades sociales y llama la atención sobre ellas, pero no sacude las estructuras sociales. Es lo que el autor define como “populismo filantrópico” o un “simple estilo populista”. Todas las vertientes, sin excepción, buscan la creación de un nuevo orden y en ellas el líder pasa a jugar parte fundamental. “Las configuraciones populistas constituyen una manera de evocar otra ficción, conforme con esta realidad, la de un pacto fundador por el que el pueblo toma

¹⁰³ En su artículo de 2000, Daniel Pécaut retoma el caso de espejo de Perón para interpretar el fenómeno de Jorge Eliécer Gaitán, cómo lo había hecho dos décadas antes. Pécaut compara directamente a Gaitán con Perón y dice que si bien tienen aspectos similares los diferencia la profundidad de sus propuestas programáticas. Sobre ambos líderes asegura: “Aunque el sistema de oposición en torno al cual se construye el discurso gaitanista presenta una cierta homología con el peronismo, comprobamos que las diferencias son considerables, ya que para Gaitán el pueblo no es un sujeto político”, (Pécaut, 2000: 55). Insiste también, como lo había hecho en *Orden y Violencia* que el gaitanismo, a diferencia del peronismo, tiene una muy mala relación con los sindicatos y que Gaitán, a diferencia del argentino, no pudo romper tan fácilmente su vínculo con los partidos porque las subculturas partidistas subsisten. Fue así como la viabilidad del proyecto populista de Gaitán se vio comprometido. Pécaut concluye que ya para 1947, un año antes del magnicidio, el populismo gaitanista se difuminó en “beneficio del de la violencia” (Pécaut, 2000: 57).

forma política gracias a un líder y sin pasar por los mecanismos clásicos de representación”, (Pécaut, 2000: 51). El rasgo del liderazgo ha tomado aquí un papel protagónico.

En este texto Pécaut también realiza un pliegue interpretativo sobre Gustavo Rojas Pinilla y la Anapo con un detenimiento que no le había brindado antes. Coincide en el debate con aquellos como Palacios o Ayala que no ven en la dictadura de Rojas (1953-1957) un populismo consolidado e insiste en que es el periodo anapista de los años sesenta el que configura el fenómeno. El populismo de Rojas, conservador, es diferente del de Gaitán, aunque no por ello menos importante. Para 1970 el desgaste del bipartidismo era evidente y las consecuencias de las elecciones de abril de ese año se sentirían por décadas, con el recuerdo de una oferta de populismo “filantrópico”, más tímido que el de Gaitán y más moderado. El populismo de la Anapo no pone en tela de juicio los valores tradicionales, no propone ir contra las instituciones, no ofrece una reforma agraria y, una vez derrotado, no impulsa una batalla contra el bipartidismo. Rojas fue el símbolo de un momento aún cuando solo logró una efusividad fugaz y un apoyo que se diluyó al perder la presidencia en una derrota que, según Pécaut, el antiguo dictador pareció “aceptar con alivio”.

Si bien, como hemos dicho en reiteradas ocasiones, el fin de la Anapo y el posterior surgimiento de la guerrilla del M-19 solidificaron la articulación dependiente entre populismo y violencia que venía desde los análisis sobre Gaitán; ambos fenómenos representan una vinculación conceptual diferente. Siempre según el autor, en el caso del gaitanismo, la violencia podría explicarse desde tres aspectos: el primero como consecuencia del discurso del líder que exacerbó al pueblo, segundo, de forma indirecta, por la movilización sin precedentes y la división entre amigos y enemigos, y tercero como una réplica política a las élites tradicionales. En el caso de la Alianza Nacional Popular, por el contrario, la violencia no es inmediata ni se manifiesta en una explosión de vandalismo generalizada por las calles de las capitales, aunque es cierto que se dieron protestas el 19 de abril y enfrentamientos con la policía, pero no al nivel de 1948. La violencia, en ese caso, tarda en llegar, lo hace en forma de movimiento revolucionario armado y tiene efectos muy amplios en la conciencia colectiva colombiana.

El vínculo entre populismo y violencia en el caso de la Anapo es menos evidente que en el 9 de abril de 1948 y toma forma desde el relato de cómo, históricamente, las oligarquías colombianas detienen -con muerte o corrupción- a los movimientos populares. El robo de las elecciones en las que triunfó Rojas Pinilla, según sus seguidores, es el nuevo símbolo de la

hegemonía intransigente y es contra ese símbolo que los jóvenes se van a armar, incluso cuando muchos de ellos no estaban de acuerdo con la ideología anapista tan cercana al conservadurismo. A eso se le suma un suelo de articulación que favorece el ideal de guerrillero como paso indispensable para la toma del poder, con el surgimiento en América Latina de movimientos estudiantiles alzados en armas:

Las guerrillas no nacen en la década de los setenta, sino en el transcurso de la década anterior, y, en una primera etapa, no tienen nada que ver con el fracaso de un populismo con el que no comulgaban. La novedad es que en numerosos sectores urbanos germina el sentimiento de que no hay más medio para combatir al Frente Nacional que tomar la vía de la lucha armada. (...) La filiación con la Anapo es explícita en el caso del M19, una nueva organización guerrillera que surge a comienzos de los setentas reagrupando a muchos de los antiguos militantes del movimiento y esforzándose por primera vez por implantar la lucha armada en las ciudades. El M19 prolongará por lo demás en algunos puntos la visión anapista rechazando toda ortodoxia marxista y llamando a un nacionalismo integrador, así como al establecimiento de una ‘verdadera democracia’. Pero es probable que la derrota de 1970 juegue también un papel en la decisión de muchos estudiantes e hijos de obreros o de artesanos de irse a alguno de los grupos de guerrilla. (Pécaut, 2000: 66).

El populismo es así, de nuevo, en Colombia, una “fase transitoria” de las divisiones sociales definidas por una violencia política perenne. Con la nueva imposibilidad del populismo en el país, dice Pécaut, los discursos de integración social y construcción popular van a dar paso a la necesidad de un enfrentamiento político y militar. En momentos en los cuales se cierra la agitada década de 1990 y el neoliberalismo parece direccionar el debate conceptual hacia el neopopulismo, y ante las evidentes dificultades para instaurar un fenómeno populista en Colombia, Pécaut se pregunta si ahora, con un tamiz de liberalismo económico y casi opuesto a los populismos clásicos, el fenómeno tendría cabida en el país. La respuesta es no. En Colombia el populismo no solo es incompleto o fallido. Es, simplemente, imposible.

El neopopulismo es para el autor un proceso que requiere de cierto liderazgo carismático, que para entonces no se ve en el país. Aun cuando reconoce que personajes como Antonio Navarro

Wolf,¹⁰⁴ al abandonar las armas, o Antanas Mockus,¹⁰⁵ por sus excentricidades y “honestidad”, podrían ser etiquetados como neopopulistas, les falta la “demagogia social” característica de los nuevos líderes que construyen sus procesos desde el populismo de una política económica neoliberal. Ninguno de ellos, tampoco, tiene un “proyecto de invención de identidad, de fabricación de una comunidad imaginada o incluso de reintegración simbólica en la nación, como ocurre en la mayoría de los fenómenos neopopulistas”, (Pécaut, 2000: 69).

Colombia no será fértil para el populismo porque los obstáculos que se le presentan al fenómeno siguen allí: la fragmentación del poder, las separaciones políticas y el manejo económico ortodoxo. Todo se mantiene igual que en el pasado aún cuando el narcotráfico parezca ser ahora el que consolida el *status quo* al establecer su propia ley y manejar amplios territorios. De esta forma, se aleja cualquier posibilidad de integración nacional y la población ve con desconfianza la idea de un Estado garantista, dos ingredientes que Pécaut considera indispensables para el populismo o el neopopulismo. “Imposibles en el pasado, burlados en los años cincuentas, hoy están, por la fuerza de los acontecimientos, más confusos que nunca” (Pécaut, 2000: 70). De esta forma son los acontecimientos los que hacen que el populismo resurja como un concepto epocal, transformado por sus propios límites políticos.

3.3 El retorno de Palacios: el café como eje de la economía que frenó al populismo

Daniel Pécaut no fue el único de los pioneros en el debate por el populismo en regresar sobre sus pasos conceptuales. Aún más que el colombianólogo francés, el intelectual que trabajó con mayor

¹⁰⁴ Antonio Navarro Wolf es un político colombiano que militó en la guerrilla del M-19 y coordinó la desmovilización del movimiento en las negociaciones de paz de 1990. Tras la firma del acuerdo, el máximo comandante del Eme, Carlos Pizarro, se presentó como candidato presidencial y fue asesinado, como ya vimos, en abril de ese mismo año. Navarro, entonces, heredó la candidatura y logró un tercer puesto. En 1991 fue nombrado como uno de los tres presidentes de la Asamblea Nacional Constituyente que redactó la nueva Constitución. A partir de allí ha sido una de las figuras más destacadas de la izquierda colombiana. Ha sido ministro de Salud, gobernador del departamento de Nariño y senador de la República en repetidas ocasiones.

¹⁰⁵ Antanas Mockus, es un matemático y académico colombiano y rector de la Universidad Nacional de Colombia en 1991. Incursionó en la política en la década de 1990. Fue alcalde de Bogotá en dos periodos (1995-1997) y (2001-2003) y candidato presidencial en varias ocasiones desde el Partido Verde, una colectividad que se distancia del bipartidismo con una propuesta de centro. Su vida, académica y política, ha estado llena de acciones polémicas que, según reconoce él mismo, buscan crear conciencia ciudadana desde la controversia. En 1993, en un foro con estudiantes mientras era rector de la Universidad Nacional, y ante los silbidos y gritos que impedían que hablara, Mockus decidió pararse en la mitad del escenario, darle la espalda al auditorio, y bajarse los pantalones. Mostrar el trasero, dijo después, era una forma de pedir respeto. La acción la repitió en el 2018, ya como congresista, cuando ante el bullicio de los legisladores Mockus exigió silencio con los pantalones en los tobillos.

insistencia al interior de las ciencias sociales colombianas en torno al populismo fue el historiador Marco Palacios. Desde la publicación de su libro *El Populismo en Colombia*, en 1971, Palacios generó un vínculo con el fenómeno al que volvería por periodos a medio camino mientras estudiaba temas sobre la agricultura, la violencia y la fuerza del café como motor de la economía y de la política nacional. El trabajo de Palacios puede ser visto, por sí solo, como un proceso evolutivo conceptual del populismo colombiano y como radiografía de una época.¹⁰⁶

Entre 1984 y 1988 Palacios ejerció como rector de la Universidad Nacional de Colombia, la institución de educación superior más grande del país.¹⁰⁷ Para mediados de la década de 1990 el historiador, sumado a su trabajo como académico, pasó a ser una voz consultada por el poder. En 1993 fue llamado por el presidente César Gaviria para hacer parte de la Misión de Ciencia, Educación y Desarrollo, lo que en Colombia se denominó informalmente, como ya vimos, La Comisión de Sabios, un grupo de nueve intelectuales que propuso un extenso plan que sirviera como hoja de ruta para las políticas públicas hasta el 2020. De su trabajo salió, en 1994, el texto *Modernidad, modernización y ciencias sociales*, que fue publicado ese mismo año en el número 23 de la revista *Análisis Político* de la Universidad Nacional, espacio que se convertiría para él, al igual que lo había sido para Pécaut, en el más recurrente para publicar sus estudios sobre violencia y populismo. En el artículo Palacios insiste en la idea de que Colombia sufrió por el freno violento de los movimientos sociales que buscaron alternativas políticas de inclusión estatal. A diferencia de Pécaut, Palacios insiste en que el Frente Nacional sí fue un pacto que bloqueó y despolitizó al país al concentrar el poder en la hegemonía bipartidista. Al hacer un recorrido sobre los temas cafeteros, Palacios debate y confronta las tesis del francés y, particularmente, la idea de que la burguesía cafetera e industrial tiene un papel protagónico en la cooptación del Estado e impiden su autonomía. Para Palacios, más que una toma por parte de los grandes empresarios, lo que existe en Colombia es un Estado que ha perdido su forma: “A mi juicio se trata más bien del desarrollo de un Estado deforme, estructuralmente desequilibrado” (Palacios, 1994: 22).

El intelectual escribe su informe para un público más amplio que el universitario, pero, además, para el Gobierno que le ha consultado su opinión sobre las raíces del conflicto colombiano. La palestra le sirve para expresar su incomodidad con la recién terminada presidencia

¹⁰⁶ Anteriormente hemos trabajado la evolución del concepto de populismo en la obra de Marco Palacios. Ver *El populismo en Colombia y la obra de Marco Palacios: una reflexión desde los lenguajes políticos*, Santos (2020).

¹⁰⁷ Palacios repetiría en la rectoría de la Unal para el periodo 2003-2006.

de César Gaviria y su apertura neoliberal a la que culpa por el adormilamiento de las ciencias sociales colombianas y su poco peso en la reflexión nacional. A partir de allí, Palacios toma cierta vocería por la academia colombiana que se podrá sentir aún más en sus escritos posteriores.

Tan solo un año después, en 1995, Palacios publicó el libro *Entre la legitimidad y la violencia*, en el que revisita sus postulados y plantea nuevas interpretaciones de varios conceptos, entre ellos, el de populismo. Este es un texto divulgativo, de interpretación y con fuentes secundarias, en el que toma el relevo -según el mismo autor reconoce- de un trabajo del profesor estadounidense y colombianólogo Frank Safford dedicado a la historia del país desde los tiempos precolombinos hasta 1875. En este punto histórico toma la posta Palacios para completarlo y, aunque en un principio se pensó como un libro conjunto, finalmente el texto del colombiano vio la luz de forma independiente.¹⁰⁸ El objetivo principal del escrito es analizar de qué forma la violencia tuvo un efecto de deslegitimación de las instituciones democráticas en Colombia, de su poder judicial e incluso de la policía. En ese largo proceso, el populismo incompleto de Gaitán fue determinante y luego, durante la dictadura de Rojas, fue minimizado porque los conservadores, gracias a los buenos resultados económicos de las bonanzas cafeteras, impidieron que las hegemonías agroindustriales dieran su brazo a torcer con las propuestas del gobierno. La definición del populismo se hace cada vez más difusa lo que obliga a que Palacios pretenda dejar claras las fronteras de su propia conceptualización:

Si por populismo se entiende la inestable coalición de industriales, obreros fabriles y masas populares, urbanas y rurales que, a través de un liderazgo carismático desplaza del centro del poder la vieja alianza de terratenientes, banqueros y comerciantes, típicos de la economía exportadora-importadora, parece obvio que los gobiernos de Ospina y Gómez, y los dólares baratos de la posguerra y la bonanza cafetera habían cancelado la posibilidad de una alianza tal. (Palacios, 1995: 186).

Al igual que Daniel Pécaut ofreció en sus trabajos de cierre del siglo XX una disección del populismo para explicar tanto procesos concretos como actitudes políticas y económicas, en *Entre la legitimidad y la violencia* es posible ver de qué forma Marco Palacios resignifica la dictadura de Gustavo Rojas Pinilla para plantear, desde allí, su propia división conceptual. Según el

¹⁰⁸ El proyecto conjunto con Safford continuaría por otro lado. Marco Palacios escribió otra mitad que es la que finalmente se unirá al estudio del estadounidense para ser publicado en el 2001 en inglés y en el 2002 en español bajo el nombre *Colombia: País fragmentado, sociedad dividida*. Es un formato ensayístico y divulgativo.

intelectual, el general no es populista en su dictadura, entre el 53 y el 57, pero tiene “actitudes populistas” en ella. Palacios deja claro que si bien Rojas, en su presidencia, no consolidó un populismo del tipo que Juan Domingo Perón logró en su primer gobierno en Argentina, en parte por sus propias limitaciones y por los vínculos con el bipartidismo, sí reconoce que acciones de la dictadura rojaspinillista como “la municipalización de los buses en Bogotá” fueron una muestra de temas que se “colorearon de populismo” (Palacios, 1995: 312).

El pico interpretativo del neoliberalismo llevó a un pliegue particularmente incisivo sobre la única dictadura que vivió Colombia en el siglo XX. Así, Marco Palacios insiste por un lado que, como fenómeno político el populismo ha sido trunco e incompleto, pero, por otro, como símil de demagogia e irresponsabilidad, es posible vincularlo al comportamiento de líderes políticos o a decisiones económicas. Como proceso que aspiró a la presidencia, con el gaitanismo primero y con el anapismo después, el populismo no logró consolidarse en Colombia. En su imposibilidad, según Palacios, están las raíces de las distintas violencias y la excepcionalidad del país respecto a América Latina. Como adjetivo calificativo, sin embargo y no sin contradicciones, el populismo recorre un amplio abanico de acciones colombianas. Así, para el autor, hasta los narcotraficantes podrían ser entendidos como populistas: “Pablo Escobar fundó en Medellín Civismo en Marcha, movimiento liberal que habría de llevarlo a ocupar una suplencia a la Cámara de Representantes. Carlos Lehder organizó en el Quindío el Movimiento Latino Nacional, mezcla de nazismo, *populismo*¹⁰⁹ y antimperialismo” (Palacios, 1995: 280).

Tres artículos más, todos publicados en la revista *Análisis Político* de la Universidad Nacional, antes del cierre del siglo, dan nuevas puntadas sobre la variación del concepto de populismo en la obra de Palacios. Se trata de *La gobernabilidad en Colombia. Aspectos históricos*, publicado en 1996 en el número 29 de la citada revista, *Diez acotaciones a la política colombiana*, en el número 30 de 1997 y *La paz en la administración Pastrana*, de 1998 en el número 34.¹¹⁰ Aunque en ninguno de los tres escritos académicos el centro del debate es el populismo, el concepto resurge en todos para sostener la misma hipótesis: el populismo tuvo su oportunidad con Jorge Eliécer Gaitán en los cuarenta y con la Anapo en los setenta, su imposibilidad afianzó la

¹⁰⁹ Las cursivas son nuestras.

¹¹⁰ Este artículo es el resultado de un foro sobre el proceso de paz entre el gobierno de Pastrana y las Farc. Allí Marco Palacios dialoga con la política liberal Piedad Córdoba y propone su visión sobre la dificultad de llegar a un acuerdo entre el gobierno y la insurgencia. Su participación en el encuentro da muestras de su recurrente presencia como voz autorizada desde la academia para analizar el acontecer nacional con fundamento en los procesos políticos pasados.

violencia y la evolución de diferentes enfrentamientos armados en el país fueron funcionales a los intereses económicos hegemónicos. Es el resultado del temor que existe en Colombia a lo que el autor denomina “pueblo urbano”: “El miedo al pueblo urbano, es decir, a que cada uno de sus individuos se adiestrara en las artes de la ciudadanía, fue una de las causas más perversas de nuestra tragedia nacional que pagaron con sangre los campesinos -que contuvo la marcha liberal y democrática- y que conocemos como La Violencia”. (Palacios, 1996 :15)

3.4 El amanecer del siglo XXI y las primeras miradas a un nuevo caso espejo

Marco Palacios es también el intelectual que le va a dar inicio al debate por el concepto en el siglo XXI con una mirada renovada sobre los espejos en los cuales Colombia debería mirar su experiencia populista. Si antes el caso espejo fue Argentina, ahora la referencia va a ser Venezuela. El punto de partida lo dará su texto *Presencia y ausencia de populismo. Un contrapunto colombo-venezolano* publicado en el número 39 de la revista *Análisis Político*. Aunque una versión de este escrito fue presentada en un simposio en 1999,¹¹¹ el autor dice que los comentarios hechos en esa reunión le sirvieron para modificar sustancialmente su propuesta de análisis.

En el artículo Palacios regresa a sus miradas contrafácticas al asegurar que el populismo “condujo” a Colombia a la violencia política mientras en Venezuela, por el contrario, facilitó la democracia a finales de la década de 1950 gracias a reformas sociales que le ahorraron la lucha armada y la posterior consolidación de grupos insurgentes que, si bien existieron, fueron débiles.¹¹²

¹¹¹ El texto fue presentado originalmente en el coloquio *Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos* realizado en Ciudad de México el 20 y 21 de octubre de 1999 y promovido por el Instituto de Estudios Políticos de París y El Colegio de México. Posteriormente en el 2001 se publicó un libro que, bajo el mismo nombre del coloquio, reunió todas las presentaciones.

¹¹² Esta insistencia de Palacios en el vínculo colombiano entre populismo y violencia, ya en el siglo XXI y vinculado al caso espejo de Venezuela, le generó críticas por parte de intelectuales que consideran la hipótesis simplista. Aunque excede nuestro periodo de análisis, vale la pena reseñar uno de los cuestionamientos más conocidos, el del antropólogo Francisco Gutiérrez Sanín quien en su libro *El orangután con sacoleva* (2014), asegura que otros países han contado con populismos y han sido violentos. “¿Qué tan creíble es la intuición de que la violencia colombiana es inversamente proporcional a su experiencia populista? La aplicación de esta proposición al caso particular de la represión se sugiere a sí misma. Pero el argumento no se sostiene ni para la violencia en general, ni para la represión en particular. En primer lugar, su base comparativa es débil. Por ejemplo, Palacios se apoya en una mirada impresionista de las trayectorias de Colombia y de Venezuela (2000), con referencias casuales a otras experiencias latinoamericanas. Apenas se presta cuidadosa atención a estas, empero, las fáciles conclusiones que se derivan de esa comparación se caen. Argentina es de los países de América Latina con trayectoria populista más rica, y uno de los que tiene un desempeño represivo más aterrador”, (Gutiérrez, 2014: 73). A favor de Palacios podría argumentarse, sin embargo, que los periodos de máxima violencia y represión en el caso argentino se han dado justamente cuando se buscó limitar el alcance de los procesos populistas. Justamente, sobre el proceso peronista, un libro reciente del antropólogo

Las guerrillas, dice el autor, encontraron en los países latinoamericanos que no tuvieron populismo -como Nicaragua, Guatemala o El Salvador y por supuesto Colombia- un mejor arraigo. En el caso de Perú -que tuvo a Sendero Luminoso- no se vivió una explosión significativa de grupos rebeldes en buena medida por la capacidad del Estado de aislar las capas populares que eran el sustento para la movilización revolucionaria. Para el historiador, el gobierno militar de Juan Velasco en los años 70, “pese a todos sus retrocesos y distorsiones”, impulsó movidas sociales que pueden explicar las dificultades que tuvo, dentro del campesinado, la guerrilla de Sendero.

El historiador colombiano asegura que en Latinoamérica los populistas se hicieron cargo de las reivindicaciones populares y de esta forma se consolidaron logros sociales importantes en la mayoría de los países entre las décadas de 1940 y 1960. El populismo, como fenómeno, retoma “dos tipos de presión: la crisis del Estado liberal latinoamericano, basado en las oligarquías agroexportadoras, y las del sistema internacional que por entonces, a diferencia de nuestros días, promovía la construcción estatal nacional. En esta conjunción, los populistas descubrieron cómo la arraigada desigualdad social impedía la modernización estatal y la integración del pueblo en la nación” (Palacios, 2000: 59).

En ese sentido son los líderes populistas lo que pretendieron, y en últimas lograron, atenuar la desigualdad evidente en las diferentes sociedades latinoamericanas gracias a que insistieron en Estados que ofrecieran mecanismos de redistribución de la riqueza y un manejo de “ritos y símbolos igualitarios” como parte de la construcción de sus propuestas políticas nacionales. “En cuanto esta pretensión adquirió visos de verosimilitud, los populismos ganaron una base social duradera y unas lealtades intransferibles, como lo comprueba, entre otros, el movimiento justicialista argentino” (Palacios, 2000: 58).

argentino Alejandro Grimson (2019) plantea vínculos entre el primer peronismo y la violencia y ofrece una mirada contrafáctica a la inversa de Palacios. ¿Sería la Argentina igual de violenta a Colombia si se hubiera reprimido a los seguidores de Perón en 1945? Dice Grimson: “Quiero proponer otra hipótesis contrafáctica sobre la idea de una brutal represión el 17 de octubre de 1945. Porque creemos que lo sucedido en aquellos años en la Argentina y otros países de América Latina claramente muestra diversos cambios estructurales, culturales y políticos. La manera en que se resolvieron esas transformaciones en la Argentina, Brasil, Colombia u otras regiones fue muy distinta. (...) Propondré un ejemplo. En esos años estaba cobrando presencia un líder popular y populista en Colombia. Se trataba de Jorge Eliécer Gaitán, un hombre con una intensa carrera política y atractivo carisma. Gaitán fue brutalmente asesinado en 1948 cuando tenía chances de ganar la presidencia. La reacción popular fue conocida como el ‘Bogotazo’: una inmensa movilización sin dirección política, una irrupción de las masas en toda la ciudad y los alrededores del Palacio de Gobierno, que se expandió a otros lugares del país. El asesinato de Gaitán y la imposibilidad de darle una solución política abrieron los setenta años de guerra civil y violencia política que Colombia todavía intenta cerrar. Lo que quiero decir es que si el 17 de octubre hubiese habido una brutal represión una de las hipótesis contrafácticas que se pueden sostener es que la Argentina habría terminado en una extensa guerra civil”. (Grimson, 2019: 51-52)

Al profundizar en la misma división conceptual de la que ya vimos rasgos en los textos de mediados de los noventa, Palacios se ve obligado a definir el populismo cada vez con mayor frecuencia e insiste en que el “rango teórico” del concepto es “precario”, que la caracterización de populistas de algunos líderes es una mera “creación de los analistas” y que el término es usado más como insulto que como una categoría delimitada. “En el plano político se expresa como un conjunto de tensiones entre el constitucionalismo liberal de origen Ilustrado, legitimador del dominio oligárquico, y la construcción estatal-nacional de la época de la política de masas, con sus peculiares variantes clientelistas del ‘Estado de Bienestar’, que alcanzara su apogeo entre “1945 y 1975” (Palacios, 2000: 59). Es decir, el momento del populismo, ha pasado.

En respuesta al pico interpretativo ocasionado por el neoliberalismo el historiador diferencia de un lado “el populismo de los antiguos” y de otro “el de los modernos”. El de los antiguos es el fenómeno clásico con Gaitán y el primer Perón que, en sus palabras, son políticos estatistas, proteccionistas y nacionalistas. Luego de ellos una generación intermedia, en los años setenta, con el segundo Perón e incluso la Anapo en Colombia. Por último, los modernos, que son los neopopulistas con considerables diferencias económicas y sociológicas respecto de los primeros y focalizado, casi exclusivamente, en el carisma de sus líderes. La lista de populistas modernos o neopopulistas es cada vez más amplia y agrupa a personajes tan disímiles como Carlos Menem en Argentina, Alberto Fujimori en Perú o incluso el alcalde de Bogotá Antanas Mockus. Pero ¿qué es lo que tienen de populistas los neopopulistas, si se distancian de aquellos antiguos? Para Palacios, lo populista en los políticos “fuertes” neoliberales reside en que se presentan como hombres providenciales, que cortejan al tiempo a las masas populares y al capitalismo internacional.

Hoy parece redundante afirmar que los neopopulistas no tienen principios (...) En cuanto a los presidentes fuertes, que cierta moda no duda en adscribir a la familia neoliberal, se advierte cómo, escudados en el presidencialismo tradicional, adquieren rasgos populistas en cuanto tratan de dismantelar las estructuras de poder erigidas y consolidadas bajo la industrialización sustitutiva y que, hay que recordarlo, ya estaban bastante osificadas en los años 70 y 80. Para alcanzar sus objetivos no dudaron en presentarse como hombres providenciales, en desplegar retóricas y poses tecnomáticas y en cortejar simultáneamente a las masas populares de sus respectivos países, al capitalismo internacional y a las burocracias multilaterales de Washington (Palacios, 2000: 60-61).

Al concentrarse en el caso espejo, Palacios rememora la historia de Colombia y Venezuela como una sola nación a inicios del siglo XIX y al territorio conjunto como eje de la propuesta de unidad suramericana que tenía Simón Bolívar. El retroceso hasta las propuestas del Libertador en 1819 y a la consolidación de la Gran Colombia que fracasó en 1830, cuando ambos territorios tomaron caminos como países independientes, tiene un objetivo analítico. Por un lado, es la respuesta a la reciente elección de Hugo Chávez como presidente de Venezuela y, segundo, se propone darle entidad a la construcción del simbolismo bolivariano que toma forma en el gobierno chavista. Palacios asegura que de la Gran Colombia de inicios del siglo XIX Colombia heredó el nombre y Venezuela el culto a Bolívar lo que es fundamental para la construcción de una retórica libertadora, que sirve como amalgama nacional en el país vecino, y que en Colombia está ausente.

El contrapunto entre Venezuela y Colombia evoluciona diacrónicamente desde aquellos albores del XIX a la primera mitad del XX con dos figuras políticas de peso en cada nación: Rómulo Betancur en Venezuela y Jorge Eliécer Gaitán en Colombia; personajes que para el autor representan el reformismo de izquierda y que pueden ser definidos como populistas democráticos (allí retorna a su categorización del gaitanismo como democrático que había utilizado en su estudio de 1971). Sin embargo, lo más llamativo de este apartado es la forma en la que Palacios le resta fuerza al populismo como concepto determinante de las figuras de Betancourt y de Gaitán. Si bien los reconoce como exponentes claros del fenómeno, asegura que sus trayectorias pueden ser definidas perfectamente “sin apelar al adjetivo de populista”. El populismo es, incluso en sus exponentes más conocidos, apenas una característica ininteligible y poco determinante.

En Venezuela, el gobierno de Betancourt propició la ampliación del Estado y Gaitán, al no lograrlo, dio paso a una secuencia violenta que tendría, posteriormente con la llegada de la Anapo, una nueva etapa de conflicto sangriento. Para Palacios, el resultado de las elecciones presidenciales de 1970 tendría un costo inocultable: “la formación del M-19, una guerrilla que podemos adscribir a la familia populista” (Palacios, 2000: 67). Si bien ya hemos visto como en otros trabajos, incluso en aquellos de la década del setenta y del ochenta, se hablaba de las consecuencias violentas de la derrota al rojaspinillismo, en este texto Palacios da un paso más en la *articulación dependiente* al categorizar a la guerrilla urbana más famosa de la historia colombiana como “populista”, algo que tiene consecuencias si aceptamos que era el intelectual de referencia para varios gobiernos a la hora de narrar e interpretar la violenta historia colombiana.

El populismo hace un tránsito consistente hacia su ampliación semántica. Incluso, y a pesar de insistir en las consecuencias nefastas de la ausencia del fenómeno en Colombia, el desdoblamiento del concepto como fenómeno evaluativo a “lo Skinner” le permite al autor examinar de qué forma, en lo económico, esa misma ausencia resultó positiva, al brindar estabilidad a la moneda y a los mercados. Al citar el estudio *La macroeconomía del populismo en América Latina* de Rudiger Dornbusch y Sebastián Edwards,¹¹³ -un análisis peyorativo del fenómeno- Palacios insiste en que el modelo estatista, en contravía del mercado, generó parte de la problemática económica de Venezuela y de Argentina. En el caso espejo venezolano, la economía se ve perjudicada por la presencia de un producto como el petróleo que, con rentas altas pero variables, genera un rumbo diferente tanto para la estabilidad del país como para su democracia.

Venezuela, a la que el autor denomina “petroestado”, cuenta con una renta petrolera, alta pero variable, mientras Colombia tiene una renta agrícola con el café, núcleo de su economía hasta la llegada del narcotráfico a finales de la década de 1970. La conformación de la cadena de producción de uno y otro es totalmente diferente y tiene consecuencias opuestas en la composición de grupos políticos y en la fuerza estatal. A diferencia del petróleo, la producción del café recae en el campesinado y en empresarios diversos lo que, a juicio del historiador, permite que sea un proceso más compatible con el liberalismo económico que con el estatismo de la renta petrolera.

El petróleo venezolano como forma de renta nacional genera una tendencia nacionalista, mientras que el café, por las condiciones de su oferta, genera una tendencia internacionalista. Comparando estos dos casos encontramos que el internacionalismo liberal y el nacionalismo populista, ya sea que se considere el primero como una expresión “racional” de la estructura social y el segundo como una “legitimación de la emoción”, ofrecen la base material que habría de generar efectos de largo plazo en las respectivas trayectorias nacionales del siglo XX. (Palacios, 2000: 71-72).

¹¹³ El libro *The Macroeconomics of the populism in Latin America* editado por Rudiger Dornbusch y Sebastián Edwards fue publicado en inglés en 1990 y en español en 1991 y se convirtió en un texto frecuentemente citado como referencia de los desastres económicos que -según los autores- causó el populismo en los países del continente en los que logró el poder. En el libro se publica el ensayo *On the Absence of Economic Populism in Colombia*, de Miguel Urrutia, en el que se expone la forma en la cual Colombia representa un caso “atípico” de manejos financieros en América Latina, con más clientelismo que “populismo económico”, como consecuencia de una clase política que según Urrutia es más pragmática que ideológica (Urrutia, 1991: 379). Colombia termina por ser un ejemplo de estabilidad económica en contraprestación de los países latinoamericanos que tuvieron gobiernos populistas a mediados del siglo XX.

Sin embargo, lo que proponía el café como forma de consolidación del Estado y de cercanía con las propuestas liberales de la economía va a ser desplazado rápidamente por el tráfico de marihuana primero, en la costa colombiana, y posteriormente con la producción de cocaína de los grandes carteles de la droga de Medellín y Cali. Los efectos del narcotráfico en las décadas de 1980 y 1990 pasan a ser, para Colombia, más perjudiciales que las falsas expectativas de las rentas petroleras para Venezuela. Palacios explica que el cultivo de hoja de coca refuerza el carácter campesino e individualista de la producción (de la misma forma que había hecho el café a mediados del siglo XX) pero, además, dificulta el control de las rentas por parte de las autoridades encargadas de la legislación monetaria. Además, el tráfico de cocaína afecta con su violencia el tejido social y promueve el ascenso y consolidación de grupos ilegales. En este punto, la esperanza de una constitución que cambiara la situación del país se estrelló con una realidad compleja: “El desorden social (o la anomia, si se prefiere) introducido por la economía de las drogas ilícitas, una de cuyas manifestaciones es la violencia y la criminalidad, ha reforzado el tradicionalismo de los patrones clientelistas, en vías de modernizarse bajo el FN. Para la abrumadora mayoría de la población colombiana la Constitución de 1991 es papel mojado” (Palacios, 2000: 73).

En el vínculo colombiano entre el populismo y la violencia revolucionaria de los sesenta y los setenta, el narcotráfico tuvo efectos fulminantes. La producción de hoja de coca y su procesamiento, o la vigilancia de zonas cocaleras, le inyectó millones de dólares a las guerrillas, especialmente a las Farc, que tienen en su base a un grupo importante de campesinos cocaleros. Al mismo tiempo, les dio sustento económico a las fuerzas paramilitares, principalmente a las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) e incluso, en un caso paradigmático, terminó de infiltrar públicamente la política nacional con la presidencia del liberal Ernesto Samper (1994-1998) en lo que sería conocido como el famoso proceso 8.000.¹¹⁴

La violencia de mediados del siglo XX dio paso a la violencia narcotraficante y en las discusiones políticas colombianas el tema de la seguridad eclipsó el debate sobre la inversión

¹¹⁴ La presidencia del liberal Ernesto Samper (1994-1998) estuvo manchada desde el principio por la acusación de que su campaña recibió dineros del Cartel de Cali. A pocos meses de su posesión se inició una investigación y un proceso judicial por parte de la Fiscalía General de la Nación que se conoció como el Proceso 8.000. Tras varias indagatorias, miembros de la campaña reconocieron la entrada de dineros ilícitos. En medio del proceso, Ernesto Samper dió un discurso televisado que se convertiría en parte de la cultura popular: “Los colombianos pueden tener la seguridad de que, de comprobarse cualquier filtración de dineros (ilícitos), su ingreso se habría producido a mis espaldas”, dijo. En 1996 la Comisión de Acusaciones de la Cámara abrió investigación formal contra el presidente, por primera vez en la historia del país, pero -a pesar de las pruebas- la Cámara absolvió a Samper quien terminó su mandato.

social. La mano fuerte contra el narcotráfico primero y la guerrilla después se convirtió en una característica imprescindible para todo candidato que aspirara a un cargo de elección popular. De la misma forma los presupuestos del Estado reflejaron un aumento exponencial del gasto militar.¹¹⁵

3.5 ¿Hugo Chávez es un populista con cola de cerdo?

El contrapunto entre Colombia y Venezuela es un claro resultado de un suelo de articulación cambiante y políticamente convulso: la llegada a Miraflores de Hugo Chávez, un personaje que obtuvo su ascenso al ejecutivo, según Marco Palacios, gracias a la crisis del crudo de finales de la década de 1980, los problemas económicos del giro neoliberal de Carlos Andrés Pérez, el desencantamiento con ese modelo de buena parte de la población y el pesimismo de las élites empresariales venezolanas. El historiador termina su escrito del año 2000 haciendo una fuerte crítica a Chávez, quien lleva poco más de un año en el poder y al que cataloga de populista.

Palacios ve a Hugo Chávez como un populista, pero advierte que puede representar el último de la vieja estirpe de populistas antiguos latinoamericanos. Aún cuando para ese momento el intelectual considera al presidente venezolano como un político moderado, con un amplio apoyo popular, que no pretende grandes transformaciones económicas, lo sitúa lejos de los neopopulistas de aperturas económicas cercanos al consenso de Washington de la década de 1990. Al parafrasear al Nobel colombiano Gabriel García Márquez y a su novela *Cien Años de Soledad*, se pregunta si el venezolano podría ser catalogado como “un populista con cola de cerdo”¹¹⁶ como reflejo de su comportamiento extemporáneo, más cercano a la idea del fin de una era que al principio de otra:

En el versátil espectro populista, ¿dónde podremos ubicar a Chávez y al chavismo? Las ramas latinoamericanas de la familia extensa de los populistas se asemejan a los Buendía de Macondo, tal como aparece en el manuscrito de Melquíades. Al igual que en éste, los populistas parecen condenados a vivir una historia circular de promesas y desilusiones. Su proclividad a la endogamia, y aún al incesto, embrolla las líneas del linaje de modo que la cola de cerdo con que llega al mundo el último Aureliano paga los apetitos y desvaríos de todos sus antepasados. (...) Sin embargo Chávez no parece

¹¹⁵ Según registra Palacios (2000: 72) hasta el año 1988 el gasto militar en Colombia como porcentaje del Producto Interno Bruto era menor a la media latinoamericana. En 1995 era de 2.6%, 0.9% por encima de dicha media. El gasto aumentó considerablemente en los años siguientes con el plan de ayuda de Estados Unidos impulsado por el gobierno estadounidense de Bill Clinton, denominado Plan Colombia. En 1999 fue de 3,7; en el 2009 de 3,8 y para el 2018 la cifra se mantenía por encima de los tres puntos porcentuales, según datos públicos de la Presidencia de Colombia.

¹¹⁶ En la novela *Cien años de soledad* la larga estirpe de los Buendía termina cuando el último de los hijos nace con una “cola de cerdo” marca definitiva del fin de la especie.

ganarse la extremidad por ser el último de la estirpe, sino por su obstinada intención de volver a los orígenes míticos y abultar más un legajo truculento de ilusión y fracaso. (Palacios, 2000: 75-76).

Los primeros meses de Chávez en el poder generan sentimientos contradictorios. El intelectual insiste en que, a diferencia de los neopopulistas, el venezolano busca volver al proceso de estatismo social de la década de 1940, en contravía de la globalización. Al mismo tiempo se acerca al Banco Mundial y al FMI y promete honrar la deuda externa asumida por sus antecesores.

Así, lo que vendrá para Venezuela es un enigma.¹¹⁷ Sin embargo, en comparación con el proceso colombiano, algo se muestra claro, al menos a los ojos del análisis económico: así como la ausencia de populismo en el siglo XX degeneró en violencia, pero permitió una estabilidad económica y un crecimiento sostenido, ahora, al inicio del siglo XXI, ese mismo manejo liberal y poco interventor del Estado que se propone desde Bogotá parece ser más esperanzador que el de Caracas. El resultado, paradójico, es consecuencia de la duplicidad conceptual con la que, ya para entonces, se mueve el populismo al interior de los lenguajes políticos de los intelectuales que participan en el debate por su definición, y en los que se involucra su percepción de la historia social que pretenden analizar. Como resultado de las tensiones entre el pueblo y los partidos hegemónicos, la ausencia de populismo en Colombia fue catastrófica.¹¹⁸ Como adjetivo calificativo, similar a la irresponsabilidad fiscal, su ausencia fue salvadora:

¹¹⁷ La idea de Hugo Chávez como incógnita se puede encontrar en otros artículos de la época. Gabriel García Márquez escribió en 1999 una crónica, ya clásica, titulada *El enigma de los dos Chávez* en la que entrevista al recién electo presidente en un viaje que hace este de La Habana a Venezuela. El nobel colombiano sostiene que Chávez parece ser dos hombres al mismo tiempo: “El avión aterrizó en Caracas a las tres de la mañana. Vi por la ventanilla la ciénaga de luces de aquella ciudad inolvidable donde viví tres años cruciales de Venezuela que lo fueron también para mi vida. El presidente se despidió con su abrazo caribe y una invitación implícita: ‘Nos vemos aquí el 2 de febrero’. Mientras se alejaba entre sus escoltas de militares condecorados y amigos de la primera hora, me estremeció la inspiración de que había viajado y conversado a gusto con dos hombres opuestos. Uno a quien la suerte empedernida le ofrecía la oportunidad de salvar a su país. Y el otro, un ilusionista, que podía pasar a la historia como un déspota más” (García Márquez, 1999).

¹¹⁸ Para sustentar las consecuencias violentas de la ausencia de populismo Palacios comparte estas cifras colombianas: “En 1980, la tasa de homicidios por 100.000 habitantes era de 40 y saltó a 90 en 1993, aunque ha descendido ligeramente. Esto quiere decir que actualmente hay unos 28.000 muertos anuales, de los cuales unos 4.000, o sea menos de una quinta parte, pueden ser atribuidos al conflicto político que enfrenta a las guerrillas de las FARC y el ELN a autodefensas locales, a los paramilitares de las Autodefensas Unidas de Colombia y a la Fuerza Pública. Uno de los resultados ha sido el desplazamiento forzoso de unas 200.000 familias campesinas atrapadas entre los fuegos cruzados de un conflicto que cada vez se parece más a una guerra civil irregular, por ahora de baja intensidad. Conflicto que, por extraño que parezca, no ha debilitado hasta ahora al sistema político” (Palacios, 2000: 77).

Desde la perspectiva de la República Bolivariana de Venezuela resulta *paradójico*¹¹⁹ que el sistema clientelar colombiano, antipopulista por orientación, haya resultado más estable que la partidocracia. Aquí habría que insistir en la coexistencia del sistema político colombiano, cuya fuente principal de legitimidad son las elecciones, con altísimos niveles de homicidio, inseguridad personal e impunidad judicial, así como de violencia política, predominantes en las dos últimas décadas del siglo XX. (Palacios, 2000: 76)

Sin duda alguna la llegada de Chávez al poder originó un renovado interés por el concepto de populismo que, a excepción de los intelectuales citados, parecía olvidado por las ciencias sociales en Colombia. De esta forma Palacios decide en el 2001 recolectar algunos de sus escritos sobre el tema y publicar un libro que lleva por título *De populistas, mandarines y violencias*, publicado por la editorial Planeta. En él se reúnen nueve ensayos divididos en tres partes. Una primera dedicada al populismo, una segunda enfocada a los políticos-técnicos que, según Palacios se han tomado los principales puestos del gobierno en el país y a los que define como “mandarines”, y una tercera que le da cabida a reflexiones en torno al conflicto armado colombiano. Todos los textos habían sido publicados anteriormente en revistas académicas como *Análisis Político* de la Universidad de Antioquia o incluso en medios de prensa nacional e internacional, como daremos cuenta en el Capítulo IV. Sin embargo, vale la pena rescatar la reflexión que el autor ofrece en el prólogo del compilado en el que analiza el fenómeno en un momento coyuntural y de ampliación conceptual.

El texto inicia con la frase que presentamos en el prólogo de esta investigación: “Si a mediados del siglo XX el país hubiese experimentado la etapa populista, común a los grandes países latinoamericanos (Brasil, Argentina, México, Chile, Perú, Venezuela), nos habríamos ahorrado parte de La Violencia y de las violencias posteriores...”, por lo que Palacios no da lugar a ambigüedades en la hipótesis que ha sostenido a lo largo de su participación en el debate conceptual desde inicios de la década del setenta y que mantiene con posturas contrafácticas. Aclara, sin embargo, que cuando él habla de populismo se refiere al que existió a mediados del siglo XX y no el “neopopulismo fiscal y clientelar de la década de 1990” (Palacios, 2001: 12).

¹¹⁹ Las cursivas son nuestras. Sobre lo paradójico de la violencia remitimos al lector al texto *Los movimientos sociales y las paradojas de la democracia colombiana*, de Mauricio Archila Neira (2006), publicado en el número 186 de la revista *Controversia del Cinep*.

En una recapitulación de sus trabajos hasta entonces y de la situación colombiana, Palacios juzga fuertemente al gobierno de César Gaviria, al que etiqueta de neoliberal y de “populismo clientelar” facilitado por las ingentes rentas petroleras que llegaron al país en los noventa. A pesar de esto y aun al compartir el proceso neoliberal con el resto de Latinoamérica, Colombia, se presenta como excepcional en Latinoamérica:

Cargando como lastre el peso abrumador de nuestro siglo XX, importa subrayar cierta *excepcionalidad*¹²⁰ de nuestro país en el ámbito latinoamericano. Aquí debemos tener en cuenta, en primer lugar, la precariedad del Estado. Cuando decimos Estado débil, decimos simultáneamente Nación débil. Estamos en medio de dos corrientes aterradoras: la implacable crueldad desatada contra poblaciones inermes y la implacable banalización de la tragedia que alcanza proporciones bíblicas en las corrientes de desplazados por la guerra. Por todo esto estaríamos casi que tentados a afirmar que hoy por hoy los colombianos parecemos un pueblo sin nación. (Palacios, 2001: 17)

Sumada a la debilidad estatal¹²¹ está la ausencia de una “verdadera conciencia nacional” que lleva a que los colombianos “banalicen” las tragedias de su conflicto armado al que no le ven un fin cerca y tampoco les importa. La violencia seguirá porque la violencia es el país. En esto se acerca, sin nombrarlo, a los postulados de Daniel Pécaut.

La idea de la excepcionalidad colombiana se sustenta, también, en la ausencia de un imaginario colectivo y en la falta de símbolos que sean capaces de solidificar una propuesta de

¹²⁰ Las cursivas son nuestras.

¹²¹ Esa debilidad estatal para Marco Palacios, como lo hemos visto a lo largo de la presente investigación, tiene uno de sus orígenes en la dificultad del populismo para llegar al poder a mediados del siglo XX. A esto le seguiría la fuerza de las guerrillas en las últimas décadas de la centuria. Sin embargo, Palacios es consciente de que Colombia no fue el único país latinoamericano con guerrillas que amenazaron al estado en las décadas de 1980 y 1990. Previendo una comparación con otra nación que tuvo guerrillas -aun con movimientos populistas consolidados-, el historiador trae a colación los procesos de las organizaciones armadas peruanas. “Ilustremos brevemente este asunto de la debilidad estatal estableciendo un breve contraste con el Perú. Cuando se quiere hacer la comparación del conflicto armado colombiano suele invocarse el régimen de Fujimori. Es evidente que el régimen autoritario y neopopulista de Fujimori consiguió derrotar militarmente una poderosa guerrilla como Sendero Luminoso. Es más: la toma de la embajada del Japón en Lima en 1997 por el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru tuvo un desenlace muy diferente a las sendas tomas del M-19 de la embajada de República Dominicana en 1980 y del Palacio de Justicia en 1985. (...) Con todo esto, sería miope no advenir el diferente telón de fondo, histórico y social. En la década de 1970 una dictadura militar realizó en Perú la reforma agraria radical que venía reclamando el APRA medio siglo atrás, e intentó integrar las comunidades campesinas e indígenas y los sectores populares urbanos a la vida nacional y a las corrientes de la modernidad. El continuismo colombiano ha generado en las clases dirigentes y en las clases medias prósperas y correctamente educadas una mentalidad excluyente, una especie de mentalidad de neopartheid que encuentra su razón de ser en la exclusión y segregación implícitas en el modelo de economía política. Se supone que la exclusión de los sectores populares, rurales y urbanos. de los bienes de la modernidad económica y de la ciudadanía puede paliarse administrando con cuentagotas programas puntuales de ‘erradicación de la pobreza’” (Palacios, 2001: 18)

nación. Colombia, dice el historiador, comparte con otros países los índices de inseguridad alarmantes y las exclusiones sociales radicales, pero ninguno expresa con tanta fuerza la falta de mitos y de símbolos que, en últimas, posibiliten “tramitar la ciudadanía, y permitan dar curso al sentimiento, e incluso a la ilusión, de que todos cabemos en el país en pie de igualdad frente a la ley y a los tribunales de justicia” (Palacios, 2001: 19). En Colombia el Estado no administra la simbología de lo nacional y en ello recaen las dificultades de su propia legitimidad. Es allí donde el populismo hizo falta, como dispensador de recursos nacionalistas que aglutinen a la población.

La mirada para empezar el siglo XXI es bastante sombría. La llegada del narcotráfico y su mimetización con las luchas guerrilleras transformó el tablero político del país de manera decisiva. Lo que en un principio fue una violencia partidista, modificada con el tiempo en violencia insurgente -esporádica- evolucionó a una violencia de guerrillas que, permeadas por el narcotráfico, realizaban secuestros masivos, masacres y tomas de municipios. La violencia revolucionaria pasó a inscribirse “en la categoría más amplia, pero más difusa, de las violencias” (Palacios, 2001: 25). El intelectual cierra el texto de 2001 con otro de sus concebidos análisis prospectivos que da cuenta de la asimilación de su papel como consejero gubernamental. En él asegura que para salir del atolladero Colombia requiere un Estado fuerte:

Por fuerte queremos decir legitimado por la ciudadanía, de modo que pueda dar respuestas institucionales eficaces, por drásticas que llegaren a ser: exaltar y expandir la conciencia nacional; eliminar los obstáculos estructurales a la democracia, en primer lugar el latifundio ganadero, fuente de violencias, de discursos de exclusión y de formas de vida oligárquicas, incompatibles con la vida pública y privada en una democracia; deslegitimar definitivamente la guerrilla militarista y secuestradora; abolir el sistema cerrado de reclutamiento para las altas posiciones de la administración macroeconómica y dar vía libre a la igualdad fundamental de oportunidades en el campo de la educación; definir soberanamente y conforme a nuestro interés nacional cuál es la mejor estrategia para combatir en el país a los narcotraficantes, capitalistas parias que tanta desorientación de valores, corrupción, sangre y recursos destructivos han traído a la vida pública y privada de los colombianos. (Palacios, 2001: 26)

4. Colombia a contravía de un giro a la izquierda y el cuarto pico interpretativo

Lo que esbozó Marco Palacios en sus textos de 2000 y 2001 sobre Venezuela fue el inicio de una nueva ola de interpretaciones en torno al concepto de populismo y el neopopulismo en las ciencias sociales colombianas como respuesta a la elección consistente, a lo largo de toda la primera década

del siglo XXI, de gobiernos latinoamericanos de izquierda considerados como populistas. La elección en 1998 de Hugo Chávez en Venezuela, de Evo Morales en 2006 en Bolivia y de Rafael Correa en el 2007 en Ecuador, consolidó el *cuarto pico interpretativo* en los debates y obligó, una vez más, a plegarse sobre acontecimientos ya estudiados, para buscar, en su resignificación, nuevas aristas que pudieran dar luces sobre la particularidad nacional. Pero, además, mientras América Latina giraba políticamente hacia la izquierda, Colombia escogió como presidente, en 2002, a Álvaro Uribe Vélez, un mandatario de derecha que, paradójicamente, era también catalogado como populista. El camino gubernamental de derecha colombiano, en contravía del que tomaba el resto del continente, afianzó la idea de que el país representa un *caso excepcional* en la región.

Los intelectuales que participaron en el debate por la definición del populismo en el siglo XX, como Daniel Pécaut, César Ayala o Marco Palacios, escribieron nuevos estudios para repensar y redefinir el concepto, siempre en relación con la violencia colombiana. Al mismo tiempo, en esta década, se sumaron los análisis de Cristina De la Torre y Luis Guillermo Patiño quienes aportaron su visión desde una mirada concentrada en la figura de Álvaro Uribe como populista.

4.1 Daniel Pécaut: las Farc y su relación con el populismo

El día de la posesión de Álvaro Uribe como nuevo mandatario de Colombia, y minutos antes de recibir la banda presidencial en el Congreso de la República, la guerrilla de las Farc lanzó contra ese recinto un violento ataque con 14 misiles. Las explosiones de los cohetes, algunos de los cuales impactaron en el techo del Congreso y la Casa de Nariño, se escucharon en medio de la ceremonia. Otras 140 granadas artesanales, dispuestas en rampas, no lograron estallar. El atentado mató a 17 personas, todas ajenas a la posesión presidencial, y 67 más quedaron heridas. Una vez terminada la posesión, Álvaro Uribe visitó los barrios en los cuales los artefactos habían impactado, tras fallar en su blanco, y prometió que el atentado no quedaría impune.¹²² Era el 7 de agosto del 2002 y tan solo tres meses antes Uribe había sido electo presidente con la votación más amplia en la historia de ese país tras capitalizar políticamente el descontento de cuatro años de negociaciones entre el gobierno de Andrés Pastrana y las Farc, en un proceso de paz que se movió entre malentendidos y

¹²² Como candidato presidencial, Álvaro Uribe fue el objetivo principal de varios atentados planeados por las Farc. El más violento ocurrió el 14 de abril de 2002 en la ciudad costera de Barranquilla, cuando guerrilleros activaron una carga explosiva al paso de su caravana. El auto que lo transportaba recibió el impacto, pero el candidato salió ileso. Sin embargo, cinco personas que estaban cerca murieron.

dilaciones.¹²³ Con Uribe en el poder y su eslogan de “mano fuerte, corazón grande”, una nueva era política había iniciado en Colombia.

Lo que sucedió esa tarde en Bogotá dejó atónito al país. A pesar de la vigilancia de más de 20 mil soldados en las calles bogotanas, las Farc habían logrado atacar el corazón de la política nacional en una declaración de guerra abierta que traería consecuencias por más de una década. Ese duro enfrentamiento, entre gobierno e insurgencia, tuvo un efecto notable en la academia y generó un renovado interés sobre los trabajos acerca de la violencia como sostén de la democracia del país. Daniel Pécaut, para entonces a medio camino entre Francia y Colombia, focalizó sus estudios en explicar las razones de la nueva guerra interna que, a su parecer, iba más allá de ser un simple capítulo en la larga novela de la sangrienta historia nacional. Si bien su esfuerzo conceptual por el populismo pasó a un segundo plano, sus reflexiones en torno al uribismo y a las Farc nos dan pistas sobre la interpretación de este proceso como resultado de fenómenos populistas que no accedieron a la presidencia y como consolidación de la idea de excepcionalidad colombiana vinculada a la permanente presencia de lo contrafáctico.

Tras doce meses de presidencia uribista, Pécaut publicó en el 2003 el libro *Midiendo fuerzas. Balance del primer año de Álvaro Uribe*. Su análisis se enfoca en el discurso gubernamental, denominado de “seguridad democrática” y hace énfasis en la popularidad creciente del mandatario y en sus vínculos oportunos con la lucha contra el terrorismo, implantada tras los ataques del 11 de septiembre en Estados Unidos. Aclara que el texto es un estudio expositivo -una vez más- para el público europeo que pretende informarse sobre el nuevo presidente de Colombia y, por lo tanto, el análisis es coyuntural. Según el intelectual, Uribe transformó la política colombiana al proponer un aumento en la fuerza del Estado para enfrentar a las guerrillas y, convertir esta lucha en el eje de su actuar gubernamental. La personalidad de Uribe juega un papel preponderante al aprovechar el cansancio de una ciudadanía que se sintió engañada con el proceso de paz de Pastrana. La pregunta que se plantea el autor es si esta popularidad auspiciada por el descrédito de las guerrillas será suficiente, no solo para fortalecer un Estado históricamente débil,

¹²³ Este proceso de paz también fue conocido informalmente como las *Negociaciones de El Caguán*, en referencia al nombre de la zona de 42 mil kilómetros cuadrados que el Gobierno de Andrés Pastrana desmilitarizó para que se realizarán allí las negociaciones entre el Estado y la guerrilla de las Farc. Remitimos al lector interesado en los diferentes procesos de paz en Colombia -desde la década de 1980 hasta la negociación de las Farc con el gobierno Juan Manuel Santos que terminó con el acuerdo de 2016- al libro *Cambiar el futuro. Historia de los procesos de paz en Colombia (1981-2016)* de Eduardo Pizarro.

sino incluso para consolidar un sentimiento de ciudadanía que sea compartido por los colombianos. “¿Puede un poder, sea cual fuere, alterar en forma durable el transcurso de los acontecimientos si, más allá de medidas inmediatas, no ofrece perspectivas a largo plazo a una sociedad que después de 20 años se encuentra sumida en una profunda desorganización?” (Pécaut, 2003a: 15).

El proceso de paz de Pastrana generó, según Pécaut, una degradación aún mayor del conflicto. De un lado las Farc aprovecharon el territorio desmilitarizado en el que se realizaba el diálogo para aumentar su fuerza y del otro, gracias a la enorme ayuda presupuestal estadounidense denominada Plan Colombia y a un aumento en el gasto militar, el Ejército se modernizó y fortaleció como nunca. En ese desgaste entró Uribe y, una vez electo, transformó su primer año en un periodo de cambios acelerados, sustentado en una personalidad fuerte y delegando muy poco a sus ministros. Para mostrarse cercano a la población realizó cada sábado, hasta el final de su mandato, encuentros conocidos como Consejos Comunales, en los que se reunía con pobladores de municipios a lo largo de todo el territorio nacional para escuchar sus quejas y tomar nota de sus peticiones. Ese estilo de política sin intermediarios le daría rápidamente una enorme popularidad y, como expone Pécaut, casi todo el espectro político, conservador, liberal e independiente, rodeó al mandatario. Incluso sus antiguos contrincantes en las elecciones presidenciales de 2002 terminaron en embajadas de su gobierno: el liberal Horacio Serpa -que fue segundo en las citadas votaciones- aceptó la Embajada de la OEA y Nohemí Sanín, conservadora, fue nombrada embajadora de España. La oposición a Uribe se limitó a la izquierda y principalmente al partido Polo Democrático, que obtuvo en la elección de 2002 el 7% de los votos con Luis Eduardo Garzón.

Aún cuando Pécaut reconoce la fuerte personalidad de Uribe y su liderazgo, se cuida de utilizar el adjetivo de populista o de nombrar a su presidencia como neopopulista. El presidente colombiano es, para el intelectual, un político con buenos índices de aprobación, consecuencia del tiempo en el que vive, que ofrece mano dura y se focaliza en su lucha contraguerrillera. Si bien lleva poco tiempo en el poder, resulta claro que Uribe representa un opuesto al venezolano Hugo Chávez. La relación entre ambos presidentes es tirante en ese 2003, particularmente por el discurso colombiano que insiste en la cercanía de Caracas con las Farc y las acusaciones por parte de los venezolanos de que Bogotá es refugio de los opositores al chavismo.

La conclusión más novedosa de este texto de 2003 es que la llegada de Álvaro Uribe al poder significa el reconocimiento nacional, tantas veces negado, de que Colombia es un país en

guerra. Una aceptación por parte de los colombianos de la forma en la cual el conflicto con la guerrilla, que había sido pensado como periférico y rural, había llegado a las ciudades y tocaba a la puerta de cualquier persona. Ese miedo impulsó el discurso uribista que se arrogó la idea de la urgente necesidad que tenía el Estado de recuperar el monopolio de la fuerza. Ahora, tras un año de mandato, se vivía la luna de miel, pero el futuro del uribismo parecía incierto. La apuesta del gobernante era disminuir la fuerza de las guerrillas, erradicar los cultivos que soportan el narcotráfico y desmovilizar a los paramilitares. Del éxito de esta tríada, según Pécaut, dependería que el conflicto disminuyera o se degradara.

Después de realizar algunas compilaciones de sus escritos en torno al contexto histórico colombiano en 2006,¹²⁴ Pécaut publicó en 2008 dos textos que vale la pena reseñar por los vínculos que ofrece entre el populismo del siglo XX y la violencia del siglo XXI. El primero es *Las Farc: fuentes de su longevidad y de la conservación de su cohesión*, publicado en el número 63 de la revista *Análisis Político* de la Universidad Nacional.¹²⁵ El segundo, el libro *Las Farc: ¿una guerrilla sin fin o sin fines?* de editorial Planeta. En ambos el intelectual brinda sus últimas pistas sobre la relación estrecha entre los conceptos. Según él, la discusión en torno al populismo colombiano se circunscribe al gaitanismo y al anapismo, únicos movimientos que se configuraron como populismos y que fueron “brutalmente interrumpidos”. Álvaro Uribe, por el contrario, y aún con sus características de liderazgo y su carisma, no configuraba un líder populista. El discurso uribista, enfocado a derrotar a la guerrilla a la que se interpreta como heredera de movimientos de izquierda de los sesenta y setenta tendrá un enorme peso en la vinculación populismo y violencia. Pero, además, el enfrentamiento entre gobierno y Farc va más allá de lo militar. La guerrilla aparece con frecuencia debilitada ante la opinión pública por su vínculo con el narcotráfico lo que, en palabras del autor, deslegitima su vocería de la lucha popular.

Daniel Pécaut reconoce que la demora de muchas organizaciones de izquierda para condenar la violencia, e incluso el planteamiento a inicios de los sesenta de la combinación de todas las formas de lucha por parte del Partido Comunista y, posteriormente, por parte de la Anapo,

¹²⁴ Ese año Pécaut actualizó su texto de 1988 *Dos décadas de política colombiana* al que nombró *Cuatro décadas de política colombiana*. El compilado retomó viejos artículos desde la década de 1960 y asegura que, la gran preocupación a mediados de la década del 2000, es la fuerte consolidación de los grupos paramilitares y el narcotráfico que termina por tomar el papel preponderante en las angustias gubernamentales de los presidentes de turno.

¹²⁵ Una versión previa de este artículo había sido publicada con el nombre *Les FARC: longévité, puissance militaire, carences politiques* en el número 123 de la revista francesa de geografía y geopolítica *Hérodote* en el cuarto trimestre de 2006. El artículo de *Análisis Político* fue una traducción de aquel, realizado por Alberto Valencia Gutiérrez.

fue utilizada por el lenguaje político de derecha para afianzar el vínculo “izquierda-lucha armada” lo que a la postre resultaría en un costo altísimo para partidos alternativos o progresistas.

Además, la presencia de Hugo Chávez como nuevo prototipo de la definición de populismo, define los suelos de articulación sobre los cuales se conceptualiza el fenómeno y lo pone en las antípodas de lo que representa Álvaro Uribe. En el debate por la definición de populismo en las ciencias sociales el uso de Chávez como nuevo caso espejo para explicar la excepción colombiana tiene un efecto radicalmente diferente de aquel que se logró al utilizar a Juan Domingo Perón quien -para una mayoría de los colombianos- es un personaje lejano de un país poco conocido. Hugo Chávez, por el contrario, es presidente de un país hermano con estrechas relaciones económicas y políticas que, en sus inicios, perteneció a la misma nación.

Chávez, que aparece en los telenoticieros y los periódicos colombianos todos los días, resulta funcional al discurso uribista: opina frecuentemente sobre asuntos internos colombianos, reconoce a las Farc y al Eln como “fuerzas insurgentes” y como “verdaderos ejércitos cuyo proyecto político es respetado”.¹²⁶ Desde Bogotá se dice que el gobierno chavista es “populista” y que, por una evidente simpatía con el discurso guerrillero, da refugio tanto a las Farc como a reductos del Eln como parte de la “solidaridad bolivariana”. Ni Hugo Chávez ni las Farc se muestran incómodos con la vinculación y la solidifican con declaraciones de admiración mutua y homenajes de doble vía.¹²⁷ De esta forma el espejo ayuda a fomentar al populismo como una categoría peyorativa con la cual pocos en Colombia quieren estar asociados.

¹²⁶ En su discurso a la Asamblea Nacional el 11 de enero de 2008 el presidente Hugo Chávez aseguró: “Lo digo, aunque alguien se pueda molestar, las Farc y el Eln no son ningún cuerpo terrorista, son ejércitos, verdaderos ejércitos que ocupan espacio en Colombia. Hay que darle reconocimiento a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia y al Ejército de Liberación Nacional de Colombia. Son fuerzas insurgentes que tienen un proyecto político, que tienen un proyecto bolivariano, que aquí es respetado”. Discurso disponible en:

<https://www.youtube.com/watch?v=QPflwTndbyU>

¹²⁷ Sobre la relación Farc – Chávez, dice Pécaut: “En todo caso, la solidaridad bolivariana le ofrece a las Farc, la posibilidad de adquirir presencia política en el escenario internacional al insertarse en la constelación constituida en torno a Chávez. La elección de Evo Morales en Bolivia y de Rafael Correa en Ecuador consolida la expansión de dicha constelación en los países andinos”, (Pécaut, 2008a: 170)

4.2 Un paréntesis temporal: la resignificación de la Anapo desde un suelo de articulación permeado de uribismo

En medio de las fuertes peleas de Uribe y Chávez y de un creciente interés por el populismo a mediados de la primera década del siglo XXI, el historiador César Ayala aportó nuevamente al debate en lo que resulta un ejemplo paradigmático de la forma en la cual los picos interpretativos obligan a pliegues para resignificar acontecimientos a la luz de nuevos suelos de articulación.¹²⁸ En el 2006 Ayala publicó su tercer trabajo sobre la Anapo y Rojas Pinilla bajo el título *El populismo atrapado, la memoria y el miedo. El caso de las elecciones de 1970* impreso por la editorial La Carreta de Medellín. El texto es la inmersión más evidente de Ayala para definir el populismo colombiano al que entiende como un proceso esencialista propio “del tránsito de una sociedad a su etapa industrial”. El historiador toma elementos de Germani y Di Tella, para insistir, además, que el populismo es fundamental y “esencial”, en “la canalización de torrentes de masas a la actividad política, primero, y a la sociedad después”. (Ayala, 2006: 22).

El populismo para el historiador representa un conjunto amplio y heterogéneo de alternativas políticas y de discursos populares que tuvo su culmen en la Anapo con una alianza “espontánea”, similar a la obtenida por el gaitanismo, de distintas clases populares y partidos capaces de soltar las ataduras con el bipartidismo tradicional. El autor señala varios de puntos de encuentro entre Gaitán y Rojas Pinilla como su liderazgo, su enfrentamiento con la hegemonía bipartidista, e incluso las fechas que se resignifican como el punto de quiebre y de ataque a ambos proyectos: el 9 de abril de 1948, con el asesinato de Gaitán, y el 19 de abril de 1970, con el fraude electoral de la últimas presidenciales del Frente Nacional.¹²⁹ Tras ese análisis Ayala concluye que en Colombia el populismo está “atrapado”, en una sin salida:

¹²⁸ En el 2001 Ayala publicó el artículo *La perversión del populismo en Colombia o el ocaso del Movimiento Revolucionario Liberal (MRL)* en la revista *Palimpsestus* de la Universidad Nacional. Allí sostiene que el MRL fue una derrota más del populismo en Colombia. El texto insiste en las hipótesis ya expuestas en sus textos de 1995 y 1996.

¹²⁹ Sobre la prolongación entre los programas de Gaitán en la Anapo, Ayala concluye: “Más que un inicio, Rojas fue continuidad. Junto a las vicisitudes de su propia parábola se fue convirtiendo en el símbolo que el populismo necesitaba para expresar los contenidos de ideologías dispersas sin posibilidad de una canalización permanente. El mérito no sólo corresponde a la última vertiente del populismo. El anapismo condensa una larga prédica. En su triunfo trabajaron varias generaciones, incluidos los partidos tradicionales hasta los intentos de crear una tercera agrupación política con matices de un ‘socialismo tercermundista’. Unos tuvieron que ver en forma directa, otros fueron desbrozando inconscientemente el camino de un populismo frustrado, atajado en forma violenta como alternativa de poder (...) A partir de las elecciones de 1970 empezaría el proceso de conversión de un populismo eminentemente político en un populismo ideológico sin perder sus características políticas”, (Ayala, 2006: 256).

El populismo es político e ideológico a la vez. Pero en circunstancias históricas particulares puede tener más de lo uno que de lo otro. En algunos casos surge primero como teoría y después se lleva a la política, y viceversa. En otros casos se construye la teoría paralelamente al proceso político. De cualquier manera, para su realización, el populismo necesita de una alianza amplia de clases y de sectores sociales. En este proceso el populismo emerge más como fenómeno político, como una política de alianzas. (Ayala, 2006: 26).

Más que un populismo, para Ayala hay “populismos” y pueden definirse como lo que “aglutinaba, equilibraba, organizaba y deselitizaba la sociedad en los pueblos” (Ayala, 2006: 63). En el caso político colombiano, siempre según el historiador, la Anapo representa un populismo “político” antes de las elecciones de 1970, y luego “un populismo teórico”. Ayala, sin embargo, no hace claridad en la diferenciación de uno y otro. Esa enorme elasticidad conceptual del autor ya había recibido críticas algunos años antes cuando historiadores como Medófilo Medina (1996) aseguraron que el enfoque personal de Ayala, y lo que podría intuirse como sus posiciones políticas lo llevaban a ser “descuidado con ciertas categorías”.¹³⁰ La crítica era válida una década después.

La *articulación dependiente* entre populismo y violencia se hace, también, más evidente en este último escrito. Al estudiar las consecuencias de las elecciones de 1970, el autor insiste en que durante la primera mitad de la década de 1960 el anapismo siempre tuvo presente la posibilidad de hacer parte de conspiraciones que terminaran con el régimen del Frente Nacional y, si bien fue dejando de lado la idea en la medida en que se consolidaba como un partido reconocido y con un caudal de votos importante, en 1968 el partido se definió como “nacionalista, popular y revolucionario”. Recuerda Ayala que, en documentos de ese año, la Anapo utiliza por primera vez la palabra “compañero” y “compañera”, denominación frecuente en las organizaciones armadas. Sin embargo, insiste, “los líderes anapistas eran agresivos, peros solo de palabra. Estaban forjados en la lucha política de la confrontación verbal (...) Habían acostumbrado a sus seguidores al combate político verbal, lejano de la confrontación armada” (Ayala, 2006: 232). El paso definitivo hacia el enfrentamiento con el Estado se daría en la década siguiente cuando el Movimiento 19 de

¹³⁰ El reconocido historiador colombiano Medófilo Medina reseñó en 1996 para la revista Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura de la Universidad Nacional, el libro de Ayala Resistencia y Oposición al establecimiento del FN en el que reconoce el importante aporte del autor para entender el proceso de la Anapo y de la figura particular de Gustavo Rojas Pinilla. Sin embargo, le reprocha su manejo ligero de algunas categorías por su “enfoque personal” (Medina, 1996: 327). La misma crítica se la hizo el historiador Fabio López de la Roche, en otra reseña al mismo texto publicada en la revista Análisis Político. (López, 1997: 118-119) López de la Roche (1999), por su parte, había hecho un análisis comunicacional del populismo rojista en la revista Signo y Pensamiento de la Universidad Javeriana.

abril retoma las banderas de la Anapo y, ni siquiera cuando el M-19 dejó las armas y pasó a convertirse en el partido político Alianza Democrática dejó de insistir en que el proceso anapista y el fraude de las votaciones en el Frente Nacional tendrían que permanecer presentes como una muestra de las afrentas de la oligarquía contra el pueblo.

Si bien en sus primeros trabajos Ayala había sido cauto en su acercamiento a la teoría del populismo, ahora, además de definirlo, usa la palabra como calificativo de los más diversos comportamientos. Dice que existen en Colombia historiadores, como el pionero de la sociología colombiana, Orlando Fals Borda, que afrontaba un “populismo académico”, o que un personaje como el conservador Belisario Betancur tenía, para el cierre de la década de 1960, un “discurso saturado del populismo tercermundista en boga por entonces” (Ayala, 2006: 20). Era una muestra más del cambio conceptual que había sufrido el populismo para inicios del siglo, bajo la contingencia de los nuevos políticos latinoamericanos.

4.3 La simbología en Chávez para consolidar el caso espejo

Marco Palacios también puso su nueva mirada en el debate por la conceptualización cuando el chavismo llevaba media década en el poder y Álvaro Uribe se acercaba al cierre de su primera presidencia. Si bien en el 2000 el intelectual había dudado sobre el rumbo del chavismo, un lustro después tenía elementos disponibles para profundizar en el análisis del gobierno bolivariano como populista. En sus estudios siguientes le daría un espacio preponderante al significado de los símbolos en la consolidación del proyecto popular que encarnaba Hugo Chávez.

Palacios ya había notado en el populismo chavista un vínculo estrecho con la figura de Simón Bolívar como eje discursivo de su proyecto. En el 2005, escribió un texto titulado *Sobre los mitos políticos en las sociedades andinas* que sirvió como prefacio al texto *Mitos políticos en las sociedades andinas. Orígenes, invenciones y ficciones* de Germán Carrera Damas, Carole Leal Curiel, Georges Lomné y Frédéric Martínez publicado en el 2006.¹³¹ Allí, y retomando *El mito del*

¹³¹ En ese 2006 se publicó el artículo *Gaitán y el populismo: ¿otros dos fantasmas colombianos?* del economista Bernardo Congote Ochoa. El escrito, bajo la sección de “artículos de reflexión” de la revista *Universitas Humanísticas* de la Universidad Javeriana, es una de las pocas críticas rastreables al postulado de Palacios en nuestro periodo de estudio (1970-2010) sobre la importancia del populismo en el país. Congote asegura que Gaitán no fue populista, si se compara con los “populismos del Cono Sur”, y que su herencia es mucho menos contundente que lo planteado en los estudios sobre el liberal. (Congote, 2006).

Estado (1946) del filósofo Ernest Casirer, Palacios coincide con la advertencia sobre la invulnerabilidad del mito frente a la razón y lo aplicaba al proceso chavista que, de a poco y según él, materializaba el discurso decimonónico del Libertador y lo actualizaba para sus propósitos.

Venezuela es un espejo para Colombia desde los inicios republicanos en el que se reflejan los prejuicios nacionales de sus intelectuales y del pueblo. Se gestan, desde uno y otro país, lo que el académico denomina “percepciones cruzadas” que se han mantenido por siglos con estereotipos sobre Bogotá como gobierno de tradiciones oligárquicas y Caracas como uno en el que se privilegia un modernismo de pardoocracia. “En el alba del siglo XXI, mientras los venezolanos, dejados atrás los culturalismos, prosiguen arropados en la ‘nación cívica’, los colombianos buscan decididamente rehabilitar la nacionalidad bajo un mito mestizo” (Palacios, 2005: 55).

Para mediados de la primera década del nuevo siglo, Chávez se transformó en el “mago y hacedor de la política cotidiana” (Palacios, 2005: 57) que llevó a su gobierno a renombrar al país como República Bolivariana de Venezuela, en clara referencia a las esperanzas fundacionalistas de su proyecto. El presidente toma a Bolívar para construir lo que Palacios considera un “bolivarismo rococó”, del cual salen distintos usos del Libertador que le brindan legitimidad histórica a los diferentes objetivos políticos del gobierno y que pretende usar para consolidar el “nosotros” que borre toda diferencia. El uso de la simbología bolivariana es un regreso a “un origen purificador” para construir un “populismo autoritario” y “anacrónico” (Palacios, 2005: 57). Aún con las ventajas que ofrece el populismo clásico, *afortunadamente no somos Venezuela*.

El considerar al populismo chavista como desfasado temporalmente, Palacios reconoce dos cosas. Primero que el fenómeno se asemeja más a los populismos clásicos que a los populismos de apertura económica. Segundo -y más importante para el debate que nos ocupa- el intelectual se adscribe a la idea del fenómeno como un proceso históricamente situado y de difícil repetición. Palacios concluye así que el populismo real fue el del XX y lo que ahora se ofrece no es más que una demagogia oportunista que difícilmente puede encontrar puntos de comparación.

5. Álvaro Uribe como el populista que sí llegó al poder

Se necesitó que Álvaro Uribe se acercara al final de su primer mandato (2002-2006) para que en el debate por la conceptualización del populismo en Colombia aparecieran análisis dedicados,

exclusivamente, a la figura del presidente como representante del fenómeno. A diferencia de los autores que trabajaron el populismo en el siglo XX como Marco Palacios o Daniel Pécaut, que en sus escritos posteriores vieron “características” populistas en la presidencia uribista, nuevos académicos presentaron estudios que analizaron al político de derecha como el primer populista que llegaba al poder ejecutivo en Colombia. Según sus estudios, lo que no había logrado Jorge Eliécer Gaitán o la Anapo de Gustavo Rojas Pinilla, lo obtenía el carismático Uribe desde su popularidad y su mano dura contra la guerrilla. Los libros que analizaremos son *Álvaro Uribe o el neopopulismo en Colombia* de Cristina De la Torre en 2005 y *Del populismo al neopopulismo en América Latina* de Luis Guillermo Patiño en el 2007.¹³²

5.1 Cristina De la Torre: “Uribe es el primer populista colombiano en un siglo”

La socióloga y periodista Cristina De la Torre publicó en el 2005 el primer libro en la academia colombiana que se concentró en analizar a la figura de Álvaro Uribe como un neopopulista. De la Torre nació en Medellín y allí estudió periodismo en la Universidad de Antioquia para, posteriormente, hacer estudios de sociología en la Universidad Nacional y cursos de maestría de ciencias políticas en la Universidad Javeriana de Bogotá. Hizo parte, en la década de los setenta, de los fundadores de la reconocida revista de izquierdas *Alternativa*, que tenía entre sus fundadores a Gabriel García Márquez. El libro se publicó con la editorial La Carreta, de Medellín, que como vimos fue la editorial que publicó algunos de los estudios sobre populismo de César Ayala.

De la Torre define a Álvaro Uribe como un neopopulista vinculado extemporáneamente a los presidentes latinoamericanos neoliberales de mediados de los ochenta y noventa conocidos por su inclinación plebiscitaria y apoyo de los medios de comunicación masivos; así como por su relación con los ciudadanos sin intermediación de instituciones. Uribe es, según la académica, un

¹³² Vale la pena nombrar otros dos artículos de académicos colombianos que se concentran en la figura de Álvaro Uribe como populista. El primero de ellos es *Neopopulismo en Colombia: el caso del gobierno de Álvaro Uribe*, publicado en la revista *Íconos* de Flacso Ecuador de Carolina Galindo (2006), doctora en Ciencias Políticas y profesora de la Universidad del Rosario de Bogotá. Su hipótesis es que el populismo es un estilo político y, tras presentar una tipología del fenómeno y criticarlo por su ambigüedad, asegura que sería simplista categorizar al presidente colombiano como neopopulista y se inclina más por destacar su figura autoritaria. El otro es *La democracia delegativa* del politólogo Carlos Pérez (2007), publicado en la Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la UPB. El análisis, que retoma vaga y simplistamente la categoría de O'Donnell, dice que Uribe es presidencialista y populista, heredero del caudillismo del pasado. Sin embargo, el texto se ofrece más como una especie de columna de opinión periodística lleno de adjetivos.

neopopulista que desindustrializa y concentra el ingreso en unos pocos. En su liderazgo y en su propuesta programática, el presidente expone una tentación autoritaria que se canaliza en su discurso con insistencia por reformar la justicia. Uribe será “tras los amagos de Gaitán y Rojas Pinilla, el primer verdadero populista de Colombia en cien años. Aunque populista del nuevo tipo, lo que significa el renacimiento del caudillo en clave neoliberal” (De la Torre, 2005: 16).

De la Torre define al gobierno uribista como un “comunitarismo” encaminado a solucionar las necesidades más inmediatas mientras se olvida de garantizar los derechos ciudadanos. Apoyado en su carisma, Uribe expone poco respeto por los procesos democráticos e insiste en promover lo que define como “estado de opinión”, un ente etéreo que se delimita por su popularidad y la aparente aceptación de sus discursos y medidas gubernamentales. Los tres mecanismos de democracia moderna de Uribe, según De la Torre, son los consejos comunales, el referendo y la reelección presidencial que sirve al mismo tiempo como un ejercicio plebiscitario de apoyo a su modelo político.

Para De la Torre el neopopulismo es un proceso que con nuevas formas de liderazgo y de “mediación política” adapta el populismo clásico al modelo neoliberal mientras se desdeñan el “Estado social” -al que pretende desmontar- y las propuestas industrialistas y redistributivas del fenómeno que se vio en América Latina a mediados del siglo XX. “El neopopulismo es una nueva ‘religión cívica’, la de Rousseau, que se escenifica en busca de un amplio impacto psicológico y político. Un espectáculo mediático donde la imagen suplanta a la idea” (De La Torre, 2005: 22). La vieja antinomia entre pueblo y oligarquía, presentada en los populismos clásicos, se revela ahora como el enfrentamiento pueblo contra Congreso, según la intelectual. La rama legislativa encarna para los líderes neopopulistas el arquetipo de la vieja política, corrupta y clientelar.

Del recorrido histórico del neopopulismo en América Latina que hace la autora se hace evidente que, como fenómeno situado históricamente en el fin del siglo XX, ahora sobrevive exclusivamente en la figura del presidente colombiano. Al igual que Susanne Gratius lo expuso en sus trabajos, revisados en el Capítulo I, Uribe es una especie de neopopulismo anacrónico, cuando la izquierda parece proponer modelos más cercanos a los del populismo clásico. Aunque considera neopopulistas a Fernando Collor de Melo en Brasil, Carlos Salinas de Gortari en México, Carlos Menem en Argentina y Abdalá Bucaram en Ecuador, su comparación más detallada es con Fujimori, presidente de Perú durante la última década del siglo XX y a quien De la Torre considera

semejante a Uribe por su discurso antiliberal, su ataque a los partidos políticos tradicionales y su relación conflictiva con las instituciones democráticas.

Por último, De la Torre ofrece una reflexión sobre Hugo Chávez y su mandato como caso espejo del mandato uribista. Chávez, dice De la Torre, no es un neopopulista. Es, por el contrario, un populista clásico que recupera tanto el estilo político de aquellos, como su intención redistributiva y nacionalista en lo económico. Sin embargo, la fuerza de sus liderazgos hermana al populismo chavista venezolano y al neopopulismo uribista colombiano. Al igual que Uribe, Chávez tiene un programa semanal de televisión, *Aló Presidente*, en el que escucha a la comunidad y ofrece soluciones que parecen inmediatas a las problemáticas planteadas. En todo caso, las diferencias de raíz entre un modelo económico de reducción estatal como el uribista y uno de desmonte del neoliberalismo como el chavista, hacen que el presidente venezolano sea visto con “odio” por las élites políticas colombianas que insisten en su talante autoritario.

Colombia, siempre según Cristina De la Torre, tuvo en su historia amagos de populismo, pero nunca uno en ejercicio. En esto, el país andino representa una excepción notable. Sin embargo, la llegada de Álvaro Uribe a la presidencia en 2002 lo sitúa como “el primer verdadero populista de nuestra historia en el último siglo, pero en la novel versión de populismo que el subcontinente inaugura al despuntar los años noventa” (De la Torre, 2005: 41).

En el comunitarismo uribista, la “comunidad” vendría a ser la razón del Estado, la que se beneficia de él, pero al mismo tiempo la que toma las decisiones, las ejecuta y las vigila; todo mediado por un líder que tiene relación directa con ella. Dice Uribe: “Necesitamos más Estado de opinión, en el cual la instancia judicial pueda ceder a la instancia de la gente, como en las audiencias públicas para la adjudicación de contrato. (...) Un Estado de opinión supone una comunidad en permanente deliberación, y dispuesta a idear soluciones a los problemas”.¹³³ El presidente colombiano se ubica en una particular mezcla de posturas liberales y conservadoras en la que hace énfasis en las dificultades para construir un estado social a causa del arraigo de la burocracia y el clientelismo. Al mismo tiempo, y en contravía de sus propias medidas económicas, dice oponerse al Estado neoliberal porque “abandona las obligaciones sociales”.

¹³³ Discurso de Álvaro Uribe en el 2002, citado por De la Torre (De la Torre, 2005: 42)

El autoritarismo y el poder de Uribe, excluyente y piramidal, recuerda al de los caudillos del siglo XIX y se sustenta en la figura fuerte del político que reemplaza a las instituciones democráticas. Al citar a Guillermo O'Donnell y su categoría de democracia delegativa, De la Torre insiste en que el líder caudillista del siglo XXI es el presidente neopopulista que transforma a la televisión en su nueva plaza pública. Que De la Torre sea periodista, y tenga una presencia continua en periódicos,¹³⁴ la lleva a poner especial énfasis en la fuerza que tienen los medios de comunicación masivos en la consolidación del liderazgo de Uribe y en el enorme peso que para ella tienen las reuniones cada fin de semana en los denominados consejos comunales.

En un país donde el presidente gobierna desde la capital, su presencia en provincia puede producir un 'efecto psicológico aplastante'. Es allí donde Uribe despliega toda su capacidad de liderazgo, se juega a fondo. Con el dominio de cifras y datos, pone en evidencia ante las cámaras su superioridad frente a los ministros. En la alta tarima, Uribe, el alcalde, el gobernador, las autoridades eclesiásticas y militares. (...) Y al fondo, claro, 'la comunidad', previamente filtrada por el gobernador y el equipo de Presidencia. El que quiera hablar tiene que haberlo pedido desde antes y explicado el problema que va a tocar. (De la Torre, 2005: 62)

La puesta en escena es dominada políticamente por Uribe quien representa el Estado e incluso les quita autonomía a los mandatarios locales presentes en los consejos comunales al definir qué obras son prioritarias y de qué forma deben hacerse. Pocas veces el presidente es cuestionado por los políticos que lo acompañan y mucho menos por la ciudadanía. Los casos de miembros del público de los consejos comunales que se muestran inconformes y preguntan o cuestionan al mandatario son muy pocos. En ocasiones la respuesta del presidente es enérgica y entra en confrontación directa con aquel que le discute.

Dado que el año de publicación del texto es 2005, este se sustenta sobre una realidad nacional particularmente decisiva en la presidencia de Álvaro Uribe. Buena parte del análisis sobre la personalidad del neopopulista colombiano se dedica a interpretar la posibilidad de su reelección, como otra forma de "democracia refrendataria" en la que se pretendía un segundo tiempo que afianzara la política de seguridad democrática gracias a la transformación de una ley que, hasta entonces, impedía que un mandatario nacional pudiera gobernar por más de un cuatrienio.¹³⁵ La

¹³⁴ En el Capítulo IV revisaremos el proceso de Cristina De la Torre como columnista del periódico *El Espectador*.

¹³⁵ En la primera década del siglo XXI América Latina vivió un boom de referendos y procesos constituyentes para permitir la reelección presidencial inmediata. Sucedió en Venezuela con Hugo Chávez en 1999, en Bolivia con Evo

popularidad del presidente es alta lo que garantizaría un triunfo en las urnas en el 2006 y lo pondría, según su asesor José Obdulio Gaviria, en el grupo de Simón Bolívar, Francisco de Paula Santander, Rafael Uribe Uribe, Alfonso López Pumarejo y, por supuesto, Jorge Eliécer Gaitán (De la Torre, 2005: 82). “En suma, el Estado comunitario de Álvaro Uribe no es, pues, una derivación del Estado social. Es una nueva versión mistificada del Estado neoliberal de los años noventa envuelto (sic) en retórica comunitaria (a medias genuina compasión cristiana, a medias puño duro, a la manera de los regímenes paternalistas)”. (De la Torre, 2005:180)

A medida que avanza en el texto, la autora insiste en sus posturas personales en detrimento del análisis académico para cerrar su estudio con un extraño amasijo de teoría política y opinión periodística. La adjetivación se torna cada vez más frecuente y la coyuntura dificulta la concreción de sus propias definiciones:

Tanta gabela como los empresarios colombianos han recibido de este gobierno no se compadece con los resultados que ellos se exhiben. Que el Presidente y los empresarios andan por el mismo camino lo sugiere la largueza que el gobierno les dispensa a toda hora y en todo lugar. El balance de la política social y económica del gobierno, tan pobre para el tamaño de la crisis, no podrá ocultarse indefinidamente bajo el ruido del aplauso. Pero el Presidente parece determinado a mantener los consejos comunales como *locus* exclusivo y único de gobierno. Los empresarios terminarán trabajando por sus intereses particulares en el Congreso, mientras Álvaro Uribe afina su perfil mesiánico en la revolución de las pequeñas cosas locales, chatas, romas... pero pródigas en votos. Que es lo que cuenta, finalmente, aún para el más caracterizado “antipolítico” (De La Torre, 2005: 167)

La autora se opone a Uribe y eso es evidente a lo largo del libro. Mezcla por igual a Hobbes y a Rousseau con columnistas de periódicos nacionales y parece darles a ambos el mismo peso. Para el cierre el libro es ya un escrito puramente coyuntural, en el que el concepto de populismo - como advierte Palti sobre los procesos de cambio en los lenguajes políticos- pasa a ser utilizado desde una forma casi intuitiva, sin mayor referencialidad.

Morales en 2009, en Ecuador con Rafael Correa en 2007 y en Colombia con Álvaro Uribe en 2004. Para profundizar en los plebiscitos como forma de política referendaria en América Latina remitimos al texto *La política de los referendos en los países andinos: apelación al pueblo y democracia* (1985-2010) de Gutiérrez y Acuña (2009).

5.2 La reelección de Uribe y la mirada de Luis Guillermo Patiño

En el 2007 se publicó otro libro que miró con cierto detalle la figura de Álvaro Uribe como un neopopulista. Con el segundo mandato uribista en proceso (2006-2010) el licenciado en ciencias sociales Luis Guillermo Patiño publicó *Del populismo al neopopulismo en América Latina*, un estudio que hizo parte de su trabajo para graduarse como magister de Estudios Políticos de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín, y cuya editorial universitaria imprimió en forma de libro. Patiño propone un análisis del populismo como fenómeno cíclico latinoamericano, de continuo retorno, que une a procesos políticos diversos e incluso opuestos, y, posteriormente se centra en la idea del neopopulismo como un regreso del fenómeno con nuevas características.

El texto se divide en tres partes, siguiendo un esquema de tesis de maestría. En la primera habla de las discusiones teóricas sobre el concepto de populismo, en la segunda define el concepto de neopopulismo y en la tercera hace un análisis de la coyuntura política con énfasis en el caso colombiano y venezolano. Patiño inicia el texto aclarando que para él neopopulismo es una nueva- vieja forma de representación política en América Latina, que creció en los últimos años gracias a la deslegitimación de las instituciones políticas tradicionales (Patiño, 2007: 7).

Según explica en su introducción, Latinoamérica sufre por una crisis de representación, una debilidad del régimen democrático y el desmonte del Estado-protector, lo que hizo resurgir a los “líderes populistas” como políticos que se ofrecen en forma de “hombres providenciales” y carismáticos que prometen restituir el orden perdido. Al entrar en el debate por la definición conceptual retoma la obra de 2001 de Marco Palacios para coincidir en que los líderes neopopulistas tienen su aparición a finales de la década de 1980 y de 1990, con Menem y Fujimori como sus principales estandartes, políticos que insistieron en la importancia de que sus países entraran en la economía de libre mercado. Esos neopopulistas fracasaron y causaron estragos que, tras una nueva deslegitimación de los procesos de representación popular, propiciaron, paradójicamente, una segunda ola de líderes personalistas entre los que están Hugo Chávez, Evo Morales y Álvaro Uribe. Estos liderazgos “se consolidaron a partir de un discurso que buscaba brindar respuestas a las problemáticas de sus países, desarrollando políticas de gobiernos pragmáticas que respondieran a los desafíos nacionales” (Patiño, 2007: 8). Vale la pena preguntar en este punto, y tras esa genérica definición, si hay algún político que no siga esos postulados.

Al intentar su propia definición, Patiño sustenta el núcleo de su capítulo teórico en el ya clásico compilado de Ionescu y Gellner, y particularmente, en el capítulo de Worsley, para hablar de las dificultades de la definición conceptual del populismo. Remitirse a un texto de finales de la década de 1960, limita la conceptualización, en cuanto a lo latinoamericano, a los procesos de la década de 1930 y 1940. El populismo, coincide Patiño con Worsley, carece de unidad conceptual, es elástico y ambiguo. Retoma partes de Germani y Di Tella para explicar al populismo como un fenómeno “producto de procesos políticos históricamente situados, de masas que se integran y desempeñan un rol dentro del Estado” (Patiño, 2007: 39). Finalmente, para construir desde las experiencias clásicas, una mirada peyorativa del fenómeno, Patiño concluye:

El populismo que se desarrolló entre los años 1930 y 1950, no tuvo éxito en mantener un equilibrio de forma permanente, sus contradicciones internas se lo impidieron; se constituyó en un mecanismo manipulativo para controlar poblaciones marginales que deseaban incorporarse a la vida urbana; el populismo no modificó estructuralmente el statu quo, tal vez y sin querer, las masas populares en algunos momentos se convirtieron en su aliado, lo que impidió una modificación real de la estructura social; los gobiernos nacionales populistas (sic) no consiguieron consolidar sus objetivos principales: crear riqueza, sólo la distribuyeron en forma precaria e inequitativa, hasta establecer redes de corrupción donde se repartían los bienes nacionales; tampoco consiguieron consolidar las reformas políticas, sociales y económicas (Patiño, 2007: 47).

Su conceptualización es una de las más peyorativas de todas aquellas que interpretaron el populismo en la academia colombiana y funciona como preparativo de su concepto de neopopulismo. Hay, desde el cuarto pico interpretativo, un pliegue sobre procesos de mediados del XX en los que lo despectivo adquiere relieve para ser el sustento crítico de lo contemporáneo. “Las reformas impulsadas por líderes populistas como Perón, Cárdenas, Vargas, Torrijos, tuvieron un tope, pues el miedo, inspirado por la irrupción de millones de pobres indisciplinados políticamente y con frecuencia poco manejables, hicieron que el alcance de las reformas fuera limitado, y se conviertan en promesas demagógicas inalcanzables” (Patiño, 2007: 47).

La figura del líder pasa a ser central en la resignificación que Patiño hace de los populismos. Un liderazgo que depende, según el autor, de la fuerte cultura mística latinoamericana y del “catolicismo popular tradicional” (Patiño, 2007: 45), lo que genera un vínculo religioso. Al acercarse a Colombia, Patiño coincide con Palacios sobre la articulación de populismo y violencia y, al citar su estudio de 2001, recuerda cómo los países que no tuvieron populismos en Centro

América fueron fecundos en guerrillas: “el populismo, con todas sus fallas y contradicciones, inhibió parte de la violencia en los países donde se materializó” (Patiño, 2007, 51).

El texto del politólogo es un recorrido diacrónico que parece evolucionar en conjunto y de forma homogénea en toda Latinoamérica. El avance teleológico que plantea va siempre sostenido por distintos “ciclos” de populismos, desde la década de 1930 hasta el presente, al principio con posturas antimperialistas y nacional populares y al final con acercamientos al Consenso de Washington y al neoliberalismo. Al hablar de neopopulismo su referencia inmediata en el ámbito colombiano es el texto de Cristina De La Torre y dispone del populismo clásico como eje comparativo para la versión neoliberal del fenómeno:

Aunque el populismo y el neopopulismo movilizan bases sociales, éstas son diferentes. El populismo movilizaba fundamentalmente la clase urbana sindicalizada, mientras que el neopopulismo se articula con el apoyo de los sectores informales de las grandes ciudades, y en ocasiones con el campesinado. Mientras el populismo señaló en las décadas del 30 y del 60 como enemigos a la oligarquía nacional, al imperialismo norteamericano y al capital extranjero, el neopopulismo actualmente señala a la clase política y a los partidos tradicionales asignándoles el rótulo de corruptos, ineficientes y responsables de las graves problemática de la sociedad (Patiño, 2007: 65-66).

La metodología de Patiño para construir su definición conceptual es la construcción de un listado de características del populismo y, a partir de allí, cruzar los comportamientos de los gobernantes contemporáneos para definir si cumplen o no con la caracterización. Así, para el autor, los rasgos definitorios del fenómeno son: A) Un patrón de liderazgo político personalizado, paternalista y carismático. B) Una coalición de apoyo multclasista, basada en sectores urbanos y/o rurales. C) Una forma de movilización política vertical. D) La existencia de una ideología ecléctica y anti-establecimiento. E) La utilización sistemática de métodos redistributivos y clientelares como instrumentos políticos para conseguir apoyo.¹³⁶ Bajo esta interpretación esencialista Patiño procede a buscar similitudes: en el caso de Álvaro Uribe, se cumpliría, siempre según el autor, con los rasgos A, C y D y en el de Chávez con los rasgos A, B y C. (Podría uno preguntarse en este punto del listado si ambos no cumplirían, también, con la característica E).

¹³⁶ Este listado de atributos es tomado por Patiño del texto *Neoliberalism and the Transformation of Populism in Latin America: The Peruvian Case* de Kenneth Roberts (1995), publicado, como vimos en español en 1998 en el compilado de Mackinon y Petrone.

Estas propuestas acumulativas, como ya vimos en el Capítulo I, son conceptualizaciones que terminan por ser funcionales a los intereses del autor y de su hipótesis y que, en el caso particular del populismo, pretenden articular experiencias opuestas entre sí. Pero, además, en el caso de Luis Guillermo Patiño, lo llevan a frecuentes contradicciones sobre rasgos que tienen los líderes que pretende catalogar como neopopulistas al generar ideales tipo que muchas veces se salen de sus estrictos formatos. Representan, además, una evidente radiografía sobre las discusiones metodológicas utilizadas por los participantes del debate en las ciencias sociales colombianas para construir e inventar la excepcionalidad de ese país, siempre dependientes de miradas esencialistas para sacar de allí lo que, enfrentando a caracterizaciones absolutas, parece coincidir o repeler cada caso. Para la definición de un concepto político polisémico las consecuencias son palpables. Si, como explica Koselleck (1993) la palabra pasa a ser concepto al cargarse del contenido que lo precede, en el caso del populismo colombiano, miradas como la de Patiño mezclan experiencias disímiles entre ellas que terminan por invisibilizar las fronteras del término.

De esta forma, si se aplicara el listado propuesto por Patiño a los gobiernos existentes, sería difícil que alguno de ellos no se catalogara de populista. Es imposible en este punto, desde la nueva historia intelectual, no recordar la crítica de Elías Palti (2014), referida a la historiografía de ideas latinoamericana y sus modelos europeos, sobre aquellos postulados tipológicos que, al intentar trasladarlos a una realidad como la nuestra, se vuelven contradictorios. Así, en últimas todo estudio de las ideas locales se resumiría en hallar similitudes o desviaciones de los paradigmas originales. Todo estudio sería la búsqueda de una “anomalía”. Como no encajan en los prototipos, las latinoamericanas son “ideas fuera de lugar”. “De hecho, el propio marco interpretativo impide encontrar ninguna peculiaridad local, puesto que, vistas desde la perspectiva de los enfoques típico-ideales, las posibilidades alternativas se encontrarían ya severamente restringidas de antemano” (Palti, 2014: 10). Al homogeneizar los esquemas sobre los cuales los intelectuales construyen sus definiciones y con los cuales pretenden mirar ciertos acontecimientos, se dejan de lado las particularidades de cada caso.

Las contradicciones se hacen aún más evidentes cuando Patiño intenta meter en el rótulo de neopopulista a Hugo Chávez -a quien antes había nombrado populista a secas- y lo define como un caso *sui generis* en la región, aún cuando para entonces Chávez, más que un *rara avis*, hacía parte de una tendencia política mayoritaria de los gobiernos de la región. El análisis, en pleno

2007, va en contravía de una realidad política latinoamericana que en ese momento era mayoritariamente progresista y en la que el venezolano, más que un caso extraño, representaba el símbolo de un movimiento amplio en Suramérica. Al mismo tiempo, otro caso *sui generis*, sería el de Evo Morales, al que Patiño también nombra como neopopulista.

Los problemas aumentan cuando se pretenden incluir bajo el mismo concepto de neopopulistas a personajes tan disímiles como Álvaro Uribe y Hugo Chávez. La única forma de hermanarlos sería mediante sus liderazgos, aunque con propósitos políticos y económicos muy diversos. El colombiano y el venezolano son, para Patiño, exponentes prototípicos del carisma y “la relación directa con la masa”, principalmente a través de sus programas televisivos: los Consejos Comunales de Uribe y el Aló presidente de Chávez.

El autor propone que Uribe, como neopopulista, sustenta su apoyo en su carisma y desde allí “convoca a los diferentes sectores de la sociedad para que de una manera decidida rechacen y actúen como un todo –eso si bajo su tutela- en contra de las Farc”, (Patiño, 2007: 119). La articulación entre el violencia y populismo, o neopopulismo, funciona en Patiño de forma inversa a como lo hizo el caso de Jorge Eliécer Gaitán. La violencia, o el temor a ella, en el caso del populismo uribista no fue su consecuencia sino su antecedente.

Uribe, como otros líderes de tendencia neopopulista de la región, logra aglutinar a la nación en torno a un adversario común (éste es un atributo que comparte con los populistas históricos latinoamericanos), que no es ya la oligarquía nacional, ni el capital extranjero o el imperialismo norteamericano, sino un enemigo interno que pretende desarticular la unidad de la nación (Patiño, 2007: 144)

En cuanto al otro neopopulismo en el que se centra Patiño, el de Hugo Chávez, el autor retoma la caracterización que hace Palacios (2001) para explicar cómo fue la crisis económica de los ochenta y el Caracazo, el momento definitorio para el ascenso de un liderazgo alternativo al de los partidos políticos tradicionales. El político que asume la presidencia venezolana en 1999 es, siempre siguiendo al autor, un hombre que cumple con los “atributos” y los “rasgos” del populismo clásico, de inclinación “nacionalista, redistributiva y anti-imperialista” (Patiño, 2007: 152). Por momentos, en el texto, Chávez aparece como populista y por momentos como neopopulista.

Al citar el texto de Palacios de 2001, en el que Hugo Chávez se mantenía cauto con la deuda externa venezolana y en sus relaciones con Estados Unidos, Patiño hace un análisis ya anacrónico para el 2007. Afirma que el presidente venezolano es discursivamente antimperialista, aunque su forma de gobierno mantiene pactos con organismos multilaterales y una excelente relación comercial con Estados Unidos. Lo que no aclara Patiño es que si bien esto era cierto a inicios del gobierno chavista es extemporáneo un par de años después, tras el golpe de Estado de 2002 sufrido por el venezolano, y mas aún a finales de la primera década del siglo XXI. Quizá la justificación de una apropiación amañada que hace el autor de la caracterización de Palacios sobre el populismo chavista va en la vía de ajustar a los parámetros su propia conceptualización del venezolano como un neopopulista:

En Chávez aparece una mutación del fenómeno populista, porque posee un discurso político y una propuesta nacionalista identificable con los padres fundadores de esta tendencia, -y se aleja un tanto del proyecto de los neopopulistas de los 90- pero se encuentra inserto en una realidad histórica—política totalmente diferente a la de sus antecesores, con lo que incrementa las contradicciones de su proyecto político con posibilidades en el contexto actual venezolano, gracias a su discurso demagógico, mesiánico y personalista que se identifica totalmente con el de los populistas de primera generación más que con el discurso y la propuesta política de los líderes de la izquierda democrática, a los que quiere imitar pero su inclinación autoritaria lo hace difícil (Patiño, 2007: 153).

En el 2009 Patiño haría un nuevo análisis de la situación política colombiana y venezolana con un artículo escrito a cuatro manos con el abogado y magister en Estudios Políticos Porfirio Cardona Restrepo, titulado *El neopopulismo: una aproximación al caso colombiano y venezolano*, publicado en el número 34 de la revista *Estudios Políticos* de la Universidad de Antioquia. Aún cuando los suelos de articulación cambiaron considerablemente en los años transcurridos entre la publicación del libro y este artículo, con Chávez consolidado en Miraflores y Uribe muy cerca del fin de segundo mandato, la hipótesis que se sostiene en el escrito no varía de la planteada en el 2007. La novedad recae en que, por sus diferentes enfoques de política interna, los dos presidentes al llevar al extremo su personalismo entraron en franca confrontación. Las raíces del enfrentamiento -dicen los autores- pueden buscarse en la forma en la que ambos “populistas contemporáneos”, entienden su manejo de la política externa.

6. Conclusiones

En el número 70 de la revista *Análisis Político* de septiembre del 2010 se publicó el artículo *El Show de Jorge Barón como paradigma de neopopulismo cultural en la televisión colombiana* de la magister en comunicación Isabel Rodríguez y el doctor en filosofía Adolfo Chaparro. El escrito, impreso al borde del fin de la década y del periodo que nos ocupa, sirve como un ejemplo particularmente valioso para entender la forma en la cual el concepto del populismo y su variante neopopulismo se transformó en un adjetivo calificativo válido para los más diversos fenómenos. La hipótesis que se sostiene es que Jorge Barón y su espectáculo¹³⁷ representan una política cultural que, si bien es independiente del Estado, termina por serle funcional al mezclar publicidad comercial con la institucional e insistir, en ese 2010, en las bondades del proceso de paz que adelantaba Juan Manuel Santos con las Farc. “(...) La fiesta puede ser utilizada para disolver ‘ilusoriamente’ las diferencias sociales y los conflictos y para *hacer populismo*¹³⁸ con un propósito común como la paz”, (Rodríguez y Chaparro: 2010: 88).

La reconstrucción de los debates por la definición del populismo en las ciencias sociales colombianas que hicimos en este capítulo nos permite entender la forma en la cual se llegó a esta generalidad del uso del concepto. Hemos podido evidenciar cómo los debates expusieron una transformación conceptual en relación con los acontecimientos que pretendían explicar, siempre articulados a la presencia de la violencia nacional. Para el fin del siglo XX el concepto de populismo sufrió una escisión, impulsado fundamentalmente por la necesidad de explicar procesos políticos neoliberales con características muy distantes de aquellas que se les endilgaron en los populismos clásicos. Se habla de “actitudes” o “características populistas”, vinculadas principalmente con un líder carismático, la demagogia y, en algunos casos, la irresponsabilidad fiscal. Pioneros en el debate conceptual como Marco Palacios o Daniel Pécaut, que antes usaron el concepto para explicar fenómenos políticos limitados, empezaron a hablar de populismo económico o populismo político. La articulación del populismo con la violencia no solo se mantenía, sino que se hacía más fuerte, algo no menor si tenemos en cuenta que los nuevos contextos de debate los ubicaban -en el caso de Palacios o Kalmanovitz- como rectores de

¹³⁷ El *Show de las estrellas* conducido por Jorge Barón, al que se refieren los académicos, es uno de los programas más longevos de la televisión colombiana y se emite sin pausa desde 1969. En él se pueden ver recitales multitudinarios que han sido grabados en las más diversos municipios del país.

¹³⁸ Las cursivas son nuestras.

universidades públicas, gerentes de bancos nacionales o incluso como asesores gubernamentales para implementar políticas públicas de educación.

Los suelos de articulación sobre los que se sostiene el debate en la época bisagra entre el siglo XX y el XXI nos permitieron también delimitar dos nuevos picos y pliegos interpretativos que impulsaron, no solo la conceptualización del populismo y su relación con la violencia sino la reinterpretación y resignificación de acontecimientos políticos pasados. El neoliberalismo primero y la llegada de presidencias progresistas en América Latina después llevaron a nuevos intentos por definir el populismo, a repensar el proceso de Rojas Pinilla y de la Anapo con más detenimiento, y considerar que, con la llegada de Álvaro Uribe en el 2002, Colombia seguía su particular camino anómalo en contravía de un continente que giraba hacia la izquierda. Las reinterpretaciones de la Anapo nos ofrecen, además, una interesante mirada de la articulación dependiente entre populismos y violencia en Colombia al entender, en el caso de Daniel Pécaut, que la violencia resultante del populismo anapista es muy diferente de aquella que se instala tras el 9 de abril de 1948. Esta última, dice el intelectual, es una violencia inmediata, vandálica, que se quedó en la memoria de Colombia como el punto de inicio de todas las desgracias. La violencia “heredera” del proceso anapista es construida no desde la inmediatez, como aquella, sino que es el resultado de la consolidación de un relato que fue funcional para el establecimiento de movimientos subversivos -principalmente del M-19- en el que se tomó la imposibilidad del populismo por el fraude de la oligarquía, como una razón para el alzamiento de las armas. El robo de las elecciones de 1970 es el símbolo del bipartidismo hegemónico, intransigente, contra el cual se va a enfrentar un grupo de jóvenes, incluso algunos no anapistas. Desde allí empieza una nueva violencia.

La llegada del siglo XXI y la presidencia de Álvaro Uribe pusieron en cuestión, una vez más, al concepto de populismo y neopopulismo. Con un discurso de derecha su principal promesa era acabar con las guerrillas, cuyo vínculo parecía doble con el fenómeno. Por un lado, eran organizaciones que se enfrentaban a la misma hegemonía que frenó a los fenómenos populares del siglo XX, de otro lado, y quizá con mayor impacto en el relato uribista, movimientos como las Farc tenían vínculos con la presidencia de Hugo Chávez a quien el término populista se le aplicaba con frecuencia. De esta forma se configura lo que consideramos como *segundo caso espejo* de este debate, en el que Colombia se va a reflejar para entender sus propios procesos populistas y definirse como anómala: un espejo más cercano y asimilable que aquel que brindó Perón y la

Argentina al inicio del debate en la década de 1970 y 1980. Un espejo en el que, además, se ven las dificultades de la simbólica nacional colombiana, al reflejarse con el bolivarianismo chavista.

Lo paradójico es que, como reconoce Palacios (2000), mientras más presente se hacía el concepto de populismo, menos necesario era para analizar procesos que se nombraban como prototípicos del fenómeno. Los estudios coinciden en que el populismo en Colombia existió como fenómeno con Gaitán y con la Anapo -en ambos casos detenido e incompleto en su ascenso al poder- y de forma anacrónica en Uribe; sin embargo, de los tres podría hacerse un detallado estudio sin recurrir al concepto. Siempre respecto a los intelectuales y al periodo estudiado, encontramos en el populismo a un concepto que adquiere con el tiempo mayor carga semántica, menor concreción y es más fácilmente prescindible. A esto hay que sumarle, además, las dificultades de algunos académicos que pretendían categorizar a personajes como Chávez y Uribe como populistas a pesar de estar en las antípodas y cuyo vínculo era, casi exclusivamente, su “carisma”.

La primera década del siglo XXI pone sobre la mesa un debate por el concepto del populismo cada vez más cerca del análisis de coyuntura que del análisis teórico. Es así como los intelectuales, de a poco, cambian el tono de sus escritos en los libros y en los artículos científicos y el debate amplía su espacio de circulación a columnas de opinión y escritos periodísticos en los principales diarios nacionales. Como veremos en el capítulo siguiente, los mismos académicos que habían participado en el debate desde sus estudios de historia, sociología o economía como Palacios, Pécaut, Kalmanovitz o De la Torre, van a extender su presencia en los diarios nacionales *El Espectador* o *El Tiempo*, y sus suplementos dominicales, o en revistas como *Semana* y *Razón Pública*. Allí, modifican sustancialmente su léxico para exponer sus posturas sobre un concepto que ya no es exclusivo de académicos y parece abarcar cada vez más fenómenos: desde presidencias de izquierda a programas televisivos. La era coincide con una década de profundos enfrentamientos verbales y diplomáticos entre los presidentes Álvaro Uribe y Hugo Chávez. Confrontaciones que llevaron el concepto a sus límites y que, en el ámbito geopolítico, estuvieron a punto de iniciar una guerra entre Colombia y Venezuela.

Capítulo IV

El debate en las hojas periodísticas: la coyuntura como motor del cambio conceptual en tiempos de Uribe y Chávez

“En Colombia es difícil mirar hacia el futuro porque la pregunta que todos se hacen es porqué el país fracasa. La gente está convencida de que este país no ha dejado de fracasar desde siempre, desde su nacimiento, por muchas razones que se renuevan de manera permanente. Siempre se ha leído la historia mirando hacia atrás. El pasado de Colombia es considerado como una sucesión de catástrofes, de desastres, de incendios que todo lo destruyen”. Daniel Pécaut (2017)

1. Introducción

Dos años antes del fin de la presidencia de Álvaro Uribe, su homólogo venezolano Hugo Chávez ordenó a las fuerzas armadas de su país, en un airado discurso televisado, enviar tropas y tanques a la frontera con Colombia. La posibilidad de una guerra entre los países se hizo real. Ambos mandatarios, calificados en el debate político como personajes en las antípodas, llegaban así al punto máximo de tensión. Era el 2 de marzo de 2008 y la crisis explotaba después de varios días de acusaciones mutuas tras el ataque por parte del Ejército de Colombia a un campamento de las Farc en territorio ecuatoriano. La clara violación de tratados internacionales por parte de Colombia fue una ilegalidad de Uribe para dar su primer gran golpe en la guerra contra las Farc pues el bombardeo acabó con la vida de Luis Devia Silva, alias Raúl Reyes, segundo al mando de esa guerrilla y modificó el rumbo que el conflicto tendría en los años siguientes. Chávez, indignado, aseguró que no permitiría una incursión similar en su territorio y pronosticó un enfrentamiento. El periodismo colombiano no habló de otra cosa en los meses siguientes y los análisis del comportamiento presidencial utilizaban con frecuencia el término “populista” para referirse tanto a Uribe como a Chávez. ¿Cómo era posible que se reconocieran las enormes diferencias de enfoque

político y económico entre ellos, que se les expusiera como antagonistas y, al mismo tiempo, se los definiera a ambos bajo el mismo concepto?

La relación entre los dos presidentes había pasado de los abrazos en sus primeros años, al entendimiento diplomático en el intermedio y finalmente al choque violento que mezclaba insultos, cuestionamientos y amenazas.¹³⁹ Esa realidad política entre los gobiernos de Colombia y Venezuela, que fue protagonista central de la primera década del siglo XXI y principal suelo de articulación, transformó sustancialmente el debate por la definición del concepto de populismo en ese país y su respectiva articulación dependiente con la violencia. De igual forma dio un nuevo cariz a la invención de la excepcionalidad colombiana desde la idea de un país que, en el remolino del conflicto armado, era incomprendido por su vecindario. De un país que, además, remaba con fuerza hacia la derecha cuando Latinoamérica insistía en la unión desde las posturas progresistas: cuando lo políticamente homogéneo era el progresismo, Colombia era excepcional una vez más.

La definición que los intelectuales hacían del concepto de populismo desde publicaciones académicas se vio permeada por un esfuerzo argumentativo de coyuntura que pretendía explicar la realidad colombiana y a las figuras de Uribe y Chávez con sus dos posturas políticas y económicas irreconciliables. Los mismos intelectuales que, desde las ciencias sociales exploraron el proceso del fenómeno en el país como un paso incompleto que desencadenó la violencia, en el caso del gaitanismo o el anapismo, ahora insistían en que fue la violencia del conflicto armado con la guerrilla de las Farc -y el fracaso del proceso de paz entre 1998 y 2000- la que impulsó la llegada de un populismo de derecha, neopopulismo económico a destiempo, en el caso del uribismo. La

¹³⁹ La relación entre los presidentes Álvaro Uribe y Hugo Chávez no fue siempre tirante. El venezolano, en ejercicio desde 1999, mantuvo un vínculo estable con el presidente colombiano Andrés Pastrana (1998-2002). Cuando Uribe asumió como nuevo mandatario, aunque era evidente que desconfiaba de la cercanía del venezolano con la guerrilla de las Farc, se dieron varias reuniones cordiales entre ambos para trabajar en proyectos económicos y de infraestructura conjuntos. La diplomacia, sin embargo, empezó a encontrar su límite en el 2004 cuando el vocero internacional de las Farc, Rodrigo Granda, fue capturado por agentes encubiertos colombianos en Caracas y luego trasladado a Colombia. Chávez, denunció la acción como un secuestro en su territorio. En el 2005, los intereses económicos llevaron a un acercamiento entre los gobiernos para la firma de un proyecto de gasoducto entre La Guajira en Colombia y Maracaibo, en Venezuela. “Pase lo que pase, estaremos siempre, estamos incluso condenados a ser hermanos”, dijo Chávez en ese encuentro. El 2007 fue el año en el que la relación pasó de los roces esporádicos al congelamiento de relaciones binacionales. Para entonces Chávez, que se ofreció como mediador en la liberación de algunos secuestrados por parte de las Farc, fue desacreditado por Uribe quien aseguró que el presidente venezolano llamaba a generales colombianos a pedirles explicaciones sobre las actividades militares y de esta forma intervenía en asuntos de política interna. En los años restantes la relación solo empeoró hasta el clímax del 2008, con amenazas militares, y el fin del mandato de Uribe en el 2010. Antes de dejar la Casa de Nariño el presidente colombiano aseguró que una de las imposibilidades de derrotar militarmente a las Farc era el refugio que los principales líderes de la guerrilla tenían en territorio venezolano.

participación en la opinión noticiosa de esos mismos intelectuales los transformó ya no solo en miembros de un círculo académico sino en referenciados analistas del acontecer político. Esta incursión en espacios periodísticos impulsó en sus lenguajes políticos un cambio irreversible en el uso del concepto de populismo hacia un adjetivo calificativo peyorativo, cada vez más amplio y menos necesario para delimitar fenómenos históricos complejos. Al retomar la mirada de Skinner sobre la *doble cara de los conceptos políticos*, que hemos visto a lo largo de esta investigación, podemos afirmar que en estos nuevos contextos de debate el uso de la palabra populismo -o populista- paso a ser, casi exclusivamente, evaluativo en detrimento de su cara descriptiva que ahondaba en las razones por las cuales el fenómeno se desarrollaba.

A diferencia de las investigaciones académicas del siglo XX y XXI que vimos en los capítulos anteriores, ahora, desde una mirada circunstancial, construida en respuesta inmediata a las posturas de un gobierno de derecha como el uribista, de uno progresista como el chavista, o del enfrentamiento entre ambos; intelectuales como Marco Palacios y Daniel Pécaut o Salomón Kalmanovitz y Cristina De la Torre utilizaron la palabra populismo en sus escritos de una forma tan amplia como difusa. En un esfuerzo cada vez más laxo por articular lo diferente bajo el mismo concepto, los académicos se vieron obligados a resaltar e insistir en los puntos en los que, según su mirada, Uribe y Chávez coincidían, a saber: el “carisma” y la difícil relación de cada uno con las instituciones democráticas. Así, populista terminó por ser el adjetivo de todo aquel que, para ellos, buscara ampliar su popularidad desde la demagogia.

De igual forma, la primera década del siglo XXI fue para Colombia, bajo la presidencia uribista y siempre según estos intelectuales, una etapa de particular identificación nacional y de exacerbado patriotismo que, desde el discurso presidencial se sustentaba en la necesidad de unidad para enfrentar a un enemigo nacional encarnado en las Farc, y a uno internacional, ilustrado en el gobierno de Hugo Chávez. Ambos adversarios, como ya vimos, expresaban simpatías mutuas, lo que permitía una especie de contrario unificado que difuminaba, para Uribe, las diferencias entre izquierda, lucha armada y violencia: la vieja relación que tenía una articulación dependiente en el debate por la definición conceptual. Así, Chávez, además de ser populista, y el *caso espejo* para reflejar la excepcionalidad colombiana, constituía la paradoja de ser parte indispensable de la construcción del nacionalismo en el que se sustentaba el populismo uribista.

Y acá nos enfrentamos a una *nueva paradoja constitutiva al interior de la definición conceptual* del populismo en el caso colombiano que, si bien no tiene el efecto de aquella relacionada con la violencia que vimos en los años setenta y ochenta, ofrece nuevas consecuencias en la asimilación del concepto por parte de los intelectuales que lo definen. Más que una simple contradicción, la paradoja es la imposibilidad de definir al populismo uribista sin el nacionalismo que impulsa, sustentado este a su vez en el populismo chavista al que se opone. Las ramificaciones para los lenguajes políticos que utilizan los intelectuales que participan en los debates serán amplias. Desde la necesidad de explicar una y otra vez sus posturas hasta las simples y llanas contradicciones.

La conflictiva realidad social y política de la primera década de siglo XXI, tanto nacional como regional, modificó notoriamente los contextos de debate de nuestros intelectuales. Lo que denominamos *cuarto pico interpretativo* con sus respectivos *pliegues* y el recrudecimiento del conflicto armado colombiano, generaron además de la explosión conceptual vista en el capítulo anterior, una participación muy activa en la vida pública y política de los académicos que desde la década los setenta y ochenta estaban en los debates por la definición del populismo. Como consultores de gobiernos, en cargos públicos de instituciones de educación superior o como columnistas de los principales periódicos del país, Pécaut, Palacios, Kalmanovitz y Cristina De la Torre, expusieron sus puntos de vista sobre la violencia que aquejaba al país. Allí el concepto de populismo -atravesado y afectado por la coyuntura- se expandió rápidamente de los espacios limitados del círculo académico a tribunas periodísticas que ofrecieron otro uso del concepto tan frecuente como impreciso.

Así, en este capítulo haremos una revisión minuciosa de las participaciones periodísticas de los intelectuales que, como figuras públicas reconocidas que superan los límites de las ciencias sociales, hicieron parte del debate por la definición del populismo y su relación con la violencia en unos años de particular efervescencia. Académicos que, con cada intervención, dieron forma a la idea de la excepcionalidad colombiana relacionada, ahora, con un populismo de derecha, neo, trasnochado, que servía como nuevo ejemplo del particularismo político nacional. Sus análisis periodísticos se circunscriben, en una inmensa mayoría, a artículos de opinión publicados en los

diarios nacionales *El Espectador*¹⁴⁰, *El Tiempo*¹⁴¹ y la revista semanal *Semana*,¹⁴² aunque aparecen también en esta época análisis esporádicos, escritos por Marco Palacios, en los periódicos *El País* de España y la revista web *Razón Pública*. Como veremos en estas páginas los medios escogidos para los análisis de coyuntura que tratan -a veces con cierto detalle y a veces someramente- el tema del populismo tienen un gran impacto en el debate que nos compete y amplía y redefine el concepto, pues se trata de los tres medios de comunicación impresos que, por trayectoria y tiraje, tienen una mayor influencia en Colombia.¹⁴³ Que los intelectuales hablaran en estos diarios y en estas revistas, que participaran en debates públicos sobre el presente y el futuro del país o incluso que tomaran decisiones sobre el acontecer político, educativo y económico, impulsó sustancialmente el alcance de sus propias conceptualizaciones.

Vale la pena aclarar que aún cuando los lenguajes expositivos de los intelectuales se transforman al ofrecer su mirada sobre el concepto desde espacios de circulación periodísticos, la especificidad de la mirada de cada cual se mantiene en relación con su propio interés en torno al populismo. Es así como en el caso de Marco Palacios su énfasis para usar el concepto en sus columnas de opinión va de la mano de una retrospectiva histórica del fenómeno en el país, su imposibilidad y su mirada como proceso inconcluso desencadenador de violencia. En Daniel Pécaut, por el contrario, el análisis de sus entrevistas está articulado con un propósito notorio de explicar la evolución del conflicto armado contemporáneo y, particularmente, con la guerrilla de las Farc. Y para los dos intelectuales que se presentaron como columnistas de *El Espectador* desde 2007, Salomón Kalmanovtitz y Cristina De la Torre, sus miradas en torno al populismo van a estar

¹⁴⁰ El periódico *El Espectador* es el más antiguo de Colombia. Aunque fue fundado en Medellín, en 1887, a inicios del siglo XX se trasladó a Bogotá y desde entonces es considerado el decano de los diarios colombianos.

¹⁴¹ El periódico *El Tiempo* fue fundado en 1911 y, dos años después, fue comprado por Eduardo Santos, quien lo convirtió en un órgano periodístico y político cercano al Partido Liberal. Santos fue electo presidente de Colombia para el cuatrienio 1938 a 1942 y la influencia del diario aumentó con los años. En las décadas siguientes *El Tiempo* pasó a ser el de mayor tiraje en Colombia y varios miembros de la familia Santos dejaron su labor periodística para ejercer la política. En el 2002, Francisco Santos, quien había sido jefe de redacción del periódico, se convirtió en la fórmula vicepresidencial de Álvaro Uribe y ejerció el cargo por dos periodos, hasta 2010. Ese año, Juan Manuel Santos, otro miembro de la familia que trabajó en distintos periodos en el diario, fue electo presidente de la república.

¹⁴² La revista *Semana* es la publicación periodística semanal más influyente del país. Fue fundada en 1946 por el político liberal Alberto Lleras Camargo (electo presidente en 1958) y su primera etapa culminó en 1961. En 1982 fue refundada por el periodista Felipe López y, a partir de allí, su tiraje e influencia creció considerablemente.

¹⁴³ *El Espectador*, *El Tiempo* y *Semana*, constituyeron el triángulo del periodismo nacional en el cierre del siglo XX e inicios del siglo XXI. Según el Estudio General de Medios (EGM), un análisis de medición de audiencias colombiano, para el 2015, los tres medios seguían a la vanguardia en sus ediciones impresas y digitales: *El Tiempo* sumaba tres millones quinientos mil lectores, seguido por *Semana* con dos millones doscientos mil y, en tercer lugar, *El Espectador* con un millón ochocientos mil lectores.

indefectiblemente ligadas a las relaciones de política internacional entre Álvaro Uribe y Hugo Chávez, sus diferencias y sus semejanzas. Kalmanovitz, además, nos ofrece una arista económica del fenómeno que, como ya hemos visto en el cierre del siglo XX, fue fundamental para la asimilación del concepto con el neologismo contradictorio de neopopulismo.

En este IV y último capítulo la fuerza de la profundización teórica recaerá, principalmente, en el peso que tiene la coyuntura en la definición de un concepto político polisémico como el populismo. Será fundamental descubrir la forma en la cual se revela el *cuarto pico interpretativo*, y sus respectivos *pliegues*, en los análisis de la realidad noticiosa a la que los intelectuales se enfrentan para ofrecer -ya no estudios científicos- sino su noción de aciertos y desaciertos de la política cotidiana. Los participantes del debate conceptualizan el populismo mientras, de forma paralela, califican y cuestionan el acontecer nacional y regional.

De igual forma, estaremos atentos a los *contextos de debate* con énfasis en los espacios de circulación, en los que los intelectuales deben cambiar su lenguaje académico por uno divulgativo para llegar a un público más extenso y novato en el tema. Esta mutación en los lenguajes políticos les permite exponer sin cortapisa sus posturas frente a los gobiernos o el conflicto armado y el uso de la adjetivación -tan recelada en sus investigaciones previas- ahora aparece con frecuencia. Allí aumenta la comparación con el *caso espejo* de Hugo Chávez, Venezuela y el chavismo, que reconfigurará definitivamente esta mirada de la excepcionalidad colombiana, atravesada por la particularidad de un conflicto armado interno que parece recrudecerse antes de cualquier fin posible. El venezolano, además de ser el prototipo en el que se refleja la diferencia colombiana, pasó a ser durante el análisis de coyuntura parte ineludible de la propia definición del populismo colombiano lo que deriva en la nueva paradoja al interior del concepto de la que hablamos anteriormente. Si bien, como asegura Elías Palti (2014), la definición conceptual se sustenta en la imposibilidad semántica y esta, además, es una disputa política en sí misma, en estas páginas veremos de qué forma lo paradójico resulta de la categorización, bajo un mismo concepto, de fenómenos abiertamente antagónicos.

2. Los intelectuales al servicio del análisis de coyuntura

Como hemos visto, la primera década del nuevo siglo arrancó para Colombia en medio de un proceso de paz entre el gobierno de Andrés Pastrana y las Farc, siguió con el ascenso del discurso bélico de Álvaro Uribe y cerró con el enfrentamiento crudo entre ese gobierno de derecha y la guerrilla. En diez años el país pasó de escuchar las alternativas del diálogo para buscar el fin del conflicto a enterarse diariamente de secuestros y bombardeos.

En ese ambiente los intelectuales más reconocidos del país, entre los que se contaban Marco Palacios, Daniel Pécaut y Salomón Kalmanovitz, empezaron a ser consultados frecuentemente por los medios de comunicación, primero sobre las negociaciones de paz, luego por las posibilidades de una futura pacificación, y finalmente en torno a los avatares del uribismo y el recrudecimiento del enfrentamiento bélico. Paralelo a su trabajo científico, ahora sus argumentos y sus hipótesis como opinadores de coyuntura se ofrecían en forma de escritos cortos cuyo lenguaje tenía el objetivo de alcanzar el mayor público posible. Como veremos en las páginas por venir, y a diferencia de sus publicaciones académicas, estos nuevos espacios de circulación modificaron la estructura argumentativa de los participantes del debate que ahora se limitaban a plantear rápidamente el problema, hacer una sucinta radiografía de este y por último brindar alternativas propositivas sobre los caminos que deberían seguir los protagonistas políticos del acontecer nacional. Ya no se trataba, como en el debate del siglo XX, de analizar los hechos con el reposo que daba la distancia temporal. Ahora parecía existir sobre Colombia una urgencia siempre manifiesta en la que cada paso se consideraba definitorio para salvar al país de su derrota definitiva, de su futuro violento escrito con antelación, y en la que los intelectuales fueron asimilados como oráculos; por momentos tranquilizadores y por momentos catastróficos.

Es así como los nombres de Palacios, Pécaut, Kalmanovitz y más adelante, y en menor medida, Cristina De la Torre; se hicieron frecuentes en los diarios de circulación nacional. Sus exposiciones, en las que dejaban claras sus posturas políticas, mayoritariamente críticas del uribismo y del chavismo, eran una especie de brújula nacional. Muchos de sus textos de análisis coyuntural, además, funcionaron como adelanto de sus libros de investigación y de divulgación. Allí el populismo apareció como referencia al paso, una vez más vinculado a la violencia, y en el caso particular de Uribe como una evidente excepción del acontecer político latinoamericano.

Colombia *fue, es y será distinta*. Aparecía de nuevo extraviada de la hermandad latinoamericana y de los gobernantes y sus pueblos que insistían en el giro a la izquierda. Quizá el que mejor lo resumió, con una frase contundente que tuvo un enorme eco en aquel país, fue el presidente de Venezuela, Hugo Chávez, cuando el 27 de diciembre de 2009, en un mensaje de feliz año a sus compatriotas en sus famosas *Líneas de Chávez* (una editorial periodística que replicaban medios nacionales e internacionales) le dedicó una frase al país hermano que consideraba traidor: “No será un año fácil (el 2010): los agentes de la reacción internacional preparan su guión para revertir el proceso emancipador que vive Nuestra América. Véase la amenaza imperial en ciernes contra Venezuela desde Colombia: la Colombia hermana convertida en el *Israel de la América del Sur*”¹⁴⁴ (Chávez, 2009).

La carga alegórica de comparar a Colombia con Israel era alta. Chávez se había forjado durante sus años de mandato una cuidadosa reputación de enemigo del gobierno israelí, al que acusaba continuamente de “invasor” del pueblo palestino, de manera que la frase tenía un fuerte peso diplomático y pretendía enviar un mensaje sobre la distancia que existía entre el proyecto político de Bogotá y el resto del continente. Para el bolivariano el gobierno de Uribe no solo había aislado políticamente a Colombia, sino que se movía a ritmos dispares del interés del vecindario y era una anomalía incómoda. Colombia era para la Patria Grande lo que Israel para el mundo árabe: individualismo y traición.

Lo particular para el interés de nuestra investigación es que a los ojos de los intelectuales que participaron en el debate por la conceptualización del populismo, los gobiernos de Colombia y Venezuela, y sobre todo sus presidentes, tan diferentes y antagónicos, unían con frecuencia sus caminos en una intersección política: el populismo.

2.1 Marco Palacios: un rector con posiciones conflictivas

En el cierre del siglo XX y el inicio del XXI Marco Palacios se desempeñaba como profesor de El Colegio de México y era visitante asiduo para dictar seminarios sobre historia en claustros colombianos como la Universidad de Los Andes, la Universidad Nacional o la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín. Como integrante de la Comisión de Sabios en la década de

¹⁴⁴ Las cursivas son propias.

1990 y la publicación cada vez más frecuente de libros de divulgación histórica, Palacios se volvió una fuente habitual entre los editores de periódicos que le pedían a él o a su editorial, extractos de sus obras para imprimirlos en los suplementos culturales de fin de semana, o escritos sobre acontecimientos particulares como las elecciones presidenciales, los anuncios de negociaciones de paz o, más adelante, las decisiones del gobierno de Álvaro Uribe.

En febrero de 2001, y en medio de la promoción para su texto *De populistas, mandarines y violencias* que sería publicado ese mismo mes, Marco Palacios hizo una edición bastante concreta del prólogo del libro y la publicó en las *Lecturas Dominicales* del periódico *El Tiempo*. El artículo se tituló *Colombia, pueblo sin nación* y en él, a diferencia de la citada introducción, escogió de inicio el párrafo¹⁴⁵ sobre la perjudicial ausencia del populismo en el devenir social y político nacional. Aunque no hay ninguna línea nueva -respecto al libro que publica la editorial Norma- en el artículo de *El Tiempo*, los párrafos tienen un orden diferente, que se proponen darle un enfoque distinto, con una mayor fuerza a la idea de la dificultad colombiana para construir una nación. La ausencia de populismo dice, juega un papel fundamental en la falta de unidad nacional y de un Estado fuerte. En las últimas líneas, tras explicitar un listado de las problemáticas que aquejan al país, el historiador profundiza en el estilo analítico y propositivo que se repetirá en sus escritos periodísticos a lo largo de la década y pide un estado capaz de adelantar reformas sociales postergadas. “En un horizonte de pacificación podrá entonces rehacerse el averiado tejido social y culminar exitosamente la desmovilización de las guerrillas y superar casi 20 años de esquemas de paz de buenas intenciones con que hemos venido empedrando el camino al infierno” (Palacios, 21 de febrero 2001)

En el 2002, con el proceso de paz moribundo, Palacios hace una reflexión el 3 de febrero, también en las *Lecturas Dominicales* de *El Tiempo* titulada *El 7 de abril* en la que cuestiona la obstinación del gobierno Pastrana por seguir con un proceso de paz descuadrado, sin horizonte claro y que, según él, servía de pantalla para olvidar otros problemas urgentes como el desempleo, la reforma política y la corrupción administrativa. La fecha del título se refiere al plazo que, para entonces, y tras varios inconformismos que tenían congelados los diálogos, se habían dado las partes en negociación para salvar el proceso, día además en el cual se realizarán las elecciones para

¹⁴⁵ Este párrafo, que abre la presente investigación, y fue analizado en el Capítulo III, es quizá uno de los más famosos en el debate conceptual sobre el vínculo entre populismo incompleto y la violencia.

presidente y con el que, según Palacios, la guerrilla pretendía mantenerse vigente como principal tema electoral. Apoyar o no las negociaciones del Caguán era el tema central del debate político colombiano. La consecuencia de esta obstinación del presidente Pastrana y las Farc y el posterior fracaso del proceso, como ya vimos, llevaría al electorado a elegir en las urnas masivamente a la propuesta de “mano dura” de Álvaro Uribe.

Por el enorme peso coyuntural que significaba el fin de las negociaciones con las Farc, ningún intelectual colombiano podría abstraerse de sentar una posición clara y los debates por la definición conceptual del populismo se verían afectados por ello. Los lenguajes para definir los procesos políticos, categorizarlos y conceptualizarlos, además de entregar una visión académica de los acontecimientos, estaban cargados de diagnósticos preocupantes sobre una nueva oportunidad perdida para acabar con la violencia. En ese sentido, Palacios reparte por igual culpas del fracaso a la insurgencia y al presidente, y se cuestiona los alcances que tendría el recrudescimiento de la guerra.

Días antes de la posesión de Uribe como nuevo mandatario colombiano, Palacios fue consultado por el periódico *El País* de España para que hiciera un pequeño perfil del nuevo gobernante. El artículo se tituló *Un presidente ‘de a caballo’*, y salió impreso el 6 de agosto de 2002. Aunque no se refiere a Uribe, en ese momento, como un populista, es evidente que su análisis del carisma y los modos del gobernante de derecha lo acercan a un concepto que ya tiene más usos como adjetivo de estilo que como fenómeno político. Nueve años después, cuando en el 2011 Palacios publicó un libro dedicado exclusivamente al tema del populismo denominado *Populistas: el poder de las palabras*, esa columna de *El País* será la escogida por el historiador para explicar su visión de Uribe y el uribismo como populista.

“Señalado como un hombre de derechas, la ideología de Uribe no es explícita”, dice Palacios en la primera línea del escrito enfocado a descifrar al nuevo presidente de Colombia del que -se hace evidente- desconfía. Para el historiador lo que se viene con Uribe es el gobierno de un político que ha recorrido todos los escalones del ejercicio público tradicional, desde los concejos municipales, pasando por las alcaldías y las gobernaciones, hasta el Senado, que se vendió como un hombre alejado de las hegemonías partidistas, aunque fue miembro del Partido Liberal, y que aprovechó la colusión de dos eventos: el fracaso del proceso de paz de Pastrana con las Farc y el nuevo mundo que despuntó tras los ataques terroristas del 11 de septiembre. Uribe

construyó desde esos cimientos su propuesta de mano fuerte y la ciudadanía la aceptó. “Fuerte por mandato de los colombianos que votaron con sed de autoridad; fuerte porque los partidos están atomizados; fuerte porque todos los demás actores, constitucionales y metaconstitucionales, sólo tienen una menguada capacidad reactiva frente a las iniciativas de la nueva presidencia” (Palacios, 6 de agosto 2002).

Al recordar el impulso que Uribe dio a los grupos de autodefensa Convivir,¹⁴⁶ Palacios define a Uribe como un sheriff o un hacendado antioqueño que pretende restaurar la ley y el orden a todo lugar, con una “vocación ganadera” y una “visión agropecuaria del mundo y del país”, que, aferrado a los clichés de la guerra contra el terrorismo puede descarrilar si no mantiene un equilibrio entre su enfrentamiento con la guerrilla, las instituciones y las libertades civiles.

Consumado caballista, el nuevo presidente ha sentenciado: 'El caballo exige que, antes de pensar en disciplinarlo, uno tenga que disciplinarse a sí mismo para lograr el equilibrio. Porque el caballo no acepta zalamería ni maltrato; exige equilibrio. Lo mismo que exige el Gobierno'. Esperemos que mantenga ese equilibrio cuando examine las opciones para enfrentar política, ideológica y militarmente a la guerrilla. Por ahora sigue afiliado a fórmulas manidas de estrategia contrainsurgente -'la guerra al terrorismo', como ahora se llama-, que, al igual que 'la guerra a las drogas', parece condenada a sembrar más desorden, ilegitimidad y miseria, siempre en desmedro de las libertades públicas aunque siempre en su nombre. (Palacios, 6 de agosto de 2002).

La silueta del presidente que ofrece Palacios en el periódico español es la de un líder carismático, eje de la idea de los nuevos populistas, aunque se cuida de no conceptualizar sobre el

¹⁴⁶ Las cooperativas de vigilancia y seguridad privada, conocidas por sus siglas de Convivir, fueron unas empresas privadas creadas mediante el Decreto Ley 356 de 1994 por el presidente liberal César Gaviria, como una forma de legalizar la defensa que algunos dueños de tierras hacían de sus propiedades frente a las guerrillas. En 1995, durante la presidencia de Ernesto Samper, se decidió que los miembros de las Convivir podrían llevar armas y equipos de comunicación que hasta el momento eran de uso exclusivo de las fuerzas militares. Cuando Álvaro Uribe fue gobernador de Antioquia (1994-1998) las Convivir tuvieron un aumento exponencial en ese departamento y, según varios analistas, entre los que se encuentran Daniel Pécaut (2017), estos organismos sirvieron como máscara para legalizar los grupos paramilitares de extrema derecha. Las Convivir fueron desmanteladas en 1997 durante el gobierno de Andrés Pastrana. La Organización No Gubernamental internacional, Human Rights Watch relató sus preocupaciones sobre las relaciones entre estos grupos y el paramilitarismo en un informe de 1998: “En 1997, recibimos informaciones creíbles que indicaban que las Convivir de las regiones del Magdalena Medio y el sur del César estaban dirigidas por conocidos paramilitares y habían amenazado con asesinar a colombianos considerados simpatizantes de la guerrilla o que se habían negado a inscribirse en las cooperativas. El 3 de febrero, un grupo de Convivir que al parecer patrullaba con la 14ª Brigada del Ejército en las cercanías de San Francisco, en Santander, ejecutó y desmembró los cuerpos de Norberto Galeano, Reynaldo Ríos y un anciano de setenta años. Dos meses antes, el mismo grupo había sido relacionado con la masacre de al menos siete personas en las aldeas vecinas de La Congoja y Puerto Nuevo, lo cual provocó el desplazamiento en masa de más de 700 residentes”. (Informe Anual de Human Rights Watch 1998). Consultado en: https://www.hrw.org/legacy/spanish/inf_anual/1998/colombia.html

fenómeno ni adjetivar al mandatario que apenas arranca, como uno más del grupo de gobernantes neoliberales que cerraron el siglo anterior o de los nuevos populistas de izquierda que empezaban a florecer en la región tras la llegada de Hugo Chávez tres años antes. Vale la pena señalar, sin embargo, el retrato del hacendado de “vocación ganadera” (como el viejo gamonal que por tantos años representó el terrateniente de los latifundios colombianos) que utiliza el historiador para dar visos sobre el estilo gubernamental del nuevo presidente. Uribe se ufanaba continuamente de sus conocimientos sobre caballos y ganado y del manejo de grandes parcelas agrícolas por lo que varias veces sus críticos aseguraban que esa forma de administración la había trasladado a la Casa de Nariño para manejar el país “como si fuera una finca”.¹⁴⁷

Todo cambiaría para Marco Palacios, como figura intelectual, a partir de 2003. Desde ese momento tiene un hiato como investigador independiente que, si bien solo dura dos años, resulta significativo para entender su mirada y el alcance de sus posteriores análisis en la primera década del siglo XXI. A inicios de ese año es elegido rector de la Universidad Nacional de Colombia en un proceso polémico en el que sus críticos lo asociaron una y otra vez a la presidencia de Álvaro Uribe y lo etiquetaron como el candidato del Gobierno. La elección del cargo directivo más importante de una institución de educación superior en Colombia se compone, primero, de una votación interna, entre los alumnos y los profesores, y luego de una entrevista privada con un Consejo Superior (al que pertenece el Gobierno Nacional). Aunque Palacios perdió la votación, el Consejo aseguró que la experiencia administrativa y el plan de gestión del historiador eran los adecuados para la Universidad, por lo que procedieron a nombrarlo nuevo rector, en contravía de la decisión mayoritaria.

El periodo que debía cumplir era de tres años, pero desde el inicio tuvo enormes tropiezos, con cartas de alumnos y profesores que pedían reversar la decisión y otros intelectuales que lo apoyaban.¹⁴⁸ Si bien Palacios tomó posesión del cargo en abril de 2003, una demanda tumbó el

¹⁴⁷ Uno de los principales opositores de Álvaro Uribe, hasta el día de hoy, es el político de izquierda Gustavo Petro quien, en los años ochenta perteneció a la guerrilla del M-19 y, luego de desmovilizarse, hizo parte de los partidos políticos Alianza Democrática y Polo Democrático. Petro ha sido senador y candidato presidencial en varias oportunidades y alcalde de Bogotá entre 2012 y 2015. Aún en el 2018 declaró, a propósito de Uribe y su partido político Centro Democrático: “Manejan el país como su finca. Hasta las ruedas de prensa son en los establos”. Ver: <https://www.lafm.com.co/politica/gustavo-petro-manejan-el-pais-como-su-finca-hasta-las-ruedas-de-prensa-son-en-los-establos>

¹⁴⁸ El nombramiento de Marco Palacios como rector de la Universidad Nacional en 2003 estuvo inmerso la polémica desde el principio. El senador de izquierda, Jorge Robredo, aseguró que la designación del historiador como rector obedeció a presiones del presidente Álvaro Uribe. Un grupo de intelectuales, entre los que estaban Salomón

nombramiento, que se mantuvo en vilo hasta diciembre de ese mismo año cuando, finalmente, fue ratificado. La hoja de ruta del nuevo rector incluía una reforma al plan de ingreso de los alumnos, el aumento en el número de postgrados y la disminución del tiempo de algunos pregrados de cinco a cuatro años. Sus iniciativas, sin embargo, tuvieron dificultades para ser aprobadas y el mismo Palacios renunció menos de un año y medio después, en abril de 2005, aduciendo problemas personales. Aún cuando en su papel de analista y de intelectual, como ya vimos en el Capítulo III, había sido crítico de Álvaro Uribe, su segundo paso por la rectoría de la Universidad Nacional marcaría para siempre su imagen. Una entrevista dada a la revista *Semana*, al momento de su renuncia, ayudó aún más a sembrar dudas sobre su independencia respecto al gobierno uribista y a su política de “Seguridad Democrática”:

Semana: ¿Cree que la famosa seguridad democrática va por el camino correcto?

Marco Palacios: La seguridad democrática ha sido importante, por lo menos puso sobre el tapete la relación entre seguridad y democracia, independientemente de si uno está de acuerdo con la forma como el gobierno interpreta esos conceptos. (Palacios, 10 de abril de 2005)

Desde su renuncia a la rectoría a la Universidad Nacional, Palacios volvió a Ciudad de México y permaneció allí para regresar solo esporádicamente a Bogotá a la Universidad de los Andes a dictar alguna cátedra. Sus textos en el segundo lustro de la década tuvieron un marcado acento en la historia divulgativa y en las investigaciones sobre la historia agrícola y económica del país. En el 2008, y a petición una vez más de *El País* de España, publicó un texto periodístico para referirse a la presidencia de Álvaro Uribe y a las condiciones de la política colombiana a mitad del segundo mandato del gobierno de derecha. En él, retomando su caracterización del perfil del presidente que había publicado seis años atrás, se atreve a volver al concepto de populismo para definirlo. La columna tiene por título *El nuevo mapa electoral colombiano* y fue publicado el 12 de julio de ese año. La coyuntura que impulsa el análisis de Palacios es la Operación Jaque¹⁴⁹ y la

Kalmanovitz, Jorge Orlando Melo y Eduardo Pizarro León Gómez, respaldaron el nombramiento. Ver: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-986740>

¹⁴⁹ La Operación Jaque fue el nombre de una operación de inteligencia adelantada por el Ejército Colombiano el 2 de julio de 2008 que terminó con la liberación de 15 secuestrados que estaban en manos de las Farc. La versión oficial de los hechos asegura que un grupo de militares, distribuidos en dos helicópteros que simulaban ser del Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR), engañaron a los guerrilleros que tenían en su poder a los secuestrados y así lograron su liberación, simulando un traslado aéreo con un ONG. Dos jefes guerrilleros (Gerardo Antonio Aguilar,

muy publicitada liberación, en ella, de la política colombo-francesa Ingrid Betancur, quien llevaba secuestrada seis años por las Farc en las selvas colombianas.

Para explicar en un medio español la situación del país, tras seis años de uribismo, Palacios va directamente a la comparación con Venezuela y con Hugo Chávez, quien es un presidente mucho más famoso internacionalmente que el colombiano. En la columna, por primera vez, Palacios define a Chávez y a Uribe como populistas: “En Colombia, como en la vecina Venezuela, los presidentes llenan casi todo el espacio político. Caudillos, uno de signo negativo y otro positivo (el lector decidirá quién es qué) han creado el nuevo campo magnético de la *bipolaridad populista*¹⁵⁰ en el norte de Suramérica” (Palacios, 12 de julio de 2008).

La figura del *campo magnético* es particularmente diciente en este punto de los debates por la definición conceptual. Se ofrece como la idea de polos opuestos que, paradójicamente cercanos desde las formas, están alejados en el contenido. Pero, al mismo tiempo, da positividad a uno, como un signo beneficioso, y negatividad al otro, como uno perjudicial. El juego que le propone Palacios al lector europeo, de *El País*, desde los paréntesis, es que tome una posición política que él no quiere tomar. No es una propuesta inocente para ese momento -2008- cuando Hugo Chávez tenía una altísima popularidad en América Latina y en buena parte del espectro de izquierda europeo. Son dos populismos, que para el autor son distintos, pero no se atreve a calificarlos si bien con anterioridad ya había dado puntadas para etiquetarlos como negativos a ambos.

Este escrito de Palacios es una radiografía interesante de la forma en la cual la comparación del uribismo y el chavismo -en su estilo más que en su propuesta programática- dinamitó por completo la especificidad del concepto de populismo cuando este se hizo presente en el análisis de coyuntura. El nivel de vaguedad en su uso como categoría adjetival llevó a una carga semántica del concepto, “a lo Koselleck”, que desvaneció sus límites. La idea de la *bipolaridad populista* solo puede ser explicada bajo la aceptación del concepto desde su cara evaluativa que marca dos

alias César; y Alexander Farfán, alias Gafas), fueron apresados por los militares durante el engaño. Entre los secuestrados estaban tres contratistas estadounidenses (secuestrados en 2003), siete miembros del ejército (algunos de ellos secuestrados desde 1998), cuatro policías (algunos secuestrados desde 1998) y la política colombo-francesa Ingrid Betancourt (secuestrada en el 2002 cuando era candidata presidencial). Versiones alternativas de la Operación aseguran que la liberación se dio gracias a un acuerdo entre los jefes guerrilleros alias César y Gafas, y el gobierno de Álvaro Uribe. La Operación Jaque significó el mayor punto de popularidad para Álvaro Uribe quien, según encuestas de ese entonces, llegó a una aceptación del 85 por ciento. Varios libros periodísticos relatan la operación entre ellos *Operación Jaque: La verdadera historia* de Juan Carlos Torres (2009) prologado por el expresidente Juan Manuel Santos quien, durante la operación, era el ministro de defensa del gobierno de Uribe y estuvo al mando de ella.

¹⁵⁰ Las cursivas son nuestras.

extremos de política diversos, pero se arropan bajo los mismos principios de carisma y popularidad. Queda muy poco aquí de aquella definición de Palacios del populismo incompleto colombiano, en sus trabajos de la década de 1970 y 1980, en los que el fenómeno terminaba por influir en el desarrollo violento de la nación. Parte de la excepción colombiana en este caso ya no es lo inacabado del populismo y sus consecuencias sino las características del líder, contrarias a las de la mayoría de los gobernantes del continente.

Es importante recordar en este punto que, desde la coyuntura política nacional con la omnipresencia de Álvaro Uribe, la duda que rondaba al país en ese entonces era si el presidente buscaría una tercera elección, aún imposibilitado por la ley. La figura de Ingrid Betancur aparecía como posible candidata presidencial, aunque estaba lejos de tener la popularidad de Uribe. La pregunta que se hace el historiador, ahora como analista de coyuntura electoral, era si Betancourt, que “emerge del cautiverio (...) como una heroína nacional” podría encarnar las esperanzas de una reconciliación nacional tras los años de mano dura de la política de seguridad democrática. “Amanecerá y veremos”, dice Palacios para cerrar el artículo.

La evolución acelerada del panorama electoral colombiano no demoraría en demostrar que las posibilidades de Betancur en la política nacional eran nulas. Tras su liberación, se desprendió de cualquier interés electoral y se retiró de la vida pública. Álvaro Uribe y Hugo Chávez, por el contrario, mantuvieron el tire y afloje institucional al interior de cada país y entre ellos, como una especie de mandatarios dependientes el uno del otro para sus propósitos gubernamentales. Para usar la frase de Palacios: el campo magnético de la bipolaridad populista se mantendría varios años más, aún cuando Uribe dejó la presidencia en el 2010.

Que el historiador que dio nacimiento al debate por el concepto del populismo en las ciencias sociales colombianas en 1971 y que ofreció por primera vez la articulación dependiente entre la ausencia del fenómeno y la violencia, transformara el uso del concepto en un adjetivo calificativo de las más variables características, quedó claro en otro artículo del 2008, publicado por la página web *Razón Pública* de la cual él mismo era fundador. En un escrito titulado *Las Farc y la paz de Colombia*,¹⁵¹ publicado el 16 de julio, y en el que detalla las “claves del conflicto colombiano”, Palacios construye uno de sus textos más subjetivos y adjetivados hasta la fecha en

¹⁵¹ El artículo había sido publicado unos días antes en la página web Letras Libres y Marco Palacios permitió su reproducción en *Razón Pública* como una forma de darle impulso a la revista que nacía y de la que hacía parte.

el que califica y cuestiona a los protagonistas del conflicto armado que, si bien tienen vínculos con la Violencia de mediados del XX, ahora encuentran en el narcotráfico a su principal motor. Al criticar a las Farc y al gobierno de Uribe, pide llegar a un entendimiento que permita buscar un camino negociado. Ese sendero tendría que pasar, seguramente, por los buenos oficios del gobierno venezolano, quien ya se había mostrado dispuesto a ser garante de encuentros exploratorios para posibles procesos de paz.

El texto de *Razón Pública* es importante en el debate conceptual por el papel preponderante que Palacios le da a la figura de Hugo Chávez en relación con el conflicto armado colombiano y con los grupos subversivos. En concordancia con los postulados de Daniel Pécaut en sus escritos de análisis del enfrentamiento entre el gobierno de Uribe y las Farc, Palacios insiste en que la guerrilla logró un interlocutor internacional en el proceso bolivariano en el que Bolívar se erige como vínculo simbólico entre la guerrilla y Caracas.

En Bolívar (las Farc) encontraron una veta para la “colombianización” de la ideología marxista leninista. Inventaron, como Chávez, un Bolívar padre del antiimperialismo, traicionado por las clases semif feudales oportunistas y antinacionales que sucumbieron a los privilegios que les garantizaba el Imperio Británico. Bolívar, caraqueño, aristócrata y *populista*,¹⁵² del que Marx escribiera una que otra verdad, ascendía al altar fariario de Marx y Lenin (Palacios, 16 de julio de 2008).

Nombrar a Simón Bolívar como populista lo dice todo. Es la explosión del uso del concepto en Marco Palacios al punto del anacronismo, como una exacerbación que se ajusta a los nuevos parámetros de la política regional: para él, los populistas son los caudillos del siglo XXI. Caudillismo y populismo vuelven a la palestra como un continuo comportamental y teleológico, ineludible, de los gobernantes colombianos y venezolanos. Lo populista es entonces no un camino de inclusión de las demandas del pueblo a la política sino un cuerpo extraño que se enquistó en naciones con recurrentes crisis democráticas ya sea por su violencia como en Colombia, o por las debacles económicas, como en Venezuela.

Al cerrar la década, Marco Palacios deja establecido que su uso del concepto tiene dos momentos fácilmente diferenciables y que se relacionan directamente con los suelos de articulación sobre los cuales los construyó. Los populismos clásicos fueron un fenómeno

¹⁵² Las cursivas son nuestras.

históricamente situado, por el que Colombia no transitó. El populismo como característica comportamental, es el resultado de las transformaciones políticas latinoamericanas que ahora, en la primera década del nuevo siglo, se muestran desde exponentes opuestos. Entre ambas definiciones existen muy pocos vínculos. Es esa fragmentación conceptual la que le permite al historiador doblar un análisis en el que por momentos el concepto es añorado como proceso y cuya ausencia es clave en el recorrido violento nacional y, por otros, le sirve para atacar a los políticos que considera charlatanes e irresponsables. Aunque la ambivalencia está presente en sus textos académicos del siglo XXI, es en sus escritos periodísticos en los que se hace cada vez más evidente que ha tomado partido por uno de sus usos y se ha quedado con el concepto de populismo como sinónimo de demagogia, aunque cada tanto recuerda la articulación dependiente entre el populismo clásico y la violencia.¹⁵³

Así lo hace en su último artículo de este periodo en el que, por motivos de coyuntura histórica a propósito de las celebraciones por los bicentenarios en América Latina, insistió en la relación de hermandad política entre los procesos políticos venezolanos y colombianos. El escrito se titula *Ciudadanos imaginarios*, publicado en *El Tiempo* el 22 de junio de 2010, y en él volvió a la hipótesis sobre cómo, respecto a la violencia, fue el populismo clásico el que salvó a Venezuela, pero al mismo tiempo, fueron las rentas petroleras las que descarrilaron la economía del país y lo llevaron al desbalance institucional que ya se veía en el cierre de la década.

No puede ser mayor el contraste institucional entre las hermanas y vecinas repúblicas de Venezuela y Colombia. La continuidad de una oligarquía civilista diestra en el manejo de la democracia representativa en un país que hasta 1950 estuvo compuesto por mayorías campesinas, marca un fuerte contraste con la historia de hombres fuertes y dictadores de Venezuela, casi siempre dispuestos a movilizar sectores populares (Palacios, 22 de junio de 2010).

La economía es el eje sobre el cual el concepto de populismo encuentra su mayor diferenciación. El *caso espejo* venezolano permite explicar, en el caso de Palacios, lo que a simple vista parece una contradicción. Como concepto político polisémico, el populismo no es ni “bueno”

¹⁵³ En el 2009 Palacios publicó otro artículo en *Razón Pública*. Se trata de *Seguridad Modelo 1950*, del 8 de junio, en el que se refiere a las actitudes intimidatorias de la presidencia del conservador Laureano Gómez. Aunque no trata el tema del populismo, después hizo parte de su libro compilatorio de ensayos de 2011 *Populistas; el poder de las palabras*.

ni “malo”. Parece innegable que como proceso de constitución nacional aportó una transformación nacional necesaria en varios países de la región, que les evitó el derramamiento de sangre, pero al regresar a él, en el siglo XXI, no encontrará los viejos aspectos sociales y políticos sobre los que se sostuvo y caerá en una demagogia impulsada por las rentas de materias primas, cuyos resultados -perjudiciales estos sí- se multiplicarán de la medida en que los países tengan o no estabilidad en sus instituciones democráticas.

Además de un espejo comparativo para el caso colombiano, Venezuela se presenta en los análisis periodísticos de Palacios como el prototipo de los logros y las desgracias que puede acarrear un mismo fenómeno. Según su hipótesis, ese país obtuvo una mayor inclusión de sectores populares por “los hombres fuertes” que los movilizaron a mediados del siglo XX, pero ahora, con un demagogo en el Palacio de Miraflores, que recuerda a los viejos “caudillos”, sufre las consecuencias del desorden económico y la crisis que ha causado su falta de respeto por los otros poderes del Estado.

2.2 Daniel Pécaut y el interés de involucrar a Europa en Colombia

La participación de Daniel Pécaut en el debate por la definición del concepto de populismo en la primera década del siglo XXI en Colombia también se desplazó a espacios de circulación periodísticos. A diferencia de Palacios, y por vivir en Francia, Pécaut era frecuente en los diarios colombianos no con artículos propios si no con entrevistas que ofrecía cuando visitaba al país para dar charlas, participar en debates o promocionar un nuevo libro, en medios de circulación nacional como *El Tiempo* o *Semana*.

La participación del colombo-francés es significativa en el debate político de los últimos años de los que nos ocupamos. Como profesor del Instituto de Altos Estudios en Ciencias Sociales en París, Pécaut insistió y afianzó sus vínculos con la academia colombiana y en un momento de particular efervescencia política suramericana, con el proceso de paz entre Pastrana y las Farc primero, y con la presidencia de Álvaro Uribe después, se mostró como el lazo entre los intereses colombianos y los europeos. Incluso, de la mano de otros colombianistas, hizo pública una carta en la que pedía mayor compromiso por parte de los gobiernos europeos con el proceso de paz de

El Caguán.¹⁵⁴ Pécaut era la caja de resonancia de la problemática del conflicto colombiano. Las entrevistas y las publicaciones periodísticas en esta década permiten tomar el pulso de la coyuntura de una forma más concreta que con la publicación de artículos académicos o libros.

Daniel Pécaut representa, en el cierre de nuestro periodo de estudio sobre los debates por la definición del concepto de populismo, el intelectual comprometido con la solución de un conflicto que lleva décadas y cuya complejidad él parece descifrar. La forma en la cual interviene en el debate y el lenguaje que utiliza, recalando sus posturas, dista mucho de aquellas maneras que cuidó tanto en los ochenta y noventa, cuando tomaba distancia como un académico que mira su objeto con recelo y respeto. Así, su participación para analizar la coyuntura colombiana en el nuevo siglo se llena de adjetivos, categorizaciones e incluso frustraciones. Pécaut toma las banderas de un particular activismo sustentado en los estudios que lo anteceden. El objetivo es evitar que el país termine por ser el estado fallido que se ha anunciado tantas veces.

En el 2001, convencido de que Europa debería jugar un papel más activo en Colombia, Pécaut da una entrevista en *El Tiempo*, el 14 de febrero, titulada *EU debe meterse en un papel de veeduría*. En ella se hacen explícitos los aspectos que, en los años siguientes, se convertirían en la regla de sus análisis políticos sobre el conflicto, la importancia que tendrían en ellos las Farc y su tránsito evidente de intelectual académico a consejero y opinador de coyuntura. En las respuestas que da a *El Tiempo*, Pécaut pide a las Farc mayor seriedad con el proceso de negociación, mayores hechos de paz, y a la Unión Europea un compromiso para ser vigilante de los acuerdos a los que lleguen las partes. El intelectual denuncia, en contravía de lo que parece evidente por los viajes de líderes guerrilleros a Europa con los que él mismo se había reunido,¹⁵⁵ que las Farc, con su evidente

¹⁵⁴ El 27 y 28 de noviembre del año 2000 un grupo de intelectuales europeos, liderados por Daniel Pécaut, realizaron el Encuentro Internacional de París, una iniciativa del Comité Universitario Francés por Colombia en el que hicieron un llamado a insistir en el diálogo de paz que por entonces adelantaba el gobierno de Andrés Pastrana y las Farc y que pasaba por varias dificultades y aplazamientos. Los intelectuales europeos se ofrecían con garantes y mediadores del conflicto y prestaban sus buenos oficios. La carta recibió amplio despliegue mediático en Colombia y tuvo respuesta por parte de un grupo de intelectuales colombianos entre los que estaba Marco Palacios, pero no logró mayores efectos reales en las negociaciones de paz.

¹⁵⁵ Daniel Pécaut, con un grupo de intelectuales europeos, recibió en el año 2000 a delegados de las Farc que viajaron a Europa, con la autorización del gobierno de Pastrana, para exponer los beneficios del proceso de paz. Pécaut recuerda particularmente su encuentro con alias Raúl Reyes, segundo al mando de la guerrilla, quien estaba interesado en promover un intercambio de secuestrados por guerrilleros presos en las cárceles colombianas por lo que había dado la orden de aumentar el número de secuestros de personalidades políticas reconocidas en el país. De la reunión recuerda Pécaut: “Me atreví a decir a Reyes que era posible que, cuando el conflicto armado llegara a su fin, la opinión presentaría sobre el balance de esos años el mismo juicio que sobre los años de la Violencia: miles de víctimas y desplazados para nada. La observación le pareció absurda” (Pécaut y Valencia, 2017: 268). Valga recordar que la

vínculo narcotraficante y con sus secuestros, está perdiendo el apoyo de las democracias europeas que ven con temor las violaciones a los derechos humanos.

El 7 de agosto del 2002, día de la posesión de Álvaro Uribe como nuevo presidente, Daniel Pécaut brindó una entrevista a la revista *Semana* que se titula con las comillas “*Colombia vive sin saber lo que quiere*”, en la que demuestra un evidente cansancio por las imposibilidades de la paz tras el fracaso del Caguán. “Todos hablan de paz, paz, paz, pero la sociedad y los gobiernos carecen de convencimiento para saber qué tipo de paz quieren, en qué condiciones, qué es lo que se puede otorgar” (Pécaut, 7 de agosto de 2002).

Ya para entonces, y con un nuevo huésped en la Casa de Nariño, la propuesta de insistir en la negociación enfrentaría dificultades casi insalvables tras dos hechos fundamentales que tendrían un enorme eco en los siguientes escritos de Pécaut. El primero, la ruptura del proceso de paz y el segundo, el secuestro por parte de las Farc de Ingrid Betancur,¹⁵⁶ que, por tener nacionalidad francesa, puso a Colombia y a su conflicto, en el foco de Europa. Pécaut empezó a ser cada vez más consultado,



Imagen 6. Ingrid Betancourt estuvo secuestrada por las Farc por más de seis años, entre el 2002 y el 2008. Su historia tuvo un amplio despliegue en Europa. Imagen difundida por las Farc como muestra de supervivencia en 2007. Recuperada de: <https://tinly.co/uAhJp>

tanto en Europa como en Colombia, para que diera su visión sobre el país, sobre las Farc e incluso

persecución y posterior muerte de Raúl Reyes en Ecuador, llevó al fuerte choque diplomático entre Colombia y Venezuela del que hablamos al inicio del presente capítulo.

¹⁵⁶ Según recordó Pécaut, años después, el secuestro de Ingrid Betancur tuvo un enorme impacto en Francia, que desconocía casi todo sobre Colombia y su conflicto. “Colombia atraía la atención, debido al caso de Ingrid Betancourt: el Gobierno francés hacía de su liberación una causa prioritaria, en particular Dominique Villepin -primero como ministro de Relaciones Exteriores y después como primer ministro-, que la conocía personalmente y, por haber vivido en Venezuela, estaba al tanto de la situación. En 2003 los servicios secretos franceses habían llevado a cabo un intento de ‘ex filtración’ de Ingrid desde Brasil que había terminado en fiasco. La diplomacia francesa de los países andinos estaba igual mente concentrada por completo en este asunto. La opinión pública también se había movilizó y numerosos comités militaban en favor de su liberación. Nada de asombroso había entonces en el hecho de que se quisiera saber más sobre las FARC”, (Pécaut y Valencia, 2017: 280)

sobre el nuevo presidente. En el 2002, en una visita a Europa, el mismo Álvaro Uribe se reunió con Daniel Pécaut para escuchar su análisis de la situación colombiana.¹⁵⁷

El intelectual ya no era el colombianólogo que interpretó al orden y a la violencia como las dos caras de una misma moneda, en la constitución de una nación con dificultades para consolidar su propia identidad. Era, ahora, el experto al que buscan los presidentes para trazar una hoja de ruta. Su papel de oráculo no significaba, sin embargo y como reconocería después, que sus consejos fueran oídos.

Un año más tarde, en agosto de 2003, y tras los primeros 12 meses de la presidencia uribista, Pécaut publicó su libro *Midiendo fuerzas*¹⁵⁸ como resultado de una petición expresa de un Instituto de Investigación francés que pretendía tener un texto que desmenuzara las cualidades del nuevo gobierno de derecha. Como promoción, en las *Lecturas Dominicales de El Tiempo*, Pécaut publicó el 3 de agosto *La incertidumbre militar*, un extracto del libro en el que hace énfasis en la preocupación que supone el auge paramilitar, aupado por la guerra contraguerrilla de Uribe, y las posibilidades de que, contrario a los años de Pastrana, el tema de mayor interés no fuera la búsqueda de la paz sino el triunfo en la guerra.

La coyuntura que atraviesa toda discusión política en Colombia en este momento es el conflicto armado y la campaña del gobierno de Uribe para acabar definitivamente con las Farc. Como vimos con Marco Palacios, los intelectuales reconocen que el recrudecimiento de la guerra era esperable tras lo ocurrido con Andrés Pastrana, pero se hace evidente, con el paso de los meses, que la guerra se convierte de a poco en un ruido sordo al que la sociedad colombiana se acostumbra y no cuestiona, y que parece intrascendente para las grandes ciudades mientras la periferia y el campesinado sufre las consecuencias.

¹⁵⁷ Ya como presidente electo, Álvaro Uribe realizó una gira por Europa para reunirse con gobiernos e intelectuales. En Francia, tuvo un encuentro con Daniel Pécaut para pedirle su opinión sobre el conflicto. Pécaut expresó días después de la reunión que resultaba evidente la forma en la que Uribe encarnaba el agotamiento de la sociedad con la guerrilla, pero era cauto sobre el alcance del nuevo gobierno si este se limitaba a enfrentar el problema desde la estrategia militar. “(Uribe) Es el producto del fracaso del proceso de paz, es el fruto del desgaste de la retórica de la paz. De todas maneras creo que Uribe es muy consciente de que habrá que volver a la negociación, pero antes deberán también fortalecer las instituciones en todos los sentidos, no solamente en el militar. Él tiene el reto inmenso de que la gente pueda nuevamente tener confianza en el Estado, y así el Estado puede ejercer esa legitimidad” (Pécaut, 7 de agosto de 2002)

¹⁵⁸ El texto fue analizado en el Capítulo III.

Pécaut, a partir de allí, dedicó sus esfuerzos a entender y explicar a las Farc. Sus libros, artículos y entrevistas lo dejan claro. En 2006 publicó el artículo *Las Farc: las fuentes de su longevidad y de la conservación de su cohesión* y en el 2008 el libro *Las Farc ¿una guerrilla sin fin o sin fines?*, los dos como resultado de solicitudes expresas, de la revista *Heródoto*, el primero, y de la editorial francesa Lignes de Repères, el segundo.¹⁵⁹ Ese mismo año, Pécaut realizó una visita a Colombia de la que salieron varias entrevistas en medios impresos, todas enfocadas en las Farc, a su evidente deterioro, y al análisis de las políticas de seguridad democrática de Uribe. El 18 de julio se publica en *El Tiempo* “*Las Farc están muy debilitadas*”, el 2 de septiembre en *El Espectador* “*Las Farc practican una política de resentimiento*”, y el 9 de septiembre, en *El Tiempo*, “*Los núcleos de simpatizantes de las Farc en el exterior no son nada*”. Las frases que titulan las tres entrevistas resumen una postura clara de Pécaut respecto al acelerado deterioro de la guerrilla. La conclusión, de las tres publicaciones, es la misma: las Farc perdieron la iniciativa, están corruptas por el narcotráfico, golpeadas militarmente y tienen que apurarse en la búsqueda de una nueva negociación tras lo ocurrido con el gobierno anterior. El debate en el que participan nuestros intelectuales ha dado paso a una narración de los acontecimientos de forma casi paralela al momento en el que ocurren, casi al estilo de una crónica deportiva transmitida en directo, lo que hace que el *cuarto pico interpretativo* se imponga sobre el ejercicio analítico de una manera más rotunda que en los anteriores.

Si bien en esta década el foco de Pécaut al tema de la violencia, y principalmente al conflicto armado entre el gobierno y la guerrilla, dejó de lado el concepto de populismo, sus escritos y entrevistas periodísticas refuerzan la postura que acompaña su mirada diacrónica sobre Colombia: la violencia lo atraviesa todo y juega con el orden institucional en un país en el que ambas dimensiones son interdependientes de lo social. Años después, en una famosa conferencia dictada en la Universidad de Antioquia, Daniel Pécaut aseguró que en Colombia todo está permitido menos el populismo, frase que hizo carrera en el ámbito académico y con la que empieza esta investigación. Se permite el narcotráfico, la corrupción, la lucha armada, pero no el populismo, que es visto con pánico por las élites económicas y políticas de un país que tiene enormes dificultades para encontrar un proyecto unificado de nación.

¹⁵⁹ Tanto el artículo como el libro son estudiados en el Capítulo III.

En una extensa entrevista otorgada al historiador Álvaro Valencia, que sería luego publicada como libro por la editorial Debate,¹⁶⁰ Pécaut repasa los años de la primera década del siglo XXI y asegura que una de las características más notorias de Uribe fue ofrecerse al mismo tiempo y de forma paradójica como el Estado y la voz de los ciudadanos contra el Estado ineficiente. El ejemplo paradigmático de este desdoblamiento político eran los consejos comunales de cada fin de semana. El presidente, dice, se presentó a los colombianos como un político distinto, que reconocía errores y se postulaba como boleta de cambio. “Al criticar al Estado, pero al mismo tiempo simbolizarlo, Uribe alimentaba el componente del populismo paternalista”, (Pécaut y Valencia, 2017: 301). Pero ¿logró Uribe, desde su mandato, la construcción de una idea de nación? Según el colombo-francés sí, aunque lo hizo de forma precaria y con el objetivo de conquistar triunfos muy concretos siempre vinculados a la promesa de acabar definitivamente con la violencia.

Lo que denominamos *articulación dependiente* entre el concepto de populismo y el de violencia, en el caso de Uribe y según Pécaut, pasa por el aprovechamiento del presidente de un cansancio en la población con las Farc que, desde la Anapo, dejaron pasar uno tras otros los momentos de ruptura que eran potenciadores para su proyecto político. Pécaut asegura que lo que Álvaro Uribe logró en la política colombiana fue la convicción de una nación que antes no existía, aglutinada gracias a un proyecto de derrota de la insurgencia. La guerrilla era el enemigo que encarnaba todas las desgracias y, en la lucha antisubversiva, se alimentaba la “fiebre nacionalista”.

En el centro de todo el proyecto uribista estaba el relato de la guerrilla como enemigo único que se arraigó de forma acelerada y con la anuencia de los medios de comunicación. Cada vez que el Ejército presentaba un golpe a las Farc lo brindaba como motivo de orgullo de toda la nación; proceso que llegó a su culmen con la Operación Jaque y la liberación de Ingrid Betancur y los policías y estadounidenses secuestrados con ella. Si bien la lucha contra las Farc era el motivo que consolidaba el nacionalismo, desde la política interna, las tensiones con la Venezuela de Hugo Chávez eran la ficha internacional que aglutinaba el discurso patriótico.

El enemigo externo lo encarnaban Chávez, Venezuela y el “socialismo”. No es gratuito que una de las decisiones que más incomodaron a Uribe cuando dejó el cargo fue la actitud de Juan

¹⁶⁰ La entrevista fue publicada en el 2017 bajo el título *Daniel Pécaut. En Busca de la nación colombiana*. Si bien su aparición sobrepasa nuestro periodo de estudio, nos atrevemos a traer algunas de sus ideas por la forma en la que condensan muchas de sus disquisiciones en torno al populismo a lo largo de su carrera.

Manuel Santos, una vez posesionado como su reemplazo, de acercarse al mandatario venezolano para lograr la negociación con las Farc. En una sola determinación, el presidente Santos decidió acercarse a los dos grandes antagonistas de la construcción del nacionalismo uribista:

Uribe creó de manera coyuntural un imaginario de nación, pero nada que fuera comparable con el peronismo, el getulismo e, incluso, el *chavismo*.¹⁶¹ Uribe se cuida de tocar al liberalismo económico. El estado uribista es garante de la ‘seguridad’, pero no tiene vocación de convertirse en la clave de la bóveda del desarrollo (Pécaut y Valencia, 2017: 313).

Pécaut reconoce al concepto de populismo como una “dimensión” tanto para Álvaro Uribe como para Hugo Chávez, que representa al igual que para los otros intelectuales participantes del debate, un *caso espejo* ineludible en el siglo XXI. Ambos se hermanan en su condición populista y ambos pretenden la construcción de un imaginario de colectividad nacional. Sin embargo, las semejanzas se detienen allí, pues mientras el chavismo intenta una idea de nación que consolide un proyecto político a largo plazo, en el que se pone en juego la visión social y económica de todo el país; por el contrario, la construcción de lo nacional colombiano impulsada por Uribe tiene un objetivo delimitado por la lucha contra la guerrilla. La fantasía de la vanidad nacional sustentada en la garantía de fuerza y seguridad.

Más allá de limitar al carisma todos los rasgos del populismo uribista, Pécaut profundiza en los elementos que estimulan la popularidad del presidente entre 2002 y 2010 y concluye que esta tiene su eje en la capacidad de ofrecer un sentimiento de unidad nacional a un país que históricamente se ha sentido inseguro -de los otros y de sí mismo- con su imagen de territorio condenado al fracaso y golpeado por una violencia cíclica y eterna.

La construcción del populismo en Uribe se aprovecha de uno de los aspectos colombianos por antonomasia que, como hemos visto a lo largo de esta investigación, hace parte de la invención de la idea de excepcionalidad. Esto es la creación de un relato unificado de todas las violencias que han convivido en el país como si fueran una sola y por lo tanto tuvieran una misma solución. Todos los muertos y las balas y las bombas, y los secuestros y los atentados y las amenazas, representan una misma herencia maldita desde el catastrófico 9 de abril de 1948. Colombia está

¹⁶¹ Las cursivas son nuestras.

destinada a ser violenta y allí reside el elemento primordial que *la hace* nación: su violencia y la forma en la cual la enfrentamos. Esa vuelta de tuerca en el análisis del proyecto uribista, entendido como populismo, es quizá uno de los aportes más lúcidos en el cierre del debate por la definición del concepto.

Álvaro Uribe, con un proyecto económico y social que no difiere de forma sustancial de aquel que tenían sus antecesores, aprovecha la violencia para impulsar su discurso y llama al pueblo a enfrentar el gran enemigo nacional. Lo específico y particular es que, en el presidente colombiano, según Pécaut, el “pueblo” es la “opinión”:

El pueblo que Uribe trata de aglutinar alrededor suyo no tiene identidad propia; es un pueblo que no expresa reivindicaciones, sino quejas. Sus encuentros con el presidente son la puesta en escena de una relación directa, que pretende dejar de lado las mediaciones políticas habituales. Hay sin duda en esta relación una *dimensión populista*¹⁶² y una tonalidad un poco paternalista, como la del “soberano” que recoge los lamentos de su pueblo y promete aportar soluciones a sus problema (Pécaut y Valencia, 2017: 299).

Como ya lo había expuesto Cristina De la Torre en su texto de 2005, Uribe, respecto al pueblo, pone de manifiesto la idea de “comunitarismo” como ideal y al Estado de opinión como su termómetro, por encima incluso de las instituciones. Allí lo comunitario y lo católico sirven de lindero para el camino conservador que debe seguirse y se antepone a la idea de un individualismo que, por el contrario, representa lo anárquico, aún cuando él mismo descendía de las filas del Partido Liberal. La comunitario estará en función siempre de una lucha sin pausa, en la que hay que “trabajar, trabajar y trabajar”,¹⁶³ contra el enemigo común.

Resulta paradójico, sin embargo, que la arenga bélica que sirvió como amalgama del nacionalismo colombiano durante los dos periodos presidenciales de Álvaro Uribe y que impulsó la campaña presidencial de su sucesor en el 2010; se transformara, una vez terminado su mandato

¹⁶² Las cursivas son nuestras

¹⁶³ La frase “trabajar, trabajar y trabajar”, se convirtió en uno de los símbolos discursivos más recordados de Álvaro Uribe. La usaba con frecuencia y por igual en entrevistas periodísticas, foros empresariales o encuentros políticos para explicar su estilo de gobierno. Colombia debería “trabajar, trabajar y trabajar”, sin descanso y sin ocio. “A Colombia la está matando la pereza. Lo que tenemos que hacer es modificación de la jornada de trabajo, es recortar la jornada de sueño, es recortar la jornada de vacaciones, es recortar la jornada de festivos”. Discurso disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=zHBPGozWOak>

y tras revelarse los excesos gubernamentales y la violación a los derechos humanos,¹⁶⁴ en parte fundamental de la grieta del país, entre aquellos que defienden al expresidente y aquellos que desconfían de él.

3. El Espectador como palestra para diversificar el concepto

Ningún periódico de tiraje nacional como *El Espectador* sirvió, en la primera década del siglo XXI, como palestra para que los columnistas analizaran la coyuntura política nacional y regional y se amplificara el uso del concepto de populismo. Dos de nuestros intelectuales expusieron en él, semanalmente, reflexiones en las que es posible rastrear la diversificación de un concepto al que, años antes, le habían dedicado análisis teóricos al interior de las ciencias sociales. Desde el 2007, Cristina De la Torre y Salomón Kalmanovitz, ofrecieron allí sus columnas de opinión y es palpable ver en ellas cómo se transformaron sus lenguajes, sustentados en una coyuntura política nacional, con Álvaro Uribe en su segundo mandato, y en lo regional, con la época de mayor esplendor del chavismo en Venezuela. Tanto la comunicadora como el economista se distanciaron de ambos modelos políticos -uno de derecha y el otro de izquierda- a los que consideran extremos, aunque, con el paso del tiempo se hace más evidente su postura crítica con el “populismo uribista”.

Sus análisis periodísticos son de estricta interpretación sincrónica y ocupan el espacio característico de no más de 800 palabras que dedica el diario a los columnistas. Esto plantea un enorme reto sustentado en la dificultad para consolidar un concepto político polisémico cuando la distancia entre el momento histórico y la fijación de su significado es poco más que nula. A menor espacio temporal entre uno y otro, más problemático el proceso de apuntalar una definición, pues la coyuntura juega un papel de continua inestabilidad. En la rutina de una columna de opinión semanal, cuyo sustrato es la actualidad noticiosa, se ponen en juego visiones personales de ocasión y sensaciones momentáneas que, con frecuencia, varían con la temperatura de los acontecimientos. Lo que parece tan diáfano y sólido hoy, respecto a un hecho, termina por ser derrumbado en pocas horas por la evolución misma de los procesos sociales y políticos.

¹⁶⁴ Para profundizar en la memoria y los relatos sobre los horrores del conflicto armado reciente en Colombia remitimos al informe ¡Basta Ya! (2013) preparado por el Grupo de Memoria Histórica como parte de las negociaciones de paz entre el gobierno de Juan Manuel Santos y las Farc. El documento relata medio siglo de conflicto armado en el país y las consecuencias de este en la población civil con las violaciones de los derechos humanos por parte del Ejército Colombiano, las guerrillas de las Farc y el ELN (entre otras) y los grupos paramilitares.

Así, en los escritos de opinión de Cristina De la Torre y Salomón Kalmanovitz en *El Espectador* encontramos un ejemplo más de la forma en la cual el *cuarto pico interpretativo* se diferencia de los tres anteriores, pues los hechos se desarrollan de forma paralela a sus lecturas. El pico ya no solo aumenta el interés por el fenómeno y obliga a plegarse sobre acontecimientos pasados, sino que imprime velocidad a la carga polisémica del concepto cuando los intelectuales ofrecen apresuradamente desde el léxico periodístico la interpretación de fenómenos que aún no se sedimentan y que varían con rapidez.

3.1 Cristina De La Torre: Uribe como la resaca del neopopulismo

El libro *Álvaro Uribe o el neopopulismo en Colombia*, de Cristina De la Torre, pasó rápidamente a ser referenciado en las ciencias sociales como uno de los pocos estudios que, al despuntar el siglo XXI, se concentró en analizar la figura del entonces presidente como parte del grupo de mandatarios carismáticos que para entonces poblaban los ejecutivos suramericanos. El rasgo particular del colombiano, según



Imagen 7. Las disputas de Álvaro Uribe con Hugo Chávez, Rafael Correa y Evo Morales fueron frecuentes. El aislamiento geopolítico de Uribe era visto por los intelectuales como una muestra de la excepcionalidad colombiana durante la primera década del siglo XXI. Foto. AFP. Imagen recuperada de: <https://archivo.lasillavacia.com/polimuseo/48140>

De la Torre y como ya vimos es que, si bien Uribe podría ser descripto como populista, su neoliberalismo lo situaba fuera de época, con un estilo de gobierno neoliberal a deshoras. Ese anacronismo es el talante definitorio de la excepcionalidad colombiana desde el cual se analizan como normales los progresismos que gobernaron en el continente desde 1999. Su texto ofrece un análisis teórico que se cierra con un entusiasmo coyuntural sobre la realidad colombiana, más cercano al periodismo de opinión. Ese estilo, con posiciones políticas claras y críticas al uribismo, encontró cabida en *El Espectador* a finales de 2007, con una columna semanal que se publica desde entonces y hasta hoy.

En los tres años que van desde sus primeros escritos en *El Espectador* al cierre del 2010, el concepto de populismo como eje de sus reflexiones aparece media decena de veces. La primera ocasión en la que la palabra surge en uno de sus análisis es en la columna firmada el 4 de diciembre de 2007 que se titula *Duelo de populismos*. El escrito es una comparación entre Uribe y Chávez en el que se especifican aspectos políticos, discursivos y comportamentales entre ambos para concluir que, aún con sus evidentes y señaladas diferencias, ambos mandatarios son espejos casi exactos. El análisis de De la Torre se sustenta en las coyunturas políticas de finales de 2007 en las que los presidentes mantienen una disputa dialéctica internacional mientras, de fronteras para adentro, buscan consolidar un poder cada vez más extenso: Uribe impulsa la idea de modificar -nuevamente- la constitución colombiana para permitir una segunda reelección y Chávez, por su parte, se alista para enfrentar un referendo que le permitiría ser candidato a la presidencia de forma indefinida.

Los dos presidentes, dice De la Torre, “rescatan los ingredientes políticos del viejo populismo latinoamericano; como el contacto directo con el pueblo”, aunque desde la economía se van a los opuestos. Uno se ofrece como eco de las políticas de George W. Bush mientras el otro considera que el estadounidense es el “diablo”.¹⁶⁵ Este se presenta como “aliado solitario del imperio”, mientras aquel “pone la mira en el liderazgo continental” y abraza a China.

Aún cuando en sus escritos periodísticos De la Torre usa al populismo como una característica de la cual hay que desconfiar en democracia, algunas líneas, aunque críticas con Chávez, parecen ser más condescendientes: “Como en todo populismo, el gasto social ocupa sitio de honor en Venezuela y en Colombia. Allá y acá, sociedades a la deriva, se concentran en manos del gobernante, que así concentra más poder (...) La diferencia es que Chávez ‘politizó la miseria’; la prestación de los servicios públicos ha producido cambios sustanciales en el país hermano, y en el nuestro obra apenas como propaganda del gobierno”. (De la Torre, 4 de diciembre de 2007).

En el 2008, De la Torre escribe dos textos en los que hay huellas rastreables del concepto: *El legado de Fujimori*, publicado el 10 de mayo de 2008 y *El trío dinámico*, del 19 de julio. En la primera columna como eco de lo que ya propuso en su libro de 2005, compara a Álvaro Uribe con

¹⁶⁵ Uno de los discursos internacionales de Hugo Chávez más publicitados fue el que dio el 20 de septiembre de 2006 en la Asamblea General de las Naciones Unidas. En su alocución, un día después de la de George W. Bush, presidente de Estados Unidos, el venezolano aseguró: “Ayer vino el Diablo aquí, ayer estuvo el Diablo aquí, en este mismo lugar. Huele a azufre todavía esta mesa donde me ha tocado hablar. Ayer señoras, señores, desde esta misma tribuna el señor Presidente de los Estados Unidos, a quien yo llamo ‘El Diablo’, vino aquí hablando como dueño del mundo”.

el expresidente peruano para ratificar la idea del colombiano como “la resaca solitaria del neoliberalismo” en el continente, un gobierno que “ha refinado el populismo ancestral” desde su contacto con las “masas” para multiplicar su eficacia con propaganda televisiva y programas asistenciales. El uso de la palabra *resaca* para calificar al uribismo encierra toda una concepción de anomalía temporal del proceso respecto al continente, de desfase con la realidad gubernamental de izquierda que comparte el vecindario, pero -y, sobre todo- de consecuencias nefastas de un periodo del que Latinoamérica parece *curado*. Álvaro Uribe es, según esta adjetivación de la autora, el malestar, el dolor de cabeza y la incomodidad de una fiesta de descontrol neoliberal que en Colombia sigue presente para atormentar a su población e impedirle seguir adelante en busca de mayor igualdad e inclusión social. En oposición a la coyuntura del vecindario, “nuestro neopopulismo se ha extremado”, concluye De la Torre. Y en eso, estamos *solos*.

En su texto de julio, la autora vuelve a las similitudes comportamentales entre Fujimori, Uribe y Chávez, a quienes denomina “el trío dinámico del nuevo populismo andino”. Neoliberales los dos primeros y socialista el tercero, parece quedar claro acá que las fronteras del concepto para De la Torre están ya, únicamente, en el liderazgo y el “desprecio” por las instituciones democráticas. Desde allí, se permite ir y venir con el adjetivo, a veces clásico a veces neo, como una forma de crítica sin más.

En el 2009, una nueva columna deja en evidencia el carácter del concepto como eje comparativo de las que para entonces era las dos presidencias más populares del norte suramericano.¹⁶⁶ De forma explícita titula la columna *Uribe-Chávez: ¿enemigos gemelos?* para sostener que aún con sus peleas públicas y la antipatía personal que se expresan, los dos mandatarios “comparten el estilo de gobernar y una misma ambición de poder”. El populismo es un estilo en ambos. Lo usan, uno y otro, para solidificar sus deseos irrefrenables de mantenerse en la presidencia. Como crónica del acontecer geopolítico, el debate por el concepto ha dado paso en las hojas de los periódicos a ser referencia inmediata de la noticia semanal. Álvaro Uribe y Hugo Chávez desprecian mutuamente su ideología y su modelo económico, pero ambos dependen del otro para sostener su propia personalidad. Es en el reflejo del contrario en el que se delinean sus propias características.

¹⁶⁶ Las cifras de popularidad de Álvaro Uribe y Hugo Chávez fueron las más altas del continente durante varios años. Uribe, en 2008, logró la cifra del 85 por ciento, tras la Operación Jaque. Por su parte, Chávez, entre el 2005 y el 2007, en plena época de la bonanza petrolera, tuvo cifras de aceptación superiores al 70 por ciento.

La columna de De la Torre permite entender la forma en la cual la definición de populismo en Colombia en la primera década del siglo XXI encontró en la comparación de dos gobiernos opuestos un canal para su ampliación semántica. El concepto oscurece antes de aclarar y su uso, aleatorio y frecuente, agota cada vez más. Al transformar el fenómeno en un mero estilo, presente en dos oponentes que se paran en las antípodas, el debate perdió todo lindero posible y entró en un callejón sin salida. En una *paradoja constitutiva al interior del concepto*. Parte del discurso que hace populista a Chávez depende de la diferenciación con Uribe, y viceversa. Ambos populismos se construyen desde la oposición al otro. Uribismo y chavismo son populismos dependientes que no pueden hallar su plenitud si les falta el opuesto como enemigo con el que se atraen y repelen continuamente. Desde el lado del gobierno colombiano, Chávez era fundamental para aglutinar lo nacional. Desde el gobierno venezolano, Uribe encarnaba al “lacayo del imperio” y en él se concentraban todas las desgracias que impedían la verdadera independencia latinoamericana. Para el Socialismo del Siglo XXI, Bogotá era un satélite de Washington, cercano y palpable, al que se le podían achacar peleas coyunturales y conspiraciones. Populismos opuestos que se construían desde la interdependencia.

A meses del cierre de la segunda presidencia de Álvaro Uribe, y con su aspiración a una segunda reelección frustrada, De la Torre publicó el 8 de febrero de 2010, la comuna *Los Laureanos* en la que se muestra rabiosamente crítica de los populismos y vuelve a la comparación entre el colombiano y Chávez para sostener que ambos pasarán a la historia “por el empeño que pusieron en embocar sus países a la dictadura”. El título del escrito se refiere a las herencias políticas que, según De la Torre, exploraron ambos presidentes: Laureano Vallenilla para Chávez y Laureano Gómez para Uribe. Ambos beben de las raíces del autoritarismo y el caudillismo para consolidar la dialéctica divisoria entre amigos y enemigos. Es la columna más crítica con ambos modelos escrita en medio del debate por la definición conceptual en la que termina por equiparar figuras consideradas populistas (o neopopulistas) con los gobiernos militares de la década de 1970 y 1980. “Con el desmoronamiento de las dictaduras del Cono Sur se creyó superado el dilema entre autoritarismo y democracia. Falta ver si no lo revive la negra sombra de los Laureanos que hoy aletea sobre Colombia y Venezuela” (De la Torre, 8 de febrero de 2010).

En los cinco años transcurridos entre la publicación del libro que definía a Uribe como un neopopulista anacrónico y la publicación de su última columna con él como presidente, De la Torre termina no solo por difuminar el uso del concepto, sino que lo vincula al de las dictaduras. El

proceso político al que definía por su estilo de liderazgo carismático evolucionó, con su ataque a las instituciones, en una demagogia capaz de reventar la democracia. Así lo entiende la autora y así lo deja claro en sus análisis periodísticos de coyuntura.

Cristina De la Torre es la académica que más insiste -como columnista de *El Espectador*- en el *caso espejo* venezolano para su definición del populismo. Su argumentación para encuadrar al gobierno de Álvaro Uribe como un *estilo populista* va de la mano siempre con la definición de las formas que caracterizaban a Hugo Chávez. La sinonimia no es vana y se explica desde la oposición que la comunicadora le hacía al presidente colombiano: pocas cosas podrían afectar más a Uribe, o a sus seguidores, que la insistencia de sus parecidos con su principal enemigo político.

3.2 Salomón Kalmanovitz: la economía es la que amplía el concepto

En el mismo 2007 en el que Cristina De la Torre inicia sus labores como columnista de *El Espectador*, lo hace Salomón Kalmanovitz. Reputado como ex codirector del Banco de la República, profesor y decano de varias facultades de economía del país entre ellas la Universidad Jorge Tadeo Lozano, Kalmanovitz era fuente frecuente de los periodistas colombianos en temas relacionados con el manejo fiscal del país y, de esta forma, el diario bogotano lo contrata como analista de la coyuntura monetaria. Su uso del concepto de populismo en sus escritos periodísticos en un periodo de cuatro años, hasta el 2010 cuando Uribe deja la presidencia, da cuenta de una interpretación conceptual limitada a las decisiones económicas, muy distante de aquella que vimos en su monumental obra de mediados de los ochenta *Economía y Nación*, en la que, de la mano de la oferta contrafáctica sobre el futuro de un gaitanismo en el poder, Kalmanovitz se atrevía a proponer una realidad paralela si el liberal no hubiese sido asesinado.

Los escritos periodísticos de Kalmanovitz, como hemos visto en todos aquellos análisis de coyuntura política a lo largo de esta década, están permeados por la antinomia entre la derecha neoliberal y la izquierda regional. Sin embargo, y a diferencia de las reflexiones de gobierno sobre uno y otro, que ofrecieron Marco Palacios, Daniel Pécaut o Cristina De la Torre, el economista colombiano brindó una mirada limitada a lo que, a su juicio, son las irresponsabilidades fiscales del gobierno de Bogotá y, esporádicamente, del de Caracas. En Kalmanovitz el populismo en el siglo XXI es, casi exclusivamente, en cuanto actitud económica.

El 7 de noviembre de 2007, Kalmanovitz publicó una columna titulada *Chávez y Uribe*, en la que ofrece -como lo hicieron todos los partícipes de este debate antes que él- un listado de las similitudes entre los presidentes. Uno y otro, dice, son “animales políticos que se mueven iluminados por la intuición, logrando destruir o neutralizar a sus enemigos, lo que les permite acumular cada vez más poder” (Kalmanovitz, 7 de noviembre de 2007). Al retomar la categoría de *animal político* el intelectual explica que la alta popularidad de los presidentes se debe a que se muestran parte del pueblo al compartir con este “virtudes y defectos”. Carisma y ataque a las instituciones es lo que los hermana. La diferencia parece radicar, en aspectos económicos, pues “mientras Chávez les regala plata a los pobres, Uribe se las regala a los ricos”. La frase puede entenderse como un ejemplo prototípico del efecto que tienen los espacios de circulación periodística en los contextos de debate para la simplificación de los argumentos. La generalidad con la cual se explican los proyectos económicos de ambos gobiernos impulsa también los lugares comunes en torno a presidencias consideradas populistas que tenían como eje la demagogia y, en el caso colombiano según su propia categorización, el clientelismo.

El 21 de noviembre de ese mismo 2007 Salomón Kalmanovitz publica la columna *El clientelismo y la infraestructura*, en la que insiste que el gobierno de Uribe se caracteriza por el clientelismo en la obra pública que tiene como consecuencia un inevitable retraso de la conectividad del país. No olvidemos que, en su obra de 1985, Kalmanovitz insistía en el vínculo gamonalismo-clientelismo-populismo como el eje sobre el cual se habían consolidado los movimientos políticos en Colombia que fueron las alternativas al bipartidismo hegemónico como el de Alfonso López Pumarejo primero y el de Jorge Eliécer Gaitán después. La relación conceptual entre uno y otro, con Uribe populista y clientelista, permanece intacta tres décadas después según el economista.

En el 2008, Kalmanovitz le dedica una columna a Jorge Eliécer Gaitán el 4 de abril, a pocos días de conmemorarse sesenta años de su asesinato. Citando el conocido texto de Herbert Braun, titula su escrito igual que el libro de este: *¡Mataron a Gaitán!* En la pieza periodística, recuerdo histórico del 9 de abril de 1948, el académico insiste en su vieja hipótesis contrafáctica sobre el rumbo económico que habría tomado el país con Gaitán como presidente en 1950. De esa época, a hoy, en Colombia queda un conflicto social *pero* una estabilidad monetaria, ambas herencias del populismo incompleto que no llegó a la Casa de Nariño.

Salomón Kalmanovitz intenta acá mediar con una idea ambigua y contradictoria que mezcla la realidad existente económica con el postulado político contrafáctico de un gaitanismo en el poder: el país habría sido socialmente más justo si no hubiera ocurrido el 9 de abril de 1948, pero no tendríamos la economía balanceada de la cual se enorgullecen los políticos y directores bancarios, como él. Lo expuesto por el economista en sus escritos de *El Espectador* se nos ofrece como arquetipo de la dificultad interpretativa del concepto polisémico de populismo para inicios del siglo XXI en Colombia. La carga positiva que para el economista tenía el fenómeno clásico, por su inclusión de demandas populares en la política, fue atravesada por una carga negativa de simple demagogia e irresponsabilidad. En este punto final del debate, a los ojos de los intelectuales, el populismo parece ser un monstruo mitológico cuyo cuerpo se divide en dos partes: una atractiva y beneficiosa en lo social; y otra pavorosa y perjudicial en lo fiscal.

En los años siguientes, y ante lo que considera un deterioro acelerado de las instituciones democráticas en la Colombia de Uribe y de la situación social y económica en la Venezuela de Chávez, Kalmanovitz les dedica varias columnas a las características de ambos gobiernos. Sin utilizar el concepto de populismo, retoma las tipologías de lo que anteriormente había definido como un fenómeno peyorativo. El 2 de marzo de 2009 publica *Las perspectivas de Venezuela*, el 12 de julio *El cesarismo democrático*, el 9 de agosto *El comercio con Venezuela* y el 23 de agosto *Estado de opinión manipulable*. Estas cuatro columnas, en un periodo menor a cinco meses, tienen por objeto denunciar lo que considera un descarrilamiento de dos naciones por la demagogia de sus gobernantes y el peligro que se asoma para Colombia, por los desbalances comerciales que está ocasionando el Socialismo del Siglo XXI. Chávez, según Kalmanovitz, tiene una política hostil contra la empresa privada, realiza nacionalizaciones caprichosas y controla los precios de forma inconstante. Ese socialismo “febril” se enfrenta violentamente con el acérrimo libertinaje de Uribe. Ambos responden a un mismo estilo que puede estrellar las históricas relaciones económicas de ambos países.

En las columnas periodísticas de Salomón Kalmanovitz demagogia, cesarismo -entendido para él como el gobierno personalista centrado en un liderazgo indiscutido y sin contrapesos- caudillismo y populismo, aparecen como sinónimos de las presidencias que en ese momento están en la Casa de Nariño en Bogotá y en el Palacio de Miraflores en Caracas. Uribe, con sus ataques a las instituciones, trajo al país -siempre según el intelectual- los problemas que había esquivado

durante el siglo XX. En su columna del 12 de julio, asegura que Colombia se ve “agobiada por la epidemia latinoamericana”:

El cesarismo se ha manifestado en la Argentina de los Kirchner, en el Perú de Fujimori, en el Chile de Pinochet y en la Colombia de Uribe. Cada uno se ha encontrado con enormes oportunidades de corrupción y de utilizar el Estado para enriquecerse, porque han debilitado o destruido la oposición o cualquier fuerza que los ponga en evidencia; sus decisiones autocráticas han sido perjudiciales para el desarrollo. Es como si el legado hispánico del absolutismo persiguiera el destino político de la América Latina para siempre (Kalmanovitz, 12 de julio de 2009).

Resulta evidente en este punto que, para el economista, el cesarismo es equiparable al populismo al que entiende como todo proceso que, con amplio apoyo popular, debilita las instituciones para favorecimiento del líder y su mantenimiento en el poder.

Años después de terminado el segundo periodo presidencial de Álvaro Uribe en el 2010 - año límite también de nuestra investigación por el debate para la definición del populismo- las columnas de Kalmanovitz siguieron siendo un referente del análisis de la coyuntura económica y el concepto apareció en repetidas ocasiones en sus títulos siempre bajo un halo de categorización peyorativa. Para la muestra dos encabezados: *Los peligros del populismo*, publicado el 30 de septiembre de 2012 y *Populismo tributario* del 29 de junio de 2020. En los dos textos, el concepto para el intelectual es intercambiable con los de demagogia, irresponsabilidad fiscal o ataque a la democracia.

La ampliación del concepto como respuesta contingente a sus suelos de articulación actúa, en Kalmanovitz, como un aniquilador de especificidades. Hay populismo derechista, en Álvaro Uribe y su “mano dura” contra la guerrilla, hay populismo económico, que reduce la jornada laboral, o populismo judicial, que niega las sentencias de las cortes y, como lo dice su título más reciente, hay populismo tributario, en el que se ofrecen más impuestos a los ricos y devolución de impuestos a los pobres, sin imaginar las consecuencias para el fisco. El populismo clásico, aquel que llamó su atención a mediados de la década de los ochenta, fue apenas un impulso sin éxito. “El populismo, entendido como la movilización de las masas por un líder carismático que les promete concesiones, no ha sido frecuente en Colombia”, dice en su texto de 2012.

4. Conclusiones

La invención de la excepcionalidad colombiana en relación con sus procesos políticos y el vínculo entre el populismo y la violencia encuentra en la primera década del siglo XXI una época particularmente prolífica y efervescente que lleva el ejercicio conceptual, finalmente, a difuminarse en el análisis de ocasión. Los intelectuales que desde 1970 intentaron explicar parte de la anomalía colombiana por la falta de un populismo clásico, cuya ausencia fue propulsora de la Violencia primero y las diferentes violencias después, tuvieron dificultades para explicar el fenómeno de Álvaro Uribe como un presidente neoliberal y de derecha que controvertía todos los cánones de su tiempo. En ese sentido, lo excepcional ahora de Colombia no era su ausencia de populismo, sino la presencia de uno que no compartía los distintivos del momento político progresista latinoamericano. Un populismo a destiempo, anacrónico. Uribe como la *resaca del neopopulismo*, para utilizar las palabras de Cristina De la Torre.

Al mismo tiempo, la presencia avasallante y permanente de Hugo Chávez en Venezuela, un país no solo vecino sino históricamente ligado a la evolución nacional de Colombia, a quien también definían como populista, llevó al debate a desconocer sus propios límites para tratar de explicar dos fenómenos en los opuestos del arco político que eran descriptos bajo un mismo concepto. Si Álvaro Uribe, un político de derecha, cercano discursivamente a Estados Unidos y con propuestas económicas neoliberales, era populista y, al mismo tiempo populista era Hugo Chávez, desde la izquierda, abiertamente antimperalista y crítico con las posturas de la economía del mercado, ¿qué era entonces el populismo? La pregunta terminó por zanjarse, al menos en esta discusión, al definir como características fundamentales del concepto lo que ambos personajes compartían: su carisma, su demagogia y sus ataques a las instituciones democráticas. El populismo dejó de ser, para ellos, la referencia de movimientos o ideologías específicas y se transformó en la categorización de diversas actitudes. El “verdadero” populismo, como dijo Palacios, había muerto en el siglo XX y lo que ahora se veía, desde la izquierda o desde la derecha, eran liderazgos que podían ser tipificados por el mismo nombre vaciado de sustancia. El aprieto para los intelectuales recae, además, en la conceptualización de políticas que evolucionan mientras se les analiza. De tal manera, más que un diagnóstico sopesado, al trasladar el debate a los espacios de circulación periodístico, escriben la crónica de un tiempo vertiginoso e inasible.

Si bien como asegura Skinner (2007), la búsqueda de la definición conceptual en cada época dada requiere un esfuerzo amplio y meticuloso, y en él es fundamental entender cómo fue posible para los autores decir lo que dijeron; la coyuntura nacional e internacional sobre la que se sustentan los debates estudiados en la primera década del siglo XXI, ampliados a los espacios de circulación periodística, ofrecen variables que aceleran toda conceptualización. Así, los intelectuales se ven obligados a modificar sus postulados con el paso de los acontecimientos o, incluso, a contradecirse. El concepto polisémico se nutre de significados diversos y estos revelan hasta qué punto el populismo es diagnóstico de una época de confusión. De la forma en la cuál los participantes del debate intentan intervenir en la arena política a través del uso cada vez más intuitivo de una palabra cargada de significados tan amplios que por momentos son incluso opuestos entre ellos. Los solapamientos conceptuales de los que habla Koselleck pasan a ser frecuentes, entre populismo y neopopulismo, y en varias ocasiones los autores confunden su uso y hacen imposible la creación de fronteras visibles que los aparten.

Un proceso de paz fallido primero y la ofensiva contra la guerrilla del gobierno de Uribe después -con las implicaciones geopolíticas que traía en plena etapa de la guerra contra el terrorismo impulsada por Estados Unidos desde el 11 de septiembre de 2001- impulsaron la participación de los intelectuales como analistas de coyuntura en una sociedad con pocos referentes de este tipo en la academia. Fue entonces cuando desde columnas de opinión, foros periodísticos o incluso entrevistas, los conceptualizadores del populismo aumentaron el uso de la palabra para tratar de interpretar lo que ocurría con un nacionalismo colombiano exacerbado, una guerra interna en marcha y un aislamiento político cada vez más evidente.

Dice Carlos Altamirano (2017) que, en los espacios de sociabilidad de los intelectuales, además de las universidades, están los periódicos y que desde allí se construye cierto estatus regulador de la actividad de esta élite. Pero además de los diarios, de sus columnas o sus declaraciones, los académicos que participaron en la definición del populismo dieron en los primeros diez años del nuevo siglo un evidente salto a la participación pública con su intervención en foros, mesas de diálogo con los sucesivos gobiernos o cartas conjuntas en las que expresan su preocupación por el rumbo del país. En cada paso dado es evidente cómo los intelectuales regresan una y otra vez al populismo en un esfuerzo para encontrar en él -en su ausencia o su presencia anacrónica- las respuestas a las preguntas sobre la violenta realidad colombiana.

Aún cuando bajo la mirada generalizada ya estudiada en estas páginas parece que la violencia ha estado desde siempre y para siempre en Colombia, como una maldición repetida para *un país sin futuro*, lo que permite revelar el debate por la definición del concepto de populismo en el siglo XXI y la invención de la excepcionalidad en las intervenciones periodísticas es que, para retomar las palabras de Daniel Pécaut, la violencia va y viene y el populismo es afectado por ella. Recorrer lo que los intelectuales dicen del concepto nos revela también la manera en la cual Colombia construye un relato unificado de su destino y aglutina fenómenos diversos que no tienen relación unos con otros. Aún cuando parezca una misma guerra, que encuentra su linaje en el 9 de abril de 1948, parte de la dificultad de la construcción nacional radica en el problema de asimilar una historia conjunta: todo lo que tenemos son retazos de múltiples violencias.

Los mismos que ofrecieron los textos pioneros en las ciencias sociales colombianas para definir un concepto que parecía ausente en ese país terminaron por ampliar su uso de tal forma que su especificidad se perdió en el camino. Mientras en los textos académicos -libros o revistas- la indagación sobre el populismo siguió mayoritariamente ausente y bajo la sombra del estudio de las violencias, en los círculos periodísticos el concepto se hizo frecuente y explotó hasta el paroxismo. Solo así podemos explicar cómo Marco Palacios, aquel que dio el pistolazo para definir al populismo en 1971, que insistió en las ideas del populismo democrático incompleto como antecedente de la violencia, o del freno del populismo conciliador como impulsor de las guerrillas urbanas, terminó por jugar al anacronismo de nombrar como populista a Simón Bolívar.

Conclusiones generales

La historia contemporánea de Colombia se ha narrado, con demasiada frecuencia, como el camino ineludible de un país abocado al abismo. Como la crónica de un desvalido que nace rodeado de muerte para volver siempre al mismo lugar oscuro del que surgió, atormentado por su pasado y desconfiado de su futuro, incapaz de romper un círculo vicioso que, a sus ojos, lo hace distinto e incomprensible para los otros. Los narradores insisten en que en algún momento los colombianos fuimos promesa de algo más, pero a mediados del siglo pasado nos perdimos por los entreveros de las violencias y desde allí nos convertimos en el hermano extraño de América Latina. Atormentados por décadas de sangre el lamento colombiano es con frecuencia una paradoja: sentimos nostalgia por aquello que no ocurrió.

¿Pero es Colombia realmente tan diferente? ¿No hay en todos aquellos que anuncian su particularidad a veces un tono quejumbroso y a veces un aire de prepotencia? ¿De dónde y por quién surge la *invención de nuestra excepcionalidad*? Nuestra intuición, auspiciada por la lectura de ciertos intelectuales, nos decía que algo de todo aquello tenía raíces en el populismo. O en la falta de él. En la mirada que los estudios sociales latinoamericanos le habían dado al “extraño” caso del populismo colombiano, pero sobre todo en la propia definición que la academia de ese país había hecho del concepto y su insistente vínculo con la violencia. En las ciencias sociales de Colombia, la búsqueda conceptual del populismo definió más al país y a su acontecer social y político que al fenómeno mismo.

La presente investigación nos permitió encontrar detalles iluminadores. Al recorrer los debates por la definición de populismo desde sus primeros estudios en 1970 hasta el fin de la primera década del siglo XXI, pasando por la aparición de la definición de neopopulismo, desenterramos no solo la evolución de un concepto por momentos añorado y por momentos defenestrado, sino la insistencia de cómo son las violencias, pasadas y presentes, las que estructuran la dinámica propia del acontecer colombiano. Mientras seguíamos las huellas del concepto pudimos ver su evolución de la mano de la situación política que lo sustenta, primero como el fenómeno del pueblo enfrentado a los poderes hegemónicos que, detenido con tres balazos en 1948, impulsó la Violencia y las violencias siguientes, y por último como el “estilo” de un

gobierno de derecha propulsado por una guerra contra la guerrilla y sostenido en el miedo que vendía.

El recorrido por nuestro estudio estuvo marcado por lo que llamamos *cuatro picos interpretativos*, que son momentos que explotan el interés por la definición conceptual del populismo y obligan a los intelectuales a *plegarse* sobre acontecimientos históricos fundamentales para narrarlos y resignificarlos; y tres figuras políticas consideradas como ejes del populismo en Colombia: Jorge Eliécer Gaitán, Gustavo Rojas Pinilla, principalmente en su época de la Anapo, y Álvaro Uribe Vélez. Al mismo tiempo el proceso se sustentó en cuatro dimensiones propias definidas como *contextos de debate*, *suelos de articulación*, *paradojas al interior de la definición conceptual* y *articulación dependiente* entre el concepto de populismo y la violencia. Esta mirada teórica que recorre y entrelaza las posibilidades analíticas de diferentes corrientes de la nueva historia intelectual desde Reinhart Koselleck a Elías Palti, pasando por Quentin Skinner y Pierre Rosanvallon, fue fundamental para entender los vínculos del proceso de definición conceptual con la historia social que los sustenta. Más que la historia de un concepto, la arqueología de una definición del populismo se nos expuso como el índice de múltiples problemáticas.

Dividimos nuestra investigación en cuatro partes. En el primer capítulo nos acercamos al nacimiento del debate por el concepto de populismo en América Latina y a su desarrollo a lo largo de seis décadas en una evolución que, desde las disputas intelectuales, reveló no solo el carácter contingente del concepto sino su fuerza indicativa de la postura política de aquellos académicos que lo definieron. El concepto cambia a lo largo de medio siglo porque su definición parece insuficiente para explicar la variedad de procesos a los que remite y su incapacidad de plenitud semántica se revela como un valiosísimo índice de otros asuntos en juego. La política latinoamericana nos brindó una enorme posibilidad de encontrar la mirada externa a la excepcionalidad colombiana. Mientras se define el populismo, un concepto arraigado profundamente en la idea de lo latinoamericano, el continente parece moverse de forma unificada, desde ciertas miradas históricamente situadas y esencialistas. Allí Colombia surge como una anomalía. Como una experiencia a contracorriente.

A lo largo de este recorrido diacrónico por los debates encontramos tres constituciones de normalidad política latinoamericana, planteadas por los intelectuales respecto al populismo. En las primeras miradas sociológicas, de los años sesenta y setenta, la normalidad se entendía en torno al

populismo en el poder y allí Colombia resaltaba por sus procesos populistas incompletos, fracasados, interrumpidos por la fuerza del bipartidismo hegemónico. Luego, al cierre del siglo XX, la normalidad se constituye en torno al neoliberalismo, desde presidentes carismáticos, y Colombia pasa desapercibida, aunque se resignifica el gaitanismo como un populismo clásico. Por último, la tercera normalidad asimila como hegemónico el populismo de izquierda en el poder. Allí, el uribismo deriva como un anacronismo político evidente, neoliberal, de derecha, cercano al enemigo contra el que lucha la hermandad de una patria regional. La excepción colombiana, siempre respecto a una normalidad transparente evidentemente artificial, expone el carácter anómalo del transcurrir político de esa nación mientras, de forma paralela, unifica y simplifica la política del continente. Sea la teleología que muestran los populismos clásicos como el camino ineluctable del continente o el progresismo de la primera década del siglo XXI como un proceso homogéneo y equiparable, estos análisis definen la excepcionalidad desde lo óntico y plantean al mismo tiempo una discusión epistemológica que demuestra el arraigo de las miradas históricamente situadas.

La idea que levita a lo largo de este primer capítulo es la del populismo como un proceso político que, en América Latina, parece predestinado a su continuo retorno por democracias débiles, herederas del clientelismo o del caudillismo. Resulta interesante además que, desde la mirada externa, la excepcionalidad colombiana se define desde la fuerza del bipartidismo, pero la violencia aparece poco, como referencia corta, pero no determinante para el destino del fenómeno.

A partir del segundo capítulo exponemos los debates por la definición conceptual del populismo y su relación con la violencia en las ciencias sociales colombianas. Allí estudiamos la forma en la cual los esfuerzos conceptuales de los intelectuales se reflejan como una referencia de la época que va entre 1970 y 1980 en la que se ven las fracturas de un sistema bipartidista hegemónico que tiene siglo y medio. Más que miedo al populismo -que para entonces es síntoma de crisis política nacional- lo que leen los intelectuales al intentar definir el concepto es que entre la élite económica y política el temor latente es a la revolución, como respuesta a lo ocurrido en Cuba, y a la debilidad del *status quo*.

En el camino para rastrear las huellas del nacimiento del debate, resultó un aporte interesante de esta investigación redescubrir el primer texto que en Colombia se dedicó al populismo, escrito por los jefes de los partidos Conservador y Liberal, Álvaro Gómez y Alfonso

López, y del cual hay muy pocas referencias en los estudios del tema. El texto además aporta un dictamen de la angustia de las colectividades tradicionales frente a un posible ascenso del populismo de la Alianza Nacional Popular (Anapo), un partido que estuvo muy cerca de ganar la presidencia en las elecciones de 1970 con Gustavo Rojas Pinilla como candidato. Un año después, la investigación de un joven Marco Palacios constituye la piedra angular del proceso de conceptualización que tendría enormes efectos futuros al comprender al populismo incompleto colombiano como una de las razones de las desgracias posteriores. Este análisis seminal y esa *articulación dependiente* entre populismo y violencia se mantendrían casi invariables durante las décadas siguientes y sus respectivos debates conceptuales.

Sin proponérselo, al ofrecer una mirada de lo que para 1971 era un fenómeno incompleto, que no llegó al ejecutivo, Palacios brinda un análisis particular al dividir los populismos colombianos *realmente existentes* en dos tipos: el gaitanista como un populismo democrático, por lo que para el autor es su inclusión dentro de los esquemas electorales y tradicionales del bipartidismo, y el anapista como un populismo conciliador, mediador entre las miradas más conservadoras y los intereses de las clases populares. Esa obligatoriedad de fragmentar en dos a los populismos colombianos, que no era posible, por su unidad, en el caso espejo del peronismo argentino, brindó una exclusiva forma de disección del fenómeno muy similar a lo que luego sería corriente en la mirada del concepto a finales del siglo XX y luego en el siglo XXI con la idea de populismos clásicos y populismos neoliberales y, posteriormente, populismos de izquierda y populismos de derecha.

En este segundo capítulo, desde la mirada económica de Salomón Kalmanovitz, encontramos una interpretación de la evolución histórica colombiana entre el gamonalismo, el clientelismo y el populismo, algo que también hace parte de la invención de la excepcionalidad nacional. El economista crea una particular familia conceptual sobre la que mueve su análisis y que, como vimos en los capítulos siguientes, termina por unir y equiparar en forma de sinónimos con un efecto contundente en la explosión de significados. Al mismo tiempo ofrece una mirada contrafáctica que es continua en los debates que nos ocuparon. ¿Cómo sería Colombia si el populismo hubiese triunfado? El resultado es la primera *paradoja al interior de la definición conceptual*: el pueblo, frustrado por la imposibilidad del populismo para acceder al poder, recurre a la violencia, y es esa misma violencia la que es tomada como herramienta, desde el bipartidismo hegemónico, para imposibilitar la expresión de nuevos populismos.

Pero es quizá, entre esos pioneros, la mirada de Daniel Pécaut la que representa mayor originalidad al centrarse en la identidad colombiana y en el peso que tiene la violencia como eje constitutivo de la idea de nación. Pécaut parte, nuevamente, de una paradoja: la violencia muestra las divisiones del país social, pero garantiza la continuidad democrática. La excepcionalidad de la debilidad estatal en Colombia resulta del Estado como subsidiario del poder económico y de un estado no interventor. En ese país, desde los albores del siglo XX, el liberalismo que triunfa es el de una economía aperturista y no el de un estado inclusivo. Es allí donde, según este análisis, radica la dificultad de los estudios latinoamericanos para entender la realidad de Colombia al prestarle más atención al peso de un Estado débil y no aceptar a la violencia como el paradigma desde el cual se constituye la identidad nacional.

En estos análisis de las décadas de 1970 y 1980 buena parte de la excepcionalidad colombiana está construida con el *caso espejo* del primer peronismo argentino que resulta funcional a los intelectuales para ofrecer las particularidades con las que soportan sus hipótesis conceptuales. Desde esta comparación se expone el poco peso de los sindicatos como agrupaciones comprometidas en las mejoras de las clases trabajadoras colombianas y las dificultades de la sociedad de ese país para identificar los elementos que apuntalan a la nación, sin simbolismos patrios mayoritarios o proyectos políticos conjuntos.

Los primeros estudios del populismo colombiano lo explican como un fenómeno que sólo podría darse al interior del bipartidismo, con sindicatos dependientes atrapados en la misma lógica hegemónica, y cuya anomia demuestra las enormes limitaciones impuestas por el poder económico a la lucha popular. Allí se asegura que el populismo será liberal o no será. La contradicción resultante de esta visión es que en el siglo XXI Álvaro Uribe sale del Partido Liberal pero su presidencia fue evidentemente conservadora y de extrema derecha, como resultado de la violencia y no de las necesidades económicas. En últimas, como se verá en la evolución del debate en las ciencias sociales colombianas, *el populismo no fue por la violencia y sólo será posible por ella*.

En el tercer capítulo constatamos la explosión de significados en los debates. Si bien aumentó la mirada al populismo, con la publicación de escritos en revistas académicas y la llegada de nuevos intelectuales que renovaron el estudio como César Ayala, Cristina De la Torre y Luis Guillermo Patiño, se hizo evidente el poco peso que tiene el concepto en las ciencias sociales de ese país. Un recorrido minucioso y pormenorizado por diferentes publicaciones reveló la ausencia

de investigaciones enfocadas a desentrañar los caminos del populismo en Colombia y, siempre en relación con la violencia, el concepto aparece como índice de momentos coyunturales respecto a los enfrentamientos guerrilleros de finales de los ochenta, el papel predominante del narcotráfico en ellos, el neoliberalismo de los noventa, las búsquedas de negociaciones de paz y, en últimas, el ascenso del uribismo como un fenómeno particular y anómalo en la región.

Durante finales de la década de 1980 e inicios de 1990 el concepto del populismo tuvo un quiebre impulsado por la necesidad de explicar procesos políticos neoliberales con características radicalmente opuestas a aquellos fenómenos clásicos que habían dado nacimiento a la conceptualización del fenómeno. En este punto se afianza una convicción de esta investigación: que en la insistencia de los intelectuales por explicar los procesos económicos neoliberales como un nuevo populismo *-neopopulismo-* se da el estiramiento conceptual definitivo de las miradas esencialistas y peyorativas. Es en esta fractura, que intenta reconciliar bajo un mismo concepto a opuestos como lo nacional-popular y lo neoliberal, que la especificidad del populismo se pierde. Desde allí, la simplificación va a impulsar el uso de populismo en los lenguajes como una característica comportamental siempre y cuando se cumplan los elementos de un líder carismático, la demagogia, y unas instituciones democráticas en crisis. A partir de la variedad de participantes de los debates fue posible entender cómo el concepto se transformó aceleradamente, siempre en relación a los acontecimientos que pretendía definir y de qué manera, un concepto ya frágil, al intentar explicar los más disímiles fenómenos, terminó por dinamitar sus propias fronteras. La cercanía de los hechos con los análisis motivaron una intervención intelectual cada vez más cargada de subjetividad y de posturas políticas que, de a poco, desplazaron a los debates por la conceptualización a campos de la participación pública.

En el tercer capítulo, además, vimos una vuelta de tuerca en las paradojas al interior del proceso conceptual y en la invención de la excepcionalidad colombiana. Al llegar el siglo XXI, mientras la normalidad política regional se ubicaba en lo que estos intelectuales consideraban populismos de izquierda, lo anómalo pasaba por un fenómeno que, ya en el poder, y carismático también, se declaraba de derecha, era proestadounidense y se aferraba al neoliberalismo. La llegada del uribismo representa un reto particular para explicar un populismo colombiano en el ejecutivo. El carisma del líder y la debilidad de las instituciones de ese país son interpretadas por Cristina De la Torre y Luis Guillermo Patiño como muestras irrefutables de que el populismo, de un nuevo tenor, finalmente había llegado al poder y su ascenso se debe, no a la consolidación de

un Estado benefactor, sino a la promesa de terminar con la violencia guerrillera en momentos de un inconformismo social en ascenso tras continuos fracasos en la búsqueda de una salida negociada, principalmente tras las fallidas negociaciones de paz de El Caguán.

Si bien a mediados del siglo XX la violencia, según palabras de Daniel Pécaut, era la continuidad del populismo como eje de la constitución de lo nacional en Colombia, ahora, en las puertas del siglo XXI, era la exacerbación de la lucha contra la violencia guerrillera la que permitía un sentido de nacionalidad y de batalla común, encarnada por el populismo -o neopopulismo-uribista. Nos preguntamos, sin embargo, si ese nacionalismo no era, por el contrario, una falsa identidad de patriotismo coyuntural, momentáneo, favorable a los intereses del discurso de la derecha en ese momento particularmente conflictivo, cuyas fatales consecuencias apenas ahora, una década después, empiezan a ser divulgadas de forma masiva.¹⁶⁷

La premura del análisis conceptual y la explosión de los significados del populismo y el neopopulismo acercó a los debates en las ciencias sociales colombianas y a los intelectuales que participaban en ellos a unas miradas cada vez más coyunturales y con menos sustento teórico. Mientras más presente se hacía el concepto de populismo en los lenguajes políticos más prescindible era, al extremo de que para explicar incluso fenómenos como el gaitanismo, se podía evitar su uso, en palabras de Palacios.

El vínculo entre el tercer y cuarto capítulo está en la coyuntura de una proceso político nacional y regional complejo que lleva a hacer inevitable el análisis de Hugo Chávez y su presidencia en Venezuela, como un nuevo *caso espejo* para entender el populismo colombiano. Así, en el último apartado de nuestra investigación los intelectuales que participan en la conceptualización se adentran, en la primera década del siglo XXI, en el acontecer político nacional y participan de él mientras, paralelamente, lo analizan. Hay en ellos, y en sus

¹⁶⁷ En un informe reciente, de febrero de 2021, la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP), el organismo de justicia transicional creado por los acuerdos de paz entre el gobierno de Juan Manuel Santos y la guerrilla de las Farc, y que se encarga de investigar y juzgar a los participantes del conflicto, reveló que las fuerzas militares de Colombia asesinaron “al menos” a 6.402 civiles entre 2002 y 2008 y los hicieron pasar como guerrilleros muertos en combate. La JEP consideró lo ocurrido como un “fenómeno macrocriminal”. Álvaro Uribe, y su partido político Centro Democrático, criticaron la declaración y aseguraron que el informe estaba “sesgado” y su único objetivo era desacreditar al expresidente. En Colombia se conoce a este fenómeno como “falsos positivos”, pues miembros del Ejército asesinaban a civiles para presentarlos como “bajas en combate” y así recibir los beneficios que prometía el gobierno en su lucha contra la guerrilla. El informe de la JEP se puede consultar en: <https://www.jep.gov.co/Sala-de-Prensa/Paginas/La-JEP-hace-p%C3%BAblica-la-estrategia-de-priorizaci%C3%B3n-dentro-del-Caso-03,-conocido-como-el-de-falsos-positivos.aspx>

declaraciones, muestras de agotamiento con una sociedad que parece presa de un remolino violento insuperable. Una frase de Daniel Pécaut lo atestigua: “*Colombia vive sin saber lo que quiere*”.

Los mismos que construyeron los límites del concepto, que explicaron sus particularidades colombianas y lo diferenciaron de otras experiencias, para *inventar desde allí parte de la excepcionalidad nacional*, dieron un paso clave en la modificación del concepto al llevarlo a nuevos espacios de circulación. En este punto, y desde soportes textuales periodísticos, tomó enorme fuerza el proceso chavista sobre el cual se reflejó la idea de un país a contracorriente del devenir latinoamericano. Si bien en los estudios académicos de la primera década los intelectuales ya daban puntadas para entender el populismo venezolano como la antítesis de lo que ocurre en Colombia, es en la escritura de coyuntura donde la fundamentación del uribismo y el chavismo como polos diversos que se atraen adquiere una mayor presencia.

Álvaro Uribe y Hugo Chávez se presentan como fenómenos políticos en las antípodas cuyas esferas se cruzan en su carisma y la debilidad institucional de ambas democracias. Aún al pertenecer a los dos extremos del espectro político, el debate por la definición del populismo los ubica a ambos como exponentes de un “estilo populista”. Acá se consolida una *segunda paradoja constitutiva al interior de la definición conceptual* del populismo en el caso colombiano que ofrece nuevas consecuencias para el debate: el populismo uribista no puede entenderse sin el nacionalismo que pretende construir y que, a su vez, depende del populismo chavista al que se opone. Ambos populismos eran dependientes y, desde el análisis de los intelectuales, no podían existir el uno sin el otro. El populismo uribista se amparaba en el sentimiento nacional de un enemigo interno en las Farc y uno externo en el chavismo a los que mezcla con insistencia al decir que ambos compartían una visión política y que debían enfrentarse conjuntamente. Por su parte, la exacerbación del nacionalismo venezolano que era fundamental para el populismo chavista tenía en su principal enemigo a Washington y a su ejemplo más cercano -en palabras del presidente venezolano- en el servilismo del gobierno colombiano que era un títere funcional a Estados Unidos. Los dos gobiernos, diversos e incompatibles, sustentaban en el otro el fundamento antagónico determinante para la construcción de su propia ruptura populista.

El proceso de conceptualización del populismo como parte de la invención que los intelectuales hacen de la excepcionalidad colombiana toma acá otro cariz en la medida en que su participación en los debates es continuo e insistente y va desde las páginas de los diarios más leídos

del país hasta foros en los que se insiste en la particularidad nacional, pasando por sus trabajos como asesores de gobierno y cuyas declaraciones tenían un enorme eco. La historia nacional termina así por estructurarse en torno a diferentes momentos coyunturales, de enfrentamientos armados, vinculados entre ellos de forma artificial y que parecen tener el mismo inicio aún cuando sus finales sean diversos. Esa excepcionalidad presupone siempre la exclusión de Colombia como país y su soledad latinoamericana, de allí las metáforas recurrentes del aislamiento que lo dibujan como el *Tíbet latinoamericano* o el *Israel de la región*.

La transversalidad disciplinaria que atraviesa el presente estudio enriquecida por las herramientas, categorías y dimensiones de diferentes vertientes de la nueva historia intelectual nos permitieron arribar a varias conclusiones. Aún cuando la investigación se plantea de forma temporalmente lineal esta va y vuelve sobre significaciones y resignificaciones útiles al proceso conceptual que construyen los intelectuales, lo que revela que más que *un debate* nos enfrentamos a *debates* siempre resultantes de la imperiosa necesidad de explicar los orígenes de la violencia que no termina y vinculados a lo que estructuramos en torno a los cuatro picos interpretativos. Los debates por la definición del concepto de populismo o neopopulismo y su articulación dependiente con la violencia tienen el valor de condensar coyunturas políticas. En esos análisis, con asombrosa frecuencia, encontramos que las ciencias sociales colombianas recurren a lo que llamamos una particular *teleología a la inversa* en la que se explica el pasado siempre como el proceso ineludible de sus consecuencias futuras. Las acciones de Jorge Eliécer Gaitán son revisadas con la óptica de su posterior asesinato, el proceso político de la Alianza Nacional Popular como un conjunto de acciones destinadas a la aparición del M-19 o el uribismo como la consecuencia lógica y esperable de un proceso de paz que tenía que fracasar. Y así, al pasado lo entendemos con la facilidad que da ver sus resultados en el transcurrir del presente.

El concepto del populismo en Colombia es un termómetro particular de su historia democrática contemporánea. Con sus desgracias y con sus crisis. Con sus violencias y con sus intentos desesperados por pacificarse. ¿Somos, entonces, realmente tan diferentes? ¿Respecto a quiénes nos diferenciamos? La obsesión de los intelectuales que participan en el debate por enfrentarnos a *casos espejo* sea el caso de Perón en Argentina o de Chávez en Venezuela, resultan no pocas veces en la construcción de ideales tipo que obvian debilidades o amplifican logros. Que mezclan dimensiones de análisis o coyunturas históricas diversas.

Al reconstruir los procesos académicos desde los cuales los intelectuales foráneos y nacionales miran al populismo colombiano encontramos una diferencia notable. Desde las miradas latinoamericanas sociológicas e históricamente situadas, el populismo sustenta uno de sus ejes en la constitución nacional y en la fortaleza del discurso popular primero desde movimientos políticos y luego desde el Estado; en las ciencias sociales colombianas, por el contrario, lo que atraviesa la conceptualización del populismo es la violencia como centro del proceso nacional. Sin un fenómeno que haya permitido la consolidación de una idea de nación, la violencia pasó a ser el proceso en torno al cual se aglutina la realidad del país. *Somos en tanto violentos.*

De allí que *la invención de la excepcionalidad* respecto al populismo difiera entre unos y otros. Lo particular en el populismo colombiano, para las miradas latinoamericanas, es la dificultad de este para ascender al poder, frenado por una hegemonía bipartidista en la mitad del siglo XX y luego el anacronismo de un neoliberalismo de derecha en épocas de progresismo regional. Para el análisis colombiano, por el contrario, y siempre en torno a los intelectuales estudiados, lo propio y excepcional, recae en el populismo como antecedente de la violencia en los casos del gaitanismo, del rojismo en el poder -en menor medida- y del anapismo; y como resultado de esta en el uribismo, un movimiento cuyo sustento es ir a la guerra contra la subversión con la promesa de que, después de mil desgracias, *enfrentamos por fin la batalla final.*

En las conceptualizaciones del populismo en las ciencias sociales colombianas resulta apabullante, además, la presencia de posturas contrafácticas. La insistencia en las posibilidades nunca recorridas y las hipótesis sobre futuros irrefutables, que según algunos intelectuales serían mejores, pero que no pueden ser estudiadas porque nunca existieron. Es en la superficie de las múltiples violencias que los intelectuales van a debatir sobre el concepto de populismo y los populismos colombianos posibles. Y sobre los acontecimientos que disparan los significados y las conceptualizaciones, la violencia imposibilita el fenómeno gaitanista de los años cuarenta que lo habría cambiado todo -y para siempre-, o se acelera tras la denuncia de robo a la Anapo en las elecciones de 1970. Al despuntar el siglo XXI, es esa misma violencia la que va a impulsar a Álvaro Uribe y su populismo de nueva índole, trasnochado, en *resaca*, que va en contravía de los fenómenos clásicos y que interviene para que, desde los lenguajes políticos usados por los intelectuales, el concepto se limite casi exclusivamente a una categoría comportamental.

La invención de la excepcionalidad colombiana se consolida, en parte, desde estos debates mientras los intelectuales le dan forma a la realidad que pretenden explicar. Si esa invención era de peso cuando Marco Palacios, Salomón Kalmanovitz o Daniel Pécaut -para nombrar los más prominentes- eran referentes en las ciencias sociales por sus estudios, aumentará aún más a partir de la década de 1990 cuando estos mismos académicos acompañan su trabajo científico con una activa participación en la vida pública.

El largo recorrido por la evolución de los debates aparece, también, como un problema dividido en dos etapas. En la primera, en el siglo XX, los esfuerzos conceptuales se enfocaron en redefinir desde el presente violento los hechos traumáticos de 1948 y 1970, y con frecuencia forzaron sus rasgos para explicar sus consecuencias. En el segundo momento, entrado el siglo XXI, el hecho, el análisis y la conceptualización transcurrieron paralelamente, y los debates dieron paso al uso intuitivo del concepto para delimitar una coyuntura cuya aceleración imposibilitó la medida analítica. Ambas etapas -y problemas- nos parecen que representan, en últimas, los enormes retos del análisis histórico conceptual e, incluso, nuestra propia relación con el tiempo y su papel en la construcción del relato de la excepcionalidad nacional. Son problemas del compás de la historia que en Colombia acelera o disminuye en relación con sus conflictos.

En últimas, la presente investigación nos corroboró algunas percepciones, nos refutó otras y nos expuso a nuevas preguntas que abren caminos que esperan ser explorados. Uno de ellos es el renovado peso que adquiere el estudio del concepto de populismo en las ciencias sociales de Colombia en la segunda década del siglo XXI, entre 2011 y 2020, cuando nuevos estudios plantean una interesante vuelta de tuerca sobre el proceso político colombiano, repensando el gaitanismo, el anapismo y el uribismo, desde otras miradas del fenómeno (Ayala, 2001; Magrini, 2017; Giraldo, 2018 o Acosta, 2020). Otro, que nos interpela por la propia disciplina de procedencia, es el papel del periodismo -y los periodistas- en Colombia en la evolución de los conceptos políticos polisémicos. Finalmente, aunque se trata de un proyecto de una enorme envergadura, valdría la pena empezarse a responder un interrogante que está poco explorado: ¿Es realmente Colombia un país de derecha? Y, si lo es, ¿desde cuándo?

Que quede claro a estas alturas, y como cierre del presente estudio, que destacar los nuevos y variados usos del concepto de populismo no representa, para nosotros, una queja nostálgica. Nuestra propuesta, como aclaramos en repetidas ocasiones, no fue definir lo que era -o no- el

populismo ni hacer una tipología de sus usos, sino encontrar la forma en la cual el debate conceptual se revelaba como una radiografía de la historia colombiana reciente y cómo a partir de allí se *inventó* una parte de la idea de que los colombianos somos *muy distintos*, excepcionales desde nuestras desgracias, respecto a momentos latinoamericanos de aparente normalidad y unión. Gracias a las variadas herramientas de la nueva historia intelectual y a sus cruces metodológicos, a sus categorías y a nuestras dimensiones inspiradas en ellas, nos atrevimos a ofrecer la idea de cómo esa amplitud de significados que inició su camino de forma peregrina en el año de 1970 creció considerablemente cuando despertó el siglo XXI, lo que amplió la discusión más allá de las barreras tradicionales de los intelectuales y nos brindó un diagnóstico de un país que insiste en definirse desde sus dificultades continuas y renovados tormentos.

Referencias bibliográficas

Aboy Carlés, G (2001) Las dos fronteras de la democracia argentina. La redefinición de las identidades políticas de Alfonsín a Menem. Homo Sapiens. Rosario.

_____ (2004) “Repensando el populismo”. En: Weyland, Kurt et al (2004) Releer los populismos. Centro Andino de Acción Popular –CAAP. Quito. Pág. 79-126.

_____ (2010) Las dos caras de Jano: acerca de la compleja relación entre populismo e instituciones políticas. En: Pensamiento Plural No 07. Pelotas. Pág. 21-40

_____ (2014) El nuevo debate sobre el populismo y sus raíces en la transición democrática: el caso argentino. En: Colombia Internacional. N° 82: “Populismos y Neopopulismo en América Latina”, Universidad de los Andes. Bogotá. Octubre 2014. Pág. 23-50.

Acosta Olaya, C (2020) Jorge Eliécer Gaitán y el dique frente a las aguas turbulentas. Identidades políticas, populismo y violencia en Colombia (1928-1948). Tesis para optar por el título de Doctor en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Altamirano, C. (2001) Peronismo y Cultura de Izquierda. Siglo XXI. Buenos Aires

_____ (2005) Para un programa de historia intelectual y otros ensayos. Siglo XXI. Buenos Aires.

_____ (2013) Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta. Siglo XXI. Buenos Aires.

Angell, A. (1967) Populism and Political Change: The Case of Colombia. En: Sociological Review Monograph No. II. February 1967. University of Keele.

Apuleyo, P. et al (1990) En qué momento se jodió Colombia. Editorial La Oveja Negra. Bogotá.

Archila, M. (2006) Los movimientos sociales y las paradojas de la democracia en Colombia. En: Controversia. N°186. Pág. 8-32.

Ayala, C. (1990) Los orígenes del Anapismo como variante colombiana del populismo 1959-1965. En: Controversia. N°162-163. Pág. 29-53

_____ (1991) El discurso de la conciliación: análisis cuantitativo de las intervenciones de Gustavo Rojas Pinilla entre 1952 y 1959. En: Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura. N° 18-19. Pág. 205-243.

_____ (1992) El Movimiento de Acción Nacional (MAN). Movilización y confluencia de idearios políticos durante el gobierno de Gustavo Rojas Pinilla. Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura. N°9. Pág. 44-70

_____ (1995) Nacionalismo y populismo: ANAPO y el discurso político de la oposición en Colombia: 1960-1966. Universidad Nacional De Colombia. Bogotá.

_____ (1996) Resistencia y oposición al establecimiento del FN. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

_____ (2001) La perversión del populismo en Colombia o el ocaso del Movimiento Revolucionario Liberal (MRL). En: Palimpsestus. N°1. Pág. 182-199

_____ (2006) El populismo atrapado, la memoria y el miedo. El caso de las elecciones de 1970. La Carreta Editores. Medellín.

_____ (2011) La explosión del populismo en Colombia: Anapo y la participación política durante el Frente Nacional. Universidad Nacional De Colombia. Bogotá.

Badiou, A. (2005) El siglo. Manantial. Buenos Aires.

Barros, S. (2006) Espectralidad e inestabilidad institucional. Acerca de la ruptura populista. En: Estudios Sociales año XVI, N° 30, primer semestre de 2006. Pág. 145-162.

Betancur, B. (1970). Populismo vs Establecimiento. En: Gómez Hurtado, A y otros (ed.). Populismo. Bogotá. Editorial Revista Colombiana.

Bielschowsky, R (1998) 50 años de pensamiento en la Cepal. Siglo XXI. Ciudad de México.

Blanco, A. (2006). Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina. Siglo XXI editores. Buenos Aires.

Braun, Herbert (2019 [1985]) Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana en Colombia. Debolsillo. Bogotá.

Calderón, F (2018) Seminario sobre El pensamiento social latinoamericano dictado por el sociólogo en el doctorado de Flasco, Buenos Aires, entre septiembre y octubre de 2018).

Canovan, M. (1981) Populism. Harcourt Brace Jovanovich. New York.

Cardoso, H. & Faletto, E. ([1969] 1975). Dependencia y Desarrollo en América Latina. Siglo XIX Editores. Buenos Aires.

Casirer, E. ([1992]1946) El mito del Estado. Fondo de Cultura Económica. México.

Castillo, L. (17 de febrero de 2014). Laclau: “El kirchnerismo produjo transformaciones que difícilmente pueden ser borradas”. Telam. <https://www.telam.com.ar/notas/201402/52154-laclau-el-kirchnerismo-produjo-transformaciones-que-dificilmente-puedan-ser-desandadas.html>

Chávez, H. (2009) ¡¡Feliz Año Nuevo, Feliz 2010!! Consultado en <https://www.aporrea.org/poderpopular/a92358.html>

Comisión de Superación de la Violencia (1992) Pacificar la paz. Lo que no se ha negociado en los Acuerdos de paz. Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Colombia – Cinep. Bogotá.

Congote Ochoa, B (2006) Gaitán y el populismo. ¿Otros dos fantasmas colombianos? Universitas Humanística (No.62). Pág. 337-361.

Córdoba, P y Palacios, M (1998). La paz en la administración Pastrana. En Análisis Político. N°34. Pág. 64-70.

De Ipola, E & Portantiero, J. (1981). Lo nacional popular y los populismos realmente existentes. En: Nueva Sociedad. No 54. Mayo-junio 1981. Pág. 7-18.

De la Torre, Carlos. (1994) “Los significados ambiguos de los populismos latinoamericanos”, en Álvarez Junco, J. y R. González Leandri, eds., El populismo en España y América Latina. Catriel. Madrid.

_____ (1996) ¡Un Solo Toque! Populismo y Cultura Política en Ecuador. CAAP. Quito.

_____ (1998). “Populismo, cultura política y vida cotidiana en Ecuador”, en Burbano de Lara, ed., El fantasma del populismo. Aproximación a un tema (siempre) actual. Nueva Sociedad. Caracas.

_____ (1999). “Neopopulism in Contemporary Ecuador: The Case of Bucaram’s Use of the Mass Media”, en *International Journal of Politics, Culture and Society*. Vol. 12, N. 4. Pág. 555-571.

_____ (2000). *The Populist Seduction in Latin America: The Ecuadorian Experience*. University Research Center in International Studies. Ohio.

_____ (2004). “Un balance crítico a los debates sobre el nuevo populismo”, en Kurt Weyland, et. al., *Releer los populismos*. CAAP. Quito.

_____ (2005). “El regreso de Bucaram”, en *Íconos*, 23 (septiembre). Pág. 101-108.

_____ (2007) “The resurgence of radical populism in Latin America”, En: *Constellations*. Vol. 14, N. 3.

_____ (2013) “el populismo latinoamericano: entre la democratización y el autoritarismo”, En: *Nueva Sociedad*. N°247. Pág.120 - 137.

De la Torre, Cristina. (2005) *Álvaro Uribe o el neopopulismo en Colombia*. Bogotá. Editorial La Carreta.

De Roux, F y Escobar, C. (1985). *Una periodización de la movilización popular en los setentas*. En: *Controversia*. N°125. Pág. 93-102

Di Tella, G. (1973) *Populismo y reformismo*. En: *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*. Gino Germani at al. Serie Popular Era. México.

Dornbusch, R. y Edward, S (1990). *The Macroeconomics of Populism in Latin America*. The University Chicago Press. Chicago.

Duncan, G. (2013). *Una lectura política de Pablo Escobar*. En: *Co-Herencia*. N° 10 (19). Pág. 235-262.

Durán Migliardi, C. (2007) *Neopopulismo: la imposibilidad del nombre*. En *Vox Populi*. *Populismo y democracia en Latinoamérica*, ed. Julio Aibar Gaete. Pág. 83-138. FLACSO. México:

Escobar, A. (1998) *La invención del tercer mundo*. Editorial Norma. Bogotá.

Espeche, X. (2016). *La paradoja uruguaya. Intelectuales, latinoamericanismo y nación a mediados del siglo XX*. Universidad de Quilmes. Buenos Aires.

- Fals Borda, O et al. (1962). La violencia en Colombia. Editorial Taurus. Bogotá.
- _____ (1989). Movimientos sociales y poder político. En: Análisis Político. N°8. Pág. 49-59.
- Ferry, S. (2013). Violentología: manual del conflicto colombiano. Editorial Icono. Bogotá.
- Galindo Hernández, C. (2006). Neopopulismo en Colombia: el caso del gobierno de Álvaro Uribe Vélez. Iconos. Revista de Ciencias Sociales N 27. Pág. 147-162
- García Márquez, G. (1999) El enigma de los dos Chávez. En: Revista Cambio. Enero.
- Gaviria, V. (1991) El pelaíto que no duró nada. Planeta. Bogotá.
- Germani, G. (1971 [1962]) Política y sociedad en una época de transición. Paidós. Buenos Aires.
- Giraldo Ramírez, J. (2015) Las ideas en la guerra. Debate. Bogotá.
- _____ (2018) Populistas a la colombiana. Debate. Bogotá.
- Gómez Hurtado, A (1970). Conservatismo y el populismo. En: Gómez Hurtado, A y otros (ed.). Populismo. Editorial Revista Colombiana. Bogotá.
- Gratius, S (2007) La tercera ola populista de América Latina. Fride. Madrid.
- _____ (2009) Reflexiones sobre izquierda y populismo en América Latina En: Colección de estudios internacionales. Número 6. Universidad del País Vasco.
- Green, J. (2013). Gaitanismo, Liberalismo de izquierda y movilización popular. Fondo Editorial Universidad Eafit. Medellín.
- Grimson, A. (2019). ¿Qué es el peronismo? De Perón a los Kirchner, el movimiento que no deja de conmover la política argentina. Siglo XXI. Buenos Aires.
- Grupo de Memoria Histórica (2013) ¡Basta Ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad. Informe del Grupo de Memoria Histórica de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación. Imprenta Nacional. Bogotá.
- Guerrero, V. (2016) Guerras civiles colombianas. Negociación, regulación y memoria. Editorial Javeriana. Bogotá.
- Guilhaumou, Jaques (2004) “La historia lingüística de los conceptos: el problema de la intencionalidad”. En: Revista Ayer. N 53, Madrid. Pág. 47-61.

Gutiérrez, F. (2014) El orangután con sacoleva: cien años de democracia y represión en Colombia (1910-2010). Debate. Bogotá.

Gutiérrez, F y Acuña, F. (2009) La política de los referendos en los países andinos: apelación al pueblo y democracia (1985-2010). En: Análisis Político. N° 67. Pág. 21-37.

Hennessy, A. (1969) América Latina. En: Populism. Its Meaning and National Characteristics. The Macmillan Company. London.

Hobsbawm, E. (2009) Historia del siglo XX. Critica. Barcelona.

Human Rights Watch (1998). Informe anual 1998. Recuperado de https://www.hrw.org/legacy/spanish/inf_anual/1998/colombia.html

Ianni, O. (1973) Populismo y relaciones de clase. En: Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica. Gino Germani at al. Serie Popular Era. México.

Ingerflom, C (2017) El revolucionario profesional. La construcción política del pueblo. Prohistoria Ediciones. Buenos Aires.

Ionescu, G., & Gellner, E. (1969). Populism. Its Meaning and National Characteristics. The Macmillan Company. London.

Jay, M. (2012). La explicación histórica: reflexiones sobre los límites de la contextualización. En: Prismas, Revista de Historia Intelectual. N°16, Bernal, UNQ. Pág. 145-157.

Jiménez, H (2015). Entrevista a Marco Palacios Roza, profesor-investigador de El Colegio de México y Universidad de los Andes. En: HistoreLo. Revista de historia regional y local. Vol 7. N14. Julio-diciembre de 2015. Pág. 360-372.

Jurisdicción Especial para la Paz (2002). La JEP hace pública la estrategia de priorización dentro del Caso 03, conocido como el de falsos positivos. Recuperado de: <https://www.jep.gov.co/Sala-de-Prensa/Paginas/La-JEP-hace-p%C3%BAblica-la-estrategia-de-priorizaci%C3%B3n-dentro-del-Caso-03,-conocido-como-el-de-falsos-positivos.aspx>

Kalmanovitz, S. (1985). Economía y nación. Editorial Norma. Bogotá.

_____ (1998). Neoliberalismo e intervencionismo: sus fuentes y sus razones. En: Estudios Sociales. N° 1. Pág. 33-38.

- _____ (2010). Nueva historia económica de Colombia. Taurus. Bogotá
- _____ (2017). Obra selecta. Taurus. Bogotá
- Kazin, M. (1995) *The Populist Persuasion. An American History*. Cornell University Press. New York.
- Koselleck, R. (2010 [1972]). *historia/Historia*. Trotta. Madrid.
- _____ (1993). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Paidós. Barcelona.
- Laclau, E. (1978) *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo y populismo*. Siglo XXI. Madrid.
- _____ & Mouffe, C. (1986) *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia*. Siglo XXI. Madrid.
- _____ (2005) *La razón populista*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.
- _____ (2009) *Populismo. ¿Qué nos dice el nombre?* En: *El populismo como espejo de la democracia*, comp. Francisco Panizza, 51-70. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.
- Lara, P. (1982) *Siembra vientos y recogerás tempestades*. Planeta. Bogotá.
- Leal, F. (1988) *La profesionalización de los estudios políticos en Colombia*. En: *Análisis Político*. N°3. Pág. 49-62
- López Michelsen, A (1970). *El liberalismo y el populismo*. En: Gómez Hurtado, A y otros (ed.). *Populismo*. Editorial Revista Colombiana. Bogotá.
- López de la Roche, F. (1996) “Aspectos culturales y comunicacionales del populismo rojista en Colombia (1953-1957)”. En: *Signo y Pensamiento*. N° 29 (XV), 1999. Pág. 81-94.
- _____ (1997) *Reseña: RESISTENCIA Y OPOSICION AL ESTABLECIMIENTO DEL FRENTE NACIONAL. Los orígenes de la Alianza Nacional Popular (ANAPO) Colombia 1953-1964*. En: *Análisis Político* N°30. Pág. 116-119.
- Magrini, Ana Lucía (2018) “Apuntes metódicos para una historia y política como significación”. En: Farrán, Roque, et. al., *Métodos: aproximaciones a un campo problemático*. Prometeo. Buenos Aires. Pp. 253-286.

_____ (2017). Los nombres de lo indecible. Populismo y Violencia(s) como objetos en disputa. Prometeo. Buenos Aires.

Mackinnon, M., & Petrone, M. (1998). Los complejos de la cenicienta. En M. Mackinnon, & M. A. Petrone, *Populismo y neopopulismo en Latinoamérica. El problema de la cenicienta*. EUDEBA. Buenos Aires.

Medina, M (1996). Reseña: resistencia y oposición al establecimiento del FN. En Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura. N° 23. Pág. 326-329.

Melo, J. (2014) Los tiempos del populismo. Devenir de una categoría polisémica. Colombia Internacional. Bogotá. No 82. Septiembre - Diciembre 2014. Pág. 71-98.

Melo, J y Aboy Carlés, G (2014) La democracia radical y su tesoro perdido. Un itinerario intelectual de Ernesto Laclau. En: Postdata. 19, N. 2, Octubre/2014-Marzo/2015. Pág. 395-427

Melo, L., Ramos, J. y Hernández, P. (2017). La educación superior en Colombia: situación actual y análisis de eficiencia. En: Desarrollo y Sociedad. N. 78.

Misión de Ciencia, Educación y Desarrollo (1994) Colombia al filo de la oportunidad. Fonade. Bogotá.

Mouffe, C (2018) Por un populismo de izquierda. Siglo XXI editores. Buenos Aires.

Neiburg, F. (1988) Los intelectuales y la invención del peronismo. Alianza Editorial. Buenos Aires.

O'Donnell, G. (1994) "Delegative Democracy". En: Journal of Democracy, Vol. 5, N.1. Pág. 55-69. Traducción del autor publicada en el Journal of Democracy en Español.

_____ (2010) Revisando la democracia delegativa. En: Casa del tiempo. Revista Universidad Autónoma Metropolitana. Ciudad de México. No. 31. Mayo. Pág. 2-8.

Ocampo, J. (1992). Reforma del estado y desarrollo económico y social en Colombia. En: Análisis Político. N°17. Pág. 5-14

Oquist, Paul (1978) Violencia, conflicto y política en Colombia. Instituto de Estudios Colombianos. Biblioteca Banco Popular. Bogotá.

- Orjuela, (2007) La compleja y ambigua repolitización de América Latina. En: Colombia Internacional. N° 66. Pág. 16-35
- Panizza, F. (2011) ¿De qué hablamos cuando hablamos de populismo? “¡Más populista será tu abuela!” En: Recso. Revista de Ciencias Sociales. Volumen 2. Año 2. Pág. 15-37. Montevideo.
- Palacio Rudas, A (1970). Populismo: esencia y apariencia. En: Gómez Hurtado, A y otros (ed.). Populismo. Editorial Revista Colombiana. Bogotá.
- Palacios, M. (1971) El populismo en Colombia. Editorial Siuasinza. Bogotá.
- _____ (1994) Modernidad, modernizaciones y ciencias sociales. En: Análisis Político. N°5. Pág. 5-33.
- _____ (1995) Entre la legitimidad y la violencia. Colombia entre 1875 y 1994. Editorial Norma. Bogotá.
- _____ (1996) La gobernabilidad en Colombia. En: Análisis Político. N°29. Pág. 3-19.
- _____ (1997) Diez acotaciones a la política colombiana. En: Análisis Político. N°30. Pág. 48-52.
- _____ (1998) De La Violencia a las violencias. En Las violencias: inclusión creciente. Comp. Jaime Arocha, Fernando Cubides y Myriam Jimeno. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.
- _____ (1998) El fratricidio colectivo como frente de nacionalidad. En Museo, memoria y nación. Comp. Gonzalo Sánchez Gómez y María Emma Wills. Museo Nacional. Bogotá.
- _____ (2000) Presencia y ausencia de populismo: un contrapunto colombo-venezolano. En: Análisis Político. N° 39. Pág. 57-78.
- _____ (2001) De populistas, mandarines y violencias. Luchas por el poder. Editorial Planeta. Bogotá.
- _____ (2005) Sobre los “mitos políticos en las sociedades andinas”. En: Mitos políticos en las sociedades andinas. Comp. Germán Carrera Damas, Carole Leal Curiel, Georges Lomné, Frédéric Martínez. Equinoccio. Caracas.
- _____ (2011) Populistas: el poder de las palabras. Editorial Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

Palermo, V (2011) Consejeros del príncipe. Intelectuales y populismo en la Argentina de hoy. En: Recso. Revista de Ciencias Sociales. Volumen 2. Año 2. Pág. 15-37. Montevideo.

Palti, E. (2001). Aporías. Tiempo, modernidad, historia, sujeto, nación, ley. Alianza Editorial. Buenos Aires.

_____ (2005). De la historia de 'ideas' a la historia de los 'lenguajes políticos' –las escuelas recientes de análisis conceptual. El panorama latinoamericano. En: Anales Nueva Época No7-8. Göteborg University. Pág. 63-81

_____ (2007) El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado. Siglo XXI Editores. Buenos Aires

_____ (2009) El momento romántico. Nación, historia y lenguajes políticos en la Argentina del siglo XIX. Eudeba. Buenos Aires.

_____ (2014) ¿Las ideas fuera de lugar? Estudios y debates en torno a la historia político-intelectual latinoamericana. Prometeo libros. Buenos Aires.

_____ (2018) Una arqueología de lo político. Regímenes de poder desde el siglo XVII. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.

Pardo, R. (2004) La historia de las Guerras. Debate. Bogotá.

Patiño, L. (2007) Del populismo al neopopulismo en América Latina. Universidad Pontificia Bolivariana. Medellín.

Patiño, L y Cardona, P (2009) El neopopulismo: una aproximación al caso colombiano y venezolano. En: Estudios políticos. N° 34. Pág. 163-184

Pécaut, D. (1987) Orden y violencia. Siglo XXI Editores. Bogotá.

_____ (1987) En América Latina: del populismo al autoritarismo. En Revista Vuelta. Noviembre 1987. Pág. 54-57

_____ (1989) Crónica de dos décadas de política colombiana. Editorial Siglo XXI. Bogotá.

_____ (1991) Colombia: Violencia y democracia. En: Análisis político. N°13. Pág. 35-50.

_____ (1997) Presente, pasado y futuro de la violencia. En: Análisis político. N° 30. Pág. 3-36.

_____ (1998) La contribución del IEPRI a los estudios sobre la violencia en Colombia. En *Análisis Político*. N° 34. Pág. 72-88

_____ (2000) Populismo imposible y violencia: el caso colombiano. En: *Estudios Políticos*. N° 16. Pág. 45-70

_____ (2003a) *Midiendo fuerzas. Balance del primer año de Álvaro Uribe*. Planeta. Bogotá.

_____ (2003b) *Violencia y política en Colombia. Elementos de reflexión*. Hombre nuevo editores. Bogotá.

_____ (2006) *Crónica de cuatro décadas de política colombiana*. Editorial Norma. Bogotá.

_____ (2008a) *Las Farc: ¿una guerrilla sin fin o sin fines?* Planeta. Bogotá.

_____ (2008b) *Las Farc: fuentes de su longevidad y de la conservación de su cohesión*. En: *Análisis Político*. N° 53. Pág. 22-50.

_____ (2014) *En Colombia todo es permitido menos el populismo*. En: *Revista de Estudios Sociales*. No 50. Pág. 21-24.

_____ y Valencia, A. (2017) *En busca de la nación colombiana*. Debate. Bogotá.

Peralta, V. y LaRosa M (2015 [1997]). *Los Colombianistas*. Academia Colombiana de Historia. Bogotá.

Perez, C. (2007). *La democracia delegativa*. En: *Revista de Facultad de Derecho y Ciencias Políticas*. N°106. Pág. 263-289.

Pizarro, E. (2016). *Cambiar el futuro. Historia de los proceso de paz en Colombia (1981-2016)*. Debate. Bogotá.

Pocock, J. (2011). *Pensamiento político e historia. Ensayos sobre teoría y método*. Akal. Madrid.

Posada C, E. (2006) *La nación soñada: violencia, liberalismo y democracia en Colombia*. Norma. Bogotá.

Ranciere, J. (1996) *El desacuerdo. Política y filosofía*. Nueva Visión. Buenos Aires.

Roberts, Kenneth. (1998 [1995]) "El neoliberalismo y la transformación del populismo en América Latina. El caso peruano" En: Mackinnon, M. y Petrone, M. (Comp.) *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Cenicienta*. Eudeba. Bs As.

- _____ (2007) El resurgimiento del populismo latinoamericano. En: De la Torre et al (2008) El retorno del pueblo. Pág. 55-73.
- Rodríguez, N y Chaparro, A. (2010) El show de Jorge Barón como paradigma de neopopulismo cultural en la televisión colombiana. En: Análisis político. N°70. Pág. 81-89.
- Rosanvallon, P. (2020) El siglo del populismo. Historia, teoría, crítica. Manantial. Buenos Aires.
- _____ (2003) Para una historia conceptual de lo político. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.
- Roxborough, I. (1984). Unity and Diversity in Latin American History. *Journal of Latin American Studies* No.16. Pág. 1-26.
- Safford, F. y Palacios, M. (2002) Colombia: país fragmentado, sociedad dividida. Su historia. Norma. Bogotá.
- Salazar, A. (2001) La Parábola de Pablo. Planeta. Bogotá.
- _____. (1990) No nacimos pa' semilla. Cinep. Medellín.
- Sánchez, G. y Meertens, D. (1983) Bandoleros, gamonales y campesinos. El caso de la Violencia en Colombia. El Ancora Editores. Bogotá.
- Sánchez, G y Peñaranda, R. (1986) (Comp.) Pasado y presente de la Violencia en Colombia. Editorial CEREC. Bogotá.
- Sánchez, G. (1987) (Comp.) Colombia: Violencia y democracia. Informe presentado al Ministerio de Gobierno. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.
- _____ (1993) Los intelectuales y la violencia. En Análisis Político. N° 19. Pág. 40-19.
- Santos, D (2020) El populismo en Colombia y la obra de Marco Palacios: una reflexión desde los lenguajes políticos. En: Papel Político. Vol. 25.
- Serra, P. (2019). El populismo argentino. Prometeo. Buenos Aires.
- Skinner, Q. (2007). Lenguaje, política e historia. Universidad Nacional de Quilmes. Buenos Aires.
- Schmitt, R. (2009 [1922]). Teología política. Trotta. Madrid.
- Svampa, M. (2016). Debates latinoamericanos. Indianismo, desarrollo, dependencia y populismo. Edhasa. Buenos Aires.

- Tharoor, I. (26 de enero de 2016). Trump is the U.S.'s first Latin American president. The Washington Post. <https://www.washingtonpost.com/news/worldviews/wp/2017/01/26/trump-is-the-u-s-s-first-latin-american-president/>
- Tirado Mejía, Á. (1989) López Pumarejo: La Revolución en Marcha. En: Nueva Historia de Colombia. Editado por Álvaro Tirado Mejía, Volumen II, Pág. 305-348. Planeta. Bogotá.
- Torres, J. (2009) Operación Jaque: la verdadera historia. Planeta. Bogotá.
- Urrutia, M. (1991) On the Absence of Economic Populism in Colombia. En: The Macroeconomics of Populism in Latin America de Rudiger Dornbusch y Sebastian Edwards. Macroeconomía del populismo en América Latina. Borradores Semanales de Economía, Banco de la República. Bogotá.
- Vilas, C. (2004) “¿Populismos reciclados o Neoliberalismo a secas? El mito del neopopulismo latinoamericano”, *Estudios Sociales*, Revista Universitaria Semestral, Año XIV, núm. 26, primer semestre.
- Villacañas, J. (1998) Historia de los conceptos y responsabilidad política: un ensayo de contextualización. En: Res publica. N 1. Pág. 141-174.
- Villaveces, J. (1968) Los mejores discursos de Gaitán. Editorial Jorvi. Bogotá.
- Weyland, K. (2004) Clarificando un concepto: “el populismo en el estudio de la política latinoamericana”. En Releer los populismos, Kurt Weyland, Carlos de la Torre, Gerardo Aboy Carlés y Hernán Ibarra, Pág. 10-50. Centro Andino de Acción Popular. Quito.
- Wickham-Crowley, T (1992). Guerrillas and Revolution in Latin América: A Comparative Study of Insurgents and Regimes since 1956. University Press. Princeton.
- Worsley, P. (1969) The concept of populism. En: Populism. Its Meaning and National Characteristics. The Macmillan Company. London.
- Zermeño, S. (1989) El regreso del líder: crisis, neoliberalismo y desorden. En: Revista mexicana de sociología. Vol 51 (4) Pág. 115-150.
- Zizek, S. (2002). Mantener el lugar. En: Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda. Butler at el. Siglo XXI Editores. Buenos Aires.

Artículos periodísticos

De la Torre, Cristina. (4 de diciembre de 2007). Duelo de populismos. *El Espectador*.

_____ (7 de mayo de 2008). El legado de Fujimori. *El Espectador*.

_____ (19 de julio de 2008). El trío dinámico. *El Espectador*.

_____ (27 de enero de 2009). Uribe-Chávez: ¿gemelos enemigos? *El Espectador*.

_____ (8 de febrero de 2010). Los Laureanos. *El Espectador*.

Kalmanovitz, S. (7 de noviembre de 2007). Chávez y Uribe. *El Espectador*.

_____ (21 de noviembre de 2007). El clientelismo y la infraestructura. *El Espectador*.

_____ (4 de abril de 2008). ¡Mataron a Gaitán! *El Espectador*.

_____ (9 de noviembre de 2008). El presidente Uribe y Bush. *El Espectador*.

_____ (2 de marzo de 2009). Las perspectivas de Venezuela. *El Espectador*.

_____ (12 de julio de 2009). El cesarismo democrático. *El Espectador*.

_____ (9 de agosto de 2009). El comercio con Venezuela . *El Espectador*.

_____ (23 de agosto de 2009). Estado de opinión manipulable. *El Espectador*.

_____ (30 de septiembre de 2012). Los peligros del populismo. *El Espectador*.

_____ (29 de junio de 2020). Populismo tributario. *El Espectador*.

Palacios, M. (21 de febrero de 2001). Colombia, pueblo sin nación. *El Tiempo*.
<https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-603928>

_____ (3 de febrero de 2002). El 7 de abril. *El Tiempo*.
<https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1332834>

_____ (6 de agosto de 2002). Un presidente ‘de a caballo’. *El País de España*.
https://elpais.com/diario/2002/08/07/internacional/1028671207_850215.html

_____ (10 de abril de 2005). Ya quisiera tener yo una pensión. *Semana*.
<https://www.semana.com/nacion/articulo/ya-quisiera-tener-pension/71901-3/>

_____ (12 de julio de 2008). El nuevo mapa electoral colombiano. *El País de España*. https://elpais.com/diario/2008/07/12/internacional/1215813602_850215.html

_____ (16 de julio de 2008). Las Farc y la paz en Colombia. *Razón Pública*. <https://razonpublica.com/las-farc-y-la-paz-de-colombia/>

_____ (8 de junio de 2009). Seguridad modelo 1950. *Razón Pública*. <https://razonpublica.com/seguridad-modelo-1950/>

Pécaut, D. (2 de julio de 2000). Hilos de la madeja. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1226467>

_____ (14 de febrero de 2001). UE debe meterse en un papel de veeduría. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-626331>

_____ (7 de agosto de 2002). “Colombia vive sin saber lo que quiere”. *Semana*. <https://www.semana.com/on-line/articulo/colombia-vive-saber-quiere-entrevista-daniel-pecaut/51541-3/>

_____ (3 de agosto de 2003). La incertidumbre militar. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1039006>

_____ (8 de febrero de 2004). Diagnóstico europeo sobre Colombia. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1509707>

_____ (18 de julio de 2008). Las Farc están muy debilitadas. *El Tiempo*. <https://www.elespectador.com/noticias/el-mundo/las-farc-estan-muy-debilitadas/>

_____ (2 de septiembre de 2008). Las Farc practican una política de resentimiento. *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/noticias/el-mundo/las-farc-practican-una-politica-de-resentimiento/>

_____ (9 de septiembre de 2008). Los núcleos de simpatizantes de las Farc en el exterior no son nada. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-3085084>

_____ (22 de abril de 2009). Gobiernos duros terminaron dialogando. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-5042435>

Anexos metodológicos

I. Cuatro dimensiones para acercarse a los debates por la definición del concepto de populismo y su relación con la violencia.

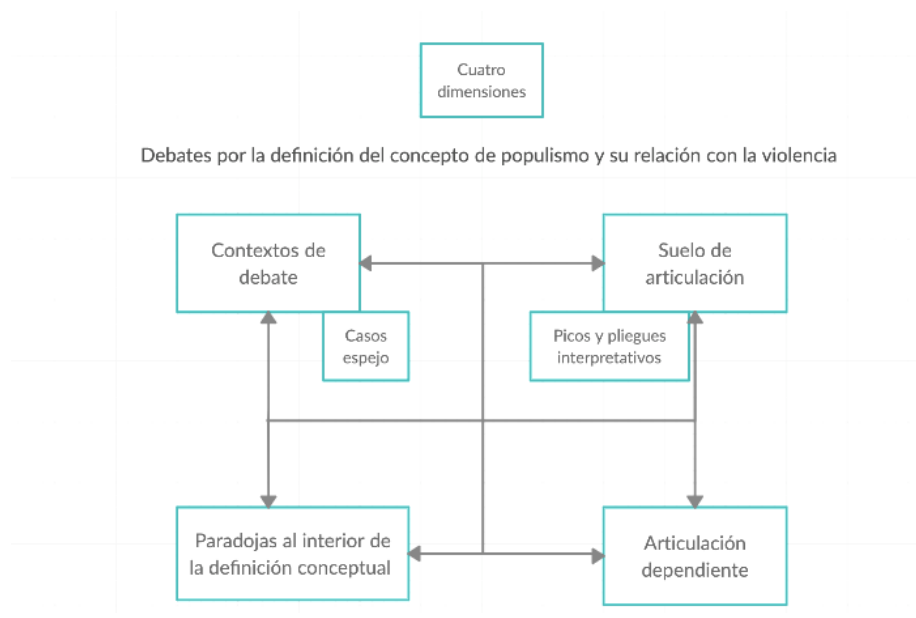


Diagrama de dimensiones para acercarse a los debates sobre el concepto de populismo y el neopopulismo y su relación con la violencia en las ciencias sociales colombianas en el periodo 1970 - 2010. Elaboración propia.

Inspirados por distintas categorías del amplio y variado campo de la nueva historia intelectual, construimos cuatro dimensiones para acercarnos a los debates por la definición del concepto de populismo en Colombia y su relación con la violencia. Desde allí intentamos desentrañar cómo estos debates hacen parte de la *invención de la idea de excepcionalidad* del caso colombiano.

Las cuatro dimensiones son los suelos de articulación, en los que se consolidan los cuatro picos y pliegues interpretativos; los contextos de debate, con la mirada desde ellos de los casos espejo del peronismo en el siglo XX y el chavismo en el XXI; las paradojas al interior de la definición conceptual y la articulación dependiente entre los conceptos de populismo y violencia.

II. Corpus de textos estudiados

Las obras estudiadas responden a libros, capítulos de libros y artículos de revistas académicas que conceptualizaron el populismo en las ciencias sociales de Colombia y que hicieron parte del debate por su definición, su relación con la violencia y la idea de excepcionalidad del caso nacional entre 1970 y 2010. Posteriormente, el corpus se amplía a las publicaciones que estos mismos autores hicieron en espacios de circulación periodística. A esto se le suma el estudio de los textos pioneros en la definición del populismo en América Latina que, además, vieron el caso de Colombia desde afuera como un proceso excepcional, y sobre el que se inserta y se nutre el debate colombiano.

Obras estudiadas como fuentes primarias	
Libros	31
Artículos de revistas académicas y capítulos de libros	53
Artículos periodísticos	30
<i>Total de obras</i>	<i>114</i>

III. Tabla de fuentes primarias dividida por autores

Fuentes documentales para analizar el debate conceptual del populismo, el neopopulismo y su relación con la violencia en Colombia

Cesar Ayala
<i>Libros</i>
(1995) Nacionalismo y populismo: ANAPO y el discurso político de la oposición en Colombia: 1960-1966. Universidad Nacional De Colombia. Bogotá.
(1996) Resistencia y oposición al establecimiento del FN. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.
(2006) El populismo atrapado, la memoria y el miedo. El caso de las elecciones de 1970. La Carreta Editores. Medellín.
<i>Artículos en Revistas Académicas</i>
(1990) Los orígenes del Anapismo como variante colombiana del populismo 1959-1965. En: Controversia. N°162-163. Pág. 29-53

(1991) El discurso de la conciliación: análisis cuantitativo de las intervenciones de Gustavo Rojas Pinilla entre 1952 y 1959. En: Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura. N° 18-19. Pág. 205-243.

(1992) El Movimiento de Acción Nacional (MAN). Movilización y confluencia de idearios políticos durante el gobierno de Gustavo Rojas Pinilla. Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura. N°9. Pág. 44-70

(2001) La perversión del populismo en Colombia o el ocaso del Movimiento Revolucionario Liberal (MRL). En: Palimpsestus. N°1. Pág. 182-199

Belisario Betancur

(1970) Populismo vs Establecimiento. En: Gómez Hurtado, A y otros (ed.). Populismo. Bogotá. Editorial Revista Colombiana.

Cristina De la Torre

Libros

(2005) Álvaro Uribe o el neopopulismo en Colombia. Bogotá. Editorial La Carreta.

Artículos Periodísticos

(4 de diciembre de 2007) Duelo de populismos. *El Espectador*.

(7 de mayo de 2008) El legado de Fujimori. *El Espectador*.

(19 de julio de 2008) El trío dinámico. *El Espectador*.

(27 de enero de 2009) Uribe-Chávez: ¿gemelos enemigos? *El Espectador*.

(8 de febrero de 2010). Los Laureanos. *El Espectador*.

Álvaro Gómez Hurtado

(1970). Conservatismo y el populismo. En: Gómez Hurtado, A y otros (ed.). Populismo. Editorial Revista Colombiana. Bogotá.

Salomón Kalmanovitz
<i>Libros</i>
(1985) Economía y nación. Editorial Norma. Bogotá.
(2010) Nueva historia económica de Colombia. Taurus. Bogotá
(2017) Obra selecta. Taurus. Bogotá
<i>Artículos en Revistas Académicas</i>
(1998) Neoliberalismo e intervencionismo: sus fuentes y sus razones. En: Estudios Sociales. N° 1. Pág. 33-38.
<i>Artículos Periodísticos</i>
(7 de noviembre de 2007). Chávez y Uribe. <i>El Espectador</i> .
(21 de noviembre de 2007). El clientelismo y la infraestructura. <i>El Espectador</i> .
(4 de abril de 2008). ¡Mataron a Gaitán! <i>El Espectador</i> .
(9 de noviembre de 2008). El presidente Uribe y Bush. <i>El Espectador</i> .
(2 de marzo de 2009). Las perspectivas de Venezuela. <i>El Espectador</i> .
(12 de julio de 2009). El cesarismo democrático. <i>El Espectador</i> .
(9 de agosto de 2009). El comercio con Venezuela . <i>El Espectador</i> .
(23 de agosto de 2009). Estado de opinión manipulable. <i>El Espectador</i> .

Alfonso López Michelsen
(1970) El liberalismo y el populismo. En: Gómez Hurtado, A y otros (ed.). Populismo. Editorial Revista Colombiana. Bogotá.

Alfonso Palacio Rudas
(1970). Populismo: esencia y apariencia. En: Gómez Hurtado, A y otros (ed.). Populismo. Editorial Revista Colombiana. Bogotá.

Marco Palacios
<i>Libros</i>
(1971) El populismo en Colombia. Editorial Siuasinza. Bogotá.
(1995) Entre la legitimidad y la violencia. Colombia entre 1875 y 1994. Editorial Norma. Bogotá.
(2001) De populistas, mandarines y violencias. Luchas por el poder. Editorial Planeta. Bogotá.
(2011) Populistas: el poder de las palabras. Editorial Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.
<i>Artículos en Revistas Académicas y capítulos de libro</i>
(1994) Modernidad, modernizaciones y ciencias sociales. En: Análisis Político. N°5. Pág. 5-33.
(1996) La gobernabilidad en Colombia. En: Análisis Político. N°29. Pág. 3-19.
(1997) Diez acotaciones a la política colombiana. En: Análisis Político. N°30. Pág. 48-52.
(1998) De La Violencia a las violencias. En Las violencias: inclusión creciente. Comp. Jaime Arocha, Fernando Cubides y Myriam Jimeno. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.
(1998) El fratricidio colectivo como frente de nacionalidad. En Museo, memoria y nación. Comp. Gonzalo Sánchez Gómez y María Emma Wills. Museo Nacional. Bogotá.
(2000) Presencia y ausencia de populismo: un contrapunto colombo-venezolano. En: Análisis Político. N° 39. Pág. 57-78.
(2005) Sobre los “mitos políticos en las sociedades andinas”. En: Mitos políticos en las sociedades andinas. Comp. Germán Carrera Damas, Carole Leal Curiel, Georges Lomné, Frédéric Martínez. Equinoccio. Caracas.
Córdoba, P y Palacios, M (1998) La paz en la administración Pastrana. En Análisis Político. N°34. Pág. 64-70.
<i>Artículos periodísticos</i>
(21 de febrero de 2001) Colombia, pueblo sin nación. <i>El Tiempo</i> . https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-603928
(3 de febrero de 2002) El 7 de abril. <i>El Tiempo</i> . https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1332834
(6 de agosto de 2002) Un presidente ‘de a caballo’. <i>El País de España</i> . https://elpais.com/diario/2002/08/07/internacional/1028671207_850215.html

(10 de abril de 2005) Ya quisiera tener yo una pensión. <i>Semana</i> . https://www.semana.com/nacion/articulo/ya-quisiera-tener-pension/71901-3/
(12 de julio de 2008) El nuevo mapa electoral colombiano. <i>El País de España</i> . https://elpais.com/diario/2008/07/12/internacional/1215813602_850215.html
(16 de julio de 2008) Las Farc y la paz en Colombia. <i>Razón Pública</i> . Recuperado de: https://razonpublica.com/las-farc-y-la-paz-de-colombia/
(8 de junio de 2009) Seguridad modelo 1950. <i>Razón Pública</i> . https://razonpublica.com/seguridad-modelo-1950/
<i>Entrevistas</i>
Jiménez, H (2015) Entrevista a Marco Palacios Roza, profesor-investigador de El Colegio de México y Universidad de los Andes. En: <i>HistoriaLo. Revista de historia regional y local</i> . Vol 7. N14. Julio-diciembre de 2015. Pág. 360-372.

Luis Guillermo Patiño
<i>Libro</i>
(2007) <i>Del populismo al neopopulismo en América Latina</i> . Universidad Pontificia Bolivariana. Medellín.
<i>Artículos en Revistas Académicas</i>
Patiño, L y Cardona, P (2009) El neopopulismo: una aproximación al caso colombiano y venezolano. En: <i>Estudios políticos</i> . N° 34. Pág. 163-184

Daniel Pécaut
<i>Libros</i>
(1987) <i>Orden y violencia</i> . Siglo XXI Editores. Bogotá.
(1989) <i>Crónica de dos décadas de política colombiana</i> . Editorial Siglo XXI. Bogotá.
(2003a) <i>Midiendo fuerzas. Balance del primer año de Álvaro Uribe</i> . Planeta. Bogotá.
(2003b) <i>Violencia y política en Colombia. Elementos de reflexión</i> . Hombre nuevo editores. Bogotá.
(2006) <i>Crónica de cuatro décadas de política colombiana</i> . Editorial Norma. Bogotá.
(2008a) <i>Las Farc: ¿una guerrilla sin fin o sin fines?</i> Planeta. Bogotá.

<i>Artículos en Revistas Académicas</i>
(1987) En América Latina: del populismo al autoritarismo. En Revista Vuelta. Noviembre 1987. Pág. 54-57
(1991) Colombia: Violencia y democracia. En: Análisis político. N°13. Pág. 35-50.
(1997) Presente, pasado y futuro de la violencia. En: Análisis político. N° 30. Pág. 3-36.
(1998) La contribución del IEPRI a los estudios sobre la violencia en Colombia. En Análisis Político. N° 34. Pág. 72-88
(2000) Populismo imposible y violencia: el caso colombiano. En: Estudios Políticos. N° 16. Pág. 45-70
(2008b) Las Farc: fuentes de su longevidad y de la conservación de su cohesión. En: Análisis Político. N° 53. Pág. 22-50.
(2014) En Colombia todo es permitido menos el populismo. En: Revista de Estudios Sociales. No 50. Pág. 21-24.
Artículos periodísticos:
Pécaut, D. (2 de julio de 2000). Hilos de la madeja. <i>El Tiempo</i> . https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1226467
(14 de febrero de 2001). UE debe meterse en un papel de veeduría. <i>El Tiempo</i> . https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-626331
(7 de agosto de 2002). “Colombia vive sin saber lo que quiere”. <i>Semana</i> . https://www.semana.com/on-line/articulo/colombia-vive-saber-quiere-entrevista-daniel-pecaut/51541-3/
(3 de agosto de 2003). La incertidumbre militar. <i>El Tiempo</i> . https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1039006
(8 de febrero de 2004). Diagnóstico europeo sobre Colombia. <i>El Tiempo</i> . https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1509707
(18 de julio de 2008). Las Farc están muy debilitadas. <i>El Tiempo</i> . https://www.elespectador.com/noticias/el-mundo/las-farc-estan-muy-debilitadas/
(2 de septiembre de 2008). Las Farc practican una política de resentimiento. <i>El Espectador</i> . https://www.elespectador.com/noticias/el-mundo/las-farc-practican-una-politica-de-resentimiento/
(9 de septiembre de 2008). Los núcleos de simpatizantes de las Farc en el exterior no son nada. <i>El Tiempo</i> . https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-3085084

(22 de abril de 2009). Gobiernos duros terminaron dialogando. *El Tiempo*.
<https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-5042435>

Entrevistas

Pécaut, D. y Valencia, A. (2017) En busca de la nación colombiana. Debate. Bogotá.

Otros autores que hicieron aportes al debate en Colombia:

Congote Ochoa, B (2006) Gaitán y el populismo. ¿Otros dos fantasmas colombianos? *Universitas Humanística* (No.62). Pág. 337-361.

Galindo Hernández, C. (2006). Neopopulismo en Colombia: el caso del gobierno de Álvaro Uribe Vélez. *Iconos. Revista de Ciencias Sociales* N 27. Pág. 147-162

López de la Roche, F. (1996) “Aspectos culturales y comunicacionales del populismo rojista en Colombia (1953-1957)”. En: *Signo y Pensamiento*. N° 29 (XV), 1999. Pág. 81-94.

Perez, C. (2007). La democracia delegativa. En: *Revista de Facultad de Derecho y Ciencias Políticas*. N°106. Pág. 263-289.

Rodríguez, N y Chaparro, A. (2010). El show de Jorge Barón como paradigma de neopopulismo cultural en la televisión colombiana. En: *Análisis político*. N°70. Pág. 81-89.

Urrutia, M. (1991) On the Absence of Economic Populism in Colombia. En: *The Macroeconomics of Populism in Latin America* de Rudiger Dornbusch y Sebastian Edwards. *Macroeconomía del populismo en América Latina*. Borradores Semanales de Economía, Banco de la República. Bogotá.

Fuentes documentales para analizar el debate conceptual del populismo en América Latina

Aboy Carlés, G (2001) Las dos fronteras de la democracia argentina. La redefinición de las identidades políticas de Alfonsín a Menem. *Homo Sapiens*. Rosario.

_____ (2004) “Repensando el populismo”. En: Weyland, Kurt et al (2004) *Releer los populismos*. Centro Andino de Acción Popular –CAAP. Quito. Pág. 79-126.

_____ (2010) Las dos caras de Jano: acerca de la compleja relación entre populismo e instituciones políticas. En: *Pensamiento Plural* No 07. Pelotas. Pág. 21-40

Angell, A. (1967) *Populism and Political Change: The Case of Colombia*. En: *Sociological Review Monograph* No. II. February 1967. University of Keele.

Cardoso, H. & Faletto, E. ([1969] 1975). *Dependencia y Desarrollo en América Latina*. Siglo XIX Editores. Buenos Aires.

De Ipola, E & Portantiero, J. (1981). Lo nacional popular y los populismos realmente existentes. En: Nueva Sociedad. No 54. Mayo-junio 1981. Pág. 7-18.
De la Torre, Carlos. (1994) “Los significados ambiguos de los populismos latinoamericanos”, en Álvarez Junco, J. y R. González Leandri, eds., El populismo en España y América Latina. Catriel. Madrid.
_____ (1996) ¡Un Solo Toque! Populismo y Cultura Política en Ecuador. CAAP. Quito.
_____ (1998). “Populismo, cultura política y vida cotidiana en Ecuador”, en Burbano de Lara, ed., El fantasma del populismo. Aproximación a un tema (siempre) actual. Nueva Sociedad. Caracas.
_____ (1999). “Neopopulism in Contemporary Ecuador: The Case of Bucaram’s Use of the Mass Media”, en International Journal of Politics, Culture and Society. Vol. 12, N. 4. Pág. 555-571.
_____ (2000). The Populist Seduction in Latin America: The Ecuadorian Experience. University Research Center in International Studies. Ohio.
_____ (2004). “Un balance crítico a los debates sobre el nuevo populismo”, en Kurt Weyland, et. al., Releer los populismos. CAAP. Quito.
_____ (2005). “El regreso de Bucaram”, en Íconos, 23 (septiembre). Pág. 101-108.
_____ (2007) “The resurgence of radical populism in Latin America”, En: Constellations. Vol. 14, N. 3.
_____ (2013) “el populismo latinoamericano: entre la democratización y el autoritarismo”, En: Nueva Sociedad. N°247. Pág.120 - 137.
Di Tella, G. (1973) Populismo y reformismo. En: Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica. Gino Germani at al. Serie Popular Era. México.
Germani, G. (1971 [1962]): Política y sociedad en una época de transición. Paidós, Buenos Aires.
Gratius, S (2007) La tercera ola populista de América Latina. Fride. Madrid.
_____ (2009) Reflexiones sobre izquierda y populismo en América Latina En: Colección de estudios internacionales. Número 6. Universidad del País Vasco.
Hennessy, A. (1969) América Latina. En: Populism. Its Meaning and National Characteristics. The Macmillan Company. London.
Ianni, O. (1973) Populismo y relaciones de clase. En: Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica. Gino Germani at al. Serie Popular Era. México.

Ionescu, G., & Gellner, E. (1969). <i>Populism. Its Meaning and National Characteristics</i> . The Macmillan Company. London.
Laclau, E. (1978) <i>Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo y populismo</i> . Siglo XXI. Madrid.
_____ & Mouffe, C. (1986) <i>Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia</i> . Siglo XXI. Madrid.
_____ (2005). <i>La razón populista</i> . Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.
_____ (2009) <i>Populismo. ¿Qué nos dice el nombre?</i> En: <i>El populismo como espejo de la democracia</i> , comp. Francisco Panizza, 51-70. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.
Mackinnon, M., & Petrone, M. (1998). <i>Los complejos de la cenicienta</i> . En M. Mackinnon, & M. A. Petrone, <i>Populismo y neopopulismo en Latinoamérica. El problema de la cenicienta</i> . EUDEBA. Buenos Aires.
O'Donnell, G. (1994) "Delegative Democracy". En: <i>Journal of Democracy</i> , Vol. 5, N.1. Pág. 55-69. Traducción del autor publicada en el <i>Journal of Democracy</i> en Español.
_____ (2010) <i>Revisando la democracia delegativa</i> . En: <i>Casa del tiempo. Revista Universidad Autónoma Metropolitana</i> . Ciudad de México. No. 31. Mayo. Pág. 2-8.
Roberts, Kenneth. (1998 [1985]) "El neoliberalismo y la transformación del populismo en América Latina. El caso peruano" En: Mackinnon, M. y Petrone, M. (Comp.) <i>Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Cenicienta</i> . Eudeba. Bs As.
_____ (2007) <i>El resurgimiento del populismo latinoamericano</i> . En: <i>De la Torre et al (2008) El retorno del pueblo</i> . Pág. 55-73.
Svampa, M. (2016). <i>Debates latinoamericanos. Indianismo, desarrollo, dependencia y populismo</i> . Edhasa. Buenos Aires.
Vilas, C. (2004) "¿Populismos reciclados o Neoliberalismo a secas? El mito del neopopulismo latinoamericano", <i>Estudios Sociales</i> , Revista Universitaria Semestral, Año XIV, núm. 26, primer semestre.
Weyland, K. (2004) <i>Clarificando un concepto: "el populismo en el estudio de la política latinoamericana"</i> . En <i>Releer los populismos</i> , Kurt Weyland, Carlos de la Torre, Gerardo Aboy Carlés y Hernán Ibarra, Pág. 10-50. Centro Andino de Acción Popular. Quito.
Zermeño, S. (1989) <i>El regreso del líder: crisis, neoliberalismo y desorden</i> . En: <i>Revista mexicana de sociología</i> . Vol 51 (4) Pág. 115-150.